

ÁNGELES GOYANES

**AUTORA
SUPERVENTAS**

EL HOMBRE EN LAS SOMBRAS

*Unas elecciones.
Un niño secuestrado.
Un secreto por el que matar.*

ÁNGELES GOYANES

**EL HOMBRE
EN
LAS SOMBRAS**

1

El pequeño Alex lanzó el palo de goma con todas sus fuerzas una vez más y jaleó a su joven perro, quien atravesó el jardín a la carrera en su búsqueda, rebotando de vitalidad.

Aislados en una finca cuya ubicación su padre se había esforzado por mantener en secreto, Alex, de cinco años, y su Schnauzer Gigante, Nero, de poco más de dos, se habían hecho inseparables desde que este llegase a casa del niño, seis meses atrás, tras el accidente que había condenado al pequeño a una silla de ruedas.

Alex sintió una intensa oleada de calor tras el ejercicio con el incansable can y miró a la piscina, anhelante de los tiempos en que hubiera podido correr y lanzarse a ella. Siempre le había encantado nadar y jugar en el agua. Ahora aún podía hacerlo, más o menos y con ayuda, pero no era lo mismo.

Nero regresó con el palo y Alex lo cogió y se lo lanzó con rabia al agua. Al menos, le vería a él nadar y refrescarse, aunque su padre no se lo tuviera permitido. La enorme masa del can saltó la barrera de protección y cayó al agua con estrépito, haciendo que esta se desbordase hacia el césped y que se formasen ondas sobre las que el palo bailoteó hasta alejarse hacia el otro extremo de la piscina. Nero nadó vivazmente en su búsqueda y, contemplándole, a Alex se le olvidó su pena y le animó, riendo.

Al oírlos, la niñera salió de la casa.

–¡Alex! –gritó–. ¡Sabes que no puedes dejar que Nero se bañe en la piscina!

–¿Por qué no? Está muy limpio –replicó el niño.

–Porque a tu padre no le gusta, y punto. Los perros sueltan pelos, y pueden tener parásitos y bichos.

–¡Nero no!

–Venga, haz que salga de ahí y ven a merendar. Te he preparado algo muy especial. ¡Estoy de celebración! ¡Ya verás!

Rezongando un poco, pero con curiosidad por ver las viandas que le esperaban, glotón como era, Alex llamó a Nero y, ya con él trotando a su lado, se dirigió hacia el porche, donde Cayetana había preparado un bufé.

Tras colocar una jarra de zumo de naranja, ella se encaminó en su

búsqueda y luego le acompañó hasta la mesa, caminando junto a él, ya que la sillita electrónica no precisaba ser empujada. Adelantándose un par de metros de distancia, Nero se sacudió, lanzando una miríada de gotas en su dirección que provocaron las risas de ambos.

Alex se sorprendió al ver todo lo que había en la mesa: sándwiches variados, pastelitos, zumos y hasta bebidas alcohólicas que a él le tenían prohibido tomar. Se preguntó por qué estaban allí, formando parte de la mesa de su merienda y, observando su rostro asombrado, Cayetana explicó:

–Va a venir mi amigo Raúl. ¿Te acuerdas de él? –Alex asintió sin entusiasmo. Ese hombre antipático que apenas le había prestado nunca atención–. Bueno, ¡pues ahora somos novios! Está a punto de llegar para merendar con nosotros.

Alex no dijo nada. No quería fastidiarle a la pobre Cayetana la alegría, después de que le había preparado hasta tortitas con chocolate, pero hubiera preferido el bocadillo de siempre y seguir a solas con Nero y con ella.

Segundos después llamaron al timbre de la cerca, que estaba a cien metros de la casa. La chica se levantó con rapidez y entusiasmo, y enseguida estaba reconociendo el auto de su novio en la pantalla del portero automático. Le abrió, desactivó la alarma, y fue a esperarle a la puerta de entrada.

El joven hizo acto de aparición tres minutos después. Cayetana se deshizo al verle, pues le traía una rosa. Además, vestía algo menos descuidadamente que de costumbre, y se había cortado y aclarado el cabello.

–¡¿Y este cambiazó?! –preguntó ella.

–Novia nueva, pinta nueva –dijo él.

Le dio un beso rápido y penetró en la casa, observándolo todo y toqueteando los adornos del recibidor.

Miraba a todas partes con fijeza, aunque no había nada que no hubiese visto ya. La casa era amplia y cómoda, pero sencilla en su decoración.

La joven fue a poner la flor en agua y el chico la acompañó a la cocina.

–Qué suerte poder estar solos –comentó–. Porque estamos solos, ¿no?

–Sólo un par de horas, pero ya lo tengo todo preparado. Las aprovecharemos bien –colocando el jarroncito con la rosa sobre una esquina de la encimera.

A su espalda, Raúl la rodeo con sus brazos y le besó el cuello.

–¿Y el crio? –susurró a su oído.

–En el porche. Por cierto, ¿no podrías intentar ser un poco cariñoso con él? Es un niño adorable y tú ni siquiera le miras.

–¿Para qué? No me van los críos, por si no te habías fijado. Especialmente los niños bien. Quizá hiciese un esfuerzo si él fuese algo tuyo, pero...

Cayetana se zafó de su abrazo y le miró con severidad, interrumpiéndole.

–Por si tú no te habías fijado, a mí me encantan. Te recuerdo que convinimos en que intentaría quedarme embarazada tan pronto nos casemos. Si es que...

Raúl levantó las palmas de sus manos con intención de aplacarla, y la interrumpió:

–Por supuesto, ¡por supuesto que no me estoy refiriendo a los nuestros! Estoy deseando acunar a nuestro primer bebé, paloma mía –le cogió las manos para atraerla, de tal forma que sus cuerpos chocaron, y la besó.

–Ah, bueno. Eso que quede claro –dijo ella, dejándose hacer.

Él estiró los rizos de su novia entre sus dedos.

–¿Y el perro? –le preguntó–. ¿Lo has encerrado?

–No. Ya te dije que Alex no me iba a dejar –Raúl se apartó de ella, rezongando con el ceño fruncido y un mohín de enfado en los labios.

–Vamos, cari... El perro es muy bueno, sabes que no te va a hacer nada.

–¿Lo sé? ¿Con ese hocico gigantesco y esos ojos de fuego que no aparta de mí? ¿Sabes que si se pone de pie es más alto que yo? No pienso entrar ahí mientras no le encierres.

–Por favor, Raúl, quería hacer de esta merienda un momento especial con el niño, y si le intento quitar al perro lo que voy a conseguir son gritos y lloros. Tengamos la fiesta en paz. Le diré que lo ate, a ver si eso lo acepta. ¿Vale? –La solución no pareció satisfacer a Raúl, pero, tras meditar unos instantes, asintió con desgana–. Y, por favor, habla un poco con el niño. Sé amable con él. Ha vivido una pesadilla, perdiendo a su madre y quedándose inválido al mismo tiempo, con apenas cinco años. Necesita todo el cariño y apoyo del mundo. Hazlo por mí.

Raúl hizo un gesto de asentimiento.

A Cayetana la decepcionó no detectar ninguna compasión o ternura en él. Si era amable con el pobre niño, lo sería únicamente porque ella se lo pedía, para acallarla, no porque surgiese de su propio ser, y eso suponía un escollo en su afecto hacia él que ya anteriormente había intentado ignorar.

Como otras veces, una inteligencia en su interior intentaba hacerse escuchar. Le decía que se había precipitado, que el noviazgo había ido

demasiado rápido, que alguna de aquellas pequeñas puntas de hielo que había bordeado hasta ahora sin desear estudiar mejor, podía ocultar un gigantesco iceberg.

Un noviazgo por despecho... Eso era...

Al fin y al cabo, ¿qué podía esperarse de esa relación, si no era más que el fruto inesperado del vano intento de atraer la atención del hombre a quien en verdad amaba?

Como la heroína de una novela gótica, la tímida y apocada Cayetana, víctima de una anodina existencia, había ido a parar a una hacienda remota con la misión de cuidar de un niño discapacitado de cuyo viudo progenitor había tardado poco en enamorarse. Mas la gélida indiferencia de él no se había entibiado en ningún capítulo, y en desesperado intento de encender un fuego que ella se le figuraba latente, había recurrido, sin éxito, al manido truco de darle celos.

A Raúl le había conocido tres meses atrás, cuando, durante un fin de semana, ambos coincidieron en la casa rural que era propiedad de la hermana de Cayetana. El pequeño establecimiento estaba situado cerca del triste y aislado pueblo donde había crecido y residido hasta que comenzó al servicio de Rafael Arteaga, padre de Alex, primero como limpiadora y luego, tras el accidente, dedicada en exclusiva a la atención del pequeño, pues, habida cuenta del afecto que siempre había derrochado con él, el padre no había dudado en ofrecerle el puesto.

Por su carácter discreto y la soledad en que había vivido la mayor parte de su vida, a Cayetana nunca le habían sobrado los pretendientes, y las atenciones que Raúl le había dispensado nada más conocerse le habían llamado la atención profundamente, y la habrían camelado en poco tiempo de no ser por su obsesión con su jefe.

En lugar de sincerarse con Raúl, confesándole que no estaba interesada en él, se le ocurrió que podría dejar crecer y fluir la relación con él, dándosela a conocer a su verdadero amor a la menor ocasión, lo cual había hecho y reiterado ya numerosas veces sin que surtiese el menor efecto.

Raúl, de vida errante, había conseguido un trabajo de mecánico por la zona en cuanto creyó que la relación entre ambos daba muestras de poder llegar a buen puerto. El hecho de que un hombre de naturaleza libre y nómada escogiese asentarse junto a ella, con un trabajo estable, la había halagado y convencido de su profundo amor, llevándola a desarrollar hacia él, a la larga, si no una pasión, sí un profundo afecto.

Lo cierto era que aún no veía como real el día de su boda. Su familia y amigas se habían emocionado al contarles las intenciones de él, y esto la había empujado a darle el sí y mantener la farsa. Resultaba emocionante dejarse llevar por la ilusión cuando hablaba con ellas, pero, a solas, le invadían el desánimo y la tristeza al pensar que, no solo no deseaba aquel noviazgo, sino que con aquel matrimonio perdería definitivamente cualquier posibilidad de alcanzar el amor de Rafael algún día.

Al tener esta idea borrosa acerca de su boda, incierta, sus reservas ante los defectos de él y circunstancias que los separaban solían ser soslayadas.

Cayetana le cogió de la mano, sonriendo, y le llevó al porche.

Alex se había posicionado junto a la mesa y compartía un sándwich con Nero.

La chica hizo que Raúl se detuviese antes de traspasar el umbral, y se acercó al niño sola. Este puso expresión de fastidio al ver a Raúl allí parado, mirándole con una mueca que encontraba burlona y desagradable.

La joven se sentó a su lado.

—¿Me haces un favor, Alex? —pidió con voz suave. Los brillantes y oscuros del pequeño la miraron con expresión de sospecha, suponiendo que algo desagradable se avecinaba. Sentado a su lado, mirando hacia Raúl como una efigie protectora, estaba Nero—. Guárdame el secreto, pero Raúl es un pelín, un pelín cobardica. Lo que ocurre es que cuando era muy pequeño, más que tú ahora, le mordió un perro muy grande, y desde entonces les tiene muchísimo miedo, sobre todo a Nero, porque se parece mucho al perro que le mordió. ¿No te importaría si le atamos un ratito?

Aquello era aún peor de lo que había temido, y Alex enmudeció con un mohín de disgusto. Siempre le gustaba acceder a las peticiones de Cayetana, pero aquella era muy injusta para Nero, y le molestaba aún más que el causante y beneficiario fuese su antipático amigo.

—Nero no tiene por qué estar atado. Está en su casa y no se mete con nadie. No sería justo. Además, mi padre me dijo que debía estar siempre suelto para ayudarme a mí y para vigilar. Es un perro de defensa, debe estar libre.

—Lo sé, Alex, tienes toda la razón, pero sería solo un ratito. Mira, para compensarle ¿qué te parece si le diésemos un par de sándwiches? Los hay de fiambre de ternera... Le van a encantar. Estoy segura de que él aceptaría la oferta.

Alex miró a Nero, mohíno y dubitativo, preguntándose si, en su lugar, él

aceptaría los dos sándwiches a cambio de estar prisionero un rato. El perro continuaba absorto en la contemplación de lo que acontecía en el porche, siguiendo cada movimiento con sus grandes ojos negros y avellanados.

Habría que atarle con la correa de Nylon, como hacía su padre a veces cuando Nero era más joven y él necesitaba vestirse rápido, para evitar que le robase la ropa, meditó Alex. No había ninguna otra. Por esa experiencia sabía que el perro conseguiría deshacer los nudos fácilmente si lo intentaba. Conociendo el truco, el trato parecía bueno.

–Pero le atamos cerca –impuso Alex.

–Claro, a una columna del porche. Le tendrás muy cerca. ¿Vale?

El niño accedió y Cayetana fue en busca de la cuerda al interior de la casa.

Mientras la niñera estuvo ausente, Raúl sacó un teléfono móvil del bolsillo y envió un mensaje. Alex le vio hacerlo de reojo, pero no quiso mirarle directamente para que no hablase con él.

Al regresar, Cayetana le tendió al niño la correa para que él mismo se la pusiera a Nero. Ella le tenía un poco de respeto cuando le veía en su pose de perro de defensa, atento a su objetivo, como lo estaba ahora. Alex puso el mosquetón en el collar y luego Nero se dejó conducir por ella hasta una de las columnas que sostenían el porche, próxima al bufé, donde la niñera dio unas cuantas vueltas a la larga correa, que al final ató con dos fuertes nudos.

–Ahora dale sus dos sándwiches –requirió Alex enseguida.

–Ya iba, ya iba... –le dijo ella, entresacando dos piezas de un montoncito que había en una bandeja.

Cogió uno de los platos de usar y tirar, los puso encima y lo dejó en el suelo, junto a Nero, que se lanzó sobre él.

–¡Sólo le has dado uno! –protestó el niño con indignación.

–No, qué va Alex. Tú me has visto. Le he dado los dos.

–Dos mitades, dos triángulos. ¡Eso es solo uno!

Raúl soltó una risilla.

–El crío tiene razón –dijo, tomando un par de pasteles.

–No, de eso nada –le contradijo ella–. Vete a comprarlos a una de esas tiendas donde los venden preparados y te darán un solo triángulo.

–El que tragues con lo que te echen en una tienda no significa que no te estén vendiendo medio sándwich –opinó Raúl.

–¡Un sándwich son dos rebanadas completas! –exclamó Alex.

–¿Lo ves? –preguntó Raúl–. Hasta un crío de seis años lo sabe.

–Tengo cinco –apuntó Alex entre dientes.

–Con más razón.

–Está bien, está bien. Me habéis convencido. Pero no hay más sándwiches de ternera. Habrá que dárselos de queso.

Cayetana miró al niño, esperando su aprobación.

–Bueno. Le encanta el queso –aseguró él.

Ella le echó las dos piezas en el plato, que Nero devoró en escasos segundos.

Raúl observó la operación, comiendo a dos carrillos, hasta que ella le miró y le instó con un gesto a que hablase con el niño.

–¿Qué pasa, Alex? –le dijo, sin más. Su novia volvió a hacerle un gesto que le obligó a pensar algo más que agregar–. ¿Te gusta nadar?

El niño le lanzó una mirada acusatoria llena de dolor.

–Bueno, quiero decir, ¿qué te gusta hacer? ¿Te gustan los dibujos animados?

–Sí –contestó el pequeño, sin mirarle, mojando en chocolate un trozo de tortita.

–Muy bien, muy bien. ¿Qué más te gusta? ¿Eh? ¿Los comics? ¿Los videojuegos?

–Jugar.

–Sí, pero jugar ¿a qué?

–Con Nero.

El mencionado alzó las orejas y apartó fugazmente la mirada de Raúl para dirigirla a su niño. Luego la devolvió hacia el hombre, quien le observaba con una mezcla de suficiencia, admiración y temor.

Raúl contempló la larga barba negra del animal, su mirada fija e inteligente. Como en cada ocasión en que le había visto, se sintió impresionado. Le parecía que tenía el aspecto de un serio gobernante, de un sabio o algo parecido.

No es que los perros no le gustasen. En el fondo, algunos hasta le fascinaban. Había oído cosas impactantes acerca de ellos, como que detectaban tumores y otras enfermedades. Más luego estaba su increíble sentido del olfato, de la orientación... Pero lo mejor, por supuesto, era su furia, el poder de sus colmillos... Y hasta decían que quizá pudiesen comunicarse por telepatía. A él, de niño le hubiese encantado tener uno. Le habría hecho mejor compañía que la que había encontrado en la casa abandonada donde se chutaba ya con catorce años, por puro aburrimiento,

con los otros drogatas del barrio, que no es que tuviesen mucha conversación. Quizá hasta habría evitado su paso por el reformatorio.

Los perros calan a las personas. Ya no podía caberle duda de ello. Por su olfato casi mágico, por su telepatía, por lo que fuese. De ahí que aquella bestia de brillante pelaje negro no le quitase ojo desde la primera vez que le vio.

–¡Oh, vaya! –exclamó, limpiándose rápidamente la boca con una servilleta de papel–. Me he dejado el móvil en el coche, cari. Voy a buscarlo en un momento, ¿vale?

Salió a zancadas, sin darle opción a contestar o a intentar acompañarle.

Alex dejó en la mesa su zumo de naranja siguiéndole con la mirada.

–Es un mentiroso –reveló–. Tenía el móvil en el bolsillo.

Cayetana se sorprendió.

–¿Cómo lo sabes? –le preguntó.

–Porque lo sacó cuando fuiste a por la correa de Nero y estuvo escribiendo algo.

Cayetana miró hacia la puerta por donde Raúl había salido, con expresión de duda.

–Se le habrá olvidado que lo llevaba encima –quiso suponer. ¿Qué otra cosa iba a ser? ¿Iba a buscar una sorpresa para ella, un regalo que le tuviese guardado en el coche? Lo juzgaba improbable–. ¿Estás seguro de eso, Alex?

El niño asintió repetidamente.

–Sonó ese “zzzuiii””, como cuando la gente recibe mensajes en el cine.

Se quedó inquieta. ¿Se habría ausentado para poder hacer una llamada privada, quizá a otra chica...?

Oyó el motor de un coche que se aproximaba a la casa y se preocupó en extremo. Debía de ser Rafael, pues solo él podía abrir la cancela sin necesidad de llamar. Se sintió fatal. Las visitas le estaban prohibidas, y Rafael en seguida vería el coche de su novio a la puerta.

–Alex, quédate aquí, voy a ver quién viene –ordenó, lanzándose con premura a averiguarlo.

Cruzó el salón y llegó hasta la puerta de entrada, que estaba abierta, justo para ver una gran camioneta aparcando y a Raúl abriendo la puerta a su conductor. Este y otro hombre que salió del asiento de atrás, descendieron con rapidez y se dirigieron hacia la casa.

Cayetana apenas tuvo tiempo de preguntarse por qué razón llevaban puestas máscaras de personajes infantiles.

El hombre con la máscara del pato Donald entró como un basilisco, la empujó brutalmente y la hizo caer de espaldas en el suelo del descansillo. Desde allí, sintiendo un agudo dolor en su brazo, aturrida por la sorpresa, Cayetana vio que Raúl le dedicaba una mirada indiferente al pasar a su lado.

Instantes después, como temía, le llegaron los gritos de Alex y los ladridos desesperados de Nero.

Se puso en pie, penosamente, y corrió a las habitaciones de arriba. Su intención era atrincherarse en una mientras telefoneaba para pedir ayuda, pero Raúl corrió tras ella y se lanzó sobre su espalda antes de que lograra llegar al final de la escalera. La obligó a voltearse y la derrumbó sobre los peldaños, cayendo sobre ella con todo su peso. Con los escalones clavados sobre su espalda, Cayetana gritó de insufrible dolor. Raúl le llevó los brazos por detrás de la cabeza y la sujetó así. Ella apenas podía moverse, pero trató de debatirse, patear y gritar durante unos momentos.

–¡Quieta, estúpida, no empeores tu situación! –le gritó Raúl.

Su expresión de rabia y desprecio le hacía irreconocible a ojos de su novia.

–¿Por qué? –le preguntó, sollozando de rabia y de frustración–. ¿Por qué?

–Por dinero, estúpida, ¿por qué iba a ser? –le clavó una mirada insolente, jactanciosa.

–Rafael no tiene dinero –murmuró ella.

–Eso no es asunto tuyo. Dile que hay un sobre para él en la cocina. Tú quédate aquí quietecita y no te pasará nada.

Se levantó y la miró desde arriba, comprobando que no hiciera ademán de moverse. Luego descendió unos peldaños y, de golpe, se dio la vuelta para agitar hacia ella un dedo amenazador.

–Más te vale seguir ahí cuando me vaya –dijo.

Luego bajó rápida y decididamente, y, cuando estaba en los últimos peldaños, el hombre con la máscara del pato Donald se cruzó con él mientras subía la escalera galopante para asestarle un golpe en la cabeza a Cayetana con el pico del marco de una foto que arrancó de la pared allí mismo. Ella gritó y se llevó las manos a la región herida. Él alzó de nuevo el marco, dispuesto a golpearle con mayor fuerza.

–No, espera –dijo Raúl, que había vuelto a subir y detenía su brazo. La cogió a ella por el cabello y levantó su cabeza con rudeza, forzándola a mirarle–. Recuerda que lo sabemos todo de ti y de tu familia –escupió en su

rostro—. No llamarás a la policía, sino al padre del niño, no antes de una hora, y no le dirás a nadie ni una palabra de mí. ¿Está claro? Si lo haces, me cargaré primero a tu hermana, y luego al resto de tu familia.

Ella tenía la vista nublada. Se sentía incrédula y paralizada, incapaz de asimilar los hechos. El golpe en la cabeza le quemaba y le latía con creciente fuerza. Tan pronto consiguió sollozar un asentimiento, Raúl la soltó y se lanzó escaleras abajo junto a su compañero.

Por entre los bultos de los cuerpos de los hombres vio a pasar a Alex, gritando su nombre y suplicando auxilio, seguido de otro hombre que empujaba velozmente su silla y le sacaba de la casa.

Cayetana permaneció allí, a mitad de la escalera, llorando de dolor, impotencia y vergüenza mientras oía el rugido del motor de la camioneta que escapaba de la finca a toda velocidad. Durante unos instantes su sonido se mezcló con los ladridos desquiciados e incesantes de Nero que llegaban del porche, pero luego, de repente, estos cesaron y el silencio se enseñoreó de la casa.

Aferrándose a la barandilla, luchó por vencer los dolores y el mareo para tratar de ponerse en pie.

Si conseguía llegar a la puerta solo tendría que pulsar el botón de emergencia del panel de la alarma y alguien acudiría a ayudarla.

Le habían dicho que esperase una hora y que solo llamase a Rafael, pero de ningún modo iba a permitir que esos malnacidos se alejasen con Alex. Nunca podría perdonárselo si al pequeño llegase a sucederle algo, sabiendo que había sido culpa suya por haberse dejado engañar. Cada segundo contaba para que la policía tuviese mayores posibilidades de rescatarle.

La cabeza le dolía cada vez más. Un chorro de sangre caliente y viscosa le entró en un ojo. Se llevó la mano a la zona herida y le invadió el estupor al descubrirla tan ensangrentada. A pesar de ello se sobrepuso, obligándose a no pensar en nada que no fuese socorrer a Alex. Apoyada con ambas manos en el pasamano, se forzó a bajar, uno a uno, los escalones, implorando no perder la consciencia antes de pulsar el botón de ayuda. Así, penosamente, consiguió llegar hasta el descansillo, y allí, sosteniéndose en la pared para no derrumbarse, se desplazó hasta la alarma, casi como en un sueño.

Entonces, justo mientras apretaba el botón de auxilio, un torbellino negro cruzó a su lado.

Cayetana, sin fuerzas, abordada por un rayo de esperanza, se desplomó junto a la puerta viéndole alejarse. “Corre, Nero, ¡corre!”, le alentó

mentalmente, instantes antes de perder la conciencia.

La camioneta había salido de la propiedad, pero Nero no tardó en alcanzarla. El hombre que conducía en seguida le vio por el espejo retrovisor.

–¿No habías encerrado al maldito perro? –preguntó.

Raúl se dio la vuelta y se tropezó de lleno con la mirada de Nero, que les seguía a escasa distancia.

–¡Ha debido de desatarse! –gritó–. ¡Acelera!

–Es un camino de tierra y gravilla lleno de socavones, no puedo ir más rápido.

En la parte de atrás de la camioneta, sentado entre Raúl y el otro hombre, estaba Alex, llorando y chillando, y tratando en vano de auparse sobre ellos para divisar a su perro.

–Para y dale un golpe. ¡Atropéllale! –gritó Raúl al conductor.

–¡No! ¡Dejad en paz a mi perrito! –suplicó Alex, intentando alcanzar la ropa del conductor para sujetarle–. ¡A él no le hagáis nada! ¡A él, no! ¡Dejadle en paz, por favor!

El conductor deceleró en espera de que el perro se abalanzase sobre la portezuela trasera y entonces dio marcha atrás y giró hasta conseguir que el animal se situase delante de él. Con rapidez, cambió la marcha y se lanzó hacia el frente. Las ruedas horadaron la tierra ruidosamente, y luego se oyó el golpe del vehículo contra el cuerpo de Nero.

Enloquecido, Alex gritó su nombre, subiéndose sobre el secuestrador desconocido con intención de abrir la puerta. Raúl tiró de él y se lo impidió. La camioneta maniobró despacio durante unos instantes y luego reemprendió la marcha. Gritando y llorando, Alex solo fue capaz de vislumbrar por un momento el oscuro cuerpo de su querido amigo, tumbado sobre el blanco camino.

2

–¿Sin noticias? –preguntó una mujer de aspecto agrio y envejecido al entrar en la casa.

Rafael la recibió en el umbral, dando claras muestras de que la visita no era de su agrado.

–No me han comunicado nada nuevo, mamá. Ya te habría llamado, como te dije.

La madre se adentró en el salón caminando con enérgica confianza.

Rafael cerró los ojos, sobrepasado por un instante, mientras cerraba la puerta, y luego la siguió.

En el centro del salón, ella se dio la vuelta y se encaró con su hijo:

–Algo tendremos que hacer, ¿no? –su voz sonó exigente, cargada de reproche; su mirada adusta, acusatoria, llena de desprecio.

Rafael apartó la vista de su rostro de colgantes bolsas y marcados surcos, y se encaminó hacia el aparador donde guardaba algunas bebidas.

–¿Te pongo coñac? –le preguntó.

La madre ladeó la cabeza y le miró con recelo.

–¿Qué ha pasado aquí? ¿Desde cuándo me ofreces bebida en lugar de evitar que la tome?

Rafael se dio la vuelta, con dos copas listas en las manos, y le dijo:

–Desde que me importas una mierda, mamá.

La respuesta a ella la pilló de improviso. Le observó. Le vio tenso, sosteniéndole la mirada con escaso valor, como siempre hacía. Echó para atrás la cabeza, abriendo la boca con un gesto de divertida sorpresa, y se rio a carcajadas.

–¡Vaya con el mosquito muerto! ¿Te sientes orgulloso porque al fin eres capaz de decirme lo que piensas? –le miró con crudeza, con ira, y gritó–: ¿Crees que tienes huevos porque insultas a tu madre, cuando no eres capaz de mover un dedo por liberar a tu propio hijo?

–¿Quieres que me arriesgue a que le maten! –respondió él elevando la voz. Ahí estaba. Repitiéndose lo de siempre. Por mucho ejercicio de contención que intentase hacer, era imposible no perder los estribos nada más verla–. No se te ocurra hacer nada, mamá. No estaríamos en esta situación de

no ser por ti, no se te ocurra empeorarlo más.

Se había puesto nervioso. La simple presencia de ella lo conseguía, pero su culpa en todo aquello y la posibilidad de que metiese sus narices arriesgando aún más la vida de Alex le desesperaban.

Ella le lanzó una mirada incendiaria con los brazos en jarra. Él se la sostuvo, fijándose, sin poder evitarlo, en los rasgos odiosos que tan bien conocía. El pelo pajoso, de un rubio desteñido, en una coleta. Los labios rojo fuego y los párpados azul turquesa. La enorme pechuga destacando envuelta en una camiseta que anunciaba no sé qué cosa. El epítome de la ordinariez, desde que la recordaba hasta hoy.

–Siempre he odiado a los periodistas, viviendo a costa de meter sus narices en la mierda y en la desgracia ajena, y me ha tocado ser la madre de uno. ¿Por qué cojones tuviste que escarbar precisamente en la vida de esa mujer?

–¡No escarbé en absoluto, por amor de dios! Estuve presente en la rueda de prensa porque él periódico me le asignó, y ni siquiera hice una pregunta. Eso es todo. Además, no estamos seguros de que haya sido ella. ¡Debe de haber mil personas deseando cobrarte deudas!

Sandra Bernal echó la espalda hacia atrás y sus pechos le apuntaron como misiles mientras emitía una interjección de repugnancia y desprecio.

–¡Claro que lo estoy, mequetrefe! ¡Solo hay que sumar dos y dos! –Se calló un momento para mirar a su alrededor–. Mi hijo, el señoritingo –escupió, retorciendo la boca–. Acomodado, impasible... Si no haces tú nada para salvar a mi nieto tendré que hacerlo yo. Aún tengo contactos y amigos. Cualquiera de ellos más fieles y valientes que el mierda de mi hijo.

–¿Tu nieto, le llamas? ¡Cuánto amor, dios mío! ¿Cuántas veces le has visto desde que nació?

–¡Tú jamás me has dejado verle como yo hubiera querido!

–¿Y a dónde hubieras preferido que lo llevara? ¿Al centro de drogadictos? ¿A la prisión? ¿A la madriguera de delincuentes que llamabas casa?

–Hace mucho que salí de eso, lo sabes muy bien.

–¡Ha! Como si quisieras... Moverte entre la escoria es lo único que te hace feliz.

–Estás poniendo a prueba mi paciencia.

–Tu paciencia es nula. Los dos lo sabemos bien, no necesito probarla. Solo te digo esto: no pongas en peligro la vida de mi hijo. Si a él le pasa algo

por tu culpa, te juro que lo destaparé todo.

–Y yo solo te digo esto: si me la hacen, la pagan. Eso siempre ha sido así y siempre lo será. Alex es mi nieto, y nadie va a amenazarme con matarle e irse de rositas.

–Claro, es una afrenta contra tu persona... Uno de tus muchos problemas es que siempre te has creído un capo de la mafia. La madrina... Ha... Entérate: No eres nadie, ni siquiera en el mundo de la delincuencia. Si les vas con amenazas por la tarde, te encontrarán muerta en un callejón al amanecer, y a ninguno de tus leales amigos le importará una mierda. A mí menos que a nadie. Ni siquiera mereces que te llame madre.

–Me reconcomen los remordimientos –dijo ella con retintín.

Él miró al suelo un instante y suspiró.

–Ahora que ya hemos dejado claras nuestras posturas ¿por qué no te vas con viento fresco? –le pidió en un tono tranquilo.

–Eso voy a hacer –dijo ella, arrancándole de la mano una de las dos copas que aún sostenía. Se la bebió de un trago y la arrojó al suelo, donde se hizo añicos ruidosamente.

Después se fue, sin una sola palabra más.

Rafael permaneció clavado en el sitio durante unos momentos.

Cuando oyó arrancar el coche de su madre se asomó a la ventana, como para asegurarse de que se iba, respiró con alivio, se tomó su copa viendo levantarse el polvo del camino, y después se dirigió a la puerta y reactivó la alarma.

La copa no iba a ser suficiente para ahuyentar el estrés causado por la visita, desde luego. Estaba, literalmente, temblando.

Odiaba hablar tan duramente a su madre, aunque bien sabía Dios que merecía cada reproche, y muchos más. Nunca hubiera sido capaz de hacerlo, de todas formas, de no estar viviendo aquella pesadilla por causa suya. A los nervios constantes, la falta de sueño y el temor perpetuo a recibir una llamada de la policía con una noticia fatal, había tenido que sumarse la visita de aquella horrible mujer a quien detestaba, ahora más que nunca, como no estaba en su naturaleza ser capaz de odiar.

Espoleado por las palabras de ella, paseando de arriba abajo por el salón, Rafael sopesó las circunstancias, reflexionando sobre alguna posible medida a tomar.

Recordó el mensaje que había extraído del sobre que los secuestradores le habían dejado a la niñera. No podía ser más escueto, pero, teniendo en

cuenta todas las piezas del puzle, tampoco podía ser más explícito. Decía: “Silencio”.

No tuvieron necesidad de especificar sobre qué debía guardar silencio. Para Sandra Bernal estaba muy claro, y quien había escrito aquella nota lo sabía.

Pero ¿cuándo liberarían a Alex? Mejor dicho, ¿por qué iban a liberarle si era la mejor garantía de que mantendrían silencio para siempre?

Se imaginó tratando de hablar con Isabel Porto. Llegar hasta ella ya no era fácil, pero si lo conseguía podría tranquilizarla, pedirle que liberase al niño, asegurarle que mantendrían su secreto a salvo.

Pensaba en ello y encontraba mil pegas, mil complicaciones. Puede que su madre tuviese razón, que fuese un cobarde incapaz de mover un dedo por ayudar a su propio hijo, cuando, ya estaba visto, la policía sería incapaz de hacerlo. Las ideas iban y venían por su cabeza hasta que finalmente tomó una decisión: Aunque con escasas posibilidades de éxito, iría a Madrid y buscaría a Isabel Porto. Quizá sus guardaespaldas no le dejaran si acercarse, pero lo intentaría.

Se sintió mejor una vez tomada la decisión de verla y reflexionó sobre cómo ejecutar el plan, si así podía llamarse.

¿Dónde sería más factible acercarse a ella? ¿En su casa? No, esa siempre es la peor opción. Un sitio público era lo mejor, y había uno perfecto, con la puerta siempre custodiada por periodistas como él, cuya presencia evitaría que los guardaespaldas reaccionasen con ninguna violencia.

Se preguntó si ella sabría quién era. De apellido, sí, pero de aspecto... Era demasiado pequeño cuando le conoció, y durante la rueda de prensa ni siquiera le había mirado. Debería presentarse. Cambiaría la expresión de ella. Seguramente daría la señal pactada a los guardaespaldas para los casos en que había que alejar a alguien. Pero, aun así, él podría decirle algo. O, tal vez, entregarle una carta, pues ella tendría que fingirse algo accesible, no muy ruda, al menos, mientras estuviesen delante de los demás.

Continuó elucubrando, haciendo planes. El día, la hora... Se conectó a Internet para averiguar cuándo estaría ella allí. Después pensó lo que le diría. Debía quedar claro que él era un tipo sumiso, un cobarde, vamos, del que no tenían nada que temer, aunque soltasen al niño. Comenzó a hacer apuntes mentales, a ensayar, y así dejó transcurrir los dos días siguientes.

Cuando la mañana del día señalado llegó, Rafael se hallaba en un estado mental descontrolado.

En primer lugar, el miedo que le había paralizado desde el secuestro se había transformado en ira. Ello le había llevado a imaginarse a sí mismo en mil escenas de héroe y vengador, donde se enfrentaba a Isabel Porto con duras palabras, y violentamente con cualquiera que se interpusiese en su camino hacia el rescate de su hijo.

La realidad que él conocía de sobra era que, aunque supiese por dónde empezar a buscarle, carecía de la sangre fría de un personaje de Charles Bronson. Por eso, las dos noches anteriores se había mantenido insomne, sintiéndose impotente y frustrado, volviendo una y otra vez a la convicción de que hacer el papel de cordero era su única opción.

A las siete y media de la mañana se hallaba en las cercanías de la escalinata del Congreso. Como todos los periodistas sabían, Isabel Porto solía desayunar en una pastelería cercana, que era su favorita, por lo que siempre llegaba andando.

Por las inmediaciones podían verse fotógrafos y periodistas dispersos o en pequeños grupos, a la espera de que fuesen llegando los diputados. La señora Porto lo haría pronto, si hacía honor a su fama de ser de los primeros en llegar y de los últimos en marcharse. Y, en efecto, lo hizo.

Rafael la vio en cuanto ella dobló la esquina. Caminaba a gran velocidad, enfrascada en una conversación telefónica que, por su expresión, no parecía trivial, con la cabeza inclinada sobre el hombro derecho para sostener el móvil, mientras con las manos hurgaba dentro de una cartera.

Como candidata a la presidencia, Isabel Porto era el centro de atención aquellos días, y Rafael sabía que contaba con pocos segundos para atraer su atención antes de que todos los demás periodistas lo intentasen. A cierta distancia la seguían dos hombres cuyo atavío, por común y sencillo que fuese, no disimulaba su profesión.

Rafael anduvo de prisa hasta interponerse en su camino, pero sin impedir su paso. Se había colgado su identificación de la prensa para mantener a raya a los escoltas ante su aproximación. Observó que ella le miraba durante una fracción de segundo sin que su expresión se alterase. “Podemos programar la del día doce para las cinco” la oyó decir a su interlocutor, mientras seguía andando. Comprendió que no conocía su rostro.

–Señora Porto, soy Rafael Arteaga Bernal, el padre de Alex –dijo casi a gritos para conseguir su atención–. Le suplico que me escuche un momento.

–Perdóneme –dijo ella separando ligeramente el teléfono sin dejar de caminar–, va a empezar la sesión. Espéreme a la salida y le responderé todas

las preguntas que quiera, al igual que a sus compañeros.

–No se trata de eso –dijo él, desesperado, pues quedaban apenas doscientos metros para que ella, que caminaba a toda prisa, se internase en el edificio. Si es que no la asaltaban antes sus compañeros de la prensa y perdía su oportunidad incluso antes–. No he venido a verla como periodista. Soy el padre de Alex. ¡De Alex! ¿Me entiende?

Ella había agachado la cabeza y apretujado su móvil contra su oreja, intentando hacer un nido silencioso donde seguir hablando, mientras caminaba cada vez más rápido. Rafael perdió los estribos. Se situó frente a ella y la obligó a detenerse.

–¡Deje el puto móvil y escúcheme! –gritó–. ¡La vida de mi hijo está en peligro! Usted tiene algo mío, pero también yo tengo algo suyo.

La candidata a la presidencia se detuvo. Los rumores de la gente que rodeaba el Congreso se silenciaron. Les observaban.

–He llegado –dijo al teléfono–. Luego seguiremos hablando. –Se introdujo el aparato en el bolsillo de la chaqueta con rapidez, mirando a Rafael con atención–. No sé de qué me habla, pero tiene un minuto. Dígame, ¿qué le pasa con su hijo, y qué se supone que tengo suyo?

–¿Que qué tiene mío? Se lo he dicho: soy el padre de Alex Arteaga – Para su asombro, ella hizo un gesto como si aquello no le dijese nada.

–¡Bien! –se impacientó ella–. ¿Por qué debería saber quién es?

¿Acaso pensaba negar su implicación? Se le salían los ojos de las órbitas de incredulidad. Rafael trató de controlarse, se acercó más a ella para decir en voz baja:

–Porque usted lo ha secuestrado.

Ella puso cara de estupefacción.

–Mire usted –dijo sosegadamente–, se lo voy a dejar pasar si desaparece ahora mismo. Si no lo hace, puesto que me está acusando en un lugar público le demandaré por delitos de calumnia e injuria.

Rafael sacudió la cabeza con indignación.

–¿A qué juega? Usted ha secuestrado a mi hijo para callarle la boca a mi madre. Pero ella jamás ha tenido intención de chantajearla. Lo único que me importa es que deje libre a mi hijo. No somos una amenaza ni ella ni yo. Lo juro. Se lo suplico, suelte a mi hijo.

La expresión de la diputada había cambiado. El exagerado gesto de asombro se había suavizado y mezclado con otras emociones difíciles de descifrar.

–No sé qué cree tener en mi contra ni me importa –dijo con serenidad–, pero, si es cierto que su hijo ha sido secuestrado, deje trabajar en ello a la policía en lugar de andar buscando culpables por su cuenta, porque está claro que no se le da muy bien.

Ella intentó echar a andar, pero él la retuvo.

–¡Cómo si no la tuviera comprada! –exclamó entre dientes.

–Mire, señor, no sé qué películas habrá visto, pero si no me deja el paso libre ahora mismo tendré que obligarle a hacerlo.

–Si no libera a mi hijo la gente de mi madre actuará, ¿entiende? Ella ya lo está preparando y usted sabe muy bien cómo son. Podría haber una masacre. Mi hijo podría ser una víctima. Es lo que intento evitar. ¿Comprende?

–No. No entiendo nada –contestó encendida por el enojo–. No sé quién es usted, no sé quién es su madre, ni mucho menos quién es su gente. Y, desde luego, no he visto a su hijo en mi vida. Y ahora, si me disculpa...

Le pegó un fuerte empujón y se abrió paso. Tras ella fueron los guardaespaldas, lanzándole miradas disuasorias.

Había recorrido ocho o diez veloces pasos cuando Rafael gritó:

–¡Se lo he dicho, soy Rafael Arteaga Bernal! ¡Mi madre es Sandra Bernal!

Los pasos se ralentizaron de golpe, por un instante parecieron a punto de detenerse en seco, pero luego se recobraron, se aceleraron incluso, y en menos de un minuto la diputada agitaba las manos tratando de deshacerse de una nube de periodistas.

Rafael la observó hasta verla perderse en el edificio, sumido en una nube de interrogantes y confusión. ¿Fingía? ¿Se había equivocado él?... No, imposible. Ella tenía a su hijo. Pero su absoluta falta de emoción aparente ante su presencia, su irritada tenacidad por continuar su llamada... Eso había parecido sincero.

Se obligó a dirigirse a su coche, donde permaneció unos minutos con la mirada perdida y la llave apoyada en el muslo mientras reflexionaba, hasta que se vio forzado a dejar la plaza libre cuando le hizo señas otro conductor que buscaba dónde aparcar.

Se puso en marcha, arrepentido de haber venido. Le temblaban las manos sudorosas sobre el volante. Estaba nervioso, confundido. Ella no haría nada, máxime cuando sus palabras habían sonado amenazantes. Se atormentaba pensando que había empeorado la situación. No consiguió llevar

a cabo la escena como la había planeado en su mente. Lo hizo fatal. El maldito teléfono móvil... Ni tan siquiera se había enterado de su nombre cuando lo dijo la primera vez. Debería haber comprendido eso y haberle dejado claro el nombre de su madre nada más llegar.

Ella era fría, un témpano, falsa, hipócrita, la perfecta política.

Intentó pensar qué más podía hacer. ¿Un nuevo encuentro? Ahora, más que nunca, sentía necesidad de hablar con ella, de aclarar las cosas. Casi se había detenido cuando le dijo el nombre de su madre. Por supuesto, la recordaba... Pero entonces, ¿por qué, sin embargo, no había reaccionado en absoluto ante el nombre de Alex?

La cabeza le iba a explotar, de enfado contra sí mismo, contra ella, contra la vida disoluta de su madre, que era la responsable de todo.

Llegó a su alojamiento conduciendo de forma automática, empezando a sentir que la explosión nerviosa pasaba cuentas al insomnio de las últimas noches, se tomó un calmante y se tumbó un rato.

3

Isabel Porto estaba por fin en la cama, tras otra jornada agotadora en la que había carecido de tiempo incluso para pensar en los acontecimientos al mismo ritmo en que se sucedían.

Últimamente su vida era un ir y venir de un compromiso a otro, viajes, comidas de trabajo, entrevistas, apariciones publicitarias en eventos públicos que, en su mayoría, la aburrían o hasta detestaba...Y siempre con el teléfono en la oreja o vibrando en su bolsillo, emitiendo notificaciones constantes.

A sus dos mellizos, sus hijos adoptivos, apenas los veía, y eso era algo que le dolía y frustraba. La hora del descanso, por lo tanto, nunca era tal. Su cerebro se convertía en un hervidero donde convergían el resumen de acontecimientos del día, arrepentimientos, vueltas y revueltas sobre palabras que dijo u otras que nunca debió pronunciar, personas queridas a las que tuvo que dejar de lado, repaso de la agenda de los días siguientes...

Pero esta noche, de forma insospechada, se había añadido a sus problemas uno mayúsculo que los barría todos; una preocupación adormilada de proporciones extraordinarias. Un monstruo del pasado regresaba, e Isabel temblaba, notando arder la herida que, después de tantos años, al fin había creído cerrada.

Echó de menos a Germán, su esposo. Tan solo habían podido intercambiar unas palabras durante una breve llamada que él hizo desde Tokio, donde se encontraba ocupado en la rehabilitación de un edificio histórico que se acondicionaría como centro cultural español. Como arquitecto de renombre internacional, viajaba a menudo. Este viaje, en concreto, estaba siendo de mayor duración de la usual, pero acordaron que lo realizase, ya que ella estaría ocupada con su campaña. Pensó que tendría poco tiempo para echarle en falta, pero hacía muchos años que no le necesitaba tanto. Afortunadamente su trabajo ya estaba muy avanzado y proyectaba volver en pocos días.

Ahora que la vida parecía intentar compensarla del dolor sufrido, que había conseguido transformarse en una mujer fuerte, pero no fría, que se sentía profesionalmente estimada hasta el punto de ver como posible alcanzar el mayor honor al que un político es capaz de aspirar, que sentía que el difícil

y arriesgado paso dado al adoptar a sus hijos había sido la mejor decisión de su vida, una catarsis purificadora que la había reconciliado con el mundo..., su universo volvía a estar a punto de implosionar.

Al principio le había tomado por un loco más, un acosador chiflado, un periodista listillo... Bregaba con tipos así varias veces por semana. Pero, Sandra Bernal... Ese no era un nombre al azar...

Isabel se giró una vez más en la cama, segura de que no dormiría ni un minuto aquella noche salvo que tomase una pastilla. No le gustaba hacerlo, pero la agenda del día siguiente volvía a ser oprimente, más que apretada. Debía hallarse lo más lúcida posible y ofrecer su mejor aspecto, o los partidos de la oposición aprovecharían para inventar rumores sobre su estado de salud mental o física. Por lo tanto, abrió el cajón de la mesilla, se la tomó con un sorbo de agua y se arrebujó otra vez entre las sábanas, intentando sentirse protegida. Se dormiría pronto, como resultado del fármaco, pero su mente aún pretendía llegar a alguna conclusión sobre aquello para poder descansar tranquila; adoptar alguna medida antes de que llegase el sueño.

No paraba de darle vueltas al supuesto secuestro del niño. Alex, dijo que se llamaba. Quizá se tratase solo de una artimaña, pura mentira. Podía tratarse de una encerrona, de una manera de atraerla para grabar una conversación que la hundiría... Al fin y al cabo, bien sabía ella que nada tenía que ver con raptos alguno. También existía la posibilidad de que el hombre fuese sincero. Entonces un niño pequeño podía estar secuestrado, y, según su padre parecía creer, la causa tenía que ver con ella.

En todo esto había demasiadas cosas que la asustaban. La posibilidad de que lo ocurrido en verdad pudiese ser descubierto, de que ya lo hubiese sido, era una. Pero el que el hombre no estuviese equivocado, y de alguna manera ella pudiese verse implicada en el secuestro del niño, la inquietaba también.

Según el padre, el niño estaba secuestrado para que su secreto no se revelase. Si tal cosa era cierta, ¿quién guardaba sus espaldas sin ella saberlo? Peor aún, ¿quién de su entorno había indagado en su pasado? ¿Cuánto sabían exactamente?

Durante un rato Isabel luchó contra la modorra que lentamente la poseía, tratando de dar respuesta a esas y otras preguntas antes de dormirse. Después cayó en un sueño profundo hasta las seis de la mañana, cuando sonó el inmisericorde despertador.

Aturdida, la candidata a presidenta de la nación se levantó sin pensárselo y comenzó de forma automática el ritual de cada día.

Después de tomar una ducha regresó al dormitorio y consultó el cuadernillo que le habían entregado los del departamento de Imagen. Al menos hoy en eso tenía suerte, pues para la agenda del día le recomendaban ponerse un traje de pantalón de espigas de color teja con el que se sentía muy cómoda. Se vistió con él y luego extrajo del joyero que consideraba de baratijas los complementos sugeridos en el cuadernillo.

A las seis y media se preparó unas tostadas con el pan recién hecho por la máquina que le había regalado uno de sus hijos por su cumpleaños y varias tazas de café bien cargado. A las siete llegó Trini, la maquilló, repasó su peinado y dio el visto bueno a su aspecto general. A las siete y media, en medio del desayuno y la mejora de imagen, había hojeado periódicos, contestado mensajes y chequeado correos.

A las ocho, cuando salía por la puerta, se cruzó con Beatriz, que venía a ocuparse de los niños y a hacer las tareas domésticas. Se saludaron brevemente. Beatriz le preguntó acerca de las notas que los niños habían llevado el día anterior. Isabel no sabía nada. Recordó de golpe que la chica se lo había mencionado cuando llegó por la noche. Le dijo que se las dejaba en una mesa del salón, pero ella no se había acordado de abrirlas. Beatriz levantó una ceja y le dedicó una mirada de reproche algo insolente mientras ella, incómoda, soltaba algunas frases a modo de disculpa.

Isabel tenía carácter, pero no se tomaba a mal los reproches que la acusaban de faltas en el trato a sus hijos. Aunque últimamente fuese difícil de llevar a cabo, siempre lo había tenido claro: lo primero era ser madre, al menos durante el poco tiempo que pasaba en casa.

Isabel se subió al coche que la esperaba. Sus asesores, Oscar Ferrero y Eduardo Mota, cada uno colgado a un teléfono, le hicieron sendos gestos a modo de saludo; el conductor, hombre amable al que conocía desde hacía varios años, le dio los buenos días.

Darían un mitin a las doce. Tenía por delante dos horas de trayecto, pero poco iba a poder sumergirse en sus asuntos. En realidad, una entrevista telefónica, sumada a la charla con los compañeros, hizo que el viaje pasase en un suspiro. Llegó a destino en forma, insuflada de adrenalina, agradecida por las ocupaciones, aunque no tuviesen poder suficiente para borrar su preocupación totalmente ni durante demasiado tiempo.

Al llegar les aguardaba un bufé en la sede del partido. Isabel se unió a su pequeño grupo de mayor confianza con una copa de vino tinto en una mano, un croissant vegetariano en la otra, y la cabeza completamente en las nubes.

Anhelaba un momento de soledad que estaba muy lejos de ir a llegar. Las interrupciones constantes de sus pensamientos la obligaron a darse por vencida y las abandonó para integrarse en la vorágine preelectoral.

–Buenos días, Isabel. Te preparé este plato con tus cosas favoritas, para ahorrarte la batalla frente al bufé.

El joven miembro del partido la sonreía cariñosamente mientras le tendía un plato colmado de salmón ahumado, cornetes rusos, y pinchos y canapés variados.

Ella le dedicó una sonrisa de gratitud y le agradeció el gesto. Se llamaba Javier, y asistía a todos los mítines que le era posible. Aunque era tímido siempre se acercaba a ella con algún detalle o palabras cálidas. Le consideraba un chico dedicado y amable, y notaba que sentía cierto afecto por ella, una clase de afecto que hubiera podido tener su culmen en una cama, de haberlo querido ella. El atractivo del poder, se decía sonriendo para sus adentros, que no solo no es exclusivo de los hombres, sino mayor en ciertas mujeres. También ella le había cogido cariño, pero el chico le sugería más un nuevo hermano para sus hijos que ninguna clase de lujuria.

–Para ser un malvado troll eres un gran chico –le dijo.

Javier se rio de forma risueña. Su cometido durante la campaña consistía en desacreditar a los adversarios y sembrar cizaña en las redes sociales, al tiempo que cantaba loas y alabanzas de su propio partido haciendo uso de robots y de miles de cuentas distintas en las que actuaba fingiendo ser múltiples personas. Contaba con muchos compañeros en esas lides electrónicas, pero él pasaba por ser él el más hábil y comprometido de todos, y el favorito de los políticos a la hora de manejar sus cuentas y escribir en su nombre.

–Me han contado que Twitter ardía anoche gracias a vosotros –continuó ella.

–Sí. Es asombrosa la estupidez de la masa y la capacidad de unos pocos para manipular a tantos, gracias a Internet. Nunca se había conseguido mayor beneficio con menor inversión. Cuando era pequeño me preguntaba qué interés tan grande movería a los gobernantes a acelerar la expansión de Internet, que no impedían la piratería de todo tipo que la hacía crecer. No tardé mucho en darme cuenta de que la razón era su inmenso potencial para lavar cerebros a la par que mantener idiotizada en su limbo a la masa. Con Internet devorando su tiempo se evita el riesgo de que medite sobre el mundo real, o de que exprese su descontento en revueltas o manifestaciones. Internet

es el mayor circo de todos los tiempos. El circo definitivo. Podrá faltar el pan, pero, el circo gratuito, ya jamás.

–Vaya. No sabía que pensarás así –comentó Isabel.

Cuando Javier iba a contestar, otra voz dijo:

–El problema para nosotros es que la masa más ignorante, y por tanto más manipulable, se concentra en la Izquierda, la cual ha sabido sacar partido, desde el primer minuto, del mayor vehículo propagandístico de todos los tiempos.

Quien había hablado era Santiago Soler, secretario personal de Isabel y asesor del partido en múltiples materias, que ahora sonreía al lado de Javier.

A este su presencia le hacía sentir muy incómodo. Le consideraba frío, calculador, ambicioso, lleno de ideas absurdas ante las que los demás eran obligados a comulgar, y capaz de aplastar a cualquiera que se interpusiese en su camino. Sin hacer nada, sin decir nada, invadía a los demás de una sensación de inferioridad que muchos confundían con el efecto de su gran valía. Para Javier, era el simple resultado de un gran complejo envuelto en mala leche.

–Estoy completamente de acuerdo –le respondió el joven, detestándole por la interrupción, e inmediatamente se disculpó y le dejó a solas con la candidata.

–Me han comentado que un periodista intentó montarte un escándalo ayer –soltó Soler tan pronto quedaron a solas.

Isabel estaba acostumbrada a él. Sabía que tenía ojos en cada acera de Madrid, que no derrochaba tiempo ni palabras en transmitir sus pensamientos. Aun así, el comentario a bocajarro la pilló por sorpresa. Las cualidades mencionadas eran de su agrado cuando se constreñían a su esfera pública, pero lo que menos deseaba era que un hombre como él indagase en su vida privada. Durante unos segundos fingió no saber a lo que se refería, mientras pensaba a toda velocidad en alguna escapatoria, pero hubo de rendirse, y contestó:

–¡Ah! Supongo que hablas del que me interceptó durante unos segundos cerca del Congreso. Nada. No tiene importancia. Un chiflado o un izquierdista intentando que le diese un chillido en público para crearme mala imagen.

–Y eso lo hace importante –manifestó él con contundencia. Parecía un hombre sencillo, con su rostro redondo, sus ojos oscuros de cejas pobladas, su calvicie más que incipiente, su sencillo traje, que, aunque hecho a medida,

no lucía en su cuerpo horondo. Isabel detestó su tozuda profesionalidad. Pero la aborreció aún más cuando él dijo—: No te preocupes, ya he mandado que lo investiguen.

—No era preciso —dijo ella. Le había dado un vuelco el corazón. Su voz sonó altamente molesta, y su expresión la acompañaba—. En este momento debes tener a todo el mundo buscando bajo tierra fango que arrojar a los de Izquierdas. Puede ser la diferencia entre el triunfo y la derrota. Tú me lo enseñaste.

—Ciertamente. Y porque la oposición también lo sabe, hemos de ocuparnos de pegar un raquetazo a cualquier bola de mierda con la que intenten ensuciarnos. En cuanto a las que han de ir en su dirección, no te preocupes: Ya contamos con unos cuantos kilos de estiércol de primera clase. Pero lo arrojaremos en el último momento, cuando carezcan de tiempo para limpiárselo y ninguna sorpresa posterior pueda volver a cambiar la intención de voto del electorado. No debes preocuparte por nada. Soy como la Real Academia: Limpio, pulo y doy esplendor. Hablando de otra cosa, está noche te haré llegar los cambios para el mitin de Las Palmas —prosiguió él—. Jesús me los mandará esta tarde y en cuanto los repase te los envío. —Observó el mohín en la expresión de ella—. ¿Qué ocurre? ¿Algún problema con los discursos?

—Los encuentro demasiado extensos y repetitivos. Me cuesta trabajo memorizarlos.

—Pues es fundamental que lo hagas, incluyendo exclamaciones, pausas, gestos, gesticulación de brazos y pestañeos. ¿Qué pasa? ¿Estás agobiada? Tienes mala cara.

—¿Te extraña? No he tenido un minuto de paz en las últimas semanas. Estoy deseando que la campaña acabe.

—No te vengas abajo ahora.

—No lo hago. Solo desearía poder tener un poco de tiempo para hacer cosas sencillas: darme un baño de espuma sin preocuparme del teléfono; recibir a mis hijos cuando vuelven del colegio y cenar con ellos... No hablemos ya de desperdiciar un rato frente a la tele, leer un libro o salir de compras...

—¿Crees que eres la única? No estás sola en esto, ya lo sabes. Tienes cientos de personas detrás trabajando a destajo para que el triunfo sea nuestro. Ellos también madrugan y trasnochan, tampoco ven a sus hijos, y la mayoría nunca se ha dado un baño de espuma.

Las palabras de Soler eran de aliento, pero sonaban a advertencia y a reproche. No era su intención, claro, ella lo sabía. Simplemente, él era el mejor estratega del mundo de la política, pero a la hora de recibir ánimos era mejor buscarse a otro; las habilidades sociales no eran su fuerte.

Soler era sobradamente consciente de sus desventajas en ese campo, eso era seguro. De hecho, si la naturaleza hubiese sido más generosa con él en cuanto a trato humano, fachada y carisma, no sería un poder en la sombra, la cara oculta de la Luna, sino la luz que brilla por sí misma en lo más alto.

Bueno, esto era lo que ella creía, pero cuando lo había comentado con sus colegas, la mayoría no había estado de acuerdo. Opinaban que, siendo el poder en la sombra el verdadero poder, el que rige a los que supuestamente rigen, desde su posición segura, y se lleva la riqueza, las contrataciones, las comisiones, pero nunca los palos, Soler no sería tan idiota como para aspirar a brillar, sino a ocultarse en lo más profundo de la Tierra.

Isabel pensaba en ello y sabía que ella sí sería la cara visible, la representante que respondería cuando, tarde o temprano, saliesen a la luz las múltiples tramas de corrupción perpetradas por la mayoría de sus apoyos. Pero, en fin, ¿y para qué iba a estar nadie en política, pasada la edad de los ilusos, si no era para sacar tajada? Con suerte, gente rara como ella, feliz de obsesionarse con cualquier entretenimiento que la evitase recaer en el dolor pasado...

–Descuida. El que esté cansada de una rutina aburrida y extenuante no significa que me vaya a venir abajo.

Lo dijo de forma seca, dedicándole una mirada gélida.

Cualquier insinuación de debilidad que le fuera lanzada debía ser instantáneamente atajada, especialmente porque la consideraba una señal de intolerable machismo.

Si Soler se percató de su intención, hizo caso omiso.

–Magnífico –dijo– porque te he preparado una entrevista con un periodista local, fuera de agenda. No me mates. El tío es hijo del dueño de ACESA. Será breve y conciso, lo ha prometido. Sé simpática, por favor.

–¿El de ACESA? ¿No tiene unos cuarenta años? ¿Cuántos tiene el hijo?

–Veintialgo. Es estudiante de periodismo, en realidad...

–¿Me has comprometido a perder el tiempo con un estudiante, con el día que tengo hoy!

–Solo será un rato. ACESA nos ha dado quinientos mil euros para la campaña, no he tenido más remedio.

–Está bien, pero serán quince minutos, ni uno más.

–Suficiente, le harás feliz.

El chico de los de ACESA la impediría pensar en lo suyo durante otros quince minutos más. Bueno, pensar en ello en exclusiva y con profundidad, porque de la cabeza no podía quitárselo. Ahora que Soler lo había sacado a colación, le arruinaría el mitin y el día entero. Lo arruinaría todo hasta que adoptase alguna resolución.

Mientras Santiago Soler le hacía un comentario mordaz sobre un candidato de la oposición, Isabel contempló a Javier, quien tecleaba abstraídamente en su teléfono, de pie en un rincón de la sala. Se le vino, de repente, a la cabeza, la idea de que le convenía tener muy cerca al inteligente chico. La ilusión por la política no duraría mucho en alguien tan sagaz para comprender sus entresijos. Un día no lejano la dejaría con dignidad y tristeza, o se convertiría en una gota más en el océano de quienes continúan en ella por el anhelo de poder y lucro. Pero ahora era el deseo de cambiar el mundo lo que le movía. Era una flor fresca, incorrupta, amigable, llena de talentos y, sobre todo, leal y confiable. Tendría que ponerle a prueba, averiguar hasta qué punto podía otorgarle su confianza.

Algo más de seis horas después, Isabel se hallaba, por fin, sola en el despacho de su casa buscando información en Internet sobre el hombre que la había asaltado el día anterior y su relación con algún niño desaparecido. No tardó en descubrir lo que necesitaba.

Se echó hacia atrás en su sillón y releyó la pantalla de su portátil desde la distancia. El hombre decía la verdad. Era quien había dicho ser y su hijo había sido secuestrado. Su error, por supuesto, era el suponer que ella estuviese involucrada.

Claro está que, en otras circunstancias, pese a que lo lamentara por él, no hubiera tenido ni tiempo ni ganas de decirle que estaba equivocado, que debía buscar por otro camino, sin embargo, había muchos puntos que la intrigaban y preocupaban, y no podía descartar un segundo, aunque discreto y seguro, contacto. Por ejemplo, ¿por qué la policía no había hablado ya con ella? Sin duda lo habría hecho si ese hombre les hubiese expresado sus sospechas sobre su participación en el secuestro. ¿Los vería llamar a la puerta en cualquier momento? ¿Qué sabría exactamente ese hombre? Poco o mucho, si se le ocurría contárselo a los medios, no solo su carrera política, sino su vida entera estaría arruinada...

Isabel se cubrió el rostro con las manos y suspiró con desesperación. El balance del día había sido patético. Un viaje agotador, un mitin mediocre, entrevistas repetitivas y hasta banales... Y todo el santo día con aquello en la cabeza.

Y ahora, ¿qué hacer? ¿Dejarlo pasar? ¿Investigar si no era demasiado tarde para abortar el peligro?

No. Dejarlo pasar, no. No podía olvidarse sin más. Una brecha se había abierto, y la única posibilidad de volver a cerrarla era descubrir lo que sucedía. Pero nadie debía conocer su inquietud, a nadie debía revelarle su pasado, ni siquiera a Santiago Soler, aunque fuese la persona más capaz que conocía para librarle del riesgo. Meditó en profundidad. Sin embargo..., sola no podría hacer las averiguaciones necesarias. Necesitaba ayuda. Las personas que conocía cruzaron por su mente una tras otra, hasta que sus pensamientos se detuvieron en el joven Javier. Se dijo que podía ser el escogido, que le daría solo las briznas de información necesarias, que su obsesión y su respeto por ella le daban un cierto grado de confiabilidad, al menos de momento. Pasó un buen rato reflexionando sobre lo que le diría y cómo lo haría, y después, en cuanto encontró el tono y las palabras que consideró adecuadas, le llamó por teléfono en plena madrugada.

La noche del siguiente día, Cayetana recibió la sorpresiva visita de Rafael Arteaga en el hospital.

El padre de Alex era un hombre aún joven de rostro ovalado, estatura media, cabello castaño claro algo rizado, ojos verdosos y facciones suaves, excepto por una barbilla algo prominente, que entró vestido con vaqueros y camiseta. A la herida, tumbada en su lecho, le costó unos instantes reconocer, en aquella figura de marcadas ojeras y barba incipiente, al activo y pulcro galán al que amaba.

–Rafael –dijo, entre anhelante y muerta de vergüenza, al verle llegar–. ¿Está Alex ya en casa?

El aludido, que había dado unos pocos pasos tras cerrar la puerta, sacudió la cabeza, detenido a buena distancia de la cama. Cayetana pensó que su expresión severa significaba que, como ella había anticipado con horror, la policía le había dado cuenta de su declaración. Rafael ya sabía que todo era culpa suya y no iba a ahorrarle los reproches que tanto merecía.

Se incorporó como pudo en la cama y le clavó una mirada anhelante mientras hablaba, buscando atisbos de piedad en él.

–Lo siento tanto... –Se lamentó con palabras atropelladas, casi sollozante–. Raúl me engañó para conseguir entrar a la casa. Sé que me habías prohibido dejar pasar a nadie, pero era mi prometido y creí que podía confiar en él. Le invité a merendar para celebrar con Alex nuestro compromiso. Quería entretenerle un poco. Vivía como recluso. ¡No había ido a ninguna parte ni visto a nadie en todo el verano! He sido una estúpida. Haría lo que fuese para traerle cuanto antes de vuelta.

Durante las largas horas que llevaba en el hospital, Cayetana había esperado con angustia aquel momento. Había ensayado frases que sabía inútiles, temiendo que nadie sería capaz de encontrar algo que decir que realmente pudiese evitar el odio de Rafael.

Si ella fuese la madre de Alex, ningún idiota que hubiese vulnerado su confianza y desoído sus órdenes podría esperar su perdón. Creía legítimo que Rafael sintiese hacia ella el peor de los rencores, y, con profundo dolor, se había preparado para recibir toda clase de reproches e insultos.

Nunca habría imaginado que el final de su sueño de amor acabase de tan amarga manera. Era infinitamente duro verle allí, con su rostro transmutado de dolor e ira, a punto de hacerla aún más desgraciada. Solo suplicaba que comenzase a hablar, que el horrible trago pasase cuanto antes.

Sin avanzar un paso ni apenas cambiar de expresión, Rafael le dijo:

–La policía te investiga como sospechosa.

Fue como si le propinasen un puñetazo de realidad. Obsesionada por la reacción de él al saber que había allanado el paso a los delincuentes, el ser considerada sospechosa era algo en lo que no había pensado. Ni por la policía, ni aún menos por él. A pesar de lo obviamente predecible que ahora le parecía.

–¡No he tenido nada que ver, lo juro! –casi gritó, angustiada al pensar que él pudiese creer tal cosa de ella–. ¡Raúl me engañó, me manipuló desde que nos conocimos! ¿Por qué no iba a haberme escapado yo con ellos, de ser su cómplice?

–No serías la primera persona que finge haber sido atacada por alguien con quien está compinchada.

–No pensarás que me dejé lesionar aposta. ¿Con qué propósito iba a permitir algo así?

–Es obvio: para ser descartada como sospechosa.

–No puedes creer algo así de mí. ¡Sabes que adoro a Alex! ¡Soy culpable de una imperdonable estupidez, sí, pero jamás hubiera permitido que esto ocurriese de haberlo sabido!

Cayetana esperó alguna señal positiva en su expresión, pero, para su desesperación, él se encogió de hombros. Sin inmutarse, dijo:

–Tiendo a creer que todo lo que has dicho a la policía es cierto, pero está en juego la vida de mi hijo y no voy a confiar en nadie.

–Me dijeron que esperase una hora, que no avisase a la policía sino solo a ti, me amenazaron de muerte a mí y a mi familia, pero me arrastré hasta la alarma sin dudarlo por el terror a que Alex pudiese sufrir algún daño. Le quiero, lo juro, jamás hubiese participado en nada que pudiese ocasionarle el menor sufrimiento.

Él paseó la vista por el suelo, asintiendo inexpresivamente. Eso fue todo.

–Me han dicho que mañana te darán el alta. ¿Qué piensas hacer? –preguntó.

–No lo sé... De momento solo esperar a que Alex esté a salvo –contestó. Tendría que buscar algún alojamiento por la zona, claro, no podía

esperar a que él le ofreciese su antigua habitación.

–Bien –murmuró él–. Me alegra ver que mejoras.

No había sentimiento en su voz. Cayetana comprendió que la sospecha y aprensión vencían, que no estaba seguro de su inocencia.

–Gracias. ¿Y el sobre? Lo viste, supongo. Me dijeron que habían dejado un sobre para ti en la cocina.

Rafael pareció incómodo.

–Sí, claro. Lo vi.

Hizo ademán de irse, pero la pregunta de ella le detuvo:

–¿Qué ponía? ¿Le han pedido dinero? Yo ya le dije a Raúl que tú no eres rico.

–No. Solo se trataba de amenazas para que no llamase a la policía y esperase sus instrucciones. Solo eso.

–Entonces, ¿te han llamado? ¿Han pedido un rescate?

La insistencia de ella pareció molestarle. Asintió y dio media vuelta para marcharse.

–¡Espera! –le llamó. Rafael de nuevo se detuvo, ya junto a la puerta, y la miró–. Nero echó a correr tras ellos, ¿ha vuelto a casa?

Rafael se ensombreció aún más y sacudió levemente su cabeza.

–La policía encontró su sangre y muestras de que le habían atropellado a dos kilómetros de la casa. No estaba su cuerpo. Puede que alguien lo recogiera o que se arrastrará cierta distancia.

Cayetana se había llevado la mano a la boca, conturbada.

–Me ocuparé de llamar a los veterinarios de los alrededores. Quizá alguien le llevara a alguno –se ofreció inmediatamente.

–Lulú ya lo ha hecho, y ninguno sabe nada.

–Quizá continuó persiguiéndolos, herido...

–Tal vez lo hizo... Pero, en ese caso, ya habrán acabado con él definitivamente, o habrá muerto en cualquier parte...

–Ojalá no sea así...

–Ojalá no. Adiós, Cayetana, espero que tu recuperación sea rápida.

–Adiós... Gracias por visitarme...

–Oh, mmm... No le has hablado a la policía del sobre, ¿verdad?

–No. Con los nervios no me acordé cuando estuvieron aquí...

Él le dirigió un gesto de comprensión y abandonó la habitación.

Cayetana hundió la cabeza en la almohada y estalló en lágrimas en cuanto él salió. Una fría visita en una situación trágica. Así había sido escrita

la última página de su historia de amor.

Cuatro días más tarde, Cayetana recibió el alta. Salió del hospital con la cabeza vendada y una cita para revisión pasada una semana.

Había realizado una llamada a la policía para informarse de las últimas noticias. Tan solo le dijeron que Alex continuaba desaparecido y la investigación continuaba.

Durante aquellos días había estado pensando en lo que haría a breve y a largo plazo. En primer lugar, buscaría un alojamiento sencillo en el pueblo más cercano. Desde allí realizaría sus propias pesquisas, sobre todo en lo referente a Nero. Dudaba de que la policía se preocupase por él, y, sin embargo, el último sitio donde el perro hubiese sido visto probablemente sería un punto por el que los secuestradores habrían pasado.

Cayetana lo conocía bien. Era tan testarudo como dominante y territorial. Sabía imponerse, sabía impresionar con su sola presencia. A pesar de ello, en las manos de Alex solo era una dulce y noble criatura que le adoraba.

Entrenado como perro de terapia y asistencia, pasaba con el pequeño veinticuatro horas al día. Le encendía las luces por la noche; le quitaba los calcetines; le traía y llevaba cualquier cosa que le pidiera: desde un refresco de la nevera que él mismo abría hasta el mando de la tele... Y gemía como un cachorro las pocas veces que no estaba con él... Nero se entregaría hasta su último aliento para salvar a su niño. Y, si para alguien esa no era razón suficiente para preocuparse por él, su paradero podría ofrecer una pista importante para encontrar a Alex.

Más adelante, cuando Alex regresase a casa, se tomaría unos días en la casa rural de su hermana hasta que el curso de enfermería en el que pensaba matricularse empezase.

Esos estudios eran algo que venía madurando desde mucho tiempo atrás y que había postergado, primero por sus fantasías con Rafael y, más tarde, por su enlace con Raúl. Pero ya no tenía sentido relegar un sueño realizable por uno imposible.

Había ahorrado suficiente dinero como para ir tirando durante el primer año, aunque buscaría un trabajo de media jornada. Serían años duros, viviría humildemente, pero eso mismo la ayudaría a olvidar rápidamente, lejos de allí.

“De camino al Congreso. Sufriendo el atasco de los viernes”, tuiteó Javier. Sentando a la mesa de su pequeño despacho, cogió el bolígrafo, marcó una cruz en el listado junto al nombre de Pedro Aparicio, tomó un sorbo de café, cerró sesión en la cuenta de Twitter, ingresó a otra con datos distintos, y, bajo su nueva identidad, escribió esta vez: “Nada como una buena clase de Jiu Jitsu para comenzar el día. Os lo recomiendo.” Javier tomó otro sorbo de su taza y marcó una cruz en el listado junto al nombre de Damián Centeno.

Cada cruz equivalía a un tuit enviado. A esa hora de la mañana, ningún nombre tenía más de una cruz. Al finalizar el día, a eso de las siete, las ocho o las nueve de la tarde o noche (¡Como si tuviese horario!), veinticinco nombres de relevantes políticos contarían con sus buenas dos o tres crucecitas. Y, cuando tocaba, hasta alguna entrada en Facebook.

No conocía a casi ninguno de ellos más que por las indicaciones que cada uno le había enviado por email indicando sus gustos y aficiones, el tipo de mensajes que podía y no podía enviar, el lenguaje que debía utilizar, los temas particulares que quería ver reflejado en las redes sociales y ese tipo de cosas.

Su misión consistía, según le habían explicado entre bromas y veras, en hacer pasar por “pueblo” a sus dirigentes, de forma que aquel no los viese como a “diferentes”, sino como a cualquier anodino miembro de su manada. Consistía en fingir que senadores, diputados y alcaldes podían desperdiciar su tiempo escribiendo mensajes públicos sin valor alguno, al igual que ellos, cuando debían emplear hasta el último segundo en encontrar la forma de alimentar y legislar a ese vulgo parásito que aún andaría en cuevas y taparrabos si superiores inteligencias no les hubiesen guiado y mantenido en la sacra civilización.

Se le había explicado que el votante tipo teme a quien no se involucra en sus entretenimientos comunes. El orangután más fuerte, que no necesita aliarse con otros para vencer, daña la autoestima de quienes no sobreviven sino como infértiles eslabones de una cadena, como peones a quienes es preciso indicar a qué ficha deben saltar. Y aunque este sector parásito de la sociedad –quienes trabajan por cuenta ajena, fundamentalmente– es

consciente de su necesidad de un líder y adora al Estado patriarcal que le da mascados los alimentos, no acoge de buen grado a quienes destacan de entre ellos.

La plebe tiene grabado a fuego, desde tiempos inmemoriales, que quien se aísla lo hace porque se cree superior, porque no es capaz de limitarse a la sarta de menudencias a la que ellos dedican sus vidas feliz y orgullosamente.

Posiblemente, quien inventó la rueda era un lobo estepario carente de la ayuda de la tribu para transportar los animales cazados, que hubo de superarse a sí mismo, y a todos los demás, transmitiéndonos, gracias a ello, un legado invaluable y eterno. Suele ser cierto que son, efectivamente, superiores, y no se les perdona. El español siempre ha sido muy envidioso, ya se sabe, además de vago, y prefiere limitarse a despiojar y ser despiojado, antes que mover el trasero y crecer y mejorar a costa de arriesgarse a sentirse inferior. Aunque sepa, y porque sabe, que lo es; paradoja de la condición humana.

Quien le había transmitido a Javier todo este saber –con palabras más apropiadas y solemnes que las que él era capaz de reproducir– era su jefe, Santiago Soler. Experto en Asuntos Electorales por la universidad norteamericana George Washington, Soler, que había montado su primera consultora de comunicación con 23 años y, con 26, la empresa Soler & Asociados Public Affairs, no había cumplido aún los 30 años cuando diseñó la campaña del partido regional que había convertido a Isabel Porto en presidenta de su Comunidad, consiguiendo remontar quince puntos respecto a las últimas elecciones y quedando a cuatro mil votos de la mayoría absoluta. Algunos aspectos de su brillante campaña habían recibido premios en Estados Unidos.

Un año después, la ahora diputada y entonces presidenta, tomó la decisión de sacar a su asesor de entre bambalinas y le nombró director de la Secretaría de Presidencia con rango de consejero. Desde ese momento, se acuñó el término “consejero sin cartera”, para aclarar que no se movía un papel ni se leía un discurso dentro del Gobierno si no era previo análisis de Soler y su equipo, formado entre otros por profesionales que trabajaron para el Gobierno de la oposición.

Javier había captado su atención de manera especial desde su primer encuentro, por lo que solía dedicarle algo de tiempo cuando podía.

Javier, que era pocos años menor que él, sentía que entre ambos existía un abismo de mil generaciones, y se encontraba siempre incómodo en su

presencia.

En las reuniones sociales con sus más íntimos, se desfogaba contando las anécdotas de sus encuentros, cuando Soler le llamaba para pedirle informes y terminaba envolviéndole en conversaciones filosóficas.

Una de las más sonadas lecciones iba a tener lugar aquella misma mañana, cuando, inopinadamente, el jefe le llamó a su despacho.

El joven acudió a su presencia, molesto por la interrupción de su trabajo, una tarea rutinaria que le permitía recrearse en sus pensamientos sobre la inesperada llamada de Isabel Porto que había recibido aquella madrugada.

—¿Cuál es el estado máspreciado para el ser humano, Javier? —interpeló Soler tras hacerle tomar asiento.

Javier contuvo un suspiró de descontento y tedio, y se esforzó por disimular lo que opinaba sobre la pregunta. Los ojos del interpelado se alejaron del consejero, llevándole a adquirir un aire pensativo. No meditaba, sin embargo, sobre lo que él consideraba más valioso en su vida, sino en la Objetivista respuesta que su atento oyente deseaba escuchar.

Detestaba a las personas que no paraban de molestar al prójimo con sus preguntas, como un profesor en su encerado, y parecía ser la máxima afición del consejero siempre que tenía tiempo.

Era motivo de risas y escalofríos su obsesión con la obra de Ayn Rand, y proverbiales sus acosos a cualquiera que se pusiese a tiro, preguntando si ya habían leído *La Rebelión de Atlas*, reprobando a quienes no lo hicieron, y exigiéndoles la inmediata subsanación de la falta. Algunas veces, como la presente, Soler escogía una víctima y, sonriente y místico, lanzaba preguntas como aquella, fáciles de contestar para quienes ya sabían de qué pie cojeaba el asesor y se habían leído las obras de Rand para no verse aún más importunados por el fanático admirador de la filósofa liberal.

Si por algo había caído bien Javier a Santiago Soler era porque supo responder acertadamente a sus preguntas sobre *El Manantial* la primera vez que se vieron. Javier no había leído una sola página del libro de Rand, pero había visto la película de Gary Cooper unos meses atrás, detalle que omitió a su jefe.

¿Qué era lo máspreciado? Javier había hecho bastantes investigaciones posteriores a su primera entrevista con el consejero. Recordaba de memoria la cita que da título al libro: “*El ego del hombre es el manantial del progreso humano.*” ¿Sería esa la respuesta? Escarbó más hondo en sus conocimientos. ¿Cómo era Howard Roark, el protagonista del libro? Tozudo, rebelde,

innovador, independiente, íntegro, fiel a sí mismo. No sabía más.

Apenas había leído las doscientas primeras páginas de la gruesísima biblia de Soler, titulada *La Rebelión de Atlas*, la respuesta debía de ocultarse tras las ochocientas que le faltaban. Así que pensó por sí mismo. ¿A qué se referiría exactamente con “estado”? La salud es un estado, la felicidad también... Pero nada de eso le sonaba a Ayn Rand. Se devanó los sesos. Valorarse a sí mismo... Luchar por sí mismo... Pensar por sí mismo... Ser uno mismo... Mirar solo por uno mismo... No daba con una única palabra, pero sabía que estaba allí. Sabía, al menos, lo que para él era lo máspreciado. Se sintió incómodo después de un rato. Soler era de los que se quedaba mirando hasta que el alumno daba su respuesta, solo entonces levantaba el yugo. Así que Javier soltó lo que sabía que era un absurdo:

–¿El egoísmo?

Soler dejó caer su medio calva cabeza a un lado y esbozó una sonrisa compasiva.

–El egoísmo es necesario, pero no es un estado, ¿verdad?

Vaya... Otra vez. Sin querer había dado pie a una nueva interpelación colegial.

–No. Claro...

Soler saboreó en silencio el momento previo a la revelación y luego, blandiendo su brazo como un hacha ante los ojos del discípulo, desveló:

–¡La libertad, Javier! ¡La libertad!

Javier estuvo a punto de chasquear los dedos. ¡Claro! ¡Si se la sabía!

–Iba a decirlo. Es que estaba buscando... la... palabra...

Soler ni le escuchó. Disparó la siguiente pregunta; la importante, la que le había traído al despacho.

–¿Y tú eres libre?

Había que contestar que no, claro, porque, ¿quién lo es?, se preguntó Javier.

–Supongo que no.

–¿Qué te refrena?

–Lo usual, supongo. Los condicionamientos desde la infancia, las presiones exteriores...

Con un gesto de aprobación, Soler se sentó de lado sobre la mesa, frente a Javier, y se cruzó de brazos para añadir:

–Y el amor, ¿no? La familia, la novia. Hasta las cosas a las que uno se ha acostumbrado. Los pequeños placeres, los placeres grandes. Y no nos

olvidemos de los pecados capitales. ¡La pereza! La pereza esclaviza. El acomodamiento es la gran cadena que te abraza como un boa constrictor hasta reventarte por dentro. Y tú te has acomodado, ¿verdad, Javier? –Javier le observó serio, conturbado. Soler había borrado la sonrisa profesoral y le miraba ahora como un padre decepcionado. Hacía casi dos años que se conocían. Esta vez no esperaba respuesta. Establecía una evidencia—. Repasé tu expediente. Estuviste trabajando en tres bufetes distintos en el tiempo que transcurrió desde que saliste de la facultad y empezaste con nosotros. Tres trabajos en poco más de dos años. A razón de unos pocos meses en cada sitio. ¿Por qué?

Javier hizo una mueca de ignorancia y se encogió de hombros.

–Eran empleos precarios. Quería aprender, mejorar...

Y, además, omitió, los contratos se terminaron y no me los renovaron para no tener que hacerme indefinido, o porque mi falta de motivación era evidente.

–Excelente. Entonces, ¿por qué luego llegas aquí, aceptas un trabajo pueril, propio de un becario, y permaneces en él durante cerca de dos años?

–Porque soy licenciado en Derecho y actualmente ahí fuera no hay mucho más para escoger.

Soler enarcó las cejas con exageración, como si hubiese escuchado una absurda mentira.

–¡Pues invéntatelo! –exclamó—. ¡Crea tu propio bufete! ¡Arriesga! ¡Rehúye a la masa amorfa! ¡No te conviertas en un parásito! ¡Aporta! ¡Crea! –Javier evitó mirarle como a un chiflado. ¿De qué nube se había bajado? Que creara ¿qué? Que pusiera un bufete, ¿con qué pasta? ¿Para qué clientes?—. Sé lo que estás pensando, pero ¡*Audentes fortuna iuvat!* Escribe un libro, pide una subvención... ¡Lánzate!

Soler miró atentamente a Javier. ¿Se equivocaba con él? A simple vista parecía solo un buen chico: atento, amable, la hormiguita trabajadora que cumple su tarea sin destacar. Pero sus ojos escrutadores descubrían a un joven inteligente y ambicioso que labraba su camino con la callada sabiduría del emperador Claudio. Su expediente académico era brillante, pero eso no significaba nada. Le había visto ayudando a los candidatos en las últimas elecciones: se involucraba, tenía iniciativa, parecía disfrutar.

Y en cuanto a lo de las redes sociales, era el mejor. Lo relativo a ellas parecía una banalidad, pero era consciente de que era un trabajo difícil, necesario y de gran responsabilidad. Al principio, pocos políticos habían

consentido en crear cuentas en lo que consideraban medios para el vulgo iletrado, y menos en que fuesen gestionadas por otro, pero al ver la pericia de Javier, muchos más se habían puesto en sus manos. El chico hasta había creado cuentas para establecer falsas conversaciones, lo cual resultaba muy útil para que el dueño de la cuenta real pudiese exponer ideas de su interés, fingiendo que alguien le había preguntado al respecto, y para hacerle parecer simpático y dicharachero sin necesidad de contestar a las tontas preguntas de los usuarios reales.

A primera vista, a Soler le había gustado su forma franca de mirar, su aspecto de arcilla suave a la que modelar.

–Bueno, a decir verdad, si no estoy en otro trabajo es porque no he tenido interés en intentar encontrarlo. Escogí esta opción, fuera del mundo del Derecho, y no me arrepiento. No solo conozco personas importantes que algún día podrían ser mis clientes, sino que no me parece que este sea un trabajo despreciable. Hago de investigador, de espía, de psicólogo, de agente secreto... He tenido que aprender recetas de cocina; sé la fecha exacta en que se podan los setos y cuál es el abono óptimo para las orquídeas; estoy al tanto del ganador del tour de Francia y de los embarazos de las princesas del mundo; sé cómo hacer que los peces Betta críen en cautividad; conozco el mejor anzuelo para la trucha; el listado de los dioses griegos; la mejor fecha para viajar a las islas Galápagos; el largo que...

–De acuerdo. De acuerdo. Así que te sientes feliz y realizado.

–No soy la pieza más importante del engranaje, pero soy útil a la causa. Estoy a gusto con los compañeros, me entero de cosas que no están al alcance del abogado de un bufete, uso mi tiempo como me place mientras cumplo mi función, hago amigos importantes... Me siento agradecido por la oportunidad de trabajar con gente de la que aprendo tanto. Me tratan bien, me siento valorado... –Javier hizo un gesto indicando que con ello le bastaba.

Por el rostro de Soler atravesó un cambio sutil y fugaz que borró su máscara campechana dando paso a una expresión entre seria e insondable que todos conocían mucho mejor.

–Creo que ha llegado el momento de que te comprometas más con nosotros –Soler hizo una pausa dramática que le permitió observar la mutación en la expresión del chico–. Te he observado atentamente y he decidido encomendarte otro tipo de tareas.

Se miraron fijamente. Javier se irguió en su asiento, sacando pecho y devolviendo la mirada con la misma fijeza.

–Estoy abierto a todo –garantizó–, y, por supuesto, muy halagado por tu confianza en mí.

–Eso es justo lo que esperaba. Ven a mi despacho mañana a primera hora. Te explicaré lo que necesito y firmarás un nuevo contrato.

6

La segunda temporada de *Un crimen por amor* acababa de ser aprobada y en el taller de costura no se disimulaban la satisfacción y alegría. No era para menos; nadie podía dudar que el magnífico vestuario de época, merecedor de un premio Velázquez, estaba siendo capital en el éxito de la telenovela.

Emma Sánchez, la diseñadora encargada del vestuario de la mala de la serie, había tenido mayor trabajo y responsabilidad que nadie al vestir a un personaje millonario y vanidoso que debía lucir dos o tres elegantes modelos en cada episodio.

Últimamente el estrés debido a esto y a la ruptura con un novio egocéntrico y celoso le habían causado un insomnio ya preocupante. Hacía ya tiempo que su cuerpo reclamaba unas vacaciones que ella no podía concederle, pero ahora, por fin, terminada la tercera temporada, contaba con esos ansiados días para sosegar su mente.

Durante la larga espera había ido planificando la forma de aprovecharlos al máximo. Por supuesto, alejarse de la gran ciudad era algo obligatorio. No quería multitudes. Ni terrazas repletas de gente, ni colas para entrar en monumentos, ni la posibilidad de otros desencadenantes de mayor estrés, como vuelos cancelados o tipos hablando por el móvil a viva voz durante un largo trayecto, confinada, sin escape, en el vagón de un tren. No. Lo tenía muy claro. Haría un tranquilo viaje en coche y se alojaría en una cabaña o casa rústica, por el norte, donde correría un arroyo y que estaría tan aislada como fuese posible.

Sus amigas Marita y Andrea le habían manifestado sus deseos de escaparse un fin de semana con ella, lo cual podía resultar agradable. No obstante, de todas formas, no pensaba irse sola. Su más importante plan consistía en la adopción de un pequeño perro. Llevaba ansiándolo desde la niñez, pero, con cuatro hijos en un piso, su madre se había negado en redondo. Ahora el sueño había regresado con fuerza desde que su amigo Héctor se había hecho voluntario en un refugio canino.

Un compañero al que cuidar, pasear y acariciar era maravilloso para la salud mental, según muchos artículos al respecto. Ahora vivía sola y podía

compartir con él un piso grande, parques cercanos y más tiempo que la mayoría de dueños de perros, puesto que ella solía crear sus diseños en casa, que después llevaba al taller de costura, donde daba las instrucciones a las costureras.

Así pues, Emma disfrutaba de una copa de champán, ilusionada porque al final de la fiesta Héctor iría a recogerla y la llevaría al refugio, de extranjería, para que pudiese ser ella quien se llevase a una adorable cachorrita, mezcla de caniche y bichón maltés, que acababa de llegar por la tarde y no duraría ni una hora en cuanto abriesen las puertas a la mañana siguiente.

A las diez y media de la noche sonó su teléfono y supo que Héctor la esperaba abajo. Se despidió afectuosamente de todos y se dirigió a la salida.

Héctor tenía veintitrés años y era un genio de las matemáticas. Estaba terminando la carrera de Física, especializado en Astrofísica, y ya sopesaba algunas ofertas de trabajo que le habían hecho para cuando finalizase sus estudios. Por lo demás, tranquilo, deportista, familiar, amante de las comedias televisivas y, sobre todo, de los animales, en cuya compañía decía encontrar un oasis de paz que le permitía ensoñarse en sus pensamientos y pergeñar nuevas teorías sobre distintos aspectos del universo. Aún vivía con sus padres, por lo que las visitas al zoo, donde solía sentarse durante horas, con un cuaderno sobre las rodillas, rodeado de tranquilos herbívoros, y su reciente voluntariado en el refugio, eran sus únicas opciones de pasar tiempo con ellos.

—¿Te lo has pasado bien? —preguntó a Emma en cuanto esta tomó asiento junto a él en el coche.

—Muy bien. Figúrate... Sabiendo que no voy a tener preocupaciones durante más de un mes... Bueno, es un decir. Úrsula ahora va a adoptar a la sobrina, y me va a tocar a mí vestirla. Y ya tiene dieciséis años, y es tan insoportable y vanidosa como su tía, así que requerirá otro montón de ropa.

—¿Todos los de la casa de los ricos te tocan a ti? —preguntó Héctor mirándola con empatía.

—Todos. Hasta los invitados a las fiestas que solo salen un rato y de refilón.

—Pues menos mal que se cargaron al padre en la primera temporada...

—Pero los hombres son más fáciles... Pero bueno, tú sabes que me encanta vestir a las ricas, ni loca las cambiaría por las pobres, aunque sean mucho más fáciles y den menos trabajo. La satisfacción que te da ver a las actrices súper guapísimas, con vestidos que has creado tú... Me encanta.

Obviamente están basados en ropajes de la época, pero yo les doy mi toque.

–Y saber que el Velázquez que le dieron a la serie por el vestuario en realidad te lo estaban dando a ti.

–Sí. No me voy a pavonear delante de los demás, pero de sobra lo sabemos todos. De ahí que yo gane más. Y luego me ponen caras largas... Pero, bueno –Emma ladeó el cuerpo hacia Héctor, con ilusión en el rostro–, Háblame más de la perrita.

Héctor proyectó una sonrisa de oreja a oreja.

–Te vas a deshacer al verla. Es como una bolita de algodón con ojitos negros, súper cariñosa y tierna. La trajo una mujer mayor que se la encontró junto a unos cubos de basura. Pobrecita. Alguien que no tuvo suficiente raciocinio para evitar que su perra se preñase debió de echarla a la calle para que un coche la atropellase o se muriese de hambre, sed, moquillo u otra enfermedad. Lo que antes sucediera. Cabrones.

–Pues probablemente tendría hermanos, ¿no?

–Puede que muriesen en el parto o poco después. A saber en qué estado estaba la pobre madre... La señora que la trajo la ha cuidado un tiempo con ayuda de su hija. Pensaban quedársela, pero a la hija le ha salido un trabajo en el extranjero y la señora sola no se ve con fuerzas porque su movilidad no es muy buena. Claro, sacarla a la calle varias veces al día, bañarla, agacharse para recoger caquitas... Pues no puede. Lloraba cuando vino. Qué pena nos dio.

–Me lo figuro. Pobre mujer, ya se habría encariñado.

–El *vete* le ha hecho el chequeo esta mañana y su salud es perfecta.

–Genial. Anoche le estuve apañando una camita monísima, aprovechando retales del vestido verde de terciopelo de Úrsula. Con el que está en la fiesta cuando el jugador le pega un tiro al marido. Sabes cuál, ¿no?

–Sí, claro. El que sale al comienzo de los capítulos.

–Ese. Me puse a mirar las que había en las tiendas de Internet y pensé: “Joé, si yo puedo hacerla mucho mejor, y encima gratis”. En un pispás la acabé y me ha quedado preciosa. La he hecho grandecita para que le valga de adulta. Con cordón dorado de las cortinas de Úrsula alrededor. Súper elegante, vamos, ja, ja.

Se rieron ambos, rememorando las cortinas del salón del personaje más importante de la telenovela, ante el buen uso dado a los retales sobrantes de la escenografía.

–Y hablando de cortinas, ¿las que me prometiste?

–Sí, ya lo sé, no se me han olvidado. Ya sabes cómo he estado de tiempo y de ganas, pero de aquí a dos semanas te juro que te las hago.

–¿Dormiste mejor hoy?

–Por el estilo.

–¿Él te ha vuelto a molestar?

–Me dejó una carta en el buzón al ver que le había bloqueado en el teléfono y en el email, y la tiré en la primera papelera por la que pasé. Eso me hizo sentir genial, porque lo hice sin esfuerzo alguno, ¿sabes? No sentí ni curiosidad por lo que pudiera decir. Fue como la propaganda del telechino, que sabes que no te interesa, la tiras y no vuelves a pensar en ella.

–¡Fabuloso! Entonces, ¿borrón y cuenta nueva?

–Novísima.

–Pero si volviera a molestarte se lo dices a Carlos de inmediato, ¿eh?

Carlos, su hermano y policía, había tenido que intervenir extraoficialmente para ajustarle las tuercas al ex novio de Emma cuando este no aceptó la ruptura. No hubo motivos suficientes para solicitar una orden de alejamiento, pensaban que debido a esta prematura intervención.

–Claro.

–¿Ya has pensado a dónde irás?

–El destino exacto, no, pero tengo varias casas rurales vistas, en pleno campo, alejadas del mundanal ruido, que admiten perros... ¿Te apuntarás?

–Tres o cuatro días, sí, seguro.

–De acuerdo. Entonces eliminaré las que no tengan suficientes habitaciones libres. Marita y Andrea quizá vengán un *finde* también.

Emma le miró de reojo, esperando una reacción. Andrea, hermana de Marita, era una estudiante de biología por la que Héctor sentía inclinación.

–Ah, ¿sí?

–Síiiii –dijo ella con una amplia sonrisa cómplice–. Y Marita me ha dicho que a Andrea le gusta un chico de su clase, así que como no te des prisa...

–Bah. Hay muchos peces en el mar.

Emma se rio, y continuaron charlando hasta llegar al refugio.

Una cosita adorable, pequeña y de suave y largo pelo blanco; eso era lo que Emma había ido a buscar al refugio de animales.

Cuando al día siguiente el refugio abriese sus puertas al público para el sorteo de adopción, habría demasiados candidatos para llevarse a Lola, tal era

el nombre que le habían puesto a la cachorrita, de ahí que Héctor y Emma estuviesen allí tan tarde, solos, recorriendo las instalaciones a toda prisa, hacia la zona de cuarentena.

–Te va a encantar –dijo Héctor, andando con rapidez por delante de ella, quien no podía apartar la vista de las grandes jaulas llenas de perros que los observaban a su paso–. Es justo lo que necesitas. Es dulce, obediente, tranquila, y tan pequeña que podrás llevarla en cabina en los aviones. Ahora está muy triste y asustada, claro, pero no tardará en recuperarse después de unos días de mimos tuyos.

–Qué suerte, Héctor –señaló ella con voz más lánguida que alegre–. Pobrecitos perros; ojalá pudiese llevármelos a todos.

–Conque te lleves a uno ya estás salvando a ese y a otro que podrá ocupar su lugar aquí. También podrías venir de voluntaria de cuando en cuando.

–Ya te he dicho que no estoy hecha para eso. Se me encogería el corazón al ver entrar a los animales heridos y raquíticos. Incluso pensar en ello me da ganas de llorar. Ya sé que si todos pensásemos así el mundo sería aún más mierda, pero afortunadamente la naturaleza crea algunos como tú para compensar los montones de basura como yo.

Héctor le lanzó una rápida mirada de soslayo. Estaba muy preocupado por ella. Emma era tan buena, tan noble, tan inteligente..., y en sus relaciones personales nada parecía irle bien. Era fuerte, y la creía cuando decía haber superado lo de su ex, pero algo de su carácter se había perdido en la batalla.

Unas semanas atrás a veces le había hablado como si su estima por el resto del mundo y la vida misma hubiese muerto. Recuperarse, cuando uno se siente tan mal, había de llevar su tiempo, por mucho que ella se mantuviese entera cuando hablaba con él. Si no, ¿por qué era incapaz de conciliar el sueño?

Confiaba en que Lola consiguiese ayudarla a salir de la crisis; le insuflaría alegría, ilusión y nuevas ganas de vivir. Él ya lo había visto otras veces.

Mientras Héctor buscaba la llave de la oficina entre las varias del manojito, Emma se detuvo frente a una jaula. En ella había un perro enorme, negro, que, puesto en pie, la taladraba con una mirada profunda e inquisitiva.

El perro olisqueo el aire brevemente. La estudiaba con sus privilegiados sentidos y ella se preguntaba qué conclusiones sería capaz de extraer, si habría alguna emoción o enfermedad que se le pudiese ocultar. Sabía que los

perros son capaces de detectar cosas tan asombrosas como cánceres, bajadas de azúcar, embarazos, depresiones, miedo...

“Me evalúa como un chico a una chica a la que ve por primera vez”, pensó Emma fascinada, con los ojos clavados en los de él.

–Este perro es increíble –le dijo a Héctor– Me observa como una persona. Tiene esa mirada fija propia de una persona, de un niño inteligente y curioso.

Héctor se volvió para mirarlos.

–Sí –contestó–. Es un Schnauzer Gigante de pura raza. Los llaman “el perro con cerebro humano”. Pobrecillo. Lo rescataron en un pueblo de la Sierra agotado y con las patas ensangrentadas. Creemos que debió andar muchísimos kilómetros, tal vez siguiendo el rastro dejado por el coche de quienes le abandonaron a su suerte. Tuvo suerte de que no le atropellasen.

–¿No será que se perdió? –preguntó Emma con asombro–. ¿Cómo va alguien a abandonar a un perro así?

–Por desgracia hay montones de perros de raza abandonados porque crecen más de lo que los ignorantes desaprensivos que los compraron previeron, o porque no han sabido educarlos ni son capaces de buscar a un adiestrador, que podría solucionar sus problemas de mal comportamiento en pocas sesiones. Se nota que a este le alimentaron bien y le han cuidado el pelaje hasta recientemente. Lleva hecho un *stripping*, que es una forma de arreglarles el pelo que sale muy cara en un perro tan grande. Glándulas anales limpias, uñas cortadas... No lleva por ahí mucho tiempo. Así que es posible que se haya escapado. A pesar de los cuidados, de alguna forma, parece que le hayan maltratado, porque le está costando mucho confiar en nosotros. Parece que tú le gustas; no te quita ojo.

Héctor abrió la puerta de la oficina, Emma lanzó un beso al perro y le siguió al interior.

–Ponte cómoda y vete firmando los papeles mientras voy a buscar a Lola –dijo él, sacando los documentos de adopción de un mueble fichero y colocándolos sobre la mesa–. No tardo. ¡Ya verás qué monada! ¿No estás emocionada?

–Ya lo creo –respondió ella, sonriéndole.

Héctor salió de la oficina y Emma se sentó, cogió un bolígrafo y empezó a leer el contrato de adopción. En él ponía el nombre de Lola, características, estado de salud, peso, alzada..., y la serie de obligaciones que se le exigían a ella.

La mente de Emma pasó por encima de estos datos y se ausentó, volando como un espíritu enamorado, hacia el animal en la jaula de afuera. Pesaría diez o doce veces más que Lola. Era impresionante, hermoso... Y, también... inmanejable. Bañarlo sería imposible. No podría cogerlo en brazos para trasladarlo si enfermaba o se accidentaba. Requeriría horas y horas de ejercicio. Y un tremendo gasto de alimentación. El simple hecho de considerar llevárselo era una locura. Pero ¡la inteligencia de aquella mirada!

Se levantó y asomó la cabeza desde la puerta de la oficina, como a hurtadillas, para echarle un nuevo vistazo sin que él la viera. Pensaba que lo encontraría tumbado, desinteresado ya de su presencia, pero no hizo más que asomar la cabeza y volvió a encontrarse con sus ojos negros, su expresión alerta, su porte serio, digno y principesco. No. No pasaba de ella.

Emma hizo un gesto de autoreproche y pensó: “De acuerdo. Me he enamorado. Pero date la vuelta y sal de aquí con esa pequeña Lola que seguro que te hará muy feliz. Es lo más sabio, lo más cómodo y prudente. Hazlo, aunque sepas que nunca olvidarás a este. Que recordarás para siempre esa mirada. Que te preguntarás qué pensaba, qué intentaba decirte, y que te dirás hasta la muerte lo increíblemente inteligente que parecía, lamentando el no haberte arriesgado a vivir lo que indudablemente sería una relación asombrosa. Que tendrás para siempre cargo de conciencia y un sentimiento de haberle abandonado”.

–¡Mira quién viene por aquí! –exclamó Héctor alegremente, trayendo en brazos a la pequeña Lola.

–¡Oh, Dios mío, qué monada! –dijo Emma, siguiéndole hasta el interior de la oficina mientras echaba mano al sedoso pelo blanco del animal. Llevaba un lacito rosa recogiendo el largo flequillo.

–¿Qué te dije? ¿Es o no es adorable?

–Totalmente –contestó enseguida Emma–. Los ojitos negros de Lola la miraron un momento y luego se pasearon por la habitación. Sí, era adorable, una monada y todo eso, pero... Era como comparar un peluche a pilas con un niño. Le faltaba vida, sorpresa. Era un perrito anestesiante, mientras que el Schnauzer parecía capaz de hacer fluir la adrenalina–. El perro de fuera ¿cuántos años tendrá?

–Es bastante joven. Dos o tres, o poco más.

–¿Crees que lo adoptarán pronto?

–No lo creo. Los perros tan grandes se los suele llevar gente que los busca para cuidar fincas o casas grandes con jardín. En el caso de este, que no

aconsejamos que conviva con niños ni con otros animales, las posibilidades se limitan aún más. ¿Has firmado ya los papeles?

—Aún no... Verás, es que... Por Lola con seguridad se darán de tortas mañana, mientras que ese perro tan precioso e inteligente que me mira como... Bueno, no sé cómo... Creo que no pondría pegas a venirse a casa conmigo. Le intereso. Y él me fascina. Sé que me vas a decir que no es el más adecuado, pero creo que quiero intentarlo.

—Olvídalo. ¡Ni en sueños! Es un perro de reacciones impredecibles que piensa por sí mismo y solo obedece si la orden está de acuerdo con sus intereses. Hay gente aquí que no se acerca a la jaula por temor a sus arranques de mal humor. No puedo dártelo, aunque quisiera. Lo primero es el bienestar del perro, quien se lo lleve debe contar con experiencia, tiempo y un lugar espacioso donde pueda hacer ejercicio. Si lo encierras en tu piso y le sacas a pasear una hora al día, o dos de cuando en cuando, se volverá aún más agresivo. Además, puede que alguien lo esté buscando. Así que abre ese transportín y ayúdame a meter a esta preciosidad. Y no le hagas feos diciendo que no la quieres; se enteran de todo.

—O sea —porfió Emma haciendo caso omiso—, que es más beneficioso para el perro estar de por vida encerrado en esa jaula, con paseos por el refugio como toda diversión, que vivir en un piso para él solo, con una humana para él solo, la mejor comida, los mejores cuidados, paseos, excursiones, vacaciones...

—Ya vale. No seas loca. En serio. Ese perro no es para ti. Lo traerías de vuelta tarde o temprano, creándole un nuevo trauma al pobre animal. Y tendrías suerte si la causa no fuese que te hubiera mandado al hospital.

—¡Vamos, Héctor! —exclamó ella, harta de exageraciones—. ¡Ven, mira!

Emma salió de la oficina y se plantó frente a la jaula del perro, el cual continuaba de pie, escuchando con atención, observando la escena, moviendo sus orejas y esnifando el aire en su dirección.

Era un modelo de dignidad, elegancia y belleza. Una mezcla de sabio y atleta griego. Emma imaginaba las miradas pasmadas de los transeúntes cuando recorriesen juntos las calles.

Puso una rodilla en el suelo, junto a la verja. La cabeza del animal estaba casi a la altura de la suya y le impactaban su tamaño y la fijeza de sus grandes y brillantes ojos avellanados. Con bastante aprensión, se forzó a meter la mano por los barrotes y le acarició, con dos dedos y sin apenas tocarle, la parte inferior de la mandíbula, sobre la que flotaba su larga y sedosa barba

negra. El perro permaneció completamente quieto, observándola, y luego dio un paso hacia atrás.

–¿Has visto? Es dulce, incluso tímido. Simplemente necesita a la persona adecuada para sacar lo mejor de sí, igual que todos nosotros. –Se puso en pie y se dirigió a Héctor con expresión de ir muy en serio–. No me voy sin este perro.

–¡No puedo dártelo, Emma! No sois aptos el uno para el otro. Perdería la confianza de mis compañeros.

–¿Porque vivo en un piso? Nadie que aparezca por aquí, dentro de meses o años, porque tiene una finca y busca un perro al que emplear como guarda sin sueldo, le ofrecerá tanto tiempo y ganas de cuidarle como yo. Tengo el campo a diez minutos de mi casa. Le llevaré a menudo. Le daré largos paseos. Le meteré a clases de *agility* para que gaste energía. Contrataré a un adiestrador si no consigo educarle. Es verano, pronto le llevaré de vacaciones a alguna parte. Vamos, Héctor... Aún tengo remordimientos por un gusano de seda al que maté por estupidez cuando tenía siete años. No voy a fallar a este perro. Ni él a mí. Si tienes miedo de lo que digan los demás, pueden visitarle para conocer su evolución cada vez que quieran. Y no me digas que más de uno no saltará de alegría al ver que has conseguido colocárselo a alguien. Ahí dentro cabe él solo o doce Lolas... No creo que te cuestionen a quién se lo diste.

Héctor miró al perro, que tenía las orejas alzadas y miraba a los dos humanos pendiente de su conversación, quizá luchando por entenderla, seguro de ser su centro. Sacudió la cabeza y, aunque semiderrotado, insistió:

–En lugar de con un apoyo emocional vas a salir de aquí con una enorme responsabilidad y la posibilidad de grandes problemas que empeoren tu estrés.

–Quizá es lo que necesito. Me ofrecerá mucha más distracción que ese peluche al que solo hay que alimentar y acariciar mientras ves la tele.

–Pero me sentiría responsable de cualquier cosa que te ocurriese por culpa de no haber cumplido con mi responsabilidad, zanjando esta cuestión en este mismo momento con un no tajante.

–En primer lugar, no va a pasar nada que no pueda resolverse, y, en segundo, como cualquier adoptante adulto que pasa por aquí, tú me haces tus recomendaciones y yo la elección final.

–Como ya te he dicho, cabe la posibilidad de que el dueño quiera recuperar a su perro. Si ha recorrido muchos kilómetros fuera de su hogar,

como parece, quizá aún no haya podido encontrarle. Solo lleva aquí unos días.

–Muy bien. Si algún dueño desesperado lo reclama se lo... Pero, espera, ¿no debería llevar un chip con los datos del dueño?

–Sí lo lleva, pero los datos nunca se dieron de alta. El veterinario encargado de ello o se olvidó, o hizo algo mal, o el chip estaba defectuoso o vete a saber. No es la primera vez.

–O el tipo que lo abandonó encontró la forma de borrarlo...

Héctor resopló y se encogió de hombros. No sabía qué más de decir y optó por rendirse. Probablemente Emma devolviese al perro en menos de tres días por propia voluntad. Solo esperaba que no fuese agresivo con ella. Tendría que permanecer alerta y hacer un seguimiento cercano durante el periodo de adaptación.

–Espera –dijo vencido–. Voy a llevar a Lola a su jaula y prepararé los nuevos papeles–. Emma lanzó una exclamación de júbilo y se volvió hacia el perro, acercándose de nuevo a su jaula–. Por cierto, le hemos llamado Black –explicó Héctor a voces mientras se alejaba.

Emma se apoyó en los barrotes y le miró sonriente.

–Mira que han sido originales... ¿Verdad, Lennon?

El domingo por la mañana, Isabel llevó a los niños al Parque de Atracciones, donde había organizado un encuentro con Javier.

Pese a las apariencias, no dejaba de ser un evento más de los planificados por el partido. Este, con la intención de ofrecer la cara más humana de la candidata. Dos hijos adoptados pesan aún mucho más que dos hijos biológicos ante los votantes, en opinión de Santiago Soler, y a eso había que sacarle provecho. Unos selectos miembros de la prensa gráfica seguirían a la familia, sin molestarla, para divulgar la imagen, por todos los medios posibles, de esa madre amantísima que no descuida a sus hijos ni en los momentos más ocupados de su carrera profesional.

La ocasión no podía haber sido más propicia para pedirle a su joven ayudante que la acompañase, con el pretexto de que subiese con los niños a las atracciones que a ella no le agradaban. El chico pareció sentirse feliz y halagado, y a la mañana siguiente se presentó temprano en la casa de su líder, y de ahí partieron todos juntos hacia el parque.

El día tuvo momentos muy agradables para ella. La excitación de los niños la alejó de sus problemas y se relajó y disfrutó con ellos y con su alegría.

Pasaron la mañana montando en las atracciones. Ella los acompañó en casi todas, pero se quedó abajo mientras montaban en la montaña rusa, buscando con la mirada a los periodistas, cuya presencia le hacía sentir un deje de traición hacia sus hijos.

Los niños no sabían que les seguían. Isabel no se lo había explicado para evitar que pensaran que solo pasaba el día con ellos por razones políticas, o que no era capaz de olvidar su trabajo y dedicarse a ellos ni un solo día. No era así. Aunque la idea de la visita no hubiese sido suya la había aceptado de buen grado, y aquellas estaban siendo las horas más agradables en mucho tiempo.

A la hora del almuerzo buscaron una mesa tranquila, entre pinos, a donde llevaron perritos calientes, hamburguesas, patatas fritas y refrescos.

Javier se llevaba muy bien con los niños. Parecía uno de ellos y era capaz de hablar con ellos de videojuegos, dibujos animados y otras aficiones

infantiles sin temor a la opinión de Isabel. El muchacho se había integrado en la familia y parecía un miembro más.

Si las circunstancias hubiesen sido diferentes, Isabel solo estaría pensando en la forma de mantenerlo a su lado, a salvo de las malas influencias, en ayudarlo a recorrer el camino de la política, si era lo que él quería. Sin embargo, era ella quien necesitaba su ayuda para acabar con aquel nudo en la garganta que la estrangulaba cada vez que su problema le volvía a la mente.

La tarde se acababa, así que debía buscar un momento de privacidad con él para poder hablarle.

Dio dinero a los niños y les mandó a comprar algodón de azúcar y helados, y, en cuanto estuvieron solos, comenzó a hablar con Javier. Pero no había hecho más que abrir la boca cuando una voz de mujer pronunció su nombre desde la distancia.

Al principio pensó que simplemente se trataría de una inoportuna simpatizante o detractora del partido, pero, al girar la cabeza, un estremecimiento la sacudió.

Su mente pareció suspenderse en el tiempo durante unos instantes, tras el azote de esa imagen del pasado que se dirigía hacia ella.

Envejecida, deformada, a la figura contrahecha y mal encarada que se aproximaba la hubiera reconocido entre millones de efigies malignas similares. Isabel se puso en pie de golpe, muda y con la respiración contenida.

Javier comprendió que algo grave pasaba al advertir su reacción y la lividez de su rostro.

Cuando la mujer estuvo lo bastante cerca como para que ella pudiera apreciar los detalles, Isabel comprobó que el tiempo no solo había encogido y retorcido su cuerpo, sino que también había excavado sobre su rostro horribles surcos, labrados, en parte, por las drogas, el alcohol y ese odio y rencor contra la humanidad del que antaño había hecho gala.

En cuanto la sorpresa la permitió reaccionar, Isabel buscó a los niños con una evidente preocupación en la mirada que no pasó desapercibida a los ojos del astuto joven. Los divisó a unos cien metros, caminando hacia el puesto de los helados.

–¿Qué ocurre, Isabel? –preguntó él– ¿Conoce a esta mujer?

La voz de ella se deslizó con esfuerzo entre sus dientes, quebrada y seca.

–Por favor, Javier, ve a cuidar a mis hijos.

El joven miró a las dos mujeres.

Isabel continuaba observando a la recién llegada con una expresión que traslucía hondo temor. Cosa que poco podía extrañarle a Javier. Se trataba a todas luces de una mujer que no podía pertenecer al círculo social de Isabel. Una mujer de expresión hosca que exudaba ordinariéz; canosa, despeinada, mal vestida. Alguien que parecía capaz de acuchillarle a uno si osaba colársele en la cola de la panadería.

Javier dudó. No solo porque parecía inminente el tener que proteger a Isabel de una confrontación física, o cuando menos, verbal, sino porque, desde luego, deseaba descubrir quién era la palurda y qué quería decirle. Finalmente, a regañadientes tras una nueva mirada de su jefa, optó por cumplir el encargo y se alejó hacia los niños, sin quitar la vista de encima a las dos mujeres.

–¿Y tus guardaespaldas? –preguntó Sandra Bernal.

–Andan cerca –contestó Isabel–. Discretos.

–Claro. Es un día familiar. Tan familiar que solo te han faltado anuncios en el metro para divulgarlo más. Los críos venden, ¿verdad? Aunque sean comprados, como esos dos tuyos. ¿Sabes cuál no es comprado, cuál es sangre de mi sangre? Mi nieto, Alex. Él que tú has secuestrado. He venido hasta aquí para que me digas dónde cojones lo tienes. Para exigirte que me lo devuelvas.

Sandra hablaba rápido y a viva voz, pero Isabel trató de mantener la calma. Contestó despacio y en voz tranquila:

–No sé nada sobre eso, como ya le dije a tu hijo.

–¡Y yo me lo creo, no te jode! –Respondió, alzando aún más la voz–. ¡Tú has secuestrado a mi nieto para obligarme a mantener la boca cerrada, por si acaso se me ocurría beneficiarme de lo que tú y yo sabemos y vendía la información al mejor postor!

–Jamás he pensado que se te ocurriera hacer eso, sabiendo que tú serías la mayor perjudicada.

–No, de eso nada. Yo podría forrarme y, con la pasta, desaparecer de este país a otro donde no me encontrasen en la puta vida. Tú, ¡tú! sí te habrías hundido en el fango. Lo habrías perdido todo, absolutamente todo. Tu chollo en el gobierno, tu prestigio, tus votantes, tu familia de encargo...

–Piensa un poco, Sandra, y dime por qué estaría negándote el haber secuestrado a tu nieto si lo hubiera hecho con la intención de asustarte. ¿Qué sentido tendría? ¿No crees que haría mejor confirmando tus sospechas?

–¿Me has tomado por gilipollas? Crees que llevo una grabadora

escondida, pero te equivocas. No es esa la forma en que yo soluciono los problemas, deberías saberlo.

–No, no es cierto –murmuró Isabel con contenida desesperación–. Ni siquiera lo había pensado, porque, tienes razón, conozco bien tu forma de actuar, y me sorprendería mucho menos verte sacar una pistola del bolso que una grabadora. No sé cómo puedo convencerte, ni sé que más decirte. No tengo nada que ver en ese asunto. Pierdes un tiempo conmigo que deberías usar buscando en otra parte. Estoy segura de que en estos años has cosechado incontables enemigos. Busca entre ellos al que secuestró a tu nieto, porque yo no tengo nada que ver. No tenemos nada más que hablar. Por favor, vete ya.

–Y ahora es cuando yo me doy media vuelta y me alejo cabizbaja meditando en tus palabras. ¡Y unos cojones!

La exclamación había sido proferida en una mezcla de grito y gruñido que llamó la atención de la gente cercana. Isabel comprobó que Javier y sus hijos las observaban, lo mismo que otras personas.

–Por favor... –murmuró.

–Podrás llamarme hija de puta, agresiva, violenta, ordinaria y hasta analfabeta, pero no soy gilipollas. Ya he tenido palabras y más que palabras con los otros sospechosos de mi lista, aunque todos ellos estaban muy por detrás de ti. A estas horas me la suda si tienes algo que ver o no. Estás en la mejor posición del mundo para encontrar a mi nieto, y más te vale hacerlo. Cada veinticuatro horas a partir de este momento haré llegar una jugosa pista sobre tu pasado a tres periódicos de tirada nacional. Cuanto más tiempo tardes en encontrar al niño, más posibilidades tendrán ellos de completar el puzle. Te aconsejo que empieces cuando antes.

Con un sonoro golpe, Sandra Bernal dejó un papel sobre la mesa de picnic y se dio media vuelta sin más, sin dar ocasión a las protestas que la expresión de Isabel ya dejaban translucir.

–¡No puedes hacer eso! –exclamó, viéndola alejarse, en voz tan alta que más tarde lo lamentaría–. ¡No conseguiré nada! ¡No tengo el poder que crees!

Segundos después, mientras ella todavía contemplaba la marcha de su enemiga sin querer llamar más la atención al perseguirla, sintió la mano de Javier sobre su brazo.

–¿Quién era esa mujer, Isabel? –El rostro preocupado del joven se interpuso en su visión.

El embarazo de ella fue evidente.

–Nadie de importancia –dijo, tratando de sobreponerse y recogiendo con

rapidez el papel que la mujer había dejado sobre la mesa. Lo guardó a toda prisa en el bolso, pero pudo ver que se trataba de un número de teléfono.

–¿Qué es lo que quiere de ti? Perdona, pero no he podido evitar oírlos, y sé que te estaba reclamando algo.

–No tiene mayor importancia. No es nadie te digo. Olvídalo –contestó ella, aún sin reponerse.

–Disculpa si sientes que me entrometo, pero nadie que te apreciara podría quedarse indiferente al verte tan pálida y preocupada como es evidente que lo estás ahora.

Isabel se forzó a reaccionar con la mayor naturalidad posible.

–¡Pálida y preocupada! –Exhaló un breve conato de risa volviéndose para mirarle–. ¡Madre mía! Pero mira que eres exagerado. Tan solo es una antigua conocida que pretende cobrarse un favor.

Le miró intentando que su expresión no desmintiese sus palabras, pero supo que no lo había conseguido. Durante unos instantes pareció a punto de hundirse, de hacerle una confesión. Realmente Isabel se moría de ganas de compartir aquello, pero no con él.

–Por favor, trae a los niños –le dijo–. Les dejaremos montar en un par de cosas más de camino a la salida.

–Muy bien. Cuentas conmigo para todo, ¿de acuerdo? Solo quiero que lo sepas. Sé que soy muy joven, que, al contrario que la mayoría de tus conocidos, no estoy en posición de ofrecer mucho más que mi amistad y mi apoyo. También me preocupa que puedas pensar que te hago la pelota para sacar provecho, pero..., en fin... Lo que sea. Cuando sea. A la hora que sea.

El chico parecía nervioso y realmente ansioso de ayudarla, e Isabel se sintió agradecida.

–Sé muy bien que eres una persona especial con quien puedo contar –dijo, dirigiéndole una sonrisa preocupada y entristecida que no llegaba a sus ojos–. Por eso estás aquí. Y por eso sé que, al pedirte que guardes total discreción sobre lo que ha ocurrido, es exactamente lo que vas a hacer.

El chico asintió.

–Por supuesto, así lo haré –dijo, y enseguida se dio media vuelta para traer a los niños.

Isabel ya no pudo levantar cabeza aquella tarde. Agradeciendo la presencia de Javier, recorrió el trayecto de regreso a casa perdida en sus pensamientos.

Su máximo deseo era tener a su esposo, Germán, con ella. Contárselo

todo, coger a los niños y desaparecer, huyendo tan lejos como fuese posible, donde nadie la conociese... Una mera utopía.

Su mayor temor era que Sandra hubiese llegado a averiguar, de alguna forma, lo verdaderamente importante, lo que nunca le habían contado. De lo demás, ¿qué pruebas iba a poder ofrecer? ¿Qué iba a poder decir sin involucrarse ella?

Se puso a pensar en el niño desaparecido, en la forma de poder ayudarlo.

Reflexionó sobre a quién recurrir, en las posibilidades que tenía de conseguir averiguar algo en tan solo doce horas, antes de que aquella mujerzuela enviase la supuesta primera pista a los periódicos, como había amenazado.

La tensión persistía mientras acostaba a los niños, dándose apenas cuenta de lo que hacía. Pensaba en la única persona que lo sabía todo, la única que podía comprenderla y, quizá, ayudarla.

Llamarle no era fácil. Le había visto en contadas ocasiones en los últimos años: bodas, funerales... Nada más. Los reencuentros eran duros para ambos, un rosario de miradas huidizas, silencios eternos o lugares comunes, deseos de que el encuentro acabase... Poco más que dos conocidos obligados a detener su rumbo porque la educación les impone un saludo obligado... Si se decidía a llamarle no sabía lo que podía esperar tras el seco y frío saludo inicial.

Pero Isabel sabía que le sería imposible continuar sin apoyo. Necesitaba a alguien que pensase por ella, alguien que no se viese paralizado por el terror al derrumbe de su existencia. Marcos, su hermano, no era el más indicado para mantenerse frío, su vida se tambalearía también, pero era el único a quien tenía, y, además, lo que estaba ocurriendo le concernía. Por lo que pudiera suceder, debía hacérselo saber.

Como esperaba, su hermano atendió la llamada claramente impactado por la sorpresa, parco en palabras, sin hosquedad ni alegría.

–Qué sorpresa –dijo él.

La voz le llegó a su hermana como el eco lejano en una caracola, como de otra dimensión, de otro mundo. Hubiera deseado poder colgar, que su palpitante corazón dejase de aporrear su pecho haciéndola enmudecer.

Tan solo dos palabras había pronunciado él, pero ofrecían mil datos a quien supiera leerlos, y ella leyó temor, en letras mayúsculas, la desazón causada por los recuerdos, la inquietud al preguntarse por qué le molestaría.

–Sí –articuló ella. Se impuso mantener un tono firme y seguro, pero la

voz se quebraba y los nervios borraban las frases que había ensayado—. Hacía tiempo que no hablábamos. ¿Te va todo bien? —preguntó, sintiendo que era otra persona quien hablaba por ella.

—Sí —contestó él tras un instante—, ¿Y a ti? ¿Y los niños?

—Muy bien. Escucha, me ha surgido un tema del que necesito hablarte con urgencia.

El silencio al otro lado habló de reticencia y disgusto.

—¿Es muy importante? —Preguntó él, consciente de que quizá ella no podría arriesgarse a darle demasiada información por teléfono—. Estoy con mucho lío en el trabajo últimamente.

—Sí, es extremadamente importante. Una cuestión de máxima urgencia que atañe a la familia.

El silencio de él se le hizo aún más espeso, más oscuro. Le imaginó recordando en aquel mismo instante, tenso y enmudecido porque las imágenes del pasado le habían golpeado el cerebro al escuchar sus palabras. Con la respiración cortada, Isabel oyó un hondo suspiro.

—Está bien, mañana no tengo ningún compromiso para comer, podríamos... —sugirió él.

—Necesito verte antes —interrumpió ella—. Aquí, en mi casa, en cuanto los niños se vayan. A las ocho y cuarto, ¿de acuerdo?

Un nuevo silencio mantuvo en vilo a Isabel.

—Está bien.

Cerró los ojos y exhaló el aire contenido.

—Gracias —susurró—. Hasta mañana.

—Hasta mañana —respondió él.

8

Para Emma y Héctor, el domingo también había tenido complicaciones.

La noche anterior, Héctor se había ido de casa de Emma dejándola sola con su nuevo amigo. Ella se negó a que él se quedase a dormir allí nada más que por un tonto temor a que el perro la atacase, y él se marchó con reparos, tras aleccionarla con diversas advertencias sobre el trato que debía darle.

Cuando ella le despidió y se dio media vuelta, se encontró a solas con el silencioso gigante sentado en mitad del pasillo, que no le quitaba la vista de encima.

Emma ya le había acariciado, tan solo el lateral del lomo, pues Héctor le había explicado que ponerle la mano sobre la cabeza, o incluso el lomo, podía hacer que el animal se sintiese amenazado. A ella no le había dado tal sensación.

El perro la había observado y olido cuando se acercó para acariciarle. Tímidamente la primera vez, como un joven príncipe bien educado durante una recepción formal.

En la camita que Emma había cosido con tanto amor, solo cabía la cabeza de Lennon y un poco de su pecho.

También tenía un minúsculo con su correa a juego, de un bonito azul celeste, imitación de cocodrilo. Del collar pendía como adorno un perrito de pedrería, que premonitoriamente, era un Schnauzer.

Guardó el collar en un armario y devolvió la cama, que había colocado en el salón, al cuarto de costura, donde se apañaría para darle mayor tamaño. Incluso los recipientes para la comida y el agua eran minúsculos para él. Pero, por el momento, tendría que utilizarlos, y los colocó en la cocina. Allí le sirvió una gran cantidad del pienso especial para razas mini que había comprado. El perro, sentado a la puerta de la cocina, miró el plato con desprecio y después a ella.

Como Héctor ya le había anticipado, el perro comía mal, según le dijo, debido al calor.

–Vamos, come un poquito –le animó–. Huele bien. Es el de mejor calidad. Mejor que el que te daban en el refugio.

Como él permanecía en el sitio, Emma cogió un puñado de pienso y se

lo ofreció en la mano. Lennon volvió a lanzarle una significativa mirada, sin siquiera olisquear su mano.

Decepcionada, Emma se puso en pie, echó el pienso en el bote, y cogió un paquete de frutos secos que comenzó a comer mientras pensaba qué hacer. Fue entonces cuando Lennon se levantó, se dirigió a su lado y se sentó muy erguido, mirándola fijamente.

–Vaya. ¿Quieres una almendrita?

Emma le tendió una almendra y el perro la cogió de entre sus dedos con ansiedad pero delicadeza.

–¡Hombre! ¡Esto sí te gusta! Veamos qué más cosas te gustan.

Abrió la nevera y sacó un par de cajas. En una guardaba un par de pechugas de pollo empanadas y, en la otra, judías verdes con zanahoria. Cortó un trozo de pollo y se lo ofreció. El perro lo devoró en un instante.

–Vale. Así que el problema es que eres un *gourmet*. El calor no tiene mucho que ver con tu falta de apetito, ¿eh?

Emma troceó las pechugas y se las dio al perro, quien se las comió en segundos, lamió el plato, y alzó la cabeza con cara de bueno, pidiendo más.

–Por hoy, te vas a tener que conformar con eso, a no ser que quieras judías verdes.

Emma le mostró un trozo de zanahoria y el perro se relamió.

Le puso una pequeña ración de judías, con patata y zanahoria, y Lennon nuevamente dio cuenta de todo en un visto y no visto. Tras lo cual se sentó mirándola.

–¡Me estás dejando sin cena! –exclamó ella.

Le dio las judías restantes y se puso un sándwich de chorizo, del que también hubo de darle un trozo.

–Pero ¿cuánto come un perrazo como tú?

Era tarde, y Emma preparó las cosas para acostarle en el baño, donde había un dispensador de feromonas tranquilizantes, que ya había dejado conectado antes de irse, esperando que ayudase al que iba a ser un pequeño y quizá asustadizo perrito, durante las primeras noches en su nuevo hogar. Dada la pequeñez de la cama que tenía lista, provisionalmente apiló unas mantas en un baño, a modo de lecho, y le puso un plato con agua fresca y algunas galletitas para perros, para animarle a entrar. El perro se quedó mirándola con cierta decepción al ver que le dejaba allí dentro.

En todo momento se había comportado con docilidad, y Emma no entendía que la gente del refugio pudiera tenerle algún temor.

Aunque era tarde y el día había sido agitado, su mente estaba despierta y deseosa de adquirir conocimientos sobre la raza de Lennon, por lo que se metió en la cama con su portátil y empezó a investigar. Los comentarios de los dueños de Schnauzers le parecieron extremadamente alentadores. Descubrió que eran perros leales, valientes y perfectos para la vida en familia. Se dio cuenta de que tenía mucho que aprender, sobre todo respecto a las comidas, y de que tendría que proporcionarle mucho ejercicio, lo cual no le sería demasiado fácil.

La posible fuente de problemas se había comportado como un santo hasta ahora. Sin embargo, Emma intuía, veía en sus ojos, que en su cabeza guardaba recuerdos tan arraigados y complicados como los que pudieran bullir en el cerebro de un ser humano.

Se sentía llamada a ayudarle, mas no pensaba que fuese a ser fácil, y el fracasar, el tener que abandonarle, la avergonzaría y causaría eternos remordimientos. Por eso, le costó tiempo dormirse, pensando en ello, y unos instantes antes de conseguirlo, con los ojos cerrados, susurró: “Ruego al universo sabiduría y fuerzas para estar siempre a la altura de tu nobleza.”

Cuando Emma se despertó a la mañana siguiente se dio una ducha rápida en su otro baño y se vistió para pasear a Lennon antes de desayunar.

Salió de su habitación y se dirigió al baño donde este había pasado la noche, encontrándose con la sorpresa de que la puerta estaba abierta. Lennon no estaba dentro y el lugar estaba exactamente como la noche anterior, limpio y con las mantas bien colocadas.

Sin llamarle y caminando con precaución comenzó a revisar la casa. Había dejado las puertas cerradas, excepto la de la cocina, donde pensaba haber dirigido al perro por la mañana para darle de comer antes del paseo. Entró en ella, y, dado que la cocina daba a un patio y solía requerir luz eléctrica, aunque fuese de día, se dio cuenta inmediatamente de que esta ya había sido encendida, revelando un suelo sucio, grasiento, y la fiambra donde había congelado unas sobras de carne estofada, tirada al pie de la nevera, abierta y vacía. Se dirigió a esta, llena de asombro, y la abrió, descubriendo que un trozo de queso de bola también faltaba.

Durante unos segundos de pasmo se quedó plantada frente a la nevera pensando en lo sucedido. ¿De verdad había encendido las luces? ¿De verdad había abierto y cerrado la nevera, tras servirse lo que había querido? Giró la cabeza, esperando encontrarle observándola desde el umbral de la cocina,

pero no estaba allí.

Echó a andar hacia el salón, y vio desde la distancia que la puerta estaba abierta. ¿Lennon la había abierto? ¡Lennon la había abierto! Entró con el temor a encontrarse los sofás destripados, las cortinas rasgadas y quién sabía si algo incluso peor. El mobiliario parecía intacto, salvo que los cojines estaban descolocados. Debió de tumbarse allí, pero ya no estaba.

Salió al pasillo y encendió las luces. Entonces lo encontró junto a la puerta de la calle, como una sombra en la oscuridad, sentado, observándola con seriedad.

No le parecía empezar con buen pie, ni prudente, regañarle por el asalto a la cocina y resto de la casa, aparte de que la admiración se lo impedía, así que Emma le saludó:

–Buenos días. ¿Cómo está hoy mi perrito? –El gigantón movió las orejas al escuchar la voz cantarina–. ¿Quieres desayunar? ¿No? Ah, ¿que ya te has servido? Parece que tienes prisa por salir a la calle, ¿verdad? ¿Salimos? Pues venga, vamos.

Cogió su correa, que había guardado en el cajón del taquillón del recibidor, y se acercó con cautela, vigilante a los movimientos de él. Lennon se puso en pie al instante, siguiendo con sus ojos el curso de la correa. A su siempre circunspecta manera, parecía anhelante. Atenta a cualquier muestra de oposición, Emma se la puso en el collar metálico que traía puesto desde el refugio, con aprensión, pero sin dificultad. Cogió las llaves, y al poco se encontraban en la calle.

Pasados los primeros minutos, en los que iba tensa, preparada para verse arrastrada por la calle como un trineo, o para espantarse viendo como su mascota devoraba a un perro más pequeño o se enzarzaba en una lucha a muerte con otro de su tamaño, Emma comenzó a relajarse y a disfrutar del paseo. Lennon caminaba con tranquilidad, sin tirones, sin sobresaltos, ignorando a viandantes y canes, mirando a todas partes y husmeando el aire de los lugares que atravesaban.

Emma notaba con orgullo las miradas de algunas personas siguiendo el andar de su principesco animal, y disimulaba una sonrisa inevitable. Empezaban a lloverle las razones para alegrarse enormemente de haberle escogido. Su instinto y su corazón no le habían fallado.

Y entonces, llevarían caminando media hora, Lennon la pilló desprevenida y de un brutal tirón la hizo caerse al suelo. A Emma se le escapó la correa y Lennon echó a correr. Cuando ella se levantó instantes

después, socorrida por un joven que venía detrás, al perro ni siquiera se le veía.

Sorprendida, asustada y dolorida, Emma no sabía qué hacer, y, viéndola desesperada, el chico sacó su teléfono móvil y consiguió informarse del número del servicio de recogida de animales abandonados. Emma asistió a estas llamadas diciéndose que había perdido al perro para siempre, que moriría atropellado.

–¿Tenía chip? –le preguntó el chico, a requerimiento de su interlocutor.

–¿Chip? –preguntó Emma.

–Sí. El chip que se les inserta bajo la piel, con los datos del propietario. Se lo pondría su veterinario.

–Sí, pero los datos aún no estarán en el registro. Lo adopté anoche... – contestó descorazonada.

El chico continuó hablando y colgó enseguida.

–Dicen que se pasarán por la zona lo antes posible, a ver si logran encontrarle –le informó.

–Muchas gracias...

Emma se despidió del chico agradecida por su auxilio, pero sintiendo que aquello no serviría de nada, que debía hacer algo más, aunque no supiese qué, a excepción, claro... de llamar a Héctor... Era lo lógico. Detestaba hacerlo, porque significaba darle la razón, cuando no habían pasado ni dieciséis horas desde que se había llevado a Lennon en contra de sus advertencias. Pero la lógica se impuso en seguida, pues sería peor cuanto más se alejase el perro, y Emma realizó la llamada en medio de la calle. Héctor la recogió en su coche media hora después y emprendieron una batida por la zona.

–He llamado a todo el mundo –le contó su amigo–. Procurarán ayudar. Pondremos carteles si no aparece. Lo encontraremos –Héctor se guardó las admoniciones al ver a Emma tan abatida. También vio que se masajeaba la rodilla derecha–. ¿Te has hecho mucho daño al caerte?

–Un poco. En una rodilla y en las manos. Pudo ser peor –Quedaron en silencio un buen rato mientras rastreaban la zona. Emma miraba por la ventanilla absorta en sus preguntas–. ¿Por qué escaparía así, de pronto? No parecía haber nada que lo provocara, ni perros, ni ruidos... Nada. Íbamos por una zona muy tranquila, y, de repente, boom... Quizá simplemente quería escapar de mí, quizá no le gustó estar conmigo...

–O quizá pasaba una perra en celo por otra calle, la olió y se fue en su

busca. Las huidas no son nada del otro mundo en perros que no sabemos por qué terribles vivencias han pasado. No te agobies, ni menos te atormentes pensando qué has hecho o dejado de hacer. No eres tú, es él. ¿Entendido? – Héctor la miró sonriendo al decir esto y ella se rio.

Pasaron el resto de la mañana dando vueltas, ampliando cada vez más el recorrido. Luego comieron algo rápido en un bar y continuaron unas horas más. Llamaron a refugios, a los veterinarios de los distritos adyacentes, a los amigos que les ayudaban en la búsqueda... Nadie lo había encontrado.

–Lo siento, Emma.

–Lo siento yo. Menudo sábado te has pasado, por mi estupidez...

–No hables así de ti. No ha sido estupidez, sino valor. Ya te lo he dicho: estas cosas pasan.

Entraba la noche y Héctor la acompañó hasta su casa. Ella prefirió quedarse sola. Se daría una ducha y se iría a la cama. Pensaba madrugar, pues quizá hubiese noticias por la mañana. Y, efectivamente, las hubo. Lennon había sido capturado por el servicio de recogida de perros de un ayuntamiento vecino, a más de veinte kilómetros de distancia de su casa. Unos vecinos, que lo habían visto revolviendo en los cubos de basura, les habían alertado.

Emma llamó a Héctor para darle la noticia. Él tenía planes ese día, pero podía acompañarla a recogerlo a la hora de comer. Aunque ella ardía en deseos de comprobar que verdaderamente era Lennon el perro encontrado, decidió que sería mejor recogerle con el coche de Héctor, que contaba con un gran maletero y un buen transportín donde llevarle seguro. Así pues, pasadas las dos de la tarde emprendieron juntos el camino.

Él, contento pero meditativo, preguntó:

–Bueno, ¿qué piensas hacer?

–¿Hacer? ¿Con qué?

–Supongo que esto te habrá enseñado algo, ¿no?

–Sí. Que debo comprar un collar antitirones antes de volver a sacarle, o llevarle a adiestrar, o algo.

Héctor sacudió la cabeza. Ella persistía en sus trece. Se lo había temido.

–No quise decirte esto ayer, pero... Te lo advertí. Te dije que ese perro sería una complicación, y, para muestra, un botón. Sabes que volverá a intentarlo, ¿no? No solo no sabemos qué traumas de su pasado pueden moverlo, encima es un terco Schnauzer. Lo intentará mientras le queden fuerzas.

–Entonces es la horma de mi zapato. Es un perro inteligente y precioso. Si piensa que le voy a dejar irse, ahora que lo he conocido mejor, va apañado. Quizá vuelva a intentarlo, pero ahora estaré prevenida, y veremos si lo consigue. Acabará por convencerse de que conmigo está bien. En poco tiempo. Y dejará de intentarlo.

En las instalaciones de la perrera les condujeron hacia su último recién llegado.

–¿Es este su perro?

Cuando Emma había visto a Lennon por primera vez se había encontrado con un perro que hubiera podido presentarse a una exposición. El Lennon de ahora tenía el pelaje mate, la barba sucia, apelotonada, las patas llenas de barro... El perro se había puesto en pie nada más verla y se había acercado a la reja. A pesar de que su aspecto le encogía el alma, no tenía nada que no mejorase con agua y jabón, y ella sonrió.

–Sí, es él.

–¿Sabe que no figuran datos en su chip? Se habría ahorrado fatigas de tenerlo en orden.

–Lo adoptó ayer mismo. Ya hemos enviado los datos, pero sabe que tardan un tiempo –le respondió Héctor.

Le metieron en el transportín del coche con suma sencillez. Se dejaba hacer, colaboraba en todo.

–No bajes la guardia –dijo Héctor cuando los dejó en casa–, no es imposible que sea lo que él está buscando...

Lennon entró por la puerta en cuanto ella abrió, se dirigió al salón y se tumbó en el sofá, donde pasó la noche.

9

Marcos llamó al timbre de la casa a las ocho y cuarto, cinco minutos después de haber visto irse a sus sobrinos al colegio acompañados por su niñera, de apagar el cigarrillo estrujándolo contra la pared de ladrillo de la esquina en que se había ocultado, tomar aire y exhalar nerviosamente una bocanada fresca.

La puerta se abrió inmediatamente, sin darle tiempo a apartar el dedo del timbre.

Isabel apareció al otro lado, y él vio al instante la preocupación escrita en cada centímetro de su rostro. La encontró cansada, con un brillo en los ojos que sugería una noche de lágrimas.

–Marcos...

Se miraron durante unos instantes, reconociendo los estragos del dolor y del tiempo, el uno en el otro, sin poder evitarlo.

Ella abrió la puerta de par en par y le invitó a entrar.

–Gracias por venir. No te hubiera molestado de no ser mi única opción. Germán está de viaje, y, además, es preciso que sepas lo que está ocurriendo.

–No te preocupes. Me alegra verte. Estoy siguiendo tu campaña por la televisión, claro, pero siempre es mejor el verse así, en vivo, claro... Y, bueno...

Él casi temblaba y era evidente que iba a divagar. Ella le interrumpió.

–Ven a la cocina. He preparado café y tortitas con nata y chocolate. Espero que aún te sigan gustando.

Él distendió los labios en una rígida sonrisa de cortesía, tan rígida como lo estaba el resto de su fisionomía.

–Claro que sí... –dijo.

Se sentaron en el confortable rincón comedor de la cocina, donde ya estaba todo dispuesto.

–Zumos de naranja recién exprimido –sonrió ella. Sus miradas se cruzaron un instante y escaparon como bolas que chocan y saltan en direcciones opuestas–, y también zumo de piña.

Sobre la mesa había un frutero bien abastecido y un plato con diversos fiambres.

–Bueno –dijo él observándolo todo–, es muy apetecible.

–Lo he preparado para ti. Pensé que no habrías desayunado, al hacerte salir tan temprano. Es lo menos que podía hacer.

–Te lo agradezco. Es cierto que no he desayunado, pero tampoco lo echo de menos. Si te soy sincero estoy deseando saber por qué querías verme con esta urgencia.

–Lo comprendo. Siéntate, por favor. Te serviré un poco de café y te lo explicaré en seguida.

Isabel sirvió café para ambos y se sentó frente a él. Cogió su taza con manos temblorosas y le dio un sorbo, intentando aquietarse para ser capaz de pronunciar las frases que tanto había ensayado.

Marcos aprovechó para mirarla de soslayo. Observó con tristeza los rasgos de una madurez que parecía más visible de lo debido a su edad. Quizá era en buena parte por la evidente preocupación que sentía, pero la capa de maquillaje, que sin duda solucionaba en su rostro la palidez que no estaba escondida en las manos, no era capaz de disimular la marcada arruga vertical del entrecejo y algunas otras en su frente y alrededor de sus ojos de bolsas abultadas.

La política la estaría envejeciendo a marchas forzadas, era natural, se dijo. Pero no. Pensar así no era más que desviar la culpa lejos de sí mismo. Isabel había cambiado tanto por fuera como por dentro el día en que aquello ocurrió. Su rostro casi de niña se había ensombrecido y amargado ya desde entonces. El tormento le sacudió como tantas otras veces y se encogió, acometido por una oleada de vergüenza, compasión y odio.

–He de soltarlo a bocajarro –dijo ella. Exhaló aire y continuó–: Ayer, Sandra Bernal se enteró por los medios de que yo estaba en el parque de atracciones, pasando el día con los niños. Fue a buscarme. Se enfrentó a mí y me acusó de haber secuestrado a su nieto. Me amenazó con sacarlo todo a la luz si no le liberaba. Por supuesto, intenté hacerle comprender que no tenía nada que ver con eso, pero no me creyó o no le importó. Me amenazó con enviar una prueba de mi pasado a los periódicos cada doce horas, hasta que aparezca su nieto.

Marcos sostenía la taza en su mano y la miraba absorto, tenso como una estatua. Al cabo de unos momentos sacudió la cabeza, asintiendo, como si algo que siempre hubiese temido al fin hubiese llegado.

–¿Se lo has contado a alguien? –preguntó.

–No. Quería hablarlo contigo primero. Además, no tengo a nadie a quien

pedirle que inicie la búsqueda de ese niño sin verme comprometida. Investigarán más a fondo mis razones para interesarme en el caso que el propio paradero del niño. Sería como tenerlos con una flecha apuntando a mi cabeza por el resto de mi vida.

–¿Incluso tu hombre de confianza?

–Especialmente él. Si llega a escuchar el menor rumor, no parará hasta averiguarlo todo. Hará lo imposible para protegerme, pero me tendrá en sus manos para siempre.

Marcos se puso en pie y dio unos pasos por la cocina, pensativo. Al cabo de unos instantes se giró hacia ella y dijo:

–Es completamente imposible que tenga pruebas en nuestra contra. Creo que, simplemente, no debes entrar en su juego.

–Lo que me preocupa es que hubiera descubierto algo más... Lo que ella nunca supo... ¿Y si me vio meses después sin que yo lo advirtiera?

–Te lo habría dicho. Si tuviese una bomba para lanzarte no te amenazaría con un tirachinas. No tiene nada ni sabe nada. No es más que un farol para involucrarte en la búsqueda de ese nieto al que ya habrá matado alguno de sus amigos criminales.

–Sí... A decir verdad, ella dijo “pistas”, no “pruebas”.

–Lo único de que dispone son palabras, intentos de desatar rumores que no podrá demostrar. Ningún periódico la tomará en serio.

La voz firme y segura con que estaba hablando su hermano la animó.

–Tienes razón –dijo–. Si pudiese averiguar cuál es la primera pista que pretende enviar, podríamos saber si tiene algún sentido alarmarse o no.

–¿Qué es lo que haría exactamente Soler si le pidieses que investigase lo del niño?

–No pararía hasta averiguar qué tiene eso que ver conmigo. Después, cuando lo descubriese, erradicaría cualquier amenaza para mi candidatura. Presumo que, en este caso, de forma rápida y sin miramientos. Luego, yo me convertiría en uno más de los títeres que ha ido creando a lo largo de su carrera y que han acabado perteneciéndole. El juego político es así.

–Entiendo. Entonces, no abras la boca. –Isabel sacudió la cabeza. Marcos dio unos pasos por la habitación, meditativo, mientras ella le seguía con la mirada–. ¿Crees que querría hablar conmigo? –preguntó.

Ella se rio.

–No. Si la vieras... Ni siquiera la reconocerías. Lo poco de bueno que tenía debió de desaparecer hace muchos años. Parecía una fiera del zoo.

Hablar con ella no te serviría de nada.

Sin mirarla a los ojos, con voz titubeante, preguntó:

–¿Le has contado algo a tu marido de lo que pasó, de...? ¿O a alguien?...

–No, jamás. A nadie. ¿Y tú?

Marcos sacudió la cabeza, negando.

–Por supuesto que no –susurró. Unos momentos después, inhaló aire, se giró hacia ella, y dijo–: Dame algo de tiempo. Déjame pensar si hay alguien con quien pueda hablar, algún antiguo contacto... Puede que con el padre del niño sea posible razonar. Ahora tengo una reunión. Te llamaré sobre las dos.

–El padre del niño me acosó a voz en grito a las puertas del Congreso, acusándome de haber secuestrado a su hijo. No creo que puedas dialogar con él.

–No veo qué otra cosa hacer. Salvo tratar de encontrar a alguien que pueda darles un toque, en el límite de lo legal. Quizá sea la única posibilidad de parar esto.

–No. Eso no. Ni hablar.

–Está bien...

–Muchas gracias, Marcos. Gracias por venir. Gracias por ayudarme.

Isabel se quedó a solas, algo más animada por el optimismo de Marcos, con cierto alivio ahora que el problema no descansaba únicamente sobre sus hombros, esperanzada, y con un enorme dolor de cabeza tras la tensión sufrida por la visita.

Isabel había sobrevivido a los dos siguientes días, en perpetua alarma, pendiente de una llamada que cuestionase su pasado y su vida entera, cuando, por fin, un acontecimiento de tal índole se produjo. Sin embargo, no fue el temido requerimiento de un periodista ni de un policía, como esperaba, sino un silencioso correo electrónico en su ordenador portátil.

El correo había llegado a una cuenta personal que muy pocos conocían, procedente de un servidor gratuito. Lo que le había hecho abrirlo al instante fue el nombre del remitente, que era el mismo que el del título: Sandra Bernal. El breve contenido, decía:

“Sandra Bernal ha muerto.”

Isabel releyó esas palabras una y otra vez, presa de estupor, con el cerebro convertido en un hervidero de preguntas. Intentó responder la primera de ellas, de quién procedía aquel mensaje, indagando en el código fuente del correo electrónico, solo para comprender que sería imposible averiguarlo.

De inmediato, llamó a su hermano, pero este no cogió su teléfono.

Isabel se derrumbó sin aliento en el borde de una pequeña butaca, con sus ojos desmesuradamente abiertos recorriendo la habitación.

¿Sería Marcos quien le había enviado el mensaje, pensando, inocentemente, que era un método más seguro que el teléfono? Pero ¿es que Marcos..., acaso él...?

Isabel se llevó la mano al pecho como, si asustada inconscientemente por su batir, pretendiese sostenerlo en su sitio.

¿Quién, si no él, podía saber que aquella noticia la importaba?

Se levantó de la butaca y paseó nerviosamente, devanándose los sesos repasando mentalmente las posibilidades, encontrándolas a cada cual más horrenda.

Volvió a telefonar a su hermano, le dejó un mensaje solicitando una llamada urgente, pero intentando disimular su estado, por quien pudiera interceptarlo.

Estaba abriendo la puerta del botiquín en el baño, para tomar un tranquilizante, cuando el teléfono sonó. Lo había dejado en su estudio y por

poco se cae en la carrera hasta allí, golpeándose con las paredes.

–¡Marcos! –gritó–. ¿Puedes venir? ¿Dónde estás?

Al otro lado le respondió una voz inesperada.

–Buenos días, Isabel, soy Martina.

Martina, secretaria de Santiago Soler, esperó a que su interlocutora se repusiese del pequeño error.

Isabel se dio cuenta del tono desesperado con el que había contestado al teléfono. ¿Por qué demonios no se había fijado en la pantalla? Tomó aire y lo exhaló con rapidez, y, con la mayor soltura de que fue capaz dijo:

–Buenos días, Martina. Disculpa, estaba esperando a mi hermano. ¿Alguna novedad?

–Sí. Un pequeño cambio de agenda. Santiago no iba a poder asistir a la reunión de esta tarde por lo que se aplaza hasta mañana. En su lugar, tendrás una rueda de prensa.

–¿Una rueda de prensa? –la voz le salió ahogada por un cúmulo de espantosas posibilidades.

–Sí. Tan solo unos minutos. Aprovechando que la prensa había sido invitada al homenaje a Fernando Mondragón, hemos habilitado un espacio cercano para que puedas hacer su apología y responder algunas preguntas.

Isabel tenía un nudo en la garganta y la fuerte determinación de evitar aquel peligro a toda costa.

–No. No me parece apropiado restarle ni un minuto de protagonismo a Fernando.

–He hablado con él y no solo se ha mostrado de acuerdo sino halagado al saber que le homenajearás públicamente.

–Le homenajearé en privado y personalmente, como ha de hacerse cuando surge del corazón.

Martina había reconocido la voz firme y autoritaria que no daba pie a más argumentaciones, de modo que contestó:

–Muy bien. Informaré a Santiago. Hay otra actividad en la que podrías emplear ese tiempo. Rafael Pedal y otros deportistas están esperando a que les llamemos para una sesión de fotos contigo. Si puedo reuniros a todos hoy, estarán divulgadas en todos los medios para el domingo. El tiempo está justito, pero puedo intentarlo.

Una actividad lúdica, divertida, que no le apetecía nada en absoluto.

–Está bien –aceptó con resignación–. Pero no más de noventa minutos, incluyendo el maquillaje.

–Muy bien. Hablaré con todos y te enviaré un mensaje con el horario.

Nada más colgar a la secretaria, Isabel volvió a llamar a su hermano, infructuosamente. Después regresó al baño y se tomó el tranquilizante de la caja que había sacado minutos antes.

Martina no tardó en enviarle un mensaje. Tras el breve descanso en casa, tenía el tiempo justo para arreglarse y partir hacia la sesión de fotos.

Escogió por sí misma la ropa y los complementos en la sección de su vestidor dedicada a las apariciones públicas. Sus asesores no le habían indicado lo que debía ponerse, pero disponía de directrices para cuando se presentaban estos imprevistos. Escogió un traje pantalón informal, unos zapatos de tacón medio, y las últimas joyas que se había puesto, simplemente porque estaban a mano. Qué más daba. Lo importante sería lo que trasluciese su cara, y eso no podría cambiarlo. Aunque confiaba en que la mezcla del maquillaje y el retoque digital fotográfico hiciesen su magia.

Durante toda la tarde dejó que su cuerpo la condujese aquí y allá, con una especie de piloto automático que, con la práctica adquirida en los últimos días, la permitía absorberse en sus pensamientos cada vez más y más, mientras su cuerpo parecía cumplir con sus obligaciones.

La sesión de fotos con los deportistas hubiese supuesto un inciso agradable de no ser por el temor que la dominaba.

Los jóvenes campeones eran todo sonrisas, amabilidad y alegría, y se sentían honrados y felices de posar junto a ella para apoyar sus mutuos ideales. En honor a esto ella se obligó a olvidarse de todo y dejarse llevar, adoptando posturas divertidas e informales, como se le pedía, y fingiendo disfrutar del momento y su compañía.

En cuanto terminó, corrió a comprobar sus llamadas.

Allí estaba. Por fin su hermano la había llamado.

Sus dedos trastabillaron sobre la pantalla para escuchar su mensaje. No decía mucho, tan solo que le avisase cuando pudiesen quedar. Isabel le llamó de inmediato, y él, esta vez, no tardó en cogerlo. Se citaron en casa de ella una hora y media después.

A la hora convenida el timbre sonó, y ella, que apenas había podido soportar la espera, le preguntó, tan pronto entró y se cerró la puerta:

–¿Fuiste tú quien me envió el email?

La miró un instante, frunciendo la frente con sorpresa, y contestó:

–No te he enviado ningún email. ¿Por qué? ¿Qué decía?

–Que Sandra Bernal ha muerto. ¿Lo sabías?

–No. Claro que no –Marcos sacudió la cabeza y adelantó a su hermana, dirigiéndose hacia el salón–. ¿Cómo? ¿Decía algo más ese correo?

–Ni una palabra.

–Déjame verlo.

Isabel trajo su portátil y se lo mostró, pero tampoco él fue capaz de extraer más conclusiones.

–Dime, ¿qué has hecho desde que nos vimos? –Preguntó Isabel–. ¿Pudiste contactar con alguien?

Marcos había pasado la tarde del día de su encuentro realizando averiguaciones. Algunas llamadas anónimas, otras bajo falsa identidad, sin que ninguna de ellas condujese a nada. Sin embargo, de la forma más sencilla, a través de Internet, había conseguido descubrir la localidad donde vivía el padre del niño secuestrado. El hombre dudó si debía darle toda la información a su hermana.

–Estaba cerca de descubrir dónde vive su hijo –decidió decir–. Pero supongo que ya no es necesario.

–¿No lo es? –preguntó ella en tono nervioso, aproximándose a su lado–. No tenemos ni idea de quién pudo enviarme ese correo, pero sea quien fuere es alguien que sabe demasiado. ¿Por qué no sospechar de Rafael Bernal? Francamente, no se me ocurre nadie con más motivos.

–¿Y qué motivos podría tener?

–Una nueva extorsión.

–¿Y en qué consistiría? ¿Por qué iniciar su amenaza simplemente con esa noticia?

–Puede que crea que estoy implicada en su muerte.

–Isabel, eso es absurdo. Quien quiera que sea te ha dado la noticia, evidentemente, porque creía que tú no la conocías. No sabemos si ha muerto de causas naturales.

–Tienes razón –afirmó ella, cubriendo su boca con un puño, en actitud pensativa–. Deberíamos empezar por averiguarlo.

–Quizá se trataba de un simple anuncio... –murmuró él.

A ella no se le escapó ese tono que denotaba una hipótesis arriesgada.

–¿A qué te refieres?

–A que puede que alguien que te conoce, simplemente haya querido informarte de ello. Alguien que os viese discutiendo en el parque de atracciones. Un guardaespaldas, un periodista... Un periodista habría tenido acceso prioritario a la noticia, tanto si se debió a causas naturales como si no.

–No, no puede ser –susurró ella.

Pero al mismo tiempo pensaba en alguien. No en un guardaespaldas, menos aún en un periodista: pensaba en Javier, un joven que lo había presenciado todo, un militante que la admiraba, para quien el acceso a la información no tenía secretos. Después de todo, el escueto correo carecía de un tono amenazante; era, como Marcos le había hecho advertir, un simple anuncio. Una noticia con la que quizá intentase tranquilizarla, o, al menos, ponerla sobre aviso.

El teléfono de Marcos sonó. Lo sacó de su bolsillo y miró brevemente la pantalla.

–Debo irme –informó–. Tengo una cena con unos inversores japoneses.

Ella sintió un ramalazo de decepción. Apenas había podido sacar de su corazón una pequeña parte de sus angustias.

–Entiendo –respondió, sencillamente–. Gracias por haber venido.

–Isabel –dijo él, devolviendo al bolsillo su teléfono y caminando hacia la puerta–. Creo que deberíamos tratar de relajarnos sobre este tema. Al menos en tanto nada justifique lo contrario. Sí, nos quedan dudas, pero el caso es que esa mujer está muerta, y era de ella de quien provenía la amenaza. Mi consejo es que te centres en la campaña como si nada hubiese sucedido.

–No creo que pueda olvidarme tan fácilmente.

–Debes hacerlo. Dar un discurso en un estadio de fútbol ya debe de ser lo bastante estresante, sin necesidad de añadirle preocupaciones. ¿Cuándo regresa tu marido? –preguntó, ya junto a la puerta.

–Antes de las elecciones. Debería haber regresado ya, en cuanto dejó en marcha la rehabilitación del Centro Cultural Español, pero no han parado de salirle oportunidades para construir en Tokio, desde que está allí.

–Me alegra que por fin haya conseguido el éxito que merece. Siempre pensé que este país se le quedaba pequeño –dijo Marcos. Abrió la puerta y se volvió a su hermana–: Votaré por ti –dijo, amagando una sonrisa que ella le devolvió con la misma debilidad. Un instante después, cuando iba a cerrar la puerta tras de sí, se detuvo y dijo–: Por favor, no se lo cuentes nunca a nadie.

Luego cerró de golpe y se fue.

Isabel luchaba por seguir el consejo de su hermano y olvidar lo sucedido, en tanto no volviese a ocurrir nada más.

Se había dado el inusual permiso de ayudarse mediante fármacos, algo

que siempre odiaba. Sin embargo, había agradecido el tranquilo descanso que le proporcionaran, el distante desapego con que acogió los acontecimientos del día siguiente. Al llegar la noche, incluso casi pasados los efectos de las pastillas, le parecía sentir una tranquilidad natural, pues una razón más sosegada le decía que, si nada había sucedido ya, nada sucedería.

Sin embargo, al suprimir la dosis su cerebro se puso en marcha otra vez. Aunque se mantenía en la creencia de que las cosas podrían llegar a salir bien, habían quedado en su pensamiento asuntos pendientes que lograron aflorar a la superficie.

El más importante de ellos tenía que ver con Marcos.

Algo, mientras hablaban, no había encajado.

Quizá había sido su actitud tibia, casi desinteresada.

A Isabel se le estaba metiendo en la cabeza ahora que tal vez su hermano le había ocultado algo, que sí sabía de la muerte de Sandra Bernal, que no era por nada el que la hubiese aconsejado, tan firmemente, relajarse respecto a ese asunto.

Tampoco la cuestión de Javier se le iba de la cabeza. No había vuelto a verle, y tenía que intentar averiguar si sabía algo en cuanto lo hiciese.

La última vez que Rafael había ido al pueblo se había asombrado al verlo lleno de carteles con la imagen de su hijo. Entró donde solía hacer la compra y preguntó quién los había puesto; le explicaron que había sido Cayetana.

Resopló. La estúpida chica culpable de todo. La maldijo internamente. A veces pensaba que los golpes que le habían propinado no fueron más que una coartada. Luego recordaba los vendajes en su cabeza, al doctor diciendo que había tenido suerte de sobrevivir, y dudaba de ello.

La policía parecía haber descartado su participación, pero él no las tenía todas consigo. Al fin y al cabo, era posible que el numerito de la preocupación y los carteles por las calles no hiciese sino formar parte de la imagen de inocencia que pretendía dar.

Después, una vocecilla le habló desde el fondo de sus pensamientos. Podía recordarla en múltiples momentos casi maternos con Alex. La devoción que sentía por él, los cuidados sin horario, más allá del deber, los regalitos que tantas veces le había traído.

No es que creyese poder llegar a perdonarla, pero, siempre con cautela, debía darle el beneficio de la duda.

Se preguntó si habría logrado averiguar algo por su cuenta. Seguramente no, pero convenía averiguarlo. Sacó su móvil y la llamó.

Cayetana no podía creerlo cuando leyó la pantalla de su teléfono. Rafael la llamaba. Tras la sorpresa inicial, su mente caviló rápidamente que solo podía deberse a un motivo: habían encontrado al niño y estaba bien.

Atendió la llamada con emoción.

—¿Rafael?

—Hola, Cayetana. ¿Te pillo en buen momento?

—¡Por supuesto que sí! ¿Qué sucede? ¿Está Alex en casa?

—No, por desgracia no. Fui al pueblo y me enteré de que estuviste haciendo preguntas y poniendo carteles. Quería agradecértelo.

Cayetana sintió una mezcla de decepción y placer.

—No tienes que agradecérmelo. Haría cuanto estuviese en mi mano para encontrarle. Y no solo por lo mucho que le quiero, sino para poder acabar con

la culpabilidad que siento. Ojalá pudiese volver atrás, Rafael. Lo siento tanto, y te agradezco tanto esta llamada... Estaba convencida de que me odiabas, de que nunca volvería a saber más de ti.

–No, claro que no. No te culpo. Sé que, si no les hubieras dejado entrar por las buenas, habrían entrado al asalto.

–¿No has sabido nada? ¿Qué dice la policía?

–No mucho. Creen que podrían haber huido en barco. Tu novio estuvo comprando víveres en abundancia y otras cosas que lo sugieren. Podrían estar en alta mar o en otro país. Pero no encontraron la furgoneta. Posiblemente cambiaron de vehículo y llegaron con él hasta algún puerto pequeño.

Un silencio de congoja invadió la línea.

–También he puesto mensajes en varios foros de Internet –dijo ella–, unos de gente desaparecida y otros de perros, por si alguien se hubiera encontrado a Nero. Pero hasta el momento no han dado resultado.

–Eso está muy bien. Alex se llevará un gran disgusto si Nero no aparece. No creo que lo haga, pero merece la pena buscarle.

–Sí, y no solo por Alex. Si está herido o asustado debe regresar a casa y ser cuidado como merece.

–Tienes razón –convino él–. ¿Y tú cómo estás? ¿Estás ya completamente restablecida?

–Sí. Tomo unas pastillas y tengo cita con el médico para dentro de unas semanas, pero me encuentro bien.

–Me alegro. En fin, Cayetana, te lo comunicaré si hay novedades, y tú, por favor, haz lo mismo.

–No lo dudes...

Cayetana colgó el teléfono henchida de contento y esperanza.

La llamada la había pillado en un bar, donde había entrado a tomar un bocadillo después de realizar una entrevista para un trabajo de teleoperadora.

Hasta ahora parecía el único tipo de empleo que tenía alguna posibilidad de obtener, ese o cajera de algún supermercado o establecimiento de comida rápida. Pero no se desanimaba, pues eso cambiaría en unos años, en cuanto terminase sus estudios.

La llamada de Rafael le daba incluso mayores ánimos para ello. Él era un periodista premiado y reconocido, y ella quería estar a su altura. Cuando acabase su carrera dejaría de ser tan tímida con él y con todo el mundo. Cobraría mayor confianza en sí misma, exudaría seguridad, y eso resultaba muy atractivo a los ojos de un hombre. Al menos eso ponía en las revistas.

Nerviosa y contenta, salió de la cafetería y se encaminó a la parada del autobús. La gran ciudad se agitaba a su alrededor, ruidosa, mareante para una chica recién llegada de un pueblo al que apenas podía dársele tal nombre. Sin embargo, siempre había querido conocerla y, lejos de amilanarla, la disfrutaba.

Mimetizarse allí era sencillo, y eso le encantaba. Una se hacía invisible, a nadie le importaba su vida, ni siquiera a los vecinos de rellano del pequeño estudio que había alquilado a las afueras, y eso estaba bien, muy bien.

Se detuvo en la parada del autobús e hizo lo que todos los demás mientras esperaba: Sacó su móvil y echó un vistazo a las notificaciones. Había una, un correo. Apenas recibía nada y se alegró de tener algo para distraerse.

Por el encabezado enseguida supo que provenía de uno de los foros donde había dejado sus mensajes. Lo abrió de inmediato, esperanzada, pero pronto la defraudó. No contenía muchas líneas, tan solo era una mujer pidiendo noticias de Alex y algunos detalles sobre el lugar del secuestro, por si podía ayudar. Cayetana la contestó de forma escueta, agradeciéndole su interés y proporcionándole la información que solicitaba. No esperaba saber más de ella, tampoco era la primera persona que le escribía en privado solo para darle ánimos, preguntar por Alex y ofrecer su apoyo moral. Era de agradecer, pero no le servía de mucho.

Llegó el autobús, que no la llevaría a casa, sino a comprar algunos de los libros que iba a necesitar para el primer curso de su carrera, y se montó en él insuflada de ilusión como no lo estaba en mucho tiempo.

En un aislado lugar, en una cueva horadada en el seno de una montaña andaluza, el pequeño Alex, tumbado en una cama, miraba la puerta cerrada tras la cual se escuchaban las voces de sus captores. Se había familiarizado ya con ellas y a todas podía ponerles rostro, excepto a la de una mujer recién llegada cuyos gritos e imprecaciones acababan de acallar a palos.

El corazón del niño batía en su pecho mientras dibujaba en su mente aquellas escenas. No era que alguno de esos hombres hubiese sido cariñoso o amable con él, pero al menos no le habían pegado, pese a que él no había perdido oportunidad de gritar, llorar e insultarles incluso más que su nueva víctima.

Aguzó el oído sin respiración, intentado descubrir si sería Cayetana la recién llegada. Escuchó como la arrastraban a otra habitación, y enseguida las gruesas paredes de piedra le impidieron oír nada.

Al cabo de un rato ya no hubiera podido asegurar si la mujer seguía viva o si la habían matado a palos. Pero las voces de los dos secuestradores aún le llegaban desde el otro lado de su puerta, discutiendo a gritos, llenas de violencia e insultos. Uno llamado Raúl, le recriminaba al otro el haber olvidado abastecer el botiquín; este, un hombre más joven, llamado Marcelo, a quien Alex temía y detestaba algo menos, reprochaba a su compañero el haber herido en la cabeza a la mujer innecesariamente, causándola una grave hemorragia.

Muerto de miedo, Alex tan solo permaneció encogido en el lecho, rezando para que no entrasen allí. Algo que no solían hacer salvo para darle comida o llevarle al baño.

Las horas allí transcurrían como infinitas. El pequeño cuarto no tenía ventana y no había visto la luz del día desde que le encerraron. A veces, por la noche, se olvidaban de apagarle la luz, y el niño ya no estaba nunca seguro de qué hora era. Incluso empezaba a dudar cuántos días llevaba allí.

Sobre la cama le habían dejado tebeos que ahora estaban en el suelo. Allí le tenían todo el día, en la cama. Su silla de ruedas estaba en otra parte, lejos de su alcance. Falto de sol y ejercicio, su vitalidad se apagaba. Se dormía y se despertaba en cualquier momento del día, sin ser capaz de

descansar las horas debidas.

Muchas de esas horas de vigilia las pasaba asustado y sufriendo por el recuerdo de lo que hicieron a Nero. Rezaba, suplicaba a su ángel guardián que protegiese a su perro. Mantenía la esperanza de que no hubiese muerto, de que su padre lo hubiese encontrado en el camino y lo hubiera salvado. Y aunque habían transcurrido los días, seguía pidiendo a su ángel para que así fuese.

Fuera, el griterío se alejó de la puerta en dirección al exterior de la cueva. Pronto no se oyó nada, y un rato más tarde Alex se preguntó si le habrían dejado solo. Sería la primera vez, pero, hasta aquel momento, siempre había podido percibir sonidos que indicaban su presencia: la radio, la televisión, voces, cacharros en la cocina... En aquel momento reinaba el silencio.

“Al menos –se dijo mientras reflexionaba sobre la posibilidad de salir–, puede que logre averiguar si es Cayetana quien está en la otra habitación. Tal vez esté inconsciente y yo pueda reanimarla para que escapemos antes de que vuelvan”.

Se volteó, colocándose boca abajo, y se deslizó sobre las sábanas hasta sentir que sus pies tocaban el suelo. En este punto dudó. Sabía que iba a darse un buen golpe al caer, y se había percatado de que el picaporte de la puerta parecía demasiado alto para poder alcanzarlo. Entonces se le ocurrió la idea de que, haciendo un montón con las sábanas sobre el que auparse, era probable que lograra llegar hasta él. Haciendo acopio de valor, se empujó comedido y resbaló despacio hasta caer al suelo. El golpe no le dolió. Desde donde estaba, empezó a arrancar las sábanas y la manta que había enviado al pie de la cama, y cuando consiguió sacarlas, tras un buen esfuerzo, las colocó sobre sus piernas estiradas y, así sentado, se desplazó hacia la puerta valiéndose de sus manos.

La distancia era muy corta y no tardó en encontrarse junto a ella, amontonando la ropa de la cama bajo el picaporte y sentándose luego encima. Alex sonrió al comprobar que, de esta forma, había conseguido llegar al picaporte y bajarlo con facilidad.

Se bajó del montón de ropa y observó con cautela a través de la rendija de la puerta. Nada se oía. Estaba asustado, pero se decía que debía aprovechar aquellos preciosos instantes, tanto si regresaban de golpe como si no, para tratar de ayudar a la mujer que tal vez fuese su niñera y amiga.

Abrió más la puerta y se deslizó a la habitación contigua, llevando

consigo el montón de ropa. Mediante el mismo método, se aupó para abrir el picaporte, mas la puerta no se abrió. Sorprendido, no tardó en darse cuenta de que la puerta disponía de una cerradura, y supuso que habrían echado la llave. Sin atreverse a llamar a voces, amontonó la ropa lo más alto que pudo y miró por el ojo de la cerradura. Efectivamente, allí había una mujer, tumbada en una cama, inmóvil, pero su cabello era muy diferente al de Cayetana.

Llegado a este punto, Alex se preguntó qué hacer, y al segundo siguiente, con un vuelco al corazón, descubrió su silla de ruedas, colocada en un rincón. Sin pensarlo dos veces, fue hasta ella lo más rápido que pudo. Sentarse por sí solo no era sencillo, pero tampoco era la primera vez que lo hacía, y al cabo de unos minutos se dirigía hacia la salida ya encima de ella.

La puerta de la cueva ni siquiera estaba cerrada, lo que le dio a entender que los hombres no se hallarían lejos. Se asomó con precaución, hasta asegurarse de que no se encontraban a la vista, y luego observó los alrededores.

El panorama era pésimo para poder correr en su silla de ruedas. Delante de él había una ladera con mucha pendiente y vegetación reseca y escasa. La suficiente para dificultar la huida, pero insignificante para ocultarle de los secuestradores. A su derecha, había un estrecho sendero por el que le habían subido casi a cuevas entre los tres hombres. Al final de este, muy, muy lejos estaba la carretera. Pero ir por ahí era muy arriesgado para él.

Alex sabía que existía una cueva cercana o un lugar similar donde su coche estaba escondido y donde también guardaban agua, vino y otras provisiones, y supuso que los hombres se habrían dirigido allí quizá en busca de lo que necesitaban para curar la herida de la mujer.

Si descendía por el sendero corría el riesgo de toparse de frente con ellos, o de caerse pendiente abajo. Su mejor opción, puesto que deseaba escapar de su prisión con toda su alma, era encomendarse a su ángel y descender por la ladera cuan rápido pudiese, pero a la vez con sumo cuidado, o se caería rodando.

Comenzó el descenso lentamente mientras se hacía con el terreno. El motor le obedecía y las ruedas se asentaban con firmeza en el suelo gracias a la seca y tupida vegetación que lo tapizaba y a la aspereza del mismo. Pero los secuestradores podían aparecer en cualquier momento y debía ir más deprisa. Aceleró un poco. En seguida el peligro de aumentar la velocidad se hizo manifiesto cuando la rueda derecha tropezó con una piedra que el niño no pudo esquivar, y la silla estuvo a punto de caer de lado. Alex desaceleró,

asustado, dando gracias por no haberse caído. Pero la pendiente no se suavizaba hasta mucho más adelante y en aquel momento él era tan fácil de descubrir como un punto rojo sobre la nieve. Y, por desgracia, esto no tardó en demostrarse. Un grito de advertencia de uno de los secuestradores a su compañero le llegó desde el sendero de arriba. Vio al hombre momentáneamente parado por la sorpresa, con los brazos cargados con una gran caja, mirándole con unos ojos que le dieron pánico.

Se lanzó pendiente abajo a toda potencia, desplazándose en zigzag, como un esquiador sobre la nieve, y durante un buen rato tuvo suerte y vio como ganaba distancia a las figuras que corrían ya hacia él, e incluso como una de ellas, creyó que era Marcelo, caía al suelo y rodaba por la pendiente. Hasta que, sin darse ni cuenta de cómo, salió propulsado desde su silla y él mismo se vio rodando por la ladera. Y, conforme se aproximaba al antes anhelado final de la pendiente, mareado e incapaz de frenar ni orientarse, descubrió con pavor que no era tierra llana lo que le pararía, sino que estaba a punto de caerse por un barranco.

Más arriba, Raúl y Marcelo le gritaban con desesperación que debía parar, que se agarrase a una planta o a la tierra misma.

Instantes después, cuando el pequeño desapareció de su vista al precipitarse por el barranco, sus voces cesaron de golpe y todo quedó en trágico silencio.

Uno junto al otro, no podían despegar la mirada del lugar por donde el niño había caído. Momentos después, Raúl dijo:

–Mierda... El puto crío se ha matado.

–No. No, no, no, no... –murmuró Marcelo sacudiendo la cabeza–. Esto no estaba en el plan. Yo no puedo ser culpable de la muerte de un niño inválido de cinco años. No puede ser. Esto no puede haber pasado.

–Es su culpa. Le atendíamos bien. No tuvo porqué escapar.

–¿Su culpa? ¿Porque tuvo la valentía de huir a pesar de su impedimento? No digas gilipolleces, tío. Acabo de ser padre de mellizos, por eso me metí en esto. ¿Cómo cojones voy a soportar mirar a mis hijos sabiendo la horrible muerte que ha sufrido este pobre niño por nuestra culpa?

–No te preocupes tanto por eso. Después de lo que ha pasado puede que no tengas ocasión de mirarlos muchas veces más –señaló Raúl–. Al tío que nos contrató no va hacerle gracia.

–¿Le crees capaz?...

–Y tanto que sí. Suerte que aún tenemos a esa de escudo, por si las cosas

se ponen feas.

Marcelo meditó unos instantes.

–Quizá no esté muerto, ¿no? –se preguntó–. Puede que necesite ayuda.

–Sí, claro... –contestó Raúl con ironía–. Anda, veamos que nos hace falta para recuperar el cadáver.

Echaron a andar estremando el cuidado, y por fin se asomaron al borde del barranco.

–¡Cago en diez! –exclamó Raúl.

–¡Mierda! –exclamó Marcelo, contemplando el abundante caudal de agua que transcurría veloz por el fondo del barranco–. Creía que estaba seco.

–Yo también.

Marcelo lanzó la vista cuan lejos pudo, siguiendo el sentido de la corriente, como esperando ver al niño flotando en algún lugar.

–Dios mío... Pobre criatura –dijo–. Debió hundirse como plomo.

–Eso creo. Ni siquiera ha podido alcanzar la superficie para pedir socorro. El agua está muy turbia.

–¿Crees que estará en el fondo?

–Lo dudo. Supongo que al caer se vio atrapado en la corriente, esta comenzó a arrastrarle, y ya no pudo salir. El cadáver habrá llegado lejos. Y hecho trizas, porque por ahí abajo hay piedras enormes. Lo peor es que puede aparecer en cualquier momento y en cualquier lugar. Eso sí que nos mete en un buen problema.

–¿Qué hacemos? Yo no puedo largarme del país, como piensas hacer tú.

–No lo sé. Necesito algo de tiempo para pensar en esto. De momento no diremos nada. Por ahora, regresemos a la cueva. Solo falta que se nos escape también la otra.

Alex se había hundido en el agua como un saco lleno de piedras. Luego, aún sumergido, la corriente le había arrastrado con brutalidad, volteándole y haciendo chocar su cuerpo contra las piedras del fondo, para, finalmente, cuando ya era incapaz de soportar la falta de aire, llevarle hasta la superficie.

Respiró tanto como la tos, con la que intentaba expulsar el agua que había penetrado en sus pulmones, le permitía, y comenzó a braccar intentando evitar que la corriente le siguiese manejando como a una hoja.

Buscó las márgenes del río para escapar de aquel infierno, pero estas no existían. Todo lo que había a ambos lados eran las altas paredes del barranco.

El río describió un cerrado meandro que le ayudó a acercarse a una de

las paredes. Logró asirse a una rama con una mano, pero la fuerza con que el agua le embestía no tardó en obligarle a soltarla. Le llevó de espaldas y le hizo girar repetidas veces, apartándole de la pared o golpeándole contra ella.

La fuerza del agua estaba aumentando, y Alex ya solo podía luchar por mantener la cabeza a flote, tratando de evitar los golpes al chocar con las grandes rocas que emergían en algunas zonas.

Luego, tras una nueva curva, consiguió agarrarse a un saliente con todas sus fuerzas. Descubrió, aterrorizado, que unos pocos metros más allá el agua caía en cascada. Le llegaba el ruido amenazador de esta, y sabía lo que le pasaría si llegaba a caer por ella. Se aferró a las plantas y se pegó a la pared lo máximo que pudo, con la mitad inferior del cuerpo flotando.

El caudal era menor en esa zona y empezaban a abrirse unos centímetros de orilla. Dirigió la vista un poco más allá del punto donde se encontraba. Ya pasada la curva, pocos metros antes de la cascada, había un entrante de tierra, una minúscula playita en la que podría tumbarse.

Alex dio gracias al cielo. Tenía una oportunidad de llegar hasta ella y pidió ayuda para lograrlo. Por suerte, las ramas de la vegetación que nacía en esa zona eran fuertes, grandes y resistentes, y, sujetándose a ellas, fue de una a otra, avanzando, hasta llegar a la playita.

Se tiró a la arena y se arrastró para adentrarse en ella agotado, magullado y dolorido, y se acurrucó en el lugar más apartado del agua para mirar a su alrededor.

Trepar para escapar de allí era imposible. Las paredes eran escarpadas y altas. No podía hacer nada, salvo esperar.

Era posible que los secuestradores volviesen a encontrarle, porque, su padre ¿por qué no lo había hecho ya? Si él no lo había podido encontrar significaba que Nero estaba muerto o malherido. Nero le encontraba siempre, no importaba lo lejos que se escondiese ni que se embadurnase con colonias y hasta con olores de cosas apestosas.

Había pasado mucho tiempo y nadie le había encontrado, puede que ya ni le buscasen, que su padre y Cayetana se hubiesen olvidado de él.

Con la ropa empapada, helado, herido y desamparado, Alex se hizo un ovillo y estalló en sollozos.

Entonces oyó el vuelo de un pájaro que pasaba veloz sobre su cabeza. Le siguió con la mirada y vio que se posaba en la pared de enfrente. Llevaba unas ramitas en el pico que colocó sobre un arbusto que caía hacia el agua. Alex observó que tenía ya avanzada la construcción de un nido. El pájaro se

quedó mirando a su nuevo vecino durante unos instantes y luego emprendió el vuelo en busca de más artículos para su hogar, operación que repitió numerosas veces.

Hipnotizado y sintiéndose menos solo, Alex había dejado de llorar. Se echó hacia atrás, para apoyarse en la pared, cuando se dio cuenta de que había una pequeña cueva, un entrante en la roca suficiente para guarecerse. Se quitó la ropa mojada y se acurrucó allí dentro. El cansancio no tardó en vencerle.

Emma y Héctor ultimaban los detalles de su viaje.

Ella no había vuelto a sufrir sobresaltos por causa de Lennon, sino todo lo contrario. La había maravillado, entre otras ocasiones, un día en que se quedó en cama a causa de un inicio de constipado, llevándole el teléfono y un paquete de pañuelos de papel que se había olvidado en el baño; apagando y encendiendo las luces; llevando su bata a una butaca; y hasta trayéndole un botellín de agua de la nevera. Lo más llamativo era lo pendiente que estaba de ella, como el más celoso enfermero.

Sin embargo, esta fue la única ocasión en que pudo verle vivaz y entretenido, como si le alegrase tener algo que hacer, alguien a quien cuidar. El resto del tiempo el animal se había mostrado alicaído y melancólico, incluso mientras paseaban. En casa se tumbaba, sin más, durante horas, pese a que su nueva amiga humana ya le había comprado pelotas y otros juguetes.

Emma estaba segura de que las distracciones de un viaje le harían sentir mejor, y no digamos a ella misma.

Aunque seguía manteniéndole bajo estrecha vigilancia, y hasta le paseaba con un collar antitirones para evitar dramas, no le cabía duda de que Lennon ya le había cobrado afecto, y además de haberla cuidado en su enfermedad tan sorprendentemente, sus frecuentes y cariñosas miradas y su manera de agitar la cola cuando le decía algo, hablaban por sí solas. Emma se había acostumbrado muy rápidamente a su presencia, y estaba segura de que él también a la de ella.

Cada día dedicaba un rato a aprender sobre las necesidades caninas, indagaba información y, sobre todo, opiniones de personas reales sobre alimentación, adiestramiento, ejercicio necesario y todo lo que pudiera encontrar, y así fue descubriendo numerosos foros. Visitó, leyó hilos y aprovechó para dejar sus propias consultas en unos cuantos, y, tras unos días de ir mirando aquí y allá, se dio cuenta de que la dedicación y habilidades de Lennon encajaban en las de un perro llamado “de asistencia”, es decir, entrenado para ayudar a las personas con enfermedades o escasa movilidad.

Continuó investigando y acabó en un foro dedicado a ellos en exclusiva. En él se hablaba de cómo mantener sanos y bien ejercitados a los perros, se

propiciaban encuentros entre los dueños, y estaba lleno de fotos de los nobles animales, y de palabras de elogio, amor y admiración.

Emma iba hojeando los títulos y abriendo en una nueva página los que le parecían más interesantes, cuando uno de ellos le sobresaltó. Decía: “Por favor, ayuda, Schnauzer Gigante perdido”.

Emma leyó y releyó el título, sabiendo que no debía abrir el mensaje.

La posibilidad de que se tratase del anterior dueño de Lennon era remota, y, desde luego, algo con lo que ya no contaba. ¿Renunciaría ella ahora a Lennon? Ni en sueños.

Buscaban precisamente un Schnauzer, que no eran los perros de terapia más usuales... Y la fecha era de unos días antes.

Le aterraba leer el contenido y descubrir que era al que ya consideraba su perro a quien buscaban. Sabía que le conmovría, que lo pasaría mal por el sufrimiento de quienes le habían perdido y, obviamente, movían cielo y tierra por encontrarle. Pero ¿para qué molestarse, y hasta pasarlo mal, si de todas formas no tenía ni la más pequeña intención de dárselo a nadie? Pero su conciencia machacona quería poder quedarse tranquila. Quizá el mensaje no tuviese nada que ver con Lennon. Quizá se tratase de otro perro... Los pensamientos de Emma fluctuaron de esta manera unos minutos, hasta que de pronto, sin casi siquiera haber tomado la decisión de hacerlo, apretó fuertemente el botón del ratón y el enlace se abrió.

Un segundo después abrió los ojos como platos ante la inmensa foto de un perro que, o, era Lennon, u otro miembro de su raza extremadamente parecido a él. En la imagen aparecía también un niño risueño que lo acariciaba desde una silla de ruedas.

Con la respiración contenida, Emma leyó a toda prisa el mensaje, que decía:

“Estos son Nero y Alex. Hace pocos meses Alex sufrió un accidente de coche en el que perdió a su madre y que a él lo dejó parálítico. Parecía que nunca más sonreiría, pero lo hizo cuando Nero llegó a su vida. No tengo nada que explicaros sobre eso, pero no es la única razón por la que buscamos a Nero desesperadamente.

Alex fue secuestrado cuando estaba en su casa de Arenal del Mar, el pasado 21 de julio. Nero salió corriendo tras la furgoneta

donde se lo llevaron y, a dos kilómetros de distancia, en un camino de tierra que comunica la finca con la carretera, fue atropellado por los secuestradores. Se encontró su sangre, pero no su cuerpo. Creemos que encontró fuerzas para seguir a la furgoneta al menos unos kilómetros, hasta la carretera. A partir de ese momento no sabemos lo que fue de él, si continuó la persecución y acabó muerto, o si alguien lo recogió y salvó.

Incluso si ya no pudiésemos hacer nada por él, conocer dónde se le vio por última vez podría servir de pista para encontrar a los secuestradores y rescatar a Alex.

Por favor, ayudadnos a encontrarlo. Nero haría cualquier cosa por Alex. Ayudadnos a recuperarlo. Ayudadnos a que Alex y Nero vuelvan a estar juntos.”

Emma terminó de leer con un nudo en la garganta.

Levantó la mirada y la perdió en el vacío.

“¡Lo sabía!... –Se maldijo– ¡Sabía que no debía leerlo!... Pero ¡cómo imaginar esto!”

En su cerebro se agolparon los pensamientos, los miedos, las excusas. Tal vez no fuera Nero el de la foto. Sí, se parecía mucho, pero ¿y qué? ¿Acaso no se parecen todos los perros de una misma raza? Especialmente los Schnauzer. Las cejas, la barba... No se podía afirmar que fuese él por una foto. No. Bien visto, la expresión era distinta, el de la imagen era más robusto, más oscuro y brillante, y tenía el pelo de la barba con un corte muy diferente.

Emma miró de reojo a su perro, que estaba tumbado descansando porque aquella mañana habían hecho una caminata de casi tres horas.

Se levantó al mueble bar y se sirvió una copa de vino dulce, flotando, abstraída.

Permaneció de pie allí largo rato, mirando al vacío, bebiendo a pequeños sorbos, reflexionando.

Había una prueba que podía hacer, se le ocurrió. Quizá no zanjase el asunto, pero ayudaría. No obstante, corría el riesgo de verificar lo que temía, y eso la contuvo durante mucho tiempo. Le miraba de reojo, silenciosa. Después, la curiosidad venció a la aprensión. Se volvió hacia él lentamente para que no levantase la cabeza para mirarla, y pronunció un nombre en el

tono de voz en el que solía llamarle.

–Jerry.

El perro le dirigió una mirada de reojo, sin alterar su posición ni un milímetro. Emma canturreaba y hablaba a solas a menudo, y él se había acostumbrado a no hacer caso, a menos que previamente pronunciase su nombre.

Ella fue desgranando otros nombres, pausadamente, con el mismo resultado.

–Jack. Bobby. Noah. Oliver. Harold.

Con temor, sin poder evitar que el tono de su voz descendiese algo, dijo finalmente:

–Nero.

El perro levantó instantáneamente la cabeza y la miró, como extrañado al oír la pronunciar su verdadero nombre por primera vez.

A Emma se le vino el mundo encima.

Durante horas de desolación no hizo otra cosa que pensar en el asombroso pasado de Lennon, y debatirse en el sofá sobre su proceder.

No veía forma de que su perro pudiese ayudar al niño. Suerte tenía de haber salido con vida de su intento de salvarle, pues solo Dios sabía que más penurias debió sufrir hasta ser rescatado.

No quería perderlo. Se negaba. No estaba dispuesta a ello. Pero, respetando ese imperativo inquebrantable, puede que pudiese... ¿Qué? ¿Intentar ayudar desde la sombra, sin exponerse a que le reclamasen al perro? Un poco difícil. Examinó una por una las opciones. Podía ponerse en contacto con la persona que había puesto el mensaje en el foro, sin ofrecerle datos personales, para preguntarle por dónde creía la policía que habían ido los secuestradores. Luego ella se pasaría por la zona, dejaría que Lennon olisquease por si encontraba una pista... El riesgo estaba en que alguien que le conociese, quizá el propio dueño, les descubriese, por lo que la opción no era aceptable. ¿Y qué otra había, aparte de apagar el ordenador y olvidarse de todo?

El niño y él debían de quererse mucho. El pobre niño paralítico, huérfano, que tras ser rescatado de la pesadilla de un secuestro encima descubre que su amado perrito ha desaparecido, probablemente muerto... Todo un culebrón.

Los pensamientos de Emma siguieron dando vueltas y más vueltas en su cabeza. No cabía duda de que lo ético sería devolvérselo al niño, si es que era

liberado.

Quizá todo aquello era la causa de que Lennon se le hubiese escapado a ella aquel día, tal vez quería continuar su búsqueda del niño. Quizá era su recuerdo lo que le mantenía tumbado y triste tan a menudo. Quizá ella superase la rabia que sentía contra sí misma por haberse expuesto a descubrir aquello y, con el tiempo, reuniese las fuerzas para hacer lo correcto.

El mensaje tenía ya unos días. La situación del niño podía haber cambiado, y averiguarlo podía dar un giro a sus preocupaciones. Al final del mensaje la autora, era una mujer, había dado un número de teléfono y una dirección de correo electrónico. Decidió escribirle para conseguir más información. No le diría una palabra acerca del perro. Tal vez nunca tuviese que hacerlo, si el niño... ya no existía...

Lleno de ira, impotencia y frustración, Rafael Arteaga Bernal se había sentado en un banco de la plaza del ayuntamiento, al regreso de su visita a la policía.

Las pistas sobre el paradero de su hijo se iban enfriando sin que a nadie pareciese importarle. Ni siquiera se habían tomado en serio su declaración sobre la visita que Marcos Porto le había hecho, y sus sospechas sobre la implicación de este en el rapto.

Cierto era que solo había podido dar explicaciones vagas sobre las razones de sus sospechas, que le faltaban piezas claves en el puzle, pero el intercambio de miradas entre el comisario y su ayudante, los sutiles gestos fingidamente disimulados, le hacían ver que el relacionar a Isabel Porto y a su hermano con el secuestro de su hijo estaba muy lejos de las intenciones de la policía. Necesitaba conocer la historia completa, los sórdidos detalles por lo que nunca se había interesado. Con el mosaico completo de la historia de los hermanos Porto, podría demostrar que no les faltaban razones para estar involucrados. Y no lo haría frente a aquellos infelices a los que sospechaba vendidos.

¿Qué había pretendido Marcos Porto espiándole desde su coche sino lanzarle una cobarde advertencia? Le había divisado desde la ventana de su cocina, detenido frente a su puerta en la acera de enfrente, dentro de su coche.

No hubiera descubierto de quién se trataba si el impresionante y refulgente cochazo con el que el canalla se pavoneaba no hubiese merecido una segunda mirada.

Marcos Porto no era famoso, y nunca se le veía con su hermana, pero él había sabido conseguir un buen número de fotos suyas cuando se convenció de que ella era la primera sospechosa del secuestro de Alex, y le reconoció sin dudar.

Sus miradas se habían cruzado por un instante, antes de que él se lanzara hacia la puerta de la calle y la abriese de golpe solo para ver cómo, en ese mismo instante, el auto arrancaba y salía disparado, rugiendo sobre el asfalto.

Ahora estaba dispuesto a encararse con esa familia con todas sus armas. Necesitaba saberlo todo sobre los Porto, cerciorarse de la exactitud de

algunas hipótesis salidas solo de su imaginación, y la persona que lo sabía todo, tal vez la única, era su madre.

Volvió a marcar su número. Era la tercera vez que lo hacía desde que descubriera a Marcos Porto espiando. Tampoco esta vez se lo cogió. Se sintió enojado con su suerte. ¿Dónde estaba, para una vez que la necesitaba en su vida? Le había dejado mensajes informándole de la visita de Porto, pidiéndole que le llamase cuanto antes, y el que ella no hubiese dado señales de vida, sabiendo que la necesitaba para salvar a Alex, comenzaba a resultarle extraño.

Se levantó resuelto y cruzó la calle hasta el lugar donde había aparcado su coche. A diferencia de en las ciudades, allí el tráfico era escaso, y poco más de un cuarto de hora más tarde estaba llamando a la puerta de la casa de su madre. Pulsó el timbre repetidas veces, pero nadie acudió a abrir. Luego aporreó la puerta al tiempo que la llamaba a voces, con el mismo resultado.

Paró un momento. Se preguntó si no sería que su madre estaba muerta. Demasiado alcohol, demasiadas drogas o demasiada insolencia con alguno de los matones que frecuentaba. Se asombró de la frialdad con la que consideraba esto, pero, para que engañarse a aquellas alturas, lo único que le hubiera importado de encontrarla muerta era perder la posibilidad de saber lo que necesitaba.

Pegó la oreja a la puerta, pero nada se oía. Por el contrario, a su espalda se abrió una puerta. Rafael se giró inmediatamente.

–Buenas –saludó una mujer madura, anudándose el cinturón de la bata de andar por casa que la envolvía–. ¿Y esos golpes?

–Buenos días, doña Esperanza. Perdone por molestarla. Parece que mi madre no está en casa. ¿No sabrá algo de ella?

La señora hizo un exagerado gesto de ignorancia que desmintió su respuesta.

–Todo lo que puedo decirte es que esta noche no vino a dormir. A la mañana la vi que se iba en su coche en dirección a la comarcal. Así que no debe de estar en el pueblo.

Rafael recibió la noticia con extrañeza.

–Vaya. Bueno. Muchas gracias, doña Esperanza. Por favor, por si la ve antes de que consiga localizarla, dígame que vine a verla porque necesito hablar con ella lo antes posible.

–Sí, claro. ¿Es por tu hijo? ¿Has sabido algo?

–No. Todavía no.

–Todo el pueblo reza por él. El cura le mienta en cada misa. Ya verás como pronto aparece, sano y salvo.

A Rafael se le humedecieron los ojos. Se lo agradeció y se fue.

Sentado en el coche, decidió llamar a un tipo con el que su madre mantenía lo que podría llamarse una relación intermitente. Un individuo indeseable, tan asiduo como ella a los penales.

Rafael escuchó los pitidos y el teléfono se descolgó, pero al otro lado nadie pronunció una palabra.

–¿Mauricio? –dijo a pesar de ello, sospechando que el tipo se estaría ocultando de acreedores o maleantes–. Soy Rafael, el hijo de Sandra.

El hombre tardó un instante en contestar, con voz extrañada, fría y desinteresada:

–Ah. Sí, sí...

–Necesito hablar con mi madre urgentemente. Se trata de Alex. Ya sabrás que ha sido secuestrado –Rafael dejó de hablar un momento, en espera de un comentario que no llegó, y en seguida continuó–: ¿Está contigo o sabes dónde está?

–No. Me llamó cuando lo del niño y desde entonces no he sabido más –contestó. El tono sobrio de su voz sorprendió a Rafael, que apenas le reconocía fuera de su habitual estado de embriaguez–. ¿Le han... encontrado?

–No. Todavía no. Por eso, para conseguirlo, necesito la ayuda de mi madre. ¿No podrías intentar ayudarme a encontrarla, por favor? Quizá llamando a amigos comunes... Es muy importante.

Mauricio calló un momento.

–¿La has llamado a su móvil? –preguntó después.

A Rafael le dieron unas poderosas ganas de llamarle imbécil, pero se contuvo y le respondió con corrección y mesura.

–Sí. Estoy llamándola desde muy temprano y le he dejado varios mensajes. También he ido a su casa, y la vecina me ha dicho que se fue ayer del pueblo.

–Está bien –respondió Mauricio–. Veré si alguien puede darme razón de ella.

Rafael se lo agradeció, se despidió, y luego permaneció un rato con el teléfono entre las manos y la mirada perdida, reflexionando sobre su siguiente paso. ¿Quién más podía ayudarle? ¿Qué más podía hacer?

La melodía del teléfono le sacó de sus pensamientos con un sobresalto,

para toparse con el nombre de Cayetana en la pantalla.

–Hola, Cayetana.

–Buenos días, Rafael. Perdona que te moleste, pero la policía no quiere darme noticias de Alex. ¿Tienen pistas? ¿Están cerca de encontrarlo?

Por un instante Rafael se dijo que la policía hacía bien en no hablarle de los avances del caso, que tal vez su interés no iba más allá de alertar a su novio y sus cómplices. En el fondo, no había nada que pudiese contarle con lo que ella pudiese perjudicar la búsqueda, así que dejó pasar ese pensamiento y le contestó escuetamente:

–Continúan la búsqueda. Poco más te puedo decir.

–Escucha, Rafael, me he estado pensando mucho si debería contarte esto, y aún no sé si hago bien diciéndotelo antes de comprobar si puede conducir a algo. Puede que me esté creando falsas esperanzas y no debería arrastrarte conmigo a una posible decepción, pero tengo necesidad de decirte que ayer recibí una llamada. Se trataba de un joven conocido de Raúl a quien yo había visto alguna vez cuando iba a recogerle a los billares. Dijo que quería verme, que era muy importante. No quiso darme detalles por teléfono, pero estoy segura de que lo que sea tiene que ver con Raúl. Ojalá pueda darme alguna pista que nos lleve hasta Alex.

Rafael había escuchado estas últimas frases con la respiración contenida, y en medio de un revoltijo de pensamientos entreveía una esperanza pese a que, como bien había dicho Cayetana, no debía aferrarse a ella.

–¿Cuándo vas a verle? –Preguntó, transmutando la frialdad anterior en un vórtice de ansiedad.

–Esta misma tarde. He quedado con él en los billares de Serracines. Te llamaré en cuanto me despida de él, ojalá que con buenas noticias.

–No, ni hablar. Iré contigo. ¿A qué hora habéis quedado allí?

–No, no debes venir. Eso podría arruinar la posibilidad de que ese chico hablase conmigo.

Rafael pensó en ello un momento y comprendió que era cierto. Quién sabía de qué mangante se trataría, los crímenes que tendría que ocultar...

–Está bien. Te esperaré cerca, dentro del coche. Cuando salgas, llámame, y te diré dónde estoy.

–Muy bien. Pero evita que te vean. Alguien podría avisarle.

Por la tarde, a la hora convenida, Cayetana entraba en el local conocido como “los billares de Serracines”, un bar con varias mesas de billar muy frecuentado por los jóvenes de los pueblos de los alrededores.

Allí, junto a una de ellas, contemplando una partida, se hallaba Bruno Nevado, un joven con demasiado buen aspecto para el lugar, que en aquel momento encendía un cigarro, pendiente de quien entraba por la puerta.

En cuanto Cayetana llegó, se apartó de los jugadores, le hizo un gesto con la mano y se dirigió hacia una de las mesas vacías, donde ambos se sentaron.

–Bueno, Bruno... Me has hecho conducir treinta kilómetros... Tú dirás – dijo ella, disimulando a duras penas la ansiedad y la intriga–. ¿Qué querías decirme?

El chico dio una larga bocanada a su cigarro, mirándola directamente a los ojos, y expelió el humo, que inundó la cara de ella.

–Te vi con Raúl muchas veces –contestó sin dejar de mirarla– y siempre me preguntaba: “¿Qué hace esta chica, mona y educadita, al lado de un camello asesino?” Luego ocurrió lo del niño. Supe que solo te había estado utilizando, que hasta te había enviado al hospital... Y ahí estaba la respuesta: no tenías ni repajolera idea de quién era tu novio. –El chico sacudió la ceniza de su cigarro en el suelo, con la mirada clavada en ella–. Seguramente pensabas que él y yo solo éramos amiguitos, que nos reuníamos aquí para emborracharnos y jugar unas partiditas al billar los viernes por la noche. ¿No es así?

Cayetana sacudió la cabeza afirmativamente.

–Pero no era así... –intuyó.

–Bueno, al billar sí solíamos jugar –aclaró con una sonrisa burlona–, justo antes de salir a su coche para mi abastecimiento semanal de cocaína – Bruno se silenció un momento para observar divertido la expresión de asombro de Cayetana–. Sí, preciosa, tu novio era el camello más conocido en cien kilómetros a la redonda.

Cayetana sintió una mezcla de sorpresa, desinterés y decepción. Temerosa al ver que sus esperanzas y las de Rafael iban a frustrarse, contestó:

–No lo sabía, pero ya tampoco me importa en absoluto. ¿Eso era lo que querías contarme?

–No, no. Verás, al conocer cuál había sido realmente tu relación con Raúl, me dije: “Quizá esta chica, a quien ese cabrón ha utilizado, pegado una paliza y convertido en sospechosa de secuestro, esté interesada en que la ayude a darle su merecido a ese cabrón”.

El chico permaneció en silencio, en espera de respuesta, con sus ojos oscuros clavados en ella.

–Sí, por supuesto que quiero –declaró ella, irguiéndose en la silla, cuando comprendió la oferta–. ¿Sabes dónde está?

–No, pero sí sé quién le contrató para hacer secuestrar al niño. Sabiéndolo podrás decírselo a la policía, quien liberará al niño y meterá entre rejas a tu ex, todo en uno.

–Bien. Dime, ¿quién está detrás del secuestro?

Bruno sacudió la cabeza de un lado a otro.

–Mmm. No nos precipitemos. Esperaba algo a cambio. Ya sabes, *Do ut des*. Un justo intercambio de favores. O, como dirían los ignorantes: *Quid pro Quo*.

–¿Qué favor? ¿Dinero? Apenas me alcanza para sobrevivir.

–No te pediría dinero a ti –señalo tras un conato de risa–. He dicho un favor.

–¿Qué favor?

–Verás. Conocí a tu ex cuando publicitaba su mercancía en la facultad de Empresariales en la que yo estudiaba. Si bien me resultaba repulsivo, aproveché sus borracheras para sacarle información sobre, digamos, la mejor forma de administrar esa clase de comercio al que se dedicaba con tanto éxito: Público, marketing, lugares de venta, proveedores, riesgos... Incluso empecé a hacer mis pinitos. Jamás probé ni un gramo de lo que me vendió. Hasta el último lo dediqué a explorar mis posibilidades de incursionar en tan próspero negocio. Y, oye, adivina: aprobé con honores el experimento. Ahora que Raúl ha dejado vacante el puesto, ha llegado el momento de que inicie mi negocio en serio. Pero soy nuevo en todo esto. Además, tengo alma innovadora y quiero explorar caminos que aún no sé si son seguros. Ahí es donde entras tú.

–¿Qué pretendes que haga?

–Solo tienes que ir a una oficina de Correos, enseñar un billete de lotería y traerme el paquete que te entregarán.

–¿Qué contiene?

–¿No has oído lo que te he explicado?

–¿Droga? ¿Droga en un paquete de correos? Es una locura.

–Según me he informado es una forma de envío habitual en las transacciones de la Internet profunda. La compra ya está hecha y el paquete enviado, o eso espero, porque ni yo conozco ningún dato del vendedor ni él los míos. En el paquete solo figurará: “Entregar a quien se presente con el billete de lotería con el número tal, tal, tal”.

–Estás completamente loco.

–Un poco. Pero el precio es muy inferior al que lo ofrecen aquí los traficantes. Mi compra ha sido pequeña. Es todo experimental. Si todo va bien la próxima irá más en serio.

Se quedó callado, observando a Cayetana, quién le miraba con el ceño fruncido, los ojos muy abiertos y meneando la cabeza con reprobación.

–¿No has pensado que puede que dejen pasar los paquetes solo para ver quién los recoge? ¿Qué pasa si me pillan? ¿No temes que te delate?

–¿A mí? En absoluto. Me he cuidado de ocultar el ordenador que utilicé y sería la única posible prueba. Por supuesto, me aseguré de que no se pudieran rastrear mis visitas a través del ISP. No hay manera alguna de que puedan relacionarme con esa compra. Solo sería tu palabra contra la mía.

–Pero... Si me pillan...

–Es un pequeño riesgo que tienes que correr. Bueno, si quieres recuperar cuanto antes al niño y llegar a tiempo antes de que Raúl se largue del país.

–¿Cómo sabes que aún no lo ha hecho?

–Porque conozco su plan. Fui invitado a participar en él. Pero tengo mis límites.

–Debiste denunciarlo. Debiste evitar que sucediera.

–Son mis límites, no los tuyos. Dime, ¿aceptas el trato?

–No lo sé. Si liberar al niño no te importa ¿por qué haces esto? ¿Qué tienes en contra de Raúl?

–Nada en especial. Solo quiero asegurarme de que no se le ocurre reaparecer a continuar con su negocio donde lo dejó, y de que no tiene tiempo ni energías para enviar a alguien en su lugar.

–Necesito pensarlo.

–¿En serio? Creía que estarías ansiosa por rescatar a ese niño. Pero está bien. Tienes tiempo hasta esta noche. El paquete ya debe haber llegado y lo quiero en mi poder cuanto antes. Piénsalo y llámame cuando lo decidas, pero no le digas a nadie una sola palabra de lo que estamos hablando o romperé el trato.

Después de que Bruno le diese su número de teléfono, Cayetana abandonó el local decepcionada, y medio aturdida y temblorosa ante lo que se le venía. Para empeorarlo, Rafael la estaba esperando a unas manzanas de distancia. El corazón le palpitaba como loco. En parte porque veía la posibilidad de ayudar a Alex, en parte por el riesgo que debería correr.

Se detuvo al doblar la segunda esquina y cruzó los brazos en el pecho,

intentando tranquilizarse. Tenía, además, otro inminente problema: Debía decidir si callaba, como Bruno le había ordenado, o si se lo contaba a Rafael. Se temió la reacción de este. Lo imaginó saliendo del coche como una furia, corriendo hacia el local de donde ella venía, y dándole una paliza a Bruno para obligarle a hablar. Lo cual solo le serviría para enfrentarse a nuevos problemas. Quizá a la cárcel. Tal expectativa la asustó y le hizo tomar rápidamente una resolución: callar y actuar por su cuenta.

Se enderezó, tragó aire y se esforzó por entrar en el papel que ahora le tocaba representar. Mentía fatal, en especial, al hombre que amaba y que, en aquel momento, tenía puestas en ella todas sus esperanzas. Ella tendría que romperlas y ver su expresión. Volvería a odiarla. Ahora con más fuerza. Cayetana suspiró con desespero. No había ninguna otra opción, nada que pensar. Simplemente debía continuar andando.

Se imbuyó de resolución y echó a andar deprisa hasta el final de la calle. Allí, cruzó hasta la acera de enfrente y tomó la calle perpendicular. Un claxon le hizo saber que se hallaba a pocos metros del coche.

Rafael salió de él y se acercó a ella, muerto de ansiedad.

—¿Qué ha pasado? ¿Sabes dónde tienen a Alex?

—No. Entra al coche.

La había interceptado y Cayetana tuvo que sortearle varias veces para poder entrar cuanto antes al coche. Temía que alguien la hubiese seguido y los viese juntos.

Consiguió entrar al coche y esperó a que él lo hiciera, sabiendo que su modo de actuar le estaría pareciendo extraño.

Rafael entró, cerró de un portazo y se encaró con ella:

—Entonces, ¿qué te ha dicho?

Ella intentó sostenerle la mirada algunos instantes mientras le mentía.

—Lo siento, Rafael. No sabe nada en absoluto. Lo único que pretendía era verme. Quería que saliéramos juntos, ahora que sabe que no estoy con Raúl. No era más que eso.

Rafael alzó los ojos al cielo con un suspiro.

—¿Y por qué corrías? —preguntó, girándose de pronto para mirarla—. ¿Por qué tenías tanta prisa por entrar en el coche?

—Porque se puso como loco cuando me levanté para marcharme diciendo que no estaba interesada en él —inventó—. Salió detrás de mí para pegarme. Lo hubiera hecho de no ser porque unos chicos que entraban en ese momento le contuvieron. Temo que ande buscándome —Todo parecía encajar y Rafael

exhaló aire, decepcionado—. Siento tanto haberte hecho crear falsas esperanzas...

—No es tu culpa. Parece que a los hombres les resulta fácil tomarte el pelo, eso es todo —Obviamente había un frío deje de ironía en aquella frase, que atribuló a Cayetana. Rafael se percató de ello y, al momento, dijo—. Lo lamento. No he debido decir eso. Me he dejado llevar por la rabia y la decepción... Pero no es culpa tuya que no haya salido bien. Estás haciendo todo lo que puedes por ayudar en la búsqueda de mi hijo, y te lo agradezco — Se colocó mirando al frente, arrancó el coche y dijo—: Te llevaré a casa.

En el fondo, Cayetana no tenía nada que pensar. Su cariño y lealtad le decían que simplemente debía arriesgarse, únicamente necesitaba unas horas para acostumbrarse a la idea y hacer acopio de fuerzas.

Javier no disponía de cuentas personales en ninguna red social ni utilizaba Internet con fines de entretenimiento pues, a su modo de ver, y en esto coincidía con Soler, estaban destinados a la mente unificada e inferior de la gran masa.

Existía, sin embargo, un servicio al que recurría de vez en cuando. Se le venía a la cabeza a menudo en los pasados días, pero la última vez que lo había usado las cosas se habían puesto algo peligrosas, por lo que hacía un tiempo que no se animaba a volver a hacerlo.

Aquella noche, en que se hallaba ansioso y eufórico por los avances en el proyecto principal de su vida, inesperadamente se sintió impulsado a coger el ordenador y abrir aquel sitio, donde tenía seleccionados algunos perfiles que ojeó con ansiedad. Se dijo que tendría cuidado, que no se excedería en el riesgo que podía correr, y, no pudiendo resistir la tentación de probar suerte con la persona que más le atraía, le envió un mensaje.

¡Bingo! En un minuto recibió respuesta. Intercambiaron algunos mensajes y se enteró de que la dueña del perfil no estaba muy lejos. En aquel momento iba en un taxi, de regreso a su casa, pero podía cambiar la ruta, si él quería...

Él aceptó. La conversación terminó y Javier se puso algo nervioso.

Durante los veinte minutos siguientes, preparó algunas cosas en la casa y se arregló ante el espejo. Luego, ella llamó al timbre.

A Javier le dio un vuelco al corazón al verla en la puerta. Se quedó parado sin decir nada, con la vista clavada en ella. El parecido era aún mayor que el que se apreciaba en las fotos.

–Bueno, ¿vas a dejarme pasar? –preguntó ella.

Javier se apartó de inmediato.

–Sí, claro. Adelante, por favor...

Ella entró, echando una ojeada a su alrededor. Dio unos pasos hacia el interior y enseguida se encontró en el salón del pequeño apartamento. Se detuvo allí y se dio la vuelta para mirarle. Él venía detrás, andando despacio y a distancia, y no dijo nada.

–¿Qué pasa? –le preguntó—. Mira, si te has sentido decepcionado me voy

y en paz. Quizá las fotos te causaron mejor impresión que la realidad. Tal vez la diferencia de edad te parezca excesiva ahora que me tienes delante.

–¿Qué dices? ¡No! Eres absolutamente perfecta. Exactamente lo que buscaba. Una hermosa señora de unos cuarenta y cinco años, de cabello oscuro y ojos azules.

–¿Sabes que llamando “señora” a una mujer no aumentas su libido precisamente?

Él se rio.

–No seas susceptible. Me refería a las connotaciones de dama, de la palabra. A que eres educada y pareces inteligente. Caminas erguida, segura de ti misma, como una alta ejecutiva.

–¿Y eso te pone?

–Me encanta.

–Bien –ella sonrió, dirigiéndole una mirada de arriba a abajo–. Si es mi turno de piropear, diré que eres una monada y, para mí, estás en la edad perfecta. Ningún hombre de más de treinta y cinco me ha atraído jamás, pero con menos de treinta, mucho mejor. –Ella lanzó el bolso sobre el sofá descuidadamente, porque parecía haber decidido quedarse–. ¿Me ofreces una copa?

–Por supuesto. Toma asiento, por favor. No suelo beber alcohol; solo tengo vodka, que utilizo para cócteles. ¿Te va bien si te lo sirvo con naranja?

–Perfecto. ¿Vives solo?

–Sí –contestó él desde la cercana cocina.

–Es una casa muy mona y en una buena zona. ¿En qué trabajas?

La invitada oía con claridad cada paso en la preparación del coctel, incluso la caída de los cubitos de hielo en un vaso alto. Sin embargo, la respuesta se demoró en llegar. Lo hizo cuando Javier regresó al salón y le tendió un vaso con la mezcla.

–Según las reglas de la web no debemos hablar de nuestra vida privada –dijo, tras dar un trago al coctel que se había preparado para él–. Creía que tú, especialmente, estarías de acuerdo con eso. Porque, supongo que estás casada, ¿no?

–Bueno, solo era un poco de charla preliminar. No pensaba ir a buscarte a donde sea que trabajes. Y, de todas formas, ya hemos hecho caso omiso de las normas al citarnos en tu casa.

–De acuerdo. Por mi parte no tiene importancia si quieres que hablemos de nosotros. Respondiendo a tu pregunta, te diré que soy el encargado en una

tienda de muebles de lujo. Ahora contéstame tú a lo que te pregunté antes, ¿estás casada?

–¿Y si no lo estuviera?

–Quién sabe.

Ella se rio.

–Sí, estoy casada, y, aunque no fuese así, ya conoces el objetivo de la web: sexo sin compromiso.

Javier sonrió, encantado de saber que ella no querría que llegase a oídos de su marido nada de lo que allí pasase.

–¿Nunca te han dicho que te pareces mucho a Isabel Porto?

Ella volvió a reír. Se la veía relajada y su bebida descendía en el vaso con rapidez.

–Sí, claro que me lo han dicho. Y, de hecho, le he copiado el peinado – confesó, acariciándoselo con sensualidad–. La verdad es que la señora, como tú la llamarías, es muy guapa para ser política.

Javier estaba maravillado al tener frente a sí a aquella mujer que parecía creada para él por la providencia. Comenzó a imaginar con deleite lo que podría hacerle. Una mujer casada, a quien le convenía callar cualquier cosa que allí sucediese so pena de arruinar su vida...

–Tú lo eres más –dijo apuradamente, dándose cuenta de que había comenzado a perderse en sus pensamientos–. Muchísimo más.

Ella apuró la bebida y se puso en pie, acercándose a él seductoramente. Vestía un pantalón negro ceñido y una camiseta de manga corta, de color turquesa, con escote en uve, que, aunque no era muy pronunciado, dejaba ver un canalillo dentro del que se perdía una cadenita dorada. Era una mujer de aspecto sano y piel tersa, sin muestras aparentes de haber perdido la juventud. Isabel no parecía tan lozana, pero podía imaginarse que lo estaría si no hubiese entrado en el mundo de la política.

Ella le quitó el vaso de la mano y se bebió el último trago que quedaba, despacio, frente a él.

–¿Qué te gusta? –le preguntó.

–Me gustaría darte de hostias –contestó él. Su corazón había comenzado a palpar más fuerte. Le brillaban los ojos con ansiedad y esbozaba una suave sonrisa que anticipaba el placer–. ¿Es muy fuerte para ti?

Ella se apartó ligeramente, con una mueca de extrañeza y disgusto.

–¿Quieres decir que te va el sado? –le preguntó. Se veía en su rostro que iba a negarse a la propuesta.

–No. En absoluto. Sería así si después de darte una paliza de broma acabásemos follando –explicó él con voz seria y serena. Los ojos de ella llegaban a la altura de su boca. Exactamente igual que Isabel–. Pero yo no quiero culminar los golpes teniendo sexo contigo. Lo que quiero es estrellar tu cuerpo contra la pared, patearlo en el suelo, golpear tu cabeza con un jarrón de alabastro... –Ladeó la cabeza y chistó, disfrutando con los cambios en la expresión de ella–. Pero sé que tendré que ser mucho más comedido. Por eso te digo que me conformaré con darte de hostias. Ni siquiera será una paliza.

La cara de ella había adquirido una mueca de horror y enfado que la cubría toda. Se apartó definitivamente, dando la vuelta resueltamente para recoger su bolso, mientras decía:

–Mira, si lo que querías era jugar juegos raros, te has equivocado de persona. La noche es joven. Entra en la web y búscate a otra, porque yo, paso.

Cuando se dio la vuelta se topó con Javier de frente. No tuvo tiempo de nada. Él le asestó un bofetón tan brutal que ella perdió el equilibrio y se cayó en el sofá. Javier se le echó encima y la abofeteó con furia una y otra vez. La cabeza de la mujer giraba de un lado al otro con tanta rapidez que ni siquiera tenía tiempo de llorar o gritar. Los golpes en su rostro parecían no ir a cesar nunca. Le sentía encima de su cuerpo, imposibilitándole la defensa, y vagamente, le oía gritar con cada golpe.

Después de un tiempo que le pareció infinito las bofetadas cesaron y la mujer, mareada, a punto de desmayarse, pudo llevarse ambas manos a la cara, llorando aterrada.

Él se había levantado, tambaleante, jadeando y con el rostro rojo como la grana.

–¿Lo ves? –dijo con esfuerzo–. Unas hostias y ya. Ahora vete a contárselo a tu marido. No olvides enseñarle tu perfil en la web para putas. Yo ya he sacado copias, para que no se te pierda.

Ella se puso en pie rápidamente, gimiendo con el rostro ardiendo, cogió su bolso y echó a correr hacia la salida.

Javier inhaló y exhaló aire con placer, profundamente, cuando la puerta se cerró tras ella, segundos después.

Raúl se encontraba a kilómetros de la cueva, en una pequeña casucha en ruinas cercana a un pueblecillo, donde un individuo contratado para ese fin les dejaba víveres, agua y prensa, cada pocos días.

Cuando iba allí aprovechaba para comprobar si alguno de los pocos que conocía el número de su nuevo teléfono de prepago se había intentado comunicar con él. Se había sentado en unas rocas en el exterior de la casucha, y justamente estaba haciendo eso, cuando el teléfono sonó.

Habían pasado quince minutos desde que Bruno saliese de los billares, tras su entrevista con Cayetana, y al dueño de estos le había faltado tiempo para llamarle.

Raúl sonrió al ver su nombre en la pantalla. El tipejo era un canalla de su calibre.

–¿Qué hay, Manolo? –preguntó con voz animada.

–Tío. Esto te va a sorprender –dijo el otro a bocajarro.

Raúl cambió de ánimo y frunció el ceño, intuyendo que la sorpresa no iba a ser para bien.

–Habla –apremió.

–Tu ex y Bruno Nevado se han visto hoy en los billares. Ella se largó hace un rato y él acaba de hacerlo. Se sentaron en una mesa apartada y él habló mucho, mucho, mucho...

–Entiendo. ¿Hubo sobres de por medio?

–No. La chica parecía ilusionada cuando llegó y decepcionada cuando se fue. Deduzco que habrá una segunda entrevista con intercambio de favores.

–Gracias, por la información, Manolo, te debo una.

Raúl cortó y meditó unos instantes sobre lo que debía hacer. El hijo puta de Bruno era un cabo suelto en el que nadie había pensado. Un cabrón sin honor que conocía a varios de los implicados. Y ahora pretendía venderle a la chica esa información. Ella no tenía dinero, pero el padre del niño, sí. Hablaría con él, lo conseguiría, y el cantaría como el eunuco que era.

Raúl buscó un número en su teléfono y estableció comunicación. La llamada tardó más de un minuto en ser atendida.

–Hay un problema –dijo–, un canario ha enfermado y puede contagiar a

los demás –Raúl escuchó la respuesta y contestó–. Muy bien. Lo sacaré de la jaula para evitar que los demás enfermen. Pero tenga en cuenta que he tenido gastos extras con las medicinas y ahora debo desinfectar la jaula. Tendrá que aumentar lo acordado... –Escuchó la respuesta con atención–. Por supuesto, haré todo lo necesario para proteger a los demás pájaros.

Cortó la llamada y se quedó parado con el teléfono en la mano y una mueca casi sonriente.

Un trabajo con el que no contaba, más pasta, pensó. Y un trabajo fácil, además. Y hasta gratificante. Liquidar a ese neófito no solo iba a ser pan comido, sino también un placer.

¿De modo que Brunito había planeado matar dos pájaros de un tiro, quitándoselo a él de en medio para poder robarle el negocio, y encima cobrando por ello? Raúl sonrió, saboreando la venganza. Anhelaba ver su expresión segundos antes de cargárselo. ¿Así que había pretendido superar al maestro? Se rio con burla, lleno de coraje. “Cabrón”, murmuró.

Tendría que exponerse, pero la adrenalina que fluía por su cuerpo le hizo subestimar el riesgo. La barba le había crecido durante aquellos días y, si se afeitaba la cabeza, no le iba a reconocer ni su madre.

No sabía de cuánto tiempo disponía, pero sí que no era mucho.

Echó al maletero del coche todas las cosas que su contacto le había dejado y emprendió el regreso a su escondite, maldiciendo la larga distancia.

Subió aprisa por el sendero. Al menos había tenido el buen seso de comprarse aquellas botas de montaña, que hacían menos insoportable el recorrido.

Desde arriba vio a Marcelo, que subía por la ladera desde el barranco.

–¿Has dejado sola a esa? ¿De dónde vienes? –le preguntó.

–La puerta está con llave. Además, todavía parece atontada. Fui por el borde del barranco, por si acaso el niño se había quedado entre las rocas, o algo así.

–Pero, no.

–No. ¿Ya le has dicho que se ha escapado?

–No.

–Pero, tiene que saberlo.

–Buscaremos el momento apropiado. Ahora tengo que ocuparme de un tipo que está dispuesto a arruinarlo todo. Te lo contaré a la vuelta. Tú quédate aquí vigilando a la mujer.

Una vez en la cueva corrió al baño, tomó la máquina de afeitar y apuró

su cráneo hasta dejarlo suave y desnudo. Sonrió frente al espejo, comparando el resultado con las fotos que pudiesen circular de él. A primera vista, hasta sus conocidos dudarían de si realmente era él. Y, encima, le favorecía.

Corrió a su cuarto y sustituyó por una camisa de manga corta la camiseta de tirantes que llevaba. Tenía demasiada buena pinta con ella, a su parecer, y no le convenía destacar.

Le puso el silenciador al arma, la metió en una pequeña bolsa de deporte, cogió las llaves del coche y salió disparado.

Antes de salir de la cueva se cruzó con Marcelo, que le miró la cabeza rapada con asombro.

–¿Qué tal estoy? –le preguntó.

–Irreconocible.

Tenía casi media hora de camino hasta el coche a través de un sendero estrecho, inclinado y resbaladizo en su mayor parte, cuyo peligro hacía obligatorio recorrerlo más despacio que a la subida. Pero la ansiedad le hacía intentar correr para disminuir el tiempo lo máximo posible.

¿Cuánto podía tardar Cayetana en conseguir el dinero? Si era mucho, tal vez no antes del día siguiente. Pero quizá Bruno no hubiese querido ser ambicioso con la suma, considerando que retirarle a él del mercado era su principal objetivo. En ese caso, Bruno debía estar muerto antes de cuatro o cinco horas.

Era una suerte haber aceptado acompañarle a su casa a por el dinero de las drogas aquella noche: ahora sabía dónde encontrarle.

Bruno Nevado se frotaba las manos imaginariamente mientras se preparaba un refresco. Dentro de unos días tenía el último examen del curso y podría dedicarse de lleno a terminar la planificación de su negocio. En realidad, ya tan solo estaba pendiente de comprobar si realizar las compras en la Internet Underground era viable o no. Confiaba en que así fuese porque, no solo obtendría un margen de beneficio mayor, sino que evitaría el trato con los traficantes.

En esto estaba pensando cuando sonó el teléfono. Los ojos le hicieron chiribitas al ver que era Cayetana quien llamaba.

–¡Hola! –no pudo evitar exclamar, ansioso.

–Hola –respondió ella en un tono de voz que carecía de la misma euforia–. Te llamo para decirte que está bien, que acepto el trato.

–¡Estupendo! No te arrepentirás. Te aseguro que con la información que voy a darte no solo rescatarás al niño y encerrarás a Raúl, sino que encima te harás famosa y rica si juegas bien tus cartas. ¿Puedes pasarte ahora por mi casa? Te daré el boleto de lotería. Cuanto antes me entregues el paquete, antes te diré lo que quieres saber.

Minutos después, Bruno se preparaba para recibir la visita de Cayetana.

A las ocho menos cuarto sonó la puerta de la entrada del estudio de Bruno y el chico corrió a abrirla. Al otro lado, como esperaba, encontró a Cayetana. La hizo pasar hasta llegar al salón. Ella entró tímidamente, observando lo llamativamente limpio y ordenado que se hallaba cuanto veía. El recibidor, el salón, con su cocina integrada y su pequeña zona de comedor. Aunque no era muy grande, era lujoso y, sin duda, caro por la zona en que se hallaba. Se veía que el muchacho tenía unos padres bastante adinerados y generosos. El saloncito constaba de unas baldas con libros, un mueble largo bajo ellas, una televisión y un sofá, donde él la invitó a sentarse.

–No, gracias –declinó ella–. Tengo un largo camino de regreso. Dame el boleto y me iré.

–Está bien, pero hace mucho calor. ¿No puedo ofrecerte algo? ¿Ni siquiera un vaso de agua?

–No, gracias. Pero iría al baño mientras lo buscas.

–Claro. Es al fondo a la derecha.

Bruno salió deprisa y ella se dirigió en dirección opuesta, hacia donde él le había indicado.

El baño se veía impecable, pequeño, pero de aspecto moderno. Sus azulejos de un azul grisáceo brillaban como recién fregados.

Cayetana no pudo evitar mirarse en el espejo sobre el lavabo mientras se sentaba en el inodoro. Tenía ojeras, palidez y cara de susto.

Al poco oyó el timbre de la puerta. Oyó esta abrirse y cerrarse con rapidez. Quizá había llegado algún mensajero.

Cuando terminó, por hacer tiempo hasta que la visita se fuera, sacó un peine de su bolso y se arregló el cabello, desgredado por el viento, y luego se aplicó un bálsamo labial.

Después, poniendo atención, y hasta pegando el oído a la puerta, comprobó que no se oía nada fuera, y decidió salir.

Se encaminó de nuevo al salón, donde supuso que Bruno la estaría esperando, mas no era así. Permaneció allí de pie un par de minutos, hasta que decidió salir y averiguar dónde se hallaba el chico.

No tardó en encontrarlo, en el recibidor, tirado en el suelo en medio de un charco de sangre que aún se estaba agrandando y se extendía hacia ella.

Cayetana no pudo evitar proferir un grito ahogado. Entonces le llegó el sonido de algo que se caía al suelo en otra habitación. De inmediato, miró a la puerta de salida y rodeó el charco de sangre a toda prisa para alcanzarla.

Tenía el picaporte en la mano cuando una mano asió su brazo y, de un brusco tirón, la lanzó de espaldas contra el suelo. La joven gritó al caer sobre la sangre, resbaladiza y aún tibia, que ahora empapaba su ropa y su mano derecha.

Al mirar arriba vio a un hombre que le llevó un instante reconocer, no tanto por su cráneo lampiño y su barba, como por la expresión de maldad que lo poseía.

–Esto sí que es una suerte –dijo Raúl–. Has reunido rápido la pasta que te ha pedido tu nuevo amiguito a cambio de hundirme, ¿eh? ¿Dónde está? ¿Se la entregaste ya? –Cayetana le miraba aterrada, removiéndose en el charco resbaloso de sangre. Raúl se agachó, y tirándola del pelo, la obligó a levantarse–. ¡Habla!

La joven dio un traspiés y gritó de miedo y dolor.

–¡No le he traído ningún dinero! –gritó.

–¿Me tomas por imbécil? –preguntó él obligándola a sacudir la cabeza al tirar, de un lado a otro, de un grueso mechón de su cabello—. Sé muy bien que este cabrón pensaba venderme. ¿Cuánto te pidió por mi cabeza y dónde lo tienes!

–¡No me pidió dinero! –gimió ella—. Solo quería que recogiese un paquete de drogas.

La curiosidad se hizo notar en la expresión iracunda del hombre. Sí, eso era creíble, se dijo. La boba aquella no hubiera podido saber nada acerca de sus negocios de drogas de ninguna otra forma; solo si Bruno le había contado lo necesario para utilizarla.

–¿Dónde está ese paquete? –preguntó, sacudiéndola de nuevo—. ¡Explícamelo todo!

–Bruno iba a darme un boleto de lotería que yo tenía que presentar en la oficina de correos. En el paquete figura como destinatario el poseedor de un boleto con ese número. Bruno hizo la compra por Internet y no quería correr el riesgo de ir a buscar el paquete él mismo.

–¿Dónde está el boleto?

–No lo sé. Aún no me lo había dado.

Raúl se quedó pensativo y aflojó su tirón distraídamente hasta finalmente soltarle el cabello. Luego le propinó un empujón en el pecho que la hizo chocar contra la pared, y se agachó junto al cuerpo de Bruno para hurgar en los bolsillos de su pantalón. Nada encontró, de modo que volvió a ponerse en pie, enojado, y, al pasar junto a Cayetana, la agarró del brazo y la arrastró consigo rápidamente en dirección al salón. Acababa de estar en el dormitorio, buscando dinero o las drogas que pudiese tener, y allí no había visto ningún boleto.

Arrojó a Cayetana sobre el sofá y echó un vistazo a la zona.

El boleto no estaba a la vista y empezó a irritarse. Era posible que el pretencioso aquel lo hubiese escondido entre las páginas de un libro, pensó, viendo un grueso libro de texto sobre la mesa. Lo cogió con ansia y pasó las páginas entre sus dedos, con el lomo boca abajo, una y otra vez, en la esperanza de que el boleto cayese de él en cualquier momento. No sucedió, así que lo lanzó al suelo y realizó la misma operación con algunos de los libros que había en las baldas.

Cayetana sabía que el boleto no podía estar allí y, viéndole lanzar al suelo un libro tras otro cada vez más furioso, buscó alrededor algo con lo que poder defenderse. Lo único que podría servirle era la lámpara con pie de

porcelana que había a su izquierda. Podía asestarle un buen golpe con ella y salir corriendo. El problema era que no sería capaz de desenchufarla sin que él la viese. En la cocina, a pocos pasos, había uno de esos soportes con un montón de cuchillos que había visto usar a los cocineros de la tele. Y en su bolso, ¿qué había? Las llaves, el monedero, algún cosmético, un peine inofensivo..., repasó mentalmente. Nada.

Además, él tenía el arma de fuego con la que había matado a Bruno. La llevaba metida entre su cuerpo y el pantalón; tardaría un segundo en sacarla. Ninguna posibilidad tendría contra ella, ni siquiera aunque consiguiese un cuchillo.

Su única posibilidad era pillarle de improviso. Se le pasó por la cabeza ofrecerse a ayudarlo a buscar, pero lo descartó en seguida. Raúl era extremadamente mal pensado. No dudaría que ella solo estaba buscando una oportunidad de hacer algo en su contra, y se enfurecería.

Pero, de pronto, fue el propio Raúl quien se volvió hacia ella y gritó:

—¡Tú! ¡Ayúdame a buscar!

Cayetana se puso en pie inmediatamente y le preguntó:

—¿Dónde?

—Por todas partes, idiota —contestó él. Y, mirando a la mesita que sostenía la lámpara, añadió—: Empieza por el cajón de esa mesa.

Cayetana se volvió corriendo hacia la mesita que estaba a su lado y clavó sus ojos en la pesada lámpara. Se dio cuenta de que la mesita no era compacta, sino que, por debajo del cajón, era hueca y podía verse la pared al otro lado, y en ella, el enchufe donde estaba enchufada la lámpara.

Le dio un vuelco al corazón pensando que realmente se le ofrecía una oportunidad. Cogió el cajón, lo abrió, y movió la mano por dentro, como si rebuscara, mientras reunía fuerzas para lanzarse sobre el enchufe. Sin embargo, le asusto la idea de manejar algo tan pesado como el pie de esa lámpara. Comprendió que no podría desenchufarla, levantarla y volverse con ella hacia él, sin que se diese cuenta mucho antes y sacase el arma.

Absorta en estos pensamientos, no se dio cuenta de lo que hacía y el cajoncito se salió del riel y acabó en sus manos. Iba a colocarlo de nuevo cuando la atravesó una inspiración. ¿No era aquella el arma que necesitaba? Si la cogía por la parte trasera, hecha de madera de peor calidad, la delantera era dura y fuerte. Podía arrearle en la cabeza con una esquina, y hacerle una buena brecha.

Miró de reojo hacia atrás. Raúl se había agachado para abrir una de las

puertas del mueble que estaba debajo de las estanterías y hurgaba en el interior. Estaba distraído, acuclillado. El único problema era la distancia, demasiada para que no la viese venir. Además, debía sortear la mesa de centro, peligrosa para saltar encima, ya que era de cristal. Pero Cayetana sabía que esta vez Raúl no podía dejarla viva y que difícilmente iba a tener una ocasión mejor.

No tenía tiempo para dudar, de modo que, tomó impulso para darse la vuelta y abalanzarse sobre él, dispuesta a golpearle en la cabeza con una esquina del cajón. Pero Raúl no tardó en oírla. No había podido ser lo bastante rápida a causa del obstáculo de la mesa y, cuando el cajón iba a golpearle, el hombre se había girado hacia ella y alzaba las manos para protegerse, al tiempo que se incorporaba. El bordé del cajón impactó en la parte alta de su frente, sin demasiada fuerza, porque Raúl había cruzado sus brazos a modo de escudo. Cayetana, más asustada que nunca, continuó asestando golpes mientras sentía las manos del hombre tratando de sujetar sus brazos. Para esquivarlos, Raúl había tenido que echarse hacia atrás, soltando uno de los brazos de ella, quien aprovechó para seguir golpeando, gritando y pegando saltos para darse impulso y conseguir alcanzar su cabeza, pues él era bastante más alto que ella.

Entonces Raúl extendió la pierna, como en una patada de artes marciales, dándole a Cayetana un doloroso golpe en el estómago que la apartó de él, haciéndola trastabillar y chocar contra la mesa, sobre la que cayó de costado. Raúl se llevó la mano al cinturón y sacó el arma, pero cuando estiró el brazo para apuntarla, ella consiguió golpearle la mano con el cajón, que aún sujetaba. La pistola cayó al suelo y Cayetana, que estaba más cerca, se lanzó a por ella. La tenía entre sus manos cuando se vio aplastada por el cuerpo de Raúl. Ella inmobilizada boca abajo contra el suelo, la pistola entre las manos a la altura de su pecho. Raúl metió sus manos por debajo del cuerpo de ella, en busca del arma, y ella la sujetó con todas sus fuerzas. Raúl forcejeó con ella, tratando de alcanzar la pistola, hasta que se dio cuenta de que el cajón se había caído a su derecha, un poco por delante de su cabeza, y decidió cogerlo para aplastarle a la chica el cráneo. Para lograrlo, tuvo que levantarse ligeramente y le dio a Cayetana algo de movilidad en la parte superior de su cuerpo. Ella, que imaginó lo que él pretendía, consiguió sacar la pistola por debajo de su cuerpo lo suficiente como para disparar. Raúl profirió un grito corto y seco.

Todavía bajo su peso, Cayetana luchó con todas sus fuerzas para

apartarlo, aprovechando su momento de desconcierto y debilidad. Lo pateó y empujó con esfuerzo, y él acabó por caer tendido de lado. Ella se puso en pie de prisa, apuntándole con la pistola.

Desde el suelo, Raúl cubría una herida a una altura un poco por debajo del pecho. Toda la parte delantera de su camiseta se había vuelto roja. Él parecía confuso, atontado, como si no pudiese creer lo que había sucedido.

–Zorra –murmuró. Le pareció que tenía la boca llena de tierra.

–¿Dónde está Alex? –preguntó ella–. ¿Dónde le tienes?

Él sonrió.

–Acabas de matarlo –dijo.

Se sentía desfallecido y algo mareado. Quizá la bala se hubiese alojado en un pulmón, no lo sabía, pero sí que perdía sangre con rapidez. Necesitaba cerrar los ojos, y no pudo evitar hacerlo. Durante unos segundos, siguió oyendo la voz de ella como algo distante que no le importaba. Y luego, nada.

Su cabeza había caído a un lado, desmayada, con los ojos cerrados. Cayetana no sabía si fingía, pero temía que no. Le llamó por su nombre y le dio un puntapié, apuntándole con el arma que sostenía con todas sus fuerzas, y no se movió.

Cayetana dio unos pasos para alejarse de él y continuó mirándole sin dejar de apuntarle.

Las manos habían comenzado a temblarle como no lo habían hecho hasta ahora. No quería haberle matado. No solo le espantaba la idea de haberle quitado la vida a otro ser humano, aunque fuera una rastrera serpiente, sino que con ello había perdido una oportunidad de oro de encontrar a Alex.

Con miedo de que todo fuese una farsa para pillarla desprevenida, Cayetana se acuclilló detrás de su cabeza y la presionó con la pistola. Luego puso la mano libre debajo de los orificios nasales del hombre. Al principio no sintió nada, pero al cabo de poco percibió su respiración, demasiado débil para elevar visiblemente su pecho.

Volvió a levantarse en seguida, sintiéndose aliviada pero también muy asustada y nerviosa. ¿Qué convenía hacer? ¿Llamar a la policía? ¿Largarse simplemente de allí, como le pedía el cuerpo? Tendría que eliminar sus huellas primero; y de un montón de sitios. Además, seguro que se le habían caído pelos. Y su ropa estaba calada, chorreando sangre de Bruno.

Se puso aún más nerviosa, tanto que se vio incapaz de salir de aquello por sí misma. Cogió su bolso, que estaba sobre el sofá, sacó apresuradamente

el teléfono y pulsó en la pantalla repetidas veces, rezando para que la llamada fuese atendida.

Rafael, al otro lado de la línea, sostenía el teléfono dudando si coger la llamada o no. Otra vez ella. Y tan pronto. No tenía especial interés en hablar con ella. Ninguna gana, en realidad. ¿Qué demonios podía querer esta vez? ¿Más disculpas inútiles? Terminó por aceptar la llamada, porque no podía quedarse en la duda de que hubiese descubierto algo sobre Alex.

Se encontró con algo que no esperaba: la voz rota por el nerviosismo, casi llorosa, de Cayetana.

–Cayetana, cálmate, por favor. No te he entendido. Empieza otra vez, ¿qué te ha ocurrido?

–Tienes que venir, por favor, Rafael, te lo suplico. Creo que he matado a Raúl. No quería, pero tuve que defenderme.

Cayetana empezó a hipar y siguió diciendo cosas que él no pudo entender.

–¿Has dicho que has matado a Raúl? ¿Cómo? ¿Dónde estás?

–Estoy en casa de Bruno, muerto ahí, rodeado de sangre... –sollozó–. Pero Raúl aún vive.

–Está bien. Tranquilízate, ¿de acuerdo? Dame la dirección. Iré ahora mismo.

–Por dios, date prisa.

Cuando Rafael llamó al timbre de la puerta, aproximadamente una hora después, Cayetana, tras tomar la precaución de mirar por la mirilla, abrió a toda prisa la puerta.

Rafael vio el cadáver rodeado de sangre en cuanto la puerta se abrió, quedándose paralizado por la impresión. Se forzó a entrar, ante la ansiedad de ella por volver a cerrar, rodeando el cuerpo con cuidado para tomar el pasillo hacia la izquierda, como ella le indicaba. En un momento había llegado al salón, topándose con el cuerpo de Raúl, que yacía en el suelo, inmóvil, con la parte superior del tronco rodeada de toallas a modo de vendaje.

–No sé si sigue vivo –dijo ella–. Le he puesto unas toallas intentando detener la hemorragia, pero no ha dado señales de vida desde que hablé contigo. Su pulso era muy débil cuando le vendé. No me he atrevido a comprobarlo de nuevo...

Rafael se acuclilló junto a la muñeca izquierda de Raúl y le tomó el pulso.

–No está muerto, pero casi –afirmó. Después, le dio un par de bofetadas,

llamándole por su nombre y exhortándole a despertar. La cabeza de Raúl se movió para uno y otro lado sin mostrar signos de vida—. No podremos sacarle información, está demasiado débil.

En pie junto a ellos, Cayetana asistía, en vilo, al examen de Rafael, con las manos juntas y muy apretadas.

—Lo siento mucho —se lamentó ella—. No quería hacerlo, pero fue en defensa propia. Estaba segura de que iba a matarme.

Al ver que a ella se le saltaban las lágrimas, Rafael se levantó y se acercó para tomarle las manos.

—No te disculpes, por favor. Hiciste lo que debías. No tenías otra opción. Ahora, explícame qué viniste a hacer aquí, y por qué estaba aquí Raúl. ¿Me mentiste antes? ¿Bruno planeó esto?

—Sí, te mentí —confesó—. Bruno sabía quién había contratado a Raúl para secuestrar a Alex y estaba dispuesto a decírmelo, pero a cambio yo tenía que recoger un paquete de drogas para él. Vine a buscar un boleto de lotería que debía presentar en correos para que me lo entregaran. Entré un momento al baño mientras Bruno lo buscaba y, cuando salí, él ya estaba muerto. Intenté escapar y entonces apareció Raúl. Se había enterado de que Bruno pensaba traicionarle. Supongo que alguien que nos vio juntos en los billares debió de avisarle.

Rafael estaba impactado. Le parecía asombroso que ella sola hubiese sido capaz de arrebatarse a Raúl el arma y reducirle. Le parecía aún más asombroso que no hubiese dudado a la hora de arriesgarse a traficar con drogas con tal de obtener la información que necesitaban para rescatar a Alex. De repente Cayetana había dejado de ser sospechosa, de ser solo la boba causante del rapto de su hijo. Pero ¿qué era? ¿Había actuado por valor o por estupidez? Como fuese, le había dejado de lado y se había puesto en peligro sin que él lo supiera, y eso no le gustaba nada.

—¡Pero eso era muy peligroso! ¡No debiste ocultarme lo que Bruno te había pedido! ¿Por qué lo hiciste? —preguntó él en un fuerte tono de reproche.

—Temí que, en un impulso, entraras al bar a pegarle para que hablase. No lo hubiera hecho, y nos habiéramos quedado sin la posibilidad de encontrar a Alex.

—¡Pudimos ir a la policía!

—¿Y qué? Él solo lo hubiera negado. ¡Me pareció la vía más rápida! ¡Siento que haya salido así! ¡Y siento haberte llamado! ¡No debí hacerlo, no debí involucrarte, lo sé, pero estaba muy asustada, no sabía qué hacer!

–No, no es eso lo que te reprocho, sino que me hayas mentido a la cara, que me hayas ocultado tus planes. No debiste actuar por tu cuenta sin consultarme. No debiste aceptar andar por la ciudad con un paquete de drogas sin tener protección. Habías hecho muy bien al hablar conmigo acerca de tu entrevista con Bruno y, de repente, decides ir de heroína. No meditas, Cayetana, te dejas llevar por tus primeros impulsos, y algunos de ellos nos están trayendo graves consecuencias.

Viendo a Cayetana al borde de un ataque de nervios, Rafael decidió dejar de echar leña al fuego. Miró a Raúl y se quedó en actitud pensativa.

–Si no vamos a poder interrogarle, ¿nos vamos y luego llamamos a una ambulancia? –preguntó ella tras unos momentos–. Es la única posibilidad de que sobreviva y, entonces, pueda hablar. Los médicos llamarán a la policía y ellos te avisarán a ti. No tendremos que dar explicaciones de lo que hacíamos aquí.

–¿Has mirado en sus bolsillos? –preguntó él.

–No –respondió ella.

–Podría haber algo de utilidad –señaló, agachándose para examinarlos.

Sacó las llaves del coche, el teléfono móvil, la cartera y un paquete de tabaco.

–¡En el móvil vendrán los datos de sus compinches! –exclamó ella–. Enciéndelo, no tiene contraseña.

Él se levantó con el aparato en las manos y comprobó que tenía razón. “Además de canalla, imbécil y descuidado”, pensó.

Ella se puso a su lado para ver bien la pantalla.

–Mira las últimas llamadas –le pidió.

Él lo hizo. Varios nombres se repetían a menudo.

–¿Reconoces algún nombre? –preguntó.

–No.

–Vamos a apuntarlos. Así podremos dejar aquí el móvil para que lo encuentre la policía –Saco su propio teléfono y se lo dio a ella después de abrir el bloc de notas–. Te los iré dictando.

Él le dictó el primer número, pero, para su asombro, Cayetana se le había quedado mirando paralizada.

–¿Qué? –preguntó él–. ¿Qué pasa?

–¡El GPS! –exclamó ella–. Raúl siempre lo llevaba encendido para calcular los kilómetros que andaba al día. Tiene una aplicación de deporte que marca la ruta que recorre.

–¡Joder! –exclamó Raúl, apresurándose a buscar y abrir la aplicación a la que se refería-. ¡El maldito subnormal la dejó funcionando! –exclamó riendo.

Ella se rio también.

–¡Dios mío, lo vamos a encontrar! –dijo, pegándose a él todo lo que pudo.

Rafael observó el mapa con el corazón desbocado. Ella se había cogido a su brazo para poder verlo también.

–¿Desde dónde ha venido?

–Este es el último trayecto –señaló Rafael ampliando el mapa con sus dedos-. Ciento cincuenta y cinco kilómetros al sureste. En un pico de Sierra Nevada. –Se volvió a ella con los ojos brillantes de emoción-. Parece un buen sitio para un escondite. Creo que lo tenemos, Cayetana-. Ella rio, tan emocionada como él. Echó una ojeada más al mapa-. No podemos dejar el móvil. La ruta es demasiado complicada para memorizarla. Nos lo llevaremos.

–Bien. ¿Echamos un vistazo a su coche? Puede haber algo más de utilidad.

–¿Tienes idea de cuál es?

Ella comprendió lo que quería decir.

–Ah... No, claro. Habrá cambiado. De todas formas, no es posible que allí tenga nada mejor que lo que ya tenemos.

Él cogió la pistola, que estaba sobre la mesa.

–Nos llevaremos esto.

Ella se estremeció, pero no protestó, comprendiendo que podría salvarles la vida.

–¿Sabes usarla? –le preguntó.

Él asintió.

–M padre intentó convertirme en un cazador. Nunca maté nada, pero me encantaba practicar mi puntería.

–Excelente. No lo sabía.

Rafael miró una botella de un producto limpiador que estaba sobre la mesa. También había observado que ella tenía un paño en la mano desde que le había abierto la puerta.

–¿Te has asegurado de borrar bien todas tus huellas?

Ella asintió.

–Sí, descuida. He limpiado varias veces. Si no nos llevamos las llaves

del coche, las limpiaré y las meteré en su bolsillo.

–Sí. Hazlo rápido y vayámonos cuanto antes –Mientras ella lo hacía, Rafael se guardó el móvil de Raúl en el bolsillo y al arma le sacó las balas y se la guardó por dentro del cinturón, a un lado, de forma que no se notara-. ¿Listo? Pues, entonces, vámonos ahora mismo. Salgamos con cuidado de que no nos vea nadie.

La noche ya había caído cuando Rafael y Cayetana emprendieron el camino. El cielo, escasamente estrellado y sin luna, se oscurecía aún más en la lejanía y no ayudaba en la conducción, especialmente cuando dejaron atrás la carretera comarcal para adentrarse en las curvas que conducían hacia la sierra.

Cayetana miró hacia las cumbres, viendo el cielo amoratado.

–Me temo que puede haber tormenta –señaló.

–Sí, eso creo.

Ella le miró por el rabillo del ojo. Estaba serio y concentrado, imaginando la batalla que les aguardaba, supuso ella.

–Ojalá tuviésemos otra arma –dijo ella–. No sabemos lo que podemos esperar, cuántos serán...

– Vuelve a intentar llamar al inspector Ordoñez –pidió él.

Desde que salieron, le habían llamado ya dos veces a su número directo sin que lo cogiese. Cayetana, que tenía en la mano el teléfono de Rafael, volvió a marcar. El tono sonó repetidas veces, pero el comisario no lo cogió.

–Sigue sin cogerlo. ¿Llamo a la policía?

Rafael sufrió al imaginarse intentando explicar a los inútiles de los ayudantes lo que estaba a punto de suceder. Además, no quería tener que parar o disminuir la velocidad para poder hablar, y se vería obligado, pues no debía dejar las explicaciones en manos de Cayetana, a quien ellos seguramente no creerían.

Necesitaban ayuda, de eso no había duda. Tal vez no fuesen muchos los implicados a los que tuviese que enfrentarse, al fin y al cabo, se trataba de retener a un niño pequeño, pero, en cualquier caso, era preciso que la policía supiese dónde estaba Alex, por si ellos no salieran con bien...

–Sí, llama.

Cayetana lo hizo. Por largo rato permaneció escuchando el disco de espera, mientras, a lo lejos, los rayos rompían la oscuridad cerrada.

–¡No lo cogen! ¿Qué pasará?

–Qué extraño. Puede que estén colapsados.

–Seguiré insistiendo después –dijo ella

La carretera estaba silenciosa y tranquila, y el coche avanzaba envuelto en la oscuridad. Se había estrechado, y las curvas y la proximidad de las montañas ya apenas permitían unos metros de visibilidad. Cayetana estaba cada vez más asustada y nerviosa.

–Lo que has dicho antes, que tu padre te enseñó a disparar, ¿es cierto? – le preguntó–. Perdóname que te lo pregunte, pero sé que no tienes buena relación con tu madre y nunca te oí hablar de tu padre.

–Sí, es cierto. Mi padre, el único hombre en mi vida que siempre mereció ser llamado así, me adoptó legalmente cuando yo tenía nueve años. Pero hacía muchos años que vivíamos juntos.

–Perdóname... No tienes porqué contarme nada...

–No, no me importa. Mi madre y yo vivimos en pensiones desde que yo tenía dos o tres años. Hasta ese momento habíamos estado en casa de su madre, que tenía una bonita casa en el campo, bastante grande. La situación era ideal para mi madre, que iba y venía a su antojo dejándome durante días al cuidado de mi abuela. Pero la casa era alquilada, y, cuando mi abuela murió, mi madre no pudo seguir pagándola y tuvimos que irnos de allí. Mi madre no tuvo un trabajo decente en toda su vida. Ya había estado una vez en la cárcel años antes de que yo naciera. Nunca quiso decirme por qué exactamente. Supongo que hizo todo tipo de hurtos y trapicheos con drogas. Quiero pensar que nada más serio.

»No sé si porque no teníamos dinero ni para el piso más modesto, o porque mi madre había descubierto que podía utilizar a los caseros como canguros, en sustitución de mi abuela, a partir de entonces fuimos de pensión en pensión. Cuando ni siquiera podía pagar la pensión y nos echaban, buscaba la siguiente. Con el tiempo, pasó de dejarme en la habitación solo unas horas a largarse durante días. Disfranzaba sus aventuras de viajes de trabajo y se buscaba todo tipo de mañas para dar pena a nuestros caseros y que no amenazasen con denunciar mi situación.

»Con el tiempo, lo que encontraba en los hombres fue más fuerte que el amor que sintiera por mí y se cansó de fingir. Simplemente me abandonaba en la pensión durante días. Luego, cuando el tipo se cansaba de ella, o la pegaba, o no tenía dinero ni para comer, regresaba a la pensión.

»Durante dos años, entre los cinco y los siete años, nuestro casero, el señor Arturo Arteaga, se convirtió en más padre mío de lo que ella lo había sido jamás. No solo me dejaba vivir allí prácticamente gratis, sino que me mantenía ya entonces, y se ocupaba de mi escolarización, ropa y todo lo

demás. Su buena fe y la incredulidad de que una madre pudiese obrar como la mía lo hacía, le hicieron soportar la situación durante ese tiempo, antes de denunciarla. Él tuvo mi custodia durante los dos años siguientes y ella no hizo nada por recuperarme. Finalmente, me adoptó legalmente.

»De mi madre no tuve noticias directas hasta doce años después. Era verano y yo trabajaba en una terraza, de camarero. No me encontró por casualidad. Alguien debió de decirle que me había visto y ella pensó que podría sacarme parte de mi sueldo. Ni siquiera se molestó en fingir arrepentimiento, al contrario, presentó los hechos como si deliberadamente me hubiese abandonado por mi bien, y se vanaglorió de ello. Le dije que no quería volver a verla y entonces montó un alboroto salvaje en el bar. Supongo que vengativamente, con intención de que me echasen, ya que me negaba a darle el dinero que ganaba allí.

»Volví a verla algunas veces más, pero cada vez me hice más fuerte. El desprecio que sentía por ella había alcanzado el límite y los sentimientos ya no existían. Me casé y, por supuesto, no la invité. Pero un día, Ana, mi mujer, se la encontró en la calle cuando su embarazo de Alex ya era evidente. Nunca supe exactamente las mentiras que pudo contarle; que había cambiado, que estaba arrepentida, sola..., qué se yo. Consiguió llegar al corazón de Ana y le hizo prometer que la permitiría asistir al bautizo. Por supuesto, no estuve de acuerdo, pero Ana era demasiado dulce y sensible, además de muy católica y creyente en el perdón y las segundas oportunidades, y no quise contrariarla mientras estuviese embarazada. Después me olvidé del asunto y creía que ella también, hasta que mi madre apareció en la iglesia el día del bautizo. No quise armar un escándalo y me aguanté, pero me negué a invitarla a la celebración, o sea al pequeño banquete que daríamos en casa, y, en lugar de ponerse hecha un basilisco, como yo esperaba, dijo que lo comprendía y se marchó sin causar problemas. Todo ello con el fin de seguir trabajándose el favor de Ana, con quien fingió encontrarse por casualidad unos meses después. Y así fue como se reintrodujo en mi vida y por lo que, aunque solo de tarde en tarde, seguí en contacto con ella, a mi pesar.

»Y, bueno, como te dije, es cierto que Arturo, mi padre, me enseñó a disparar. Íbamos de acampada a menudo para pescar y cazar. Él lanzaba platos y otras cosas para que yo disparase. Tampoco él cazaba gran cosa. En realidad, salir de caza era una excusa para divertirnos juntos.

—¿Él falleció?

—Sí. Ya era bastante mayor cuando le conocí, aunque estaba lleno de

energía e inteligencia.

Cayetana no podía creer la confianza que Rafael acababa de demostrarle contándole un hecho tan íntimo de su vida. Se dio cuenta de que se hallaban en una situación que ella había soñado a menudo: juntos, solos, conduciendo en la noche, contándose confidencias. Tan solo faltaba la posibilidad de poder lanzarse a abrazarle y besarle como hubiera querido. Por supuesto, no podía disfrutar el momento debidamente, dado que estaban juntos por la razón que lo estaban. Pero, si conseguían rescatar al niño, ahora que ellos dos parecían más unidos que nunca... Cayetana frenó en seco sus pensamientos, avergonzada. No era momento de pensar en eso, no tenía derecho, no mientras Alex no estuviese a salvo.

–Lamento mucho que tuvieses una infancia tan dura. Pero me alegra que encontrases a alguien que te quiso tanto y te enseñó a ser el gran padre que eres para Alex.

Rafael se concentró en los pocos metros iluminados de la carretera para evitar que se le saltasen las lágrimas al poner en duda aquella afirmación de Cayetana.

–Siento haber sospechado de ti, sabiendo cuánto quieres a Alex. Siempre me lo demostraste. No te importaba pasar con él mucho más tiempo del necesario; le cuidabas maternalmente cuando estaba enfermo... La forma en que le mirabas... Hay cosas que no se pueden fingir, y la mayor prueba es que él te adora. Te hice sentir peor de lo que ya estabas, cuando fui a visitarte al hospital. Y la causa de tus lesiones era que habías arriesgado tu vida por defender a Alex. Y ahora has vuelto a hacerlo. Y no sé cómo agradecértelo.

Cayetana había escuchado aquellas frases entrecortadas con la misma emoción con que habían sido pronunciadas. El inesperado gesto la dejó sin aliento. Agradeció la oscuridad, el que él no pudiera ver en su rostro los signos de ese amor que parecía explotar a través de sus poros.

–No tienes porqué disculparte. Estabas preocupado y era natural que no supieses qué pensar. Tenías todo el derecho a enfadarte porque todo ocurrió por mi culpa, al no obedecer tus órdenes. Por eso, estoy dispuesta a todo para que Alex vuelva a casa. Necesito que él esté bien, que me perdone, o nunca podré seguir adelante.

–Eres muy valiente –dijo él, mirándola un instante.

Lo cierto era que la frase había escapado de sus labios antes de que el cerebro le diese el visto bueno. Sí, era justo lo que estaba pensando, pero no quería que ella también escuchase el resto: que hasta entonces la había

considerado una chiquilla apocada, bastante poquita cosa, una mujercita que solo destacaría en su vida por su solicitud maternal.

–No, qué va –dijo ella con una risilla–. Estoy todo el rato muerta de miedo. Pero, cuando una cosa debe hacerse, no hay mucho que pensar.

Él sonrió, reforzando la idea de ella que había empezado a surgir. Al fondo, el cielo se iluminó por un rayo.

–Cuando lleguemos, tú te quedarás en el coche, al volante, lista para arrancar en cuanto yo regrese con Alex.

Ella tuvo un fugaz momento de ensoñamiento mágico: ¿Acaso pretendía protegerla? No, lo que él proponía –ordenaba– era racional, quizá la mejor idea.

–Pero podría ser útil que estuviésemos los dos –observó ella. No es que no le diese pavor meterse en el ojo del huracán, posiblemente habría un tiroteo, pero la opción de quedarse sola en el coche sin saber lo que ocurría, mientras quizá a él le hiriesen, no le parecía mejor–. No tenemos ni idea de cuál será la situación.

–Volveré a buscarte si veo que no puedo hacerlo solo.

La respuesta sonó poco convincente.

–No subestimarás mi ayuda, ¿verdad? –le cuestionó con un tono ligeramente molesto–. Como sabes, ya me he deshecho de uno yo sola.

–En absoluto –declaró él al instante–. El marcador está a tu favor, debo admitirlo, solo quiero ocasión de igualarlo.

Ella le miró. Consideraba que la respuesta había sido estúpida y se preguntó por qué ni siquiera disimulaba su machismo. Porque eso era, estaba claro. Temía que ella le sirviese de estorbo. O temía que la matasen... Apartó la vista y decidió decantarse por esta última opción. De todas formas, tampoco era para culparle por no considerarla la mujer maravilla. Lo ocurrido hoy, el haberse podido librar de Raúl, había sido pura chiripa. Aunque, eso sí, ella había sacado cosas de dentro que no sabía que estuviesen allí. Pasó miedo, sí, pero no se quedó encogida, se defendió, atacó sin arredrarse en ningún momento. Las cosas podían haber salido mal, pero salieron bien, y tenía derecho a sentirse orgullosa. Para ella, una mujer en un capullo, aquel día estaba siendo una revelación de sí misma.

Ojalá Rafael comprendiese eso, que ahora era una leona defendiendo a su cachorro, que la joven que apenas podía cruzar dos palabras sin apartar la mirada y enrojecer, se había esfumado. Luego se regañó un poco a sí misma. Estar pensando aquellas cosas... Como si todo fuese normal, como si

estuviesen de excursión o algo así. Como si él y ella... Se permitió fantasear unos minutos con un rápido rescate y luego la familia feliz volviendo a casa. Él y ella se mirarían sonrientes mientras Alex dormitaba tumbado en la parte de atrás. Una mirada de complicidad, de cariño. El vaticinio de una vida juntos. Luego regresó al mundo real y llamó otra vez a la comisaría.

–¡Aquí ya no hay cobertura! –se quejó con disgusto. Miró por la ventanilla para averiguar dónde estaban, justo en el momento en que caía un rayo–. ¡Uff, qué cerca! –exclamó, y al instante se escuchó un trueno encima de ellos y el parabrisas se vio apedreado por una fuerte lluvia.

–Se nos ha echado de golpe porque encima hace mucho viento.

–Qué mala suerte.

Tuvieron que aminorar la marcha. Habían iniciado el pronunciado ascenso a la sierra.

La visibilidad era casi nula, la carretera llena de curvas cada vez más cerradas y ahora, encima, resbaladiza.

Rafael había visto en el mapa que no existía carretera hasta el punto de donde Raúl había partido, y que había andado durante casi cuatro kilómetros antes de coger el coche. Eso dificultaría la huida. Era inviable correr esa distancia llevando a Alex, perseguido por los matones, en plena oscuridad y bajo la lluvia. Por lo tanto, se había preparado mentalmente para matarlos, a menos que pudiese reducirlos de otra forma sin correr riesgos.

Conforme ascendían, el aire se hacía más frío, y Rafael sintió necesidad de poner la calefacción.

Nunca supo exactamente lo que sucedió: un tronco, una piedra, un animal muerto en la carretera... El vehículo chocó con algo en los escasos segundos en que apartó una mano del volante y dirigió la vista al termostato. Cuando intentó enderezarlo, las ruedas traseras patinaron en dirección contraria y perdió el control. Apenas tuvieron tiempo de darse cuenta de que iban a caerse por el precipicio.

Por la noche, Isabel recibió una excelente noticia: Germán, su marido, volvía a casa por fin. Su regreso la animó a ver el futuro con mayor optimismo, la hizo sentirse la mujer fuerte que ella siempre había demostrado ser, pues quería tener las cosas en orden, incluyendo su cabeza, para centrarse en ellos dos y, luego, en su campaña. Le tendría en casa en veinticuatro horas y, con suerte, no tendría que apabullarle con los problemas de los últimos días ni llorarle encima.

Aunque había decidido no indagar más en el asunto del email sobre la muerte de Sandra Bernal, al día siguiente tuvo un insólito encuentro con Javier. La pidió que le dedicase unos momentos en un lugar tranquilo, y se vieron en una cafetería en las cercanías de la sede del partido. Isabel acudió a ella muy interesada, aunque presuponiendo lo que el joven iba a contarle. Sin embargo, Javier la sorprendió con lo siguiente:

–Hace unos días Santiago Soler me pidió que le pasara informes tuyos. Me siento incómodo sin que tú lo sepas, y por eso te lo digo ahora.

En el fondo, no era demasiado sorprendente viniendo de Soler, es decir, todo el mundo sabía que lo sabía todo de todo el mundo. De ese hecho, en cierto modo, no cabía ofenderse puesto que era un secreto a voces, algo que se consideraba necesario para la defensa de los intereses del partido. Pero ¿espíarla a ella, poniendo en su contra y dejándola en ridículo ante el muchacho que se dibujaba como su nuevo hombre de confianza? Eso era indignante. Quizá ahí estaba el quid; A Soler no le hacía gracia que un chico tan emprendedor e inteligente, y con tantas posibilidades de acceder a su círculo íntimo, se acercase a ella. Como correspondía, ante Javier, Isabel le quitó hierro al asunto. Dio un sorbo a su café y explicó, desenfadadamente:

–Es comprensible que Soler quiera estar informado de todo. Ya sabes que él es al partido lo que la Real Academia a la lengua española: Limpia, pule y da esplendor. Es lo que él suele decir. ¿Qué clase de informes te pidió?

–Todo lo que yo pudiera saber: a dónde vas, a quién ves, si parecen amigos o enemigos, cuál es tu estado de ánimo... En fin, todas mis observaciones. En principio, acepté. Se trataba solo de informarle de cosas que sucederían en lugares públicos, por lo que no vi nada malo. Pero ahora

que has puesto tu confianza en mí y que podrían surgir cuestiones más privadas, necesitaba decírtelo. Claro está que no voy a seguir contándole nada.

—¿Qué le has contado hasta ahora?

—Nimiedades: algún periodista que te trató mal, el conato de manifestación en el Bernabéu... Lo más destacable, aquel encontronazo en el parque de atracciones con la mujer que chillaba.

—¿Qué dijo al saber eso?

—Nada. Nunca comenta nada. Asiente con esa cara de póker que también se le da poner. Espero que no te moleste que se lo contara. Es una cuestión de seguridad y, de todas formas, seguro que los guardaespaldas se lo habrán hecho saber también.

—No, claro que no me importa. De haber tenido mayor importancia, yo misma se lo habría dicho.

—Por favor, perdóname por no habértelo contado antes. Probablemente pienses que es lo que debí hacer, pero Soler era mi jefe directo, él me había contratado. Pero ahora que me siento más cerca de ti que de él, me sentiría un traidor si callase.

Isabel le sonrió.

—Tranquilízate, James Bond, la reina te perdona.

—Ja, ja, ja. Gracias. No sabes que peso me he quitado de encima. Ahora solo me queda decirle a Soler que no pienso seguir siendo su informante, no quiero que me coja ojeriza. Tiene demasiado poder para contrariarle. Podría acabar con mi futuro con unas pocas llamadas.

—Vamos, no es tan malo. Muy al contrario, estoy segura de que va a apreciar, y mucho, tu gesto de lealtad. Si te parece que no ha sido así, habla conmigo.

—De acuerdo. Reuniré valor y se lo diré esta tarde.

—Bien. Oye, Javier, ¿me has enviado tú algún email a una cuenta que no es del partido?

—No. ¿Por qué? ¿Qué contenía?

Ella hizo un gesto con la mano restándole importancia.

—Nada. Solo una de esas fotos de gatos que abundan en Internet, ya sabes. Solo te preguntaba porque no conozco la dirección del remitente.

—Convendría saber quién es, simplemente preguntárselo. Tal vez sea un conocido, pero, si no, corremos el riesgo de que te hayan metido virus o malware en tu portátil.

–No saltó el antivirus.

Javier soltó una risilla irónica.

–Eso no significa nada. Cuando tú quieras, te lo reviso.

–Está bien. Gracias –le sonrió.

Isabel no quería ahondar más en el asunto del email. Javier le había parecido sincero al negar ser su autor. No tenía intención de dejárselo ver, a menos que hubiese alguno más, posibilidad en la que no quería pensar.

Por la tarde, en cuanto Santiago Soler tuvo un hueco en su agenda llamó a Javier.

–Muy bien, mi joven alter ego –le dijo, levantándose de su silla para sentarse en la mesa, frente a él, que permanecía de pie–. El muchacho ambicioso y dispuesto a todo. ¿Me traes noticias?

–Nada especial. Isabel está en muy buen estado de ánimo porque esta noche regresa su marido. Se la ve tranquila, bien dispuesta para atender a la prensa y añadir actos de última hora a la agenda.

–Fantástico. Eso es lo que nos conviene. ¿Ves que bien trabajamos en equipo, Javier? Tú señalas el problema, yo lo elimino, e Isabel sube cinco puntos en la intención de voto.

–¿Puedo hacer una pregunta?

–Pues claro que sí. Adelante.

–¿Cómo has eliminado el problema?

–Magnífica pregunta. Te responderé: El problema tenía una doble vertiente. Por un lado, la amenaza de publicación de informaciones privadas que acabarían con nuestras posibilidades de ganar las elecciones. Por otro lado, el hundimiento moral de la candidata, que, igualmente, arruinaría su futuro electoral. Por lo tanto, de una parte, había que acallar a la amenazadora y, de otra, debíamos restablecer la confianza en sí misma de la candidata. Un email, asegurándola que el peligro ha pasado, y una llamadita a su marido para que dejase a su amante japonesa y moviese el culo hasta acá, han conseguido devolverla a la batalla.

–¿Tiene una amante japonesa? ¿Isabel lo sabe?

–No hasta después de las elecciones.

–Me has explicado lo que hiciste para devolverle la confianza a ella, pero ¿qué pasó con la amenaza? Mejor dicho, en tus palabras, ¿cómo acallaste a la amenazadora?

–¿Qué te habría parecido excesivo?

Javier se encogió de hombros.

–No lo sé –dijo–. Supongo que cargársela sería una medida excesiva.

–¿Lo sería? ¿En cuántos momentos históricos han muerto miles y miles para coronar a uno solo, para gloria de los nobles que orbitaban a su alrededor? ¿Y crees que hace tanto? Esto es lo mismo. A los reyes los sustituyen los presidentes y a la nobleza los empresarios. Porque, ¿quién sostiene en realidad el mundo, Javier?

–Los empresarios –contestó él, viendo venir, con disgusto, un brote devocional de Ayn Rand.

–Exacto. Grandes, medianos y hasta pequeños. Todos ellos alimentando a esa inmensa mayoría de peones sin cerebro que conforma la humanidad.

–Pero, no la has matado, ¿verdad? Quiero decir, porque hay otros métodos. La extorsión, el soborno...

–Y te parecen más civilizados...

–Bueno. Menos drásticos.

–¿Sabes que según tu informe psicológico no eres un chico tan equilibrado y pacífico como aparentas?

–¿Y por qué me contrataste?

–Porque aparentas ser equilibrado y pacífico, algo fundamental en política, sin serlo, algo fundamental tanto en la vida como en la política verdadera. Lo mejor de los dos mundos.

–Sí lo soy. Al menos bastante. Bastante pacífico y bastante equilibrado.

–Bueno. He de darte la razón. No me cabe duda de que eres de los que sabe imponerse límites y tiene dominio suficiente cuándo debe parar. Quiero decir que si, por ejemplo, una noche de diversión le pegas una paliza a alguien, la cosa no pasará de ahí. Nada de asesinatos. Unas tortas y a casa.

El joven no pudo evitarlo: la sangre desapareció de su rostro y quedó que parecía sacada de un museo de cera. Tampoco pudo evitar clavar los ojos en Soler, esperando oírle decir algo más. Algo así, como: “¿Por qué te dedicas a pegar palizas a señoras clavadas a Isabel?” Su boca no decía nada, pero también en su mirada buscaba un mensaje. Algo que dijese: “Te tengo en mis manos”. Pero Soler solo le miró fijamente, sonriendo, y luego saltó de la mesa y se dirigió a su butaca.

–Bien, mi prohijado Javier, en unas horas saldremos para un corto viaje. Vete a casa y descansa.

–¿De viaje? ¿A dónde?

–Me ha surgido un problema que quiero atender personalmente, y tú serás mi ayudante. Mañana te lo explicaré. Coge algunas cosas. Como

máximo, para una noche.

–Isabel cuenta conmigo a menudo últimamente. No puedo irme sin decírselo.

–Pues hazlo. No hay el menor problema. Y ahora lárgate. –Javier le miró durante unos instantes mientras Soler comenzaba a revisar papeles. Luego se dio media vuelta, resignado, y se dirigió a la puerta–. ¡Javier! –El chico se volvió hacia él, descubriéndole una expresión severa–. Mañana entrarás para siempre en el juego. Puedes negarte a jugar, no acompañándome en ese viaje. No me ofenderé, no tendrá consecuencias, pero no puedes abandonar el juego si aceptas venir. ¿Lo has entendido?

–Sí, perfectamente.

–¿Entiendes la oportunidad que te estoy dando y la responsabilidad que acarrea?

–Sí.

–¿Cuál es esa responsabilidad?

–Guardar silencio.

–Guardar silencio y obrar siempre persiguiendo el mejor interés del partido.

–Eso es.

–Muy bien. Decide lo que te conviene. Ahora, adiós.

Javier salió de allí sintiéndose con el rabo entre las piernas, pero, a la vez, pasmado por su suerte. Sí, Soler le había hecho seguir. Sabía que había pegado a aquella mujer. Pero incluso el que lo hubiese averiguado era una suerte, porque estaba seguro de que solo al haber conseguido pruebas en su contra, que pudiese utilizar como posible chantaje, y al haber comprobado que era proclive a la violencia, Soler se había decidido a llamarle a su lado para dios sabía qué raros fines.

Ahora debía tener la cabeza fría. El haberle caído en gracia al capullo pedante de Soler le estaba haciendo ir a velocidad supersónica. El problema era que su plan había sido trazado a largo plazo, y, ahora que las cosas le venían dadas, quería aprovecharse de ello y le sobrevenía la tentación de improvisar uno nuevo rápidamente, lo que sabía que era muy arriesgado.

Mientras metía unas pocas cosas en su bolsa de viaje, su mente astuta y calculadora no podía dejar de pensar en algún pequeño movimiento que pudiese hacer, uno poco temerario que no le delatase, pero hiciese avanzar la ficha principal de su juego unos cuantos casilleros más.

Avanzada la tarde, Isabel fue en persona a recoger a German al aeropuerto, acompañada de sus hijos. Los paparazis que siempre había allí sacaron suculentas fotos del emotivo encuentro, que vendrían muy bien para fortalecer, y hasta aumentar en algún punto, la intención de voto de los electores.

Ya en casa, Germán desempaquetó un buen montón de regalos que traía para sus hijos, que ellos desarrollaron lanzando alaridos de entusiasmo al descubrir su contenido.

Casi todo eran aparatos electrónicos: robots en forma de perro o androide, coches y drones. A su esposa le trajo unos pendientes de jade y un pañuelo de seda que ella también agradeció con entusiasmo.

Isabel había preparado una cena especial ella misma, que estaba disfrutando como no lo hacía en mucho tiempo. Su marido tenía mil anécdotas interesantes y divertidas que contar, que tanto ella como los niños escuchaban radiantes de felicidad. Todo esto consiguió que se olvidase por completo de todo lo demás.

Más tarde, ya a solas en la habitación, se fundieron en un cariñoso y largo abrazo.

–Siento mucho no haber podido venir antes –se disculpó él–. Sé que me apoyabas y comprendías la gran oportunidad que era para mí, pero no podía dejar de sentirme mal, no estando a tu lado en un momento tan extraordinario, pero, también, difícil. Dime, ¿ya hay programado algún acto público al que quieras que te acompañe? –Se separó de ella un poco para tomarle la cabeza y mirarle a los ojos, con una cálida sonrisa iluminando todo su rostro–. Estoy deseando que el mundo entero pueda ver el orgullo que siento.

–Posiblemente –susurró ella–. He cantado a los cuatro vientos que llegabas hoy. Seguro que Soler ya ha dado órdenes de que nos busquen algún evento.

–Espero que sea un buen partido. Un Real Madrid, Bayern de Múnich.

Ella acompañó un gesto con una exclamación de disgusto.

–No, otro partido no, por favor. Me ha tocado ir ya a uno, y a otro de

baloncesto.

–Pero ¿llevabas a alguien que te metiese mano discretamente? –preguntó él, manteniéndola abrazada mientras echaba a andar despacio hacia la cama.

–No, eso no... –sonrió, sintiendo sus piernas tropezar con el colchón.

–Pues ya verás como eso lo cambia todo...

Isabel se dejó llevar sin pensar más que en la calidez de sus besos y caricias. Después, reconfortada por su presencia y por la paz y alegría de la velada anterior, consiguió dormir más de seis horas sin fármaco alguno, lo que para ella era un hito en los últimos tiempos.

A la mañana siguiente, Isabel descubrió un mensaje que Javier le había enviado a su móvil durante la noche. Se disculpaba por haber tenido que salir de Madrid para ayudar a Soler en un asunto del que aún no sabía nada. A ella le extrañó, especialmente porque Soler no le había informado de ese viaje que parecía tan repentino. Se quedó con la mosca detrás de la oreja, y le pidió al chico que la informase a lo largo del día.

Cuando Isabel le envió este mensaje él ya estaba viajando en el coche privado de Soler, rumbo al sur.

–¿A dónde vamos, si puedo saberlo ya? –preguntó Javier, que iba en la parte de atrás del coche, junto a Soler.

–A Sierra Nevada. Tardaremos poco más de cuatro horas.

Soler había colocado unos papeles sobre la bandeja que colgaba del asiento delantero, y ahora estaba acoplando los auriculares a su teléfono móvil.

En el asiento delantero, junto al conductor, viajaba un hombre llamado Braulio, del que Javier solo sabía que era jefe de seguridad. Ignoraba hasta qué punto podría hablarse con libertad delante de él, por lo que, en tono de voz muy bajo, preguntó:

–Me dijiste que había un problema. ¿De qué se trata?

–Ahora no tengo tiempo para explicaciones –le replicó—. Ya lo verás cuando lleguemos.

Javier tuvo que resignarse a esperar, y, mientras, soportó las más de cuatro horas de trayecto escuchándole atender una llamada tras otra.

Tras muchas curvas que ascendían por la sierra, al abandonar la carretera principal, el automóvil avanzó a trompicones por un camino de tierra durante algunos interminables kilómetros, hasta que el conductor lo detuvo. Delante de ellos había un coche de policía. En ese momento, Soler finalizó

abruptamente la charla telefónica que mantenía y se bajaron del coche.

No habiendo parado más que una sola vez en todo el trayecto, Javier estaba deseoso de estirar las piernas, pero no había imaginado que llegarían hasta allí solo para mantener una breve y discreta entrevista.

Soler se acercó a los dos hombres vestidos con uniformes de policía, quienes caminaban ya hacia él, y les tendió la mano. Cuando Javier iba a seguirle, Braulio le detuvo con su brazo. No obstante, desde la corta distancia pudo escuchar perfectamente la breve conversación.

–¿Le han encontrado? –preguntó Soler.

–No, señor. Ni una pista.

–Prosigan la búsqueda. Con discreción, pero con todos los medios a su alcance. ¿Tienen alguna duda de lo que quiero que hagan con la mujer?

–Ninguna. Marcelo nos lo explicó bien. Fingiremos estar rescatándola y la llevaremos a la casa que hemos decorado como si fuera una estación de la policía. Usted nos estará esperando allí y fingiremos que es el inspector Romero.

–Muy bien. Vayan a por ella. Nos veremos allí.

Soler regresó al coche con rapidez y los demás le imitaron. En un minuto daban la vuelta para desandar el horrible camino de tierra.

–¿Ya está? ¿Qué eso de la falsa estación de policía? ¿A qué mujer se referían?

Las preguntas se habían atropellado en la boca de Javier, viendo que el teléfono de Soler sonaba de nuevo, y que este se aprestaba a cogerlo.

Respiró hondo y miró a Braulio, sentado delante tieso e impassible. Se armó de paciencia y comenzó a hacer cábalas sobre el asunto.

Simón y Juan José se llamaban los falsos policías que subían esforzadamente por el sendero hacia el escondite. Marcelo, que se había sentado a esperarles en el exterior, los vio llegar cuando ya estaban a poca distancia y se puso en pie. Estaba algo nervioso, no viendo la hora de que su relación con toda aquella gente llegase a su fin.

Los saludó en voz baja y les dio la mano. Les indicó que esperasen unos momentos antes de seguirle al interior y pasó a la cueva.

Un par de minutos después entraron ellos, entre gritos de “Manos arriba” y “Al suelo”.

En medio de un gran escándalo le preguntaron quién más había en la cueva. Marcelo, que se había tirado al suelo para que su voz y todos los ruidos de la escenificación pareciesen reales, respondió que había una mujer encerrada.

–Y tus compinches, ¿dónde están? –le preguntaron a voz en grito.

–¡Estoy solo! –gritó él.

Le hicieron ponerse en pie y le pusieron las esposas. Seguidamente fueron abriendo las puertas con estrépito hasta encontrar a la víctima.

Ella estaba de pie cerca de la puerta, contemplando al policía que había venido a rescatarla como si no pudiese dar crédito.

Simón entró a la habitación en cuanto la vio y se acercó a ella.

–Señora, ya está a salvo –dijo, cogiéndola del brazo–. Acompañeme fuera. ¿Se encuentra bien? ¿Puede andar?

Ella asintió mientras observaba cómo el otro policía sacaba a empujones a Marcelo, que parecía asustado y llevaba las manos a la espalda, esposado.

Luego, de golpe, se liberó del brazo del policía y salió de la habitación para pasar, una a una, por todas las demás. Las puertas habían quedado abiertas y el interior de todas ellas era visible sin esfuerzo.

–¿Y el niño? –preguntó, volviéndose ansiosa hacia Simón–. Estoy segura de que tienen secuestrado a un niño. ¿Lo han encontrado?

–No, señora, no había nadie más que usted y ese individuo.

–¿Y su silla de ruedas? –dijo, volviendo a pasar por las habitaciones para encontrarla–. El niño no puede andar. Seguro que le trajeron con su silla

de ruedas.

–No había nadie más, ya se lo he dicho, señora.

–¡Tienen que encontrarle! Los oí hablar de él. ¡Estoy segura de que estaba aquí!

–Señora, debemos llevarla a la estación de policía. Allí puede contarnos todo lo que sepa respecto a ese niño y lo buscaremos inmediatamente.

Ella echó a correr hacia la salida y, tras avanzar unos metros en el exterior, miró en todas direcciones. Simón, que había salido corriendo tras ella, se detuvo a su lado.

–Aquí no hay nadie más, señora. Estamos en medio de la nada. Esto era una casa cueva, probablemente construida por los moriscos o por bandoleros, en el punto más escondido e inaccesible de la sierra. Si esos desalmados sospechaban que andábamos detrás de ellos, es posible que hayan trasladado al niño a otra parte. Venga con nosotros. Explíquenos todo lo que sabe acerca de ellos, y podremos averiguar a dónde se lo han llevado.

Ella retorció su rostro en una mueca de impotencia y furia, y apretó los puños.

–Maldita sea. Está bien –convino.

Simón y ella descendieron por el sendero que Marcelo y Juan José ya recorrían.

Ella andaba con torpeza tras el encierro, asustada por los tramos más estrechos y peligrosos, en los que parecía fácil despeñarse al menor resbalón.

Llegando al final atisbó el coche de policía. Marcelo ya estaba sentado dentro, en la parte de atrás, y el otro policía les esperaba fumando un cigarro, apoyado en el maletero. Tiró el cigarro y lo pisoteó cuando los vio llegar.

–Un paseo poco agradable, ¿eh? –preguntó a la señora–. ¿Está usted bien? –Ella asintió. Juan José se acercó para ayudarla, tomándola por el brazo, pero ella le rechazó–. Pase al asiento de delante, señora.

Él se sentó atrás, junto al presunto detenido, y, en un par de minutos, Simón arrancaba el coche camino a la policía.

Cayetana y Rafael hubieran podido tener peor suerte. La zona de la ladera por la que habían caído no era muy escarpada. El coche no llegó a dar vueltas sobre sí mismo porque los arbustos lo contuvieron lo suficiente hasta que la pendiente embarrada lo hizo girar y se incrustó en un árbol lateralmente. La puerta del conductor se aplastó contra la clavícula de Rafael haciéndole proferir un grito de dolor al partirla.

Cayetana, mareada y asustada, se deshizo del airbag y comprobó cómo estaba él.

–Cayetana, ayúdame –pidió él, quejoso, luchando por retirar su airbag–. Creo que me he roto la clavícula.

Angustiada al verle así se apresuró a ayudarlo.

–¿Te duele? –preguntó innecesariamente, pues el rostro de él lo decía todo–. ¿Qué podemos hacer? No hay cobertura para llamar una ambulancia.

–El botiquín, atrás –murmuró él.

Cierto, recordó ella. En el maletero llevaban un botiquín que ella misma había comprado, en previsión de que Alex pudiese necesitarlo.

Cayetana abrió la portezuela y salió del coche para correr al maletero, azotada por una ráfaga de viento frío y lluvia. Regresó con el botiquín en solo un par de minutos, pero tiempo suficiente para haberse empapado.

–Aquí hay analgésicos, desinfectante y vendas.

–Dame algo para el dolor, rápido.

Sacó una botella de agua de la guantera y se la dio junto con una pastilla.

“¿Qué puedo hacer? –se preguntó con desesperación–. Necesita ayuda inmediata, pero estamos en medio de la nada, incomunicados, bajo una lluvia torrencial. Aunque me plante en la carretera es imposible que ningún coche pase por aquí a estas horas. O, peor, podrían pasar ellos y verme”.

–No sé qué puedo hacer –murmuró angustiada–. Ni siquiera de día creo que vaya a ser fácil encontrar un coche que nos preste ayuda. No veo otra solución que esperar a que escampe y bajar andando hasta alguna zona donde haya cobertura.

–Ni hablar. No voy a irme tranquilamente a un hospital sabiendo que mi

hijo está tan cerca. Me tomaré la caja entera de analgésicos si hace falta y conseguiré llegar andando.

–Es una locura. Podrías perder el conocimiento, y ¿qué haría yo?

–Correré el riesgo –dijo, bebiendo ávidamente para tragar una segunda pastilla–. Esperaré unas horas y luego iré a por él.

Cayetana le miró con pesadumbre, maldiciendo su suerte. La cara de él se frunció de dolor, sujetándose el brazo izquierdo. Si al menos tuviese algo para ponerle el brazo en cabestrillo... Cogió la venda. No era muy ancha, pero si le daba varias vueltas podrían servir. Se dedicó a desenroscarla y cortarla en la dimensión adecuada unos momentos, y cuando lo tuvo lista se la colocó con cuidado.

–¿Mejor?

–Sí, gracias. Los analgésicos me están dando un poco de sueño. Así podré descansar un rato.

Se adormeció hasta la madrugada. Había cesado de llover y las últimas nubes se disipaban prometiendo un día agradable, aunque todavía algo ventoso.

Preocupada por Rafael y porque consideraba una pésima idea intentar un ascenso por la montaña y un ataque a los secuestradores en la situación en que ahora se encontraba él, Cayetana apenas había descansado nada.

Rafael se desperezó y trató de disimular el agudo dolor que le atravesaba al moverse.

–Un par de analgésicos de desayuno y andando –dijo.

Ella intentó disuadirle sin demasiado esfuerzo, porque sabía que sería inútil.

Hasta tuvo que ayudarle a salir del coche, aunque él se empeñaba, malhumorado, en que no le hacía ninguna falta.

Tras pasar la noche comprimidos en los asientos del auto, la subida por la ladera hasta la carretera fue muy difícil para los dos. Desde allí iniciaron la marcha despacio, sabiendo que tenían varias horas de durísimo camino por delante.

Cuando consiguieron llegar al inicio del sendero que conducía hasta la cueva, Rafael estaba casi desmayado. El ascenso había sido un Vía Crucis. Solo el apoyo de Cayetana había evitado que se cayese al suelo numerosas veces. Agotado y con la tensión demasiado baja, se arrastraba por el camino temiendo que cada paso fuese el último.

Al mirar hacia arriba y ver el estrecho sendero ascender hacia la cumbre de la montaña, Cayetana pensó que todo estaba perdido, que Rafael carecía de fuerzas ni reflejos para enfrentarse a los criminales. En la pequeña explanada había un coche y preocupantes huellas de haber habido más, que podrían regresar en cualquier momento.

Se sentaron a recobrar fuerzas en las rocas que estaban a su comienzo.

–¿Sabes hacer un puente a un coche? –preguntó ella.

–No, claro que no. ¿Y tú?

–No. Pero si pudiéramos arrancar ese coche ya tendríamos con qué salir de aquí al recuperar a Alex. Si no, no sé qué vamos a hacer.

–¿Por qué no miras si están las llaves puestas?

Cayetana pensó que no era descabellado pensar que pudieran estarlo. Al fin y al cabo, nadie que no supiera que ese sitio existía llegaría hasta allí.

Así pues, se acercó al coche, y, tras abrir sin problemas la puerta del conductor, se giró hacia Rafael, gritando sonriente:

–¡Tenías razón!

Algo bueno, para variar, pensó. Claro, sería útil solo en el harto improbable caso de que saliesen con vida.

Pasados unos minutos reemprendieron la marcha.

Ahora que el momento de defender a su hijo se aproximaba, algo en su cuerpo le hacía reactivarse. Las fábricas de hormonas debían de estar funcionando a toda máquina para intentar que saliese con bien de aquella. Palpó su arma. Al menos, el accidente no le había afectado al brazo derecho. Comenzó a sentirse más optimista. Si solo había un coche, pensaba, tal vez solo tuviese que enfrentarse a un único individuo. Al fin y al cabo ¿cuántos más se necesitan para vigilar a un niño?

Poco a poco, fueron recorriendo el estrecho y peligroso camino. En la mayor parte del trayecto tenían que ir uno detrás del otro, lo que hacía que Cayetana temblase cada vez que le veía tambalearse o trastabillar.

Finalmente, largo y duro tiempo más tarde, el sendero se interrumpió y ambos se miraron sorprendidos. Un muro de arbustos, y ahí acababa todo. Sin embargo, la zona se había ensanchado y en el suelo, sobre el barro, se habían marcado las delgadas ruedas de la silla de Alex junto a grandes huellas de calzado de hombre. Rafael miró a la pared de la montaña y no tardó en descubrir que la puerta que daba acceso a la cueva había sido ocultada bajo enormes ramas adheridas a ella.

Se miraron el uno al otro con entusiasmo.

Rafael le hizo un gesto para que se alejase y él abrió con sigilo.

Una gruta amplia, amueblada y de paredes blancas le sorprendió.

No se oía nada. No había luces artificiales encendidas, pero la claridad que penetraba a través de la rendija iluminó el fondo de la cueva, donde se veía una puerta abierta.

Rafael empuñó el arma y entró despacio, indicándole a ella que permaneciese donde estaba.

Al avanzar, le dio un vuelco al corazón al descubrir la silla de Alex junto a una pared, medio oculta por unos muebles que parecían hacer las veces de una cocina.

Sin recordar el dolor, ni la fiebre ni el agotamiento, avanzó en la convicción de que estaba a pocos minutos de abrazar a su hijo.

Pero tan pronto recorrió los pocos pasos que le separaban del semicircular fondo de la cueva, vio que las cuatro puertas que daban a él estaban abiertas.

Acercándose con sumo cuidado atisbó sus interiores, tres dormitorios y un minúsculo cuarto de baño, confirmando lo que ya temía: la cueva estaba vacía.

Echó una ojeada con más rapidez, en busca de cualquier otro rastro del niño. En el armarito de uno de los dormitorios halló ropa infantil de su talla, aunque no le pertenecía. Supuso que se la habrían comprado ellos. Sobre una mesa junto a un sofá había tebeos. Pero la huella inequívoca de su paso por aquel sitio estaba en la silla. Si se lo habían llevado ¿por qué se la habrían dejado allí?

Notó que la puerta se abría un poco más. Cayetana le observaba desde el exterior. Salió a su encuentro.

–No hay nadie. Se lo han llevado –declaró.

Se sintió desolada. ¡Después de todo lo que habían pasado!

–¿Has visto algo que pruebe que ha estado aquí?

Rafael señaló la pared.

–Ahí está su silla.

–Entonces ¿dónde está? ¿Por qué se lo han llevado?

–Quizá sospechaban que alguien vendría. No lo sé. Por tal y como está todo, se han ido hace muy poco. Y sin duda volverán, o no habrían dejado abajo el coche.

–¿Crees que volverán con el niño?

–No. Creo que lo han trasladado a otra parte. Vayámonos ya mismo.

Roguemos que no nos encontremos con ellos y podremos coger el coche y volver con la policía.

Tomaron de nuevo el sendero, que ahora descendía. Alerta, con mil ojos. Si los secuestradores regresaban, se topaban con ellos de frente. Rafael, con el dedo casi sobre el gatillo, ambos sin intercambiar una palabra, con el corazón en un puño, hicieron el recorrido todo lo rápido que podía hacerse una ruta tan estrecha y resbalosa, con tramos de acusada pendiente y una ladera tan inclinada que a veces se tornaba un precipicio.

Cuando llegaron a la recta final no podían creerlo.

Cayetana corrió con toda su alma hasta el coche, se sentó en el asiento del conductor, lo arrancó y esperó unos segundos a Rafael, antes de salir de allí.

Soler, Javier y Braulio se encontraban en el interior de la pequeña casita a cuya puerta alguien había colgado un enorme y falso letrero que rezaba “Estación de Policía de Virgen del Carmen”.

Allí dentro les había recibido un también falso policía que los había acompañado a un despacho. En él habían puesto una mesa con un montón de documentos, un ordenador portátil, un frasco de cristal con lápices y bolígrafos, y un letrero donde se leía: “Inspector Romero”, para dar realismo.

–Necesitaremos privacidad. Ocúpese de que nadie nos interrumpa mientras charlamos con mi invitada –le indicó Soler al hombre disfrazado.

–Por supuesto, señor. Nadie entrará aquí.

–Bien. Mi ayudante necesita un uniforme –dijo, señalando a Javier–. ¿Tendrá alguno por ahí que pueda prestarle?

El simulado policía miró un instante a Javier.

–El mío, únicamente –contestó.

Soler observó que el hombre estaba entrado en años, o al menos, ajado por el sol, pero mantenía una figura delgada y tenía una estatura similar a la de Javier.

–Muy bien. Haga el favor de dejárselo.

El falso policía asintió y salió de la habitación para cambiarse de ropa.

–¿Para qué necesito un uniforme? –preguntó inmediatamente Javier–. ¿Qué está pasando aquí? ¡Haz el favor de explicarme ya mismo de qué va esto!

–Muy bien, muy bien... ¡Tranquilo! –Soler se sentó en la silla de detrás de la mesa. Le miró, y dijo con tranquilidad–. A continuación, vamos a interpretar un pequeño teatrillo. Yo seré el inspector Romero, tú, el oficial Torres. Permanecerás en un muy discreto segundo plano, sin hablar una palabra, y procurando que nuestra invitada no vea tu cara, por si, aun con tu disfraz de policía, es capaz de recordarte.

–¡Entonces es ella! ¡Es Sandra Bernal! ¿No es cierto? ¿Por qué no me lo dijiste ayer?

–Ayer aún no sabíamos hasta dónde estabas dispuesto a llegar para alcanzar ese brillante futuro para el que tan buena disposición tienes.

–Pero ¿dónde estaba ella? Y ¿para que la traes aquí?

El falso policía les interrumpió al entrar con el uniforme en la mano, vestido de paisano. Se lo tendió a Javier.

–Esa puerta da a un lavabo –le indicó–. Puede cambiarse allí. –El chico se lo agradeció y lo cogió, tratando de no transmitir la rabia que sentía. Luego, dirigiéndose a Soler, el hombre agregó–: Acaban de informarme de que el coche está llegando.

–Ya has oído, Javier –dijo Soler–. Date prisa.

Javier se llevó la ropa al servicio inmediatamente y se encerró allí, dando un portazo. ¡Si hubiera sabido antes que era a Sandra Bernal a quien iban a ver!, se dijo, enrabiado, para sus adentros, mientras se arrancaba la ropa. Lo había sospechado, maldita sea, pero no había actuado, por temor a equivocarse.

Entonces pensó: “¿Y si aún no es demasiado tarde? ¿Y si consigo que se presente aquí?” Sacó el móvil de su bolsillo y tecleó un mensaje con tanta rapidez y nerviosismo que se equivocó varias veces. “No –pensaba entretanto–. No llegará a tiempo. Pero será el detonador que la obligue a dar la cara”.

Envió el mensaje y terminó rápidamente de vestirse. Al escuchar ruidos en el exterior, se apresuró a salir.

Soler seguía solo en el despacho, pero era evidente que alguien estaba a punto de entrar y corrió a situarse en un ángulo cercano a la puerta, desde el cual vería de espaldas a la mujer.

Sandra Bernal entró en el despacho acompañada de Simón. Soler, que fingía repasar documentos, se puso en pie inmediatamente y salió a su encuentro.

–La señora es la víctima del secuestro, inspector –dijo Simón–. Nos ha informado de que su nombre es Sandra Bernal.

–Señora Bernal, soy el inspector Romero –dijo Soler, inclinándose para coger la mano de ella, que no hizo el menor ademán de ofrecérsela–. ¿Se encuentra con fuerzas para declarar? ¿Necesita atención médica? ¿Comida o bebida?

–No. Lo único que quiero es que empiecen a buscar a mi nieto. Estaba secuestrado en la misma cueva que yo y, en algún momento, ellos se lo llevaron.

–Bien. Tome asiento, por favor, y cuénteme todo lo que sepa de esos hombres.

Ella se le quedó mirando mientras él, exudando amabilidad por cada poro, le señalaba la silla. Resopló brevemente y accedió a sentarse. Él corrió a su sitio tras la mesa.

–Mi nieto se llama Alex Arteaga –comenzó a explicar Sandra–, y fue secuestrado hace más de una semana en su propia casa. Se hizo una denuncia. Ustedes ya lo saben, aunque no hayan movido un dedo para encontrarlo. Antes de ayer por la noche los oí decir que tenían que traer cacao o cereales para el desayuno del niño, así que aún le tenían allí.

–Pero, señora, por supuesto que hemos trabajado duramente para encontrar a su nieto. ¿Es que ha pensado que nuestros agentes llegaron hasta esa cueva por casualidad? Vaya. Por supuesto que no. Llevábamos días cercando a esos criminales. Sin embargo, no teníamos noticia de que usted también hubiese sido secuestrada. ¿Por qué cree que los secuestraron a los dos?

Sandra se encogió de hombros.

–Yo andaba haciendo preguntas. Estaba acercándome demasiado. Se enterarían y me encerraron para evitarse riesgos.

Soler asintió.

–Ajá. Sin embargo, los secuestradores no han pedido rescate en ningún momento. Su padre no es millonario, pero tiene un par de casas en propiedad y algunos otros bienes heredados de su padre adoptivo. Se le hubiese podido sacar una suma interesante, pero no lo han intentado. Señora Bernal, no somos estúpidos. Desde las primeras horas sabemos que nos han estado ocultando información. Posiblemente les amenazaron con hacer daño al niño si hablaban. Les han estado extorsionando, ¿no es cierto? Saben algo de alguien, han visto algo, fueron testigos de algún delito... –Soler cogió una carpeta y la agitó en el aire para mostrársela–. O acaso participaron en él... Me han enviado un informe sobre usted. Sabemos que ha estado en prisión en varias ocasiones. Allí se hacen amistades, se intima con gente que puede contarle a uno cosas... Pero, cuando salen a la calle, se arrepienten de la confianza que te dieron, y solo quieren garantizarse que no hables de ello jamás. ¿Es ese el caso?

–En absoluto.

–Otras veces ocurre que uno sale de la cárcel con algún encarguito realizado por ese nuevo mejor amigo que hizo entre rejas. Una pequeña venganza, por ejemplo. Algo sale mal, o uno decide que no quiere meterse en más problemas, y el amigo se enfada. ¿Le suena?

–Para nada.

–A ver este: Alguien nos hace una confidencia sobre una persona anónima, o bien, nosotros le hacemos un trabajito a una persona anónima. Pero, hete aquí que con el tiempo la tal persona deja de ser anónima para convertirse en alguien importante. Y esta persona, viéndonos como el único obstáculo en su fulgurante carrera, secuestra a quien más queremos para asegurarse nuestro silencio.

Esta vez, Sandra Bernal soltó una risilla sardónica.

–¿Por qué no deja de soltar gilipolleces y da una orden nacional de búsqueda? Puedo describirle al otro tipo, y Alex seguramente estará con él. Se llama Raúl. Es alto, moreno, con aspecto de chulo y un montón de lunares.

–Entienda que todo sería mucho más rápido y seguro para su nieto si supiéramos quién les da las órdenes. ¿No comprende que, si esa persona que la está extorsionando se entera de que usted ha sido liberada por la policía, se asustará, y quién sabe qué órdenes pueda darle a ese tal Raúl? Ayude a su nieto, Sandra. Dígame quién es y qué tiene en su contra, para que pueda detenerla y la pesadilla de Alex se acabe.

¿Sandra Bernal en tratos con la policía? Antes muerta. Miró para otro lado, obstinadamente.

–Si me da un folio le haré un retrato robot de ese Raúl –contestó–. Sé dibujar bastante bien.

–Magnífico. Se lo daré en cuanto termine su declaración.

–¡Las pistas se están enfriando! –gritó ella fieramente.

–¡Por eso necesito que me diga todo lo que sabe, ya! –respondió Soler en el mismo tono.

¡Malditos, inútiles policías!, se dijo Sandra. Soler se levantó para dirigirse a la máquina de agua, de donde sacó un par de vasos que llenó con agua muy fría, uno de los cuales le ofreció a ella.

Sandra, muerta de sed, tuvo que aceptarlo, y bebió un largo trago inmediatamente.

Agradeció aquellos segundos de silencio para pensar. Se sentía acorralada entre el miedo a que su silencio perjudicase a su nieto o a que lo hiciesen sus palabras. Si hablaba, la noticia sería portada internacional e Isabel Porto podría cobrarse venganza en Alex. El que ella la hubiera amenazado ya ella con hacerlo público, sin causarle la mínima reacción, no era más que una pose. Pero Alex continuaba secuestrado, y ¿qué más podría hacer ella por su cuenta? Nada...

Soler vio la flaqueza en su rostro y vio el momento de insistir.

–Le garantizo que usted no tiene nada que temer –dijo, en voz baja y calmada que impostaba con esfuerzo a causa de su ansiedad creciente–. Le garantizo la inmunidad. No será juzgada por nada de lo que declare. Y en cuanto a Alex, cuando esa persona se vea detenida sabrá que lo mejor que puede hacer para atenuar los cargos es decirnos su paradero.

Sandra rezongó un poco. La resignación a hacer lo que se le pedía comenzaba a tomar el mando en sus pensamientos, pero lo detestaba.

–Está bien –accedió por fin–. Le diré quién está detrás de esto. Pero espero que no me falle. Espero que la detenga a pesar de ser quién es.

–No dude que haré justicia. Dígame su nombre.

–La autora del secuestro es Isabel Porto –Sandra observó la reacción, que, como temía era de incredulidad.

–¿Isabel Porto? ¿No se referirá a la política?

–La misma.

–Pues tendrá que explicarme qué razones la han movido.

–Hace treinta años yo estaba en la cárcel por un pequeño atraco a un supermercado.

»Era un viernes bien entrada la madrugada, una hora a la que habrían hecho mucha caja, cuando mis amigos y yo entramos a la tienda sin más intención que comprar alcohol. Pero, al ver que no había un alma aparte del vigilante, un tipo gordo y adormilado, y el cajero, de pronto se nos ocurrió improvisar un atraco. Pero el idiota del vigilante decidió hacerse el héroe, y uno de mis compañeros le lanzó un cuchillo a una pierna. Salimos pitando, asustados, en cuanto el gordo se cayó al suelo gritando como si le hubieran herido de muerte. Ninguno de nosotros tenía experiencia en ese tipo de cosas. No pensamos en que darían la alarma, así que al poco nos vimos cercados por dos coches de policía que nos detuvieron como a niños pequeños. Y así fui a parar a la misma cárcel en la que un chico, muy joven e ilusionado por su primer trabajo, llevaba solo unos días como profesor de arte. Allí sobraba el tiempo, y a mí siempre me había gustado la pintura, así que me metí en su clase. Él tenía veintidós años o veintitrés años. Se llamaba Marcos Porto.

–Marcos Porto. ¿El hermano de Isabel Porto?

–El mismo. Por entonces solo era un chico normal, sencillo, sin los humos subidos, a pesar de venir de buena familia. Su padre era notario y su madre jueza. Vivían en un chalé enorme en un barrio de lujo. Rodeado de lujos pijos, ya sabe. Había recibido la mejor educación, y no es que eso no se

notase. Tenía algo como... principesco, aunque suene ridículo. Pero, sobre todo, estaba bueno. Muy, muy bueno. Especialmente a los ojos de quienes llevaban años sin ver a un chico joven y agradable que las trataba como a personas, no como a escoria, amenazas andantes o números. Porque durante sus clases una se olvidaba de dónde estaba. Éramos solo alumnas; no alumnas dentro de una penitenciaría. Parecía que al terminar pudiésemos quedar para ir al cine o cosas así. Y la clave de eso solo estaba en el trato que él nos daba.

»El caso era que el chico, desde que había entrado, era la diversión y la comidilla de todas las presas, motivo constante de bromas y conversaciones. A veces se apocaba un poco cuando le soltaban cosas demasiado fuertes; quién no lo haría con cien presas enloquecidas muy capaces de hacer realidad contigo las obscenidades que te están gritando. Y esa timidez solo conseguía que disfrutasen buscando toda ocasión de ponerle en evidencia. Pero caía bien, sí, muy bien.

»Su clase estaba llena de mujeres que, en el mejor de los casos, buscaban un polvo, y en el peor, seducir al guapo tonto para conseguir beneficios, favores, tabaco, drogas, o alguien que las mantuviese al salir de allí. Él no era tonto, no se dejó engañar nunca ni cayó en las redes sexuales de ninguna, aunque, cuando cogió más confianza y se afianzó en su puesto, aprovechó algunas oportunidades.

»Yo todavía estaba de buen ver, y me gustaba coquetear con él. Era de las pocas presas que había entrado después que él, y creo que eso había hecho que se fijase en mí e intentase prestarme el apoyo y consuelo que él supuso que una presa nueva y desvalida debía necesitar. Pero lo que más le hacía interesarse por mí era mi talento con la pintura. No es que yo fuese un Van Gogh, pero era lo mejor que tenía allí, teniendo en cuenta que la mayoría de las otras solo acudían a su clase para mirarle el culo, y no eran capaces ni de trazar una línea recta. Para mí, además de ser el único tío follable al que tendría acceso en mucho tiempo, él era un buen profesor y un tío majo que hacía más llevadero mi calvario.

»Pasábamos juntos bastante tiempo. Comidas, clases extras al aire libre, venía a los partidos, a las obras de teatro... Cosas así. Rara vez estábamos solos, claro. No estoy diciendo que tuviésemos un romance ni nada. Yo le sacaba quince años y no era más que una reclusa con un niño pequeño. No aspiraba a nada con él, ni tampoco me interesaba. ¿Para qué perder el tiempo? Él me había hablado ya de la chica que le gustaba y no tenía ni veinte años. Me parecía lo lógico. Pero sí habíamos hecho una buena amistad.

Me había contado cosas bastante íntimas sobre sus problemas con su novia anterior, cuánto daño le había hecho el crecer con padres tan distantes, que no sentía que les hubieran dedicado suficiente tiempo debido a sus carreras, lo unido que se sentía a su hermana, en la que había buscado cariño, debido a esas ausencias... Cosas así. Yo nunca le conté gran cosa que fuese cierta. Por vergüenza...

»Faltaban solo unos días para mi liberación y habíamos estado preparando una fiesta de despedida con las otras presas. Él iba a encargarse de traer adornos y de comprar tartas y otras cosas en una pastelería que le encantaba. Habíamos hecho planes para cuando saliese. Hasta había hablado con un conocido para intentar colocarme. En fin..., era bonito ver que compartía mi felicidad.

»Y entonces, de repente, un día llegó a la clase y era un desconocido. Había cambiado por completo. ¿Ha visto esa película de los ladrones de cuerpos? Pues algo así. No era él mismo. Era otra persona, silenciosa, arisca, seca, antipática a quien no le interesaba ninguna de nosotras... Traté de hablar con él, suponiendo que aquella chica de la que me había hablado le había dado calabazas. Él lo negó, me dijo que no quería hablar de ello, que no le volviese a preguntar jamás.

»Prácticamente no volví a sacarle una palabra más mientras seguí en la cárcel. No acudió a mi fiesta de despedida, ni, por supuesto, trajo nunca nada de lo que había prometido. Me dedicó unas palabras al terminar nuestra última clase. Me pidió que le perdonase, que lamentaba no haber estado de ánimo para nada durante los últimos días, y me dijo que seguía en pie la ayuda que me había ofrecido con respecto al trabajo, así que me llamaría.

»Al salir de la cárcel cogí habitación en la misma pensión en que estaba antes de entrar allí, porque el casero se había encariñado con mi hijo, Rafael, y asuntos sociales le había permitido acogerlo en su casa. Tres días llevaba allí cuando Marcos cumplió su palabra. Me llamó y quedamos para comer.

»Su estado de ánimo no había mejorado mucho. De nuevo, me volvió a pedir disculpas por haber sido borde los últimos días. Le dije que pasara del tema, que entendía que le había sucedido algo gordo, que yo era su amiga y lo comprendía y disculpaba, que podía contarme lo que fuera, para desahogarse o por si podía ayudarle. Durante esos días yo había estado preguntándome qué sería lo que le había ocurrido, y mi papeleta ganadora había sido la bancarrota de su familia, así que le pregunté si se trataba de eso. Me dijo que no, por lo que intenté con algunas otras opciones. Porque yo

notaba como si él quisiera contármelo, pero necesitase un empujón para hacerlo. Le pregunté por chicas, por enfermos o muertos entre parientes y amigos, por posibles peleas con los padres..., y ahí ya se me acabaron las opciones.

»Entonces me dijo algo como:

»—Mira, no puedo contarte lo que me ha puesto así, pero hay algo que podría hacer para sentirme mejor y no puedo sin tu ayuda. Pero pedirte que me ayudes me parece una putada porque acabas de salir de la cárcel y esto podría meterte en un lío.

»Le dije que no se preocupase por eso, que, si estaba en mi mano ayudarle a quitarse esa oscuridad que tenía encima, por supuesto que iba a hacerlo, lo mismo que él me había hecho tanto bien a mí en muchos momentos, aunque no tuviese ninguna obligación. Él ya llevaba el pedirme esto muy pensado, así que no tuve que insistir mucho para que empezase a hablar.

»Bueno. Es cierto que tenía algunas reticencias, en parte porque le avergonzaba pedirme algo que iba contra su ética, que debía creer que era la mía, por lo que suponía que a mí me parecería escandaloso. Ya he dicho que nunca pareció muy consciente de a qué tipo de alumnas daba clases. Pero, al final, me dijo:

»—Hay unas personas que me han hecho muchísimo daño. Han destrozado para siempre mi vida, y no tengo forma alguna de que lo paguen si no es tomando la justicia por mi mano. ¿Te parece mal?

»Claro está que le dije que ni hablar, que estaba en su derecho, y aunque cada vez me moría más por saber qué le habría ocurrido, le respetaba lo suficiente para comerme la curiosidad y no preguntar. Dije:

»—Solo dime cuántos son y qué quieres que les pase, y yo te busco a alguien de total confianza y al mejor precio posible.

»Me dijo que se trataba de tres chicos adolescentes, hermanos los tres. No sabía lo que quería hacerles, porque nada que les hiciese podría compararse con lo que le habían hecho a él. Oyendo eso le sugerí que los quitase del medio para siempre, pero él dijo que lo que deseaba era dejarles tan marcados como lo estaba él. Cuando dijo eso de las marcas se me vino a la cabeza un viejo amigo, especialista en algo que podía ser su venganza perfecta. Le dije:

»—Si estamos hablando de cicatrices permanentes y bien visibles que les hagan maldecir su existencia cada mañana, conozco al tipo perfecto. Seguirán

vivitos y coleando, pero lo lamentarán cada día. ¿Cómo te suena?

»—Suena muy bien —me dijo, aunque seguía con cara de funeral—. ¿Qué clase de cicatrices? O sea... ¿Cuchilladas?

»—Nada de eso. Fuego. Simularé un accidente, nadie podrá relacionarte jamás. Y, si te digo que es un especialista, es porque trabajó para unos estudios de cine. Sabe graduar la explosión o lo que sea a la perfección para conseguir el efecto que quiere. Desde un día con quemaduras leves en el hospital, hasta ingresar cadáver.

»Marcos se animó al escuchar eso. Estaba claro que temía pasarse; por si se arrepentía, supongo. Me preguntó:

»—¿Ya lo ha hecho antes?

»—Muchas veces. Muchísimas. Para gente normal, y para gente rica y poderosa —le dije, y era muy cierto.

»Esto le animó otro poco más, y dijo:

»—Si puedo pagarlo...

»—De eso no te preocupes —le contesté—. Este tipo era amigo de mi padre, le conozco desde niña, y podemos llegar a un acuerdo para pagarle más adelante, si ahora no lo puedes reunir todo.

»Marcos acabó de convencerse y me encargó hablar con mi amigo. Los puse de acuerdo sin que nunca llegaran a conocerse, y, unos pocos días después, ocurrió todo.

Sandra Bernal dejó de hablar, fatigada.

—Tengo la boca pastosa. Necesito más agua —dijo.

Soler se levantó al instante en busca de un vaso que luego le llevó a su asiento.

—Decía que luego ocurrió todo —dijo Soler, deseoso de que ella continuara—. Supongo que se refiere a que tuvo lugar la venganza, ¿verdad?

—No. Lo que ocurrió fue que me llevé la sorpresa del siglo.

»Verá. Mi amigo, Jorge Cardona, puedo decirle su nombre porque hace un año que pasó a mejor vida, estuvo siguiendo unos días a esos tres chicos para conocer sus hábitos y ver dónde y cómo era mejor realizar el trabajo. Ya lo tenía todo planeado para el día siguiente, dispuestos los artefactos y todo lo que necesitaba. Marcos estaba nervioso, pero no había cambiado de opinión. Y entonces sucedió algo que le dejará tan de piedra como a mí entonces: Isabel Porto se presentó en la pensión donde yo vivía.

»No tenía ni idea de quién era cuando el casero llamó a la puerta, me dijo que me buscaban, y ella se plantó en el umbral. No tenía más de dieciséis

o diecisiete años, pero aparentaba incluso menos. Llevaba ropa para no destacar, aunque cara, el pelo suelto y nada de maquillaje. Se notaba su esfuerzo por pasar inadvertida, algo, que visto cómo le fue después, no debía de serle fácil. Al casero le había dado un nombre falso y, delante de él, dijo que era amiga de una amiga que yo había tenido en la cárcel a la que le había tocado la lotería estando en prisión; algo que sin duda le había contado Marcos.

»La dejé pasar y, cuando nos quedamos a solas, me dijo quién era en realidad. Me dijo que sabía lo que su hermano le había pedido a mi amigo. Yo estaba ya con las uñas fuera, pensando que ella había venido para evitar que su hermano cometiese un delito, que me amenazaría con decírselo a la policía, y cosas así. Pero nanay. Sacó un collar de perlas de su bolso, me lo tendió y me dijo:

»—Es mío, lo heredé de mi abuela. Son perlas auténticas y tiene el broche de brillantes. Por lo menos vale diez mil euros. —Luego sacó una caja y me mostró varios broches antiguos, cuajados de brillantes y piedras preciosas—. Todo esto vale mucho dinero. Quiero que se lo dé a su amigo y le diga que lo que le pidió mi hermano no es suficiente.

»Ella se quedó callada, así que le dije:

»—Bien, por lo que sé, iban a tener quemaduras como mínimo para un mes en la UCI. ¿Qué quieres que haga entonces?

»—Quiero que no exista posibilidad de que ni yo ni mi hermano volvamos a verlos jamás —me contestó.

»—Hablando en plata, ¿quieres que se los cargue?

Dijo:

»—No lo sé. Sería suficiente con que quedasen inmovilizados.

»—Mira, niña —le dije—. Lo primero, ¿tu hermano autoriza este cambio?

»—No. Él no sabe nada, y no quiero que lo sepa. Tu amigo tiene que decirle que algo le salió mal. Estoy dispuesta a pagaros más. Mira, para ti he traído esto —Sacó una cajita de su bolso y me la entregó. Era una preciosa sortija con una esmeralda y pequeños brillantes—. Cuesta tres mil quinientos euros. Es para que me hagas este favor: hablar con tu amigo y que mi hermano nunca sepa que yo estuve aquí.

»La idea no me gustaba, pero el dinero me vendría muy bien, y acabé aceptando.

»—Solo me comprometo a hablar con mi amigo —le dije—, pero no te garantizo que él acepte, a estas alturas. Sé que ya lo tiene todo preparado.

»Ella estuvo de acuerdo en que yo podría quedarme con la sortija, fuese cual fuese la decisión de mi amigo. Me dio su teléfono y, cuando estábamos despidiéndonos, mi hijo, que estaba en el suelo jugando, tras la cama, se dejó ver. Me fijé en la cara descompuesta de ella. Le dije que no pasaba nada, que solo era mi hijo, un crío muy pequeño para enterarse de nada.

»—¿Cuántos años tiene? —me preguntó ella.

»Le mentí y le puse dos o tres menos de los que en realidad tenía. Luego ella se fue, y yo nunca volví a pensar en este detalle hasta este mismo año. Rafael lo había oído todo y es periodista. Para colmo, el periódico donde trabaja le envió a una rueda de prensa de esa mujer hace poco. Solo había que sumar dos y dos.

—Siga contando. ¿Qué ocurrió con la venganza? ¿Aceptó el cambio su amigo?

—Sí, Jorge aceptó, después de conseguir más joyas de la chica. Esto hizo que todo se retrasara tres días más, y de nuevo estuvo todo listo.

»Avisé a los dos hermanos, por separado, de que la cosa iba a suceder, y de cómo iba a suceder. A cada uno tuve que darle una versión distinta. En la verdadera, la instalación eléctrica de la casa de los tres chicos había sufrido unos retoques que harían que ninguno pasase de aquella noche.

»Al día siguiente llamé a cada uno para decirles que ya podían estar tranquilos, que los que les habían dañado, no volverían a hacerlo. Quedé con Marcos para explicarle que a Jorge se le había ido la mano y que los tres habían muerto por los gases liberados en el incendio, sin tener tiempo de huir. Cuando vi su cara... Yo había pensado que tal vez iba a tener que arrepentirme de haber aceptado la proposición de su hermana, que él no soportaría ser el causante de la muerte de tres personas, pero... —Sandra sacudió la cabeza con la mirada en el vacío—. Le chispearon los ojos como a un judío ante las tropas de liberación. Ella, sin embargo, era mucho más fría y no manifestó ninguna emoción.

»Con ella no volví a tener contacto. Como había prometido, Marcos me consiguió un trabajo en una copistería, aunque no me duró mucho. Después, cada vez nos vimos menos, hasta que la relación se extinguió. En parte porque yo conocía aquella parte oscura que él quería olvidar, y en parte porque yo ahora tenía más intereses y ocupaciones.

»Cuando ella se hizo famosa me acordé de todo aquello, y después fue imposible no seguir su trayectoria. Y aunque yo jamás tuve intención de sacar a la luz todo aquello, ella secuestró a mi nieto para asegurarse.

–¡Vaya! –exclamó Soler inclinándose hacia adelante y apoyando los brazos sobre la mesa–. Una historia increíble. Jugosa para la prensa sensacionalista. Pero comprenderá que yo necesite algo más que la palabra de una exconvicta para detener a una candidata a la presidencia del gobierno. ¿Tiene pruebas que señalen a Isabel Porto como culpable? ¿Grabaciones? ¿Textos manuscritos?

–Tengo la sortija con la que ella me pagó el favor. La empeñé muchas veces a lo largo de los años y siempre volví a recuperarla, porque era lo único valioso que había tenido nunca.

–Esa sortija pudo acabar en sus manos de muchas maneras –señaló Soler–. Regalada por Marcos, hurtada a Isabel... A menos que tenga un recibo donde figure que es en pago a eso que usted llama favor, no sirve para nada. Piense otra vez: ¿No fue lo bastante lista como para grabar una conversación con Marcos? ¿Nunca le envió Isabel algún mensaje, aunque fuera en clave?

–No, claro que no. Se lo he dicho: yo apreciaba a Marcos, no planeaba chantajearle, sino ayudarlo.

–Tiene un interesante concepto de la ética.

–Ya lo ve usted. Hasta los diablos se juntan para tener compañía.

–¿Le contó Marcos alguna vez qué tenía en contra de los tres chicos?

Ella negó con la cabeza.

–No. Yo nunca se lo pregunté, ni volvimos a mencionar nada de lo sucedido. Yo sabía que él lo odiaba. Y ya le he dicho que el recuerdo de eso fue la razón de nuestro distanciamiento, así que, no, nunca lo llegué a saber.

–¿Ni le comentó que tuviese sospechas de lo que le pidió su hermana que hiciera?

–No. Han pasado muchos años. Puede que ella se lo confesara en algún momento, pero, si lo hizo, yo no lo sé. Pero ¿qué importa eso? Lo que importa es que le he dicho cómo es Isabel Porto en realidad. Si se supiera sería un escándalo, el fin de su carrera. Ella lo sabe muy bien y, para acallarnos a mi hijo y a mí, secuestró a mi nieto.

–La verdad es que usted no tiene ninguna prueba de lo que ha contado. Ha pasado mucho tiempo y es difícil de investigar, sobre todo porque desconocemos lo que, según usted, relaciona a los Porto con esos tres hermanos. Sin móvil no hay por dónde empezar. Usted misma ha declarado que el ejecutor está muerto. En definitiva, es su palabra contra la de ella. Si yo fuera Isabel Porto, no me tomaría la molestia de secuestrar a nadie para

acallar a alguien que no puede demostrar nada en mi contra.

–¡Dígaselo usted a su electorado! Aunque no lo pueda demostrar, ella perderá muchos votos.

–Quizá alguno. Pero usted acabará en la cárcel de nuevo, por delito de injuria.

–Me arriesgaré. No es necesario que investigue su pasado. Basta que averigüe con quién se relaciona ahora. Ella no se habrá manchado las manos tampoco ahora, pero alguien de su entorno tiene a mi nieto.

Soler se echó hacia atrás en el asiento, juntó las manos, dando golpecitos con sus dedos y la miró. Luego abrió un cajón, rebuscó hasta encontrar un folio en blanco, y se lo tendió junto con un lápiz.

–Tenga –le dijo, al tiempo que se levantaba–. Empiece a dibujar el retrato robot del hombre que la retuvo mientras voy a hablar con mis hombres.

Se dirigió rápidamente a la puerta e hizo un gesto a Javier para que le siguiera, quien se apresuró a salir tras él.

A la entrada de la simulada estación de policía les aguardaba el hombre que antes les recibió, fumando un cigarro en compañía de Juan José y Simón. Los tres se irguieron ante su presencia y dejaron de fumar.

–Nos vamos –dijo Soler, haciendo un gesto a Braulio, quien se hallaba en una esquina, a unos metros de distancia, hablando por teléfono.

–¿Y la mujer? –preguntó Simón.

–Por el momento, vuelvan a llevarla a la cueva. Que Marcelo la siga custodiando.

–Muy bien, señor.

Soler echó a andar hasta el coche a grandes zancadas, y Javier le siguió a toda prisa.

Javier y Santiago Soler se hallaban en un restaurante silencioso y elegante cerca de Sierra Nevada.

Javier había sujetado a su jefe por el brazo a la salida de su entrevista con Sandra Bernal, pidiéndole explicaciones sobre lo sucedido, y aquel había prometido dárselas en el transcurso de la comida.

–Bien. Cuéntame. ¿Qué conclusiones has sacado de lo que has visto hoy? –le preguntó Soler, mientras empezaba a saborear un surtido de entremeses.

–Secuestraste a esta mujer cuando supiste que había amenazado a Isabel en el parque de atracciones, y ahora te has hecho pasar por policía para enterarte de lo que tiene contra ella.

–Bueno. Sí, eso lo habría visto hasta un tonto. Como solo un tonto no habría investigado en el pasado de Isabel antes de aceptar dirigir su campaña. Aunque he de decir en su favor, que nunca hubiera podido averiguar que existía algo oscuro en ella de no ser por la ayuda inesperada de alguien que vino a mí por su propio pie. A veces ocurre eso: uno excava y excava hasta dejar la búsqueda por agotamiento, o porque realmente se ha convencido de que no hay nada que encontrar, pero entonces, alguien que se entera de tus esfuerzos, te ofrece el tesoro que buscas. ¿Quién crees que vino hasta mí y me contó, hace ya años, todo lo que acaba de confesar Sandra Bernal?

–No lo sé. Ni idea.

–Pues ni más ni menos que el asesino en persona, Jorge Cardona. Bernal no ha mentido. Cardona había hecho trabajos para gente de importancia, y sabía cómo funcionan las cosas. En cuanto Isabel comenzó a hacerse conocida, el muy sinvergüenza me contactó para venderme la información y, encima, cobrar por su silencio. Me lo contó todo, lo mismo que ahora ha hecho ella.

–Entonces, si ya lo sabías todo, ¿por qué has montado esa pantomima?

–Por dos razones. Una es que, para eliminar la amenaza completamente, era necesario averiguar cuáles eran las pruebas que decía poder enviar a la prensa, y, si estaban en poder de otra persona, quién era esta. Pero, ya lo ves: Tiempo perdido. Solo se trataba de un farol.

–Ya veo. ¿Y la segunda razón?

–La segunda es la llave maestra del juego: Averiguar qué fue lo que le sucedió a Isabel para llevarla a cometer un asesinato. Si encuentro el móvil, entonces tendré mucho más que la palabra de una expresidaria borracha. Seré el feliz dueño de una marioneta con cuyas funciones me haré billonario.

–Entiendo.

–¿Te sorprende? ¿Te escandaliza?

–Para nada. Es la vieja historia de todos los gobiernos del mundo. El poder en la sombra y todo eso. Es obvio que ningún gobernante va a cederlo sin buenas razones.

Soler le señaló con el dedo, sonriendo.

–Eres el mejor alumno que he tenido nunca. Desde el primer momento supe que lo serías.

–Gracias. Quiero aprovechar para agradecerte todo lo que has hecho por mí. Especialmente por darme tu confianza e incluirme en tu vida de esta manera. Nunca habría podido soñar con tener tanta suerte. No creas que no aprecio tu actitud conmigo como lo mereces. Quería decírtelo porque soy un tío un poco frío y de pocas palabras, y no quisiera que eso te indujese a pensar que no aprecio el trato que me ofreces.

–¡Ay, ay, ay! ¡Que el Rioja está haciendo sus efectos y vamos a acabar abrazados!

–Ja, ja, ja. La verdad es que siempre ayuda a quitarse la vergüenza. No soy muy de números de estos. Prometo no insistir. Mejor, dime, ¿qué piensas hacer con Sandra Bernal ahora?

–Aún no lo sé. Si encontráramos vivo al crío, se lo devolvería pasadas las elecciones, como era mi plan inicial, y ya no tendría razones para armar ruido. Pero como no parece que eso vaya a ser posible, habrá que buscar otra opción. Aun sin pruebas, siempre existe el riesgo de que siembre dudas y cambie la intención de votos de algunos idiotas.

–Pero ¿qué ha pasado con ese niño?

–El muy vivo se escapó. ¿Te lo puedes creer? Un crío de unos seis años, en silla de ruedas, ¡y dejan que se escape! Se cayó al río desde un barranco. Imagínate. Si no murió en el acto, de la caída, lo haría ahogado, al no poder mover las piernas para nadar.

–Pobre niño.

–En verdad, sí. Un desafortunado efecto colateral.

–Quizá yo podría ayudar en la búsqueda. En fin, me gustaría.

–Ya hay gente ocupándose de eso.

–Hice un curso de socorrista y sé primeros auxilios. Hace unos años salvé a un niño que se ahogaba en la piscina de una comunidad donde me contrataron. Tuvo un corte de digestión; pudo ser serio. Quiero decir que podría ser de ayuda en la búsqueda.

–Seguro que sí. Pero vas a ser de mucha más ayuda en Madrid.

Javier llevaba un rato sin comprobar sus mensajes para evitar que Soler pudiera preguntarle sobre ellos. Isabel no le había contestado al suyo, ni tan siquiera lo había leído, la última vez que pudo chequearlo. Desesperado, temiendo que ella pudiese ponerse en camino, al terminar el primer plato se excusó y fue al servicio con el fin de comunicarse con ella.

Descubrió que ella seguía sin haberlo leído, lo cual le alivió, y se apresuró a enviarle uno nuevo: “De regreso a Madrid. Nos vemos allí”.

Cuando volvió a la mesa el camarero acababa de dejar los segundos platos. carne asada de ternera para ambos.

–Qué pinta más buena –comentó mientras se sentaba.

–Sí. Ya te dije que era un sitio excelente –le respondió Soler, sonriente y sonrosado por la comida y el vino. ¿Alguna noticia de Isabel?

Javier supo disimular el ligero sobrecogimiento. Aunque la pregunta tanto podía deberse a que su móvil estuviese siendo interceptado, algo que era mejor dar por sentado, como a la pura casualidad, se hubiera dado de tortas por el error cometido al enviar tan impulsivamente el mensaje desde la falsa estación de policía. Ya nada podía hacer, y dando por sentado que la pregunta no era casual, se le pasó por la cabeza curarse en salud e intentar minimizar el impacto de su falta, confesándola. Pero tuvo miedo. Como sin darle importancia, le respondió:

–Ninguna. Supongo que hoy estará acaparada por su marido. Ella tenía muchas ganas de verle, y supongo que él también.

Si Soler sabía lo de su chivatazo, pensó Javier, no podría comentarlo sin delatar el hecho de que le espiaba. Aunque probablemente el hacerlo no le importara un pimiento.

Javier buscó desesperadamente algo que decir para cambiar de tema. Todo lo que se le ocurrió, fue:

–Es increíble que ella fuese capaz de pagar por el asesinato de alguien. ¿No te parece? ¿Qué crees que les sucedería a su hermano y a ella?

–Aún no lo sé, pero conseguiré averiguarlo. Solo es cuestión de tiempo.

–O de preguntarle a ella.

A Javier se le había escapado sin querer la frase y la respiración se le cortó al darse cuenta. Pero su interlocutor le señaló con el dedo y, con entusiasmo que parecía burlón, dijo:

–¡Exacto! ¿Ves? En nuestro mundillo todo se hace solapadamente. Nadie va por ahí diciéndole al otro: “Oye, ¿me has traicionado?”, o “¿Tengo que recordarte que te tengo en mis manos?”. El otro ya sabe que le tienes en tus manos y actúa en consecuencia. Isabel, por ejemplo, ¿tú crees que va a preguntarme “Oye, ¿me estás espionando?” Claro que no, porque ella ya sabe que la espío, sabe que forma parte del juego. Son leyes inmutables establecidas en tiempo legendarios. De esta manera no hay malos rollos, nadie se hace mala sangre por nada. Y todo parece, para el espectador ajeno, de color de rosa. Pero de repente surge alguien con ideas renovadas, savia nueva, y dice algo que podría parecer la madre de todas las imbecilidades, pero tirando de ese hilo podría llegarse a algo que no lo es en absoluto. Lo que único que le falta a ese plan es encontrar a alguien ante quien ella confesara y razones para que lo hiciera.

–Lo siento, se me escapó sin pensar.

–No te disculpes, no me estaba burlando. No del todo.

El camarero llegó con la carta de postres y ambos escogieron uno y una copa de vino dulce.

–¿Puedo hacerte una pregunta personal? –preguntó Javier.

–Sí puedes. Otra cosa será que la conteste. ¿Qué quieres saber?

–El dinero y poder que obtienes, ¿es tanto como para compensar?

Soler lanzó una risilla.

–Verás, por supuesto que esas cosas que mencionas compensan, pero son la parte más pequeña. Lo importante es la sensación de estar escribiendo una historia: la Historia. Tú eres el dios que quita y pone personajes: que les da protagonismo o los relega a secundarios; que les marca sus acciones, sus relaciones. Tú escribes quiénes son y lo que hacen. A veces parecen actuar por sí mismos, creen que lo hacen, pero su destino ha sido escrito desde que empezó el libro. Y sí, como todo buen escritor, me lucro escribiendo. Pero nada se compara al placer de dar la vida a los personajes, llevarlos por aquí y por allá, a veces de una forma algo incierta, y ver, cómo por arte de magia, de repente las piezas encajan. Nada fue aleatorio ni baladí; se desvela el misterio; se consigue el éxito; el relato termina, y se vuelve a comenzar con nuevos personajes. Es difícil que lo entiendas mientras no lo experimentes.

Soler apuró el último sorbo de su vino dulce y pidió la cuenta al

camarero.

Minutos después, continuaban rumbo a Madrid.

La mañana del domingo Isabel y German se levantaron tarde. Se enjabonaron mutuamente la espalda, desayunaron con los niños y los llevaron a hacer una excursión a Navacerrada.

El teléfono profesional de Isabel se había quedado en casa, y, aunque, mucha fuerza de voluntad le había costado, ni siquiera lo había revisado antes de salir de casa.

Las cosas de German, sus éxitos, sus nuevas relaciones, los lugares que había conocido, habían desbancado en su mente a sus propios problemas, y estaba feliz de que así fuese.

En ocasiones se había preguntado cómo se comportaría él si Sandra Bernal sacase a la luz su pasado y ella se convirtiese en objeto de escarnio público, obligada a renunciar a su carrera política. ¿La acompañaría en su humillación o renegaría de ella? Si al menos hubiese tenido el coraje de confesarle algo en todos aquellos años juntos... Eso evitaría que le tomase por sorpresa, comprendería sus razones...

Pero aquel día consiguió olvidarse de todas sus preocupaciones, ser optimista. Se sentía solo esposa y madre, y era feliz con ello.

Como todo cuento de hadas, tuvo una hora que marcó su final. Fue a las nueve de la noche, cuando regresaron a casa. El coche se convirtió en calabaza y el atuendo de mamá excursionista en la ropa de andar por casa.

La felicidad se interrumpió al encender el teléfono móvil profesional, casi nada más llegar. No había casi nada, pero aquel mensaje de Javier bastaba y sobraba para amargarle lo que quedaba del día.

Se escondió en el baño y se puso a pensar.

A sus espaldas, Soler andaba investigando su vida, como si de un miembro de la oposición se tratase. Pretendería tenerla dominada. Y, seguramente se había llevado con él a Javier a sabiendas de que el chico se lo contaría, para, de ese modo, informarla de que estaba en sus manos, de una forma que él consideraría elegante y sutil.

¿No la obligaba eso a actuar?, se dijo, ardiendo de indignación. ¿No debía imponerse a él, decirle que no iba a tolerar chantajes? ¿No debía, incluso, despedirle?

Isabel fantaseó con acciones que sabía que no podía llevar a cabo. Era demasiado tarde. Había permitido que el lobo la acorralase a la puerta de la cueva. Lo había consentido ella, al no haber movido un dedo para protegerse, sabiendo que merodeaba por los alrededores.

Muerta de rabia y frustración, trató de concentrarse en el único punto positivo de la situación: Soler no sería peligroso mientras no se obstaculizasen sus chanchullos.

Por otro lado, no tenía la seguridad de que Sandra Bernal hubiese hablado, a fin de cuentas. Aunque probablemente sí, pues Soler no era tacaño a la hora de ofrecer sobornos, y aquella información le interesaba demasiado como para perder el tiempo en regateos.

El gran temor, lo que necesitaba averiguar cuanto antes, era si Sandra había llegado a descubrirlo todo.

Quien tenía esa respuesta era Javier. Isabel sintió un ramalazo de afecto hacia él, fiel y noble como ninguno. Necesitaba saberlo todo, y le llamó inmediatamente.

El teléfono sonó repetidas veces y ya iba a desistir, con pesar, cuando por fin Javier contestó.

–Javier, ¿dónde estás? ¿Ya estás en Madrid?

–Isabel, escúchame, por favor –dijo él con voz baja pero imperativa–. Dentro de unos minutos un niño de doce años llamará a tu puerta. Te dirá que se llama José Antonio, es un vecino mío. Te dará un sobre. Por favor, por favor, léelo y actúa en consecuencia. ¿De acuerdo?

Perpleja, ella contestó:

–Está bien.

–De acuerdo. Entonces, hasta pronto.

Llena de preguntas, pero comprendiendo el mutismo y proceder del chico, Isabel se despidió y cortó la llamada.

A la espera del muchacho que había de llegar corrió a la puerta de entrada y observó por la mirilla. Aún no se veía a nadie.

Los niños estaban con su padre en la cocina y, por el follón que armaban, Isabel supo que debía ir a poner orden si no quería encontrarse un cazo o sartén quemada y todo perdido, como en tantas ocasiones.

Llevaba en la cocina diez minutos, y había tenido tiempo de preparar unas tortillas francesas, cuando se produjo el esperado timbrazo. Por suerte, los niños se habían sentado a la mesa y Germán estaba ocupado sacando fruta para el postre, por lo que no tuvo que competir con ellos para abrir la puerta.

En la pantalla de seguridad se veía a un guardia a la espera y, a su lado, a un niño. Descolgó el teléfono:

–¿Sí?

–Señora Porto, aquí hay un niño que dice que le está esperando.

Isabel oyó la voz del niño, que gritaba:

–¡Soy José Antonio!

–Gracias, Ricardo. Que entre.

Isabel abrió la puerta y esperó al niño, que caminaba deprisa hacia ella. Tenía un aspecto agradable y pulcro, y llevaba una pequeña mochila escolar al hombro.

–Buenas noches, señora –dijo al llegar–. Soy José Antonio, amigo de Javier, y traigo una carta que me ha dado para usted.

El muchacho llevó la mochila hacia adelante con un vigoroso giro, hurgó en ella, y sacó un sobre que entregó a Isabel.

Luego, mientras ella echaba un breve vistazo, el chico volvió a meter la mano en la mochila y extrajo otra cosa que también le tendió, junto a un bolígrafo.

–¿Le importaría darme un autógrafo, por favor? Si no le importa...

Ella cogió la libreta y el bolígrafo, sonriendo.

–Pues claro que no me importa –dijo.

–Muchas gracias. Mis padres van a votar por usted –dijo el niño mientras ella firmaba en una de las hojas.

–¿De verdad? Diles que muchísimas gracias de mi parte. –Dio la vuelta a la hoja firmada y añadió–: Entonces te daré un par de autógrafos más para ellos.

–¡Muchísimas gracias!

Ella le hizo un guiño y le tendió el cuaderno con el bolígrafo metido en la espiral.

–O para tu novia –dijo.

–¡No tengo novia! –se rio el niño. Luego, poniéndose serio, pidió–: Por favor, no le diga a Javier que le pedí un autógrafo. Es que me lo prohibió...

–No hay problema. Solo le diré que has sido encantador y que has hecho muy bien la entrega.

El muchacho se despidió, arrobado, e Isabel corrió escaleras arriba para encerrarse en el baño a leer la carta.

Descubrió que se trataba de un folio donde estaba impreso el texto de un email. Se había enviado desde una dirección de correo gratuita que ella no

conocía. Posiblemente Javier se lo habría enviado al niño desde un lugar público, para garantizar la privacidad.

Decía:

«Isabel:

»Soler busca información de tu pasado. Ha interrogado a Sandra Bernal, pero esta se ha negado a hablar. La tiene retenida y piensa torturarla hasta sacarle lo que sabe. Además, él es quien secuestró al nieto de Sandra Bernal, pero se les escapó y está en riesgo de muerte, por lo que me quedo para intentar encontrarle antes de que lo maten.

»Cuando leas este mensaje Soler ya estará en Madrid. Por favor, no le hables de esto porque ahora sé que es capaz de matarme.

»Sé dónde tienen a Sandra Bernal y quisiera asegurarme de que no dice nada, si es que hay algo con lo que pueda perjudicarte, como piensa Soler, pero yo solo no puedo hacer mucho.

»Por si decidieras venir, te esperaré mañana a las doce en las coordenadas que te escribo abajo. En caso contrario, trataré de encargarme al menos de evitar el asesinato del niño. Deséame suerte y hasta pronto»

Isabel dejó caer la mano con la hoja para mirar al vacío.

Tenía una oportunidad de evitar que Sandra Bernal hablase si iba allí y le ofrecía la suma adecuada. Claro, si lograba convencerla de que no había tenido nada que ver con el secuestro del niño. El niño... Al parecer, un testigo del que Soler planeaba deshacerse. Y encima andaba por ahí perdido... Y el pobre Javier, con todo aquel peso para un chico tan joven, corriendo graves riesgos...

Isabel investigó el tiempo que tardaría en llegar a las coordenadas que Javier le había dado y vio que sería entre cinco y seis horas. No estaba mal. Podía salir a eso de las seis y tendría tiempo de tomar un frugal desayuno por el camino.

Era una suerte que estuviese Germán en casa para ocuparse de los niños. Mientras bajaba hacia la cocina se inventó algo sobre un evento de última

hora para justificar su temprana salida. No se lo tomaron mal, pues dijo que esperaba volver el mismo día.

Isabel sentía una fortaleza que había estado ausente durante los últimos días y ya tenía olvidada. Ahora conocía al enemigo, las cartas se habían desvelado.

La mujer luchadora emergía en toda su gloria de antaño, harta de temores e incertidumbres, dispuesta a todo.

Javier sentía que había tenido una iluminación.

La idea se le había ocurrido de regreso a Madrid: Coger su propio coche y regresar a Sierra Nevada, a donde se apañaría para conseguir que Isabel acudiese.

Debía hacerse así. El momento era perfecto, inmejorable.

Contaba con lo de Bernal para atraerla, y jugaría también la baza del niño perdido, exagerando un poco la nota.

Porque lo de la cueva no podía desaprovecharse.

Oh, la cueva... ¡Contar con un lugar perdido, inaccesible y remoto donde tenerla a su merced!

Durante el camino de vuelta había interrogado a Soler, y sabía que Sandra Bernal estaba escondida en una cueva, unos kilómetros al final de un sendero que partía del punto donde se habían reunido con los tipos disfrazados de polis. Solo la vigilaba un hombre, un tal Marcelo, de quien tendría que deshacerse.

Nada más llegar a casa se dio una ducha, empacó unas pocas cosas, le envió un email a su vecino, intentó dormir unas pocas horas, insomne por la excitación, y cogió su coche para regresar a Sierra Nevada.

Poco más tarde de las cinco de la madrugada aparcaba su coche en el mismo punto donde lo habían hecho el vehículo de Soler y el coche de policía.

Había vencido el agotamiento a base de pastillas y se sentía eufórico.

Salió del coche con una mochila colgada al hombro y una linterna en la mano. El haz de luz horadaba apenas la densa oscuridad de una noche sin luna ni estrellas, pero la resolución y ansiedad del chico le empujaban por el sendero que ascendía hacia la cumbre de la montaña.

Atento a cualquier sonido, silencioso en sus pasos, recorrió el largo trayecto poseído por su obsesión, sin percatarse de la resbaladiza estrechez de la ruta ni sentir siquiera inquietud por el enfrentamiento que iba a tener lugar.

De pronto, el sendero se interrumpió, obstruido por un árbol.

Javier se paró en seco, asombrado, diciéndose que era imposible que hubiese dejado atrás la cueva. ¿Acaso quedaba más arriba o abajo del nivel en

que se hallaba? ¿Se le habría pasado alguna pista a causa de la oscuridad?

Iluminó la zona, haciendo oscilar la luz por el suelo y por la pared rocosa, y descubrió que no se trataba de un árbol, sino de grandes ramas que surgían de la pared y del suelo. Dirigió mejor la luz y miró detenidamente la zona. Al otro lado de las ramas le llamó la atención un área lisa. La tocó y examinó con cuidado. Era madera. Emocionado, alzó la linterna y la movió de arriba abajo y de lado a lado. Encontró un picaporte.

Javier se irguió, tensó los músculos y tomó aire.

Muy bien. Allí estaba.

De pronto se percató de que no había ventanas por las que espiar. Claro, era lógico en una cueva utilizada como zulo. Entonces solo quedaba comprobar si el picaporte abría y podía sorprender a los habitantes dormidos. De no ser así, tendría que esperar a que saliesen.

Lo bajó con lentitud.

Descubrió con alegría que descendía hasta abajo y atrajo hacia sí lentamente la puerta. Se abría con dificultad, cargada con las ramas que, además, inevitablemente hacían ruido al tropezar unas con otras, agitándose levemente en el aire y tropezando con las piedrecillas del suelo.

Abrió lo suficiente para meter la cabeza.

Reinaba la perfecta oscuridad.

Descolgó su mochila y extrajo un aerosol, similar a un espray de laca, cuyo contenido consistía en una receta mucho más dañina. Luego se introdujo con el máximo sigilo en la cueva, con el espray en una mano, la linterna en la otra y la mochila al hombro.

Cuando estuvo en el interior tardó un par de segundos en averiguar dónde estaba el hombre que buscaba. Los fuertes ronquidos le delataban.

Javier atravesó la primera estancia, una salita con cocina, a la cual se abrían cuatro puertas.

Con cuidado, abrió aquella de la cual provenían los ronquidos, sin que estos cesasen.

Con el haz de luz dirigido al suelo pudo ver la cama en el pequeño cuarto y al enorme bulto que reposaba en ella con la cabeza mirando hacia el lado izquierdo, donde él estaba.

Se acercó, se detuvo a su lado y le dirigió a los ojos el chorro de luz, haciéndolo bailotear sobre sus párpados.

Marcelo arrugó la nariz y entreabrió los ojos. Tardó un par de segundos en comprender que había un intruso en su habitación. Rápidamente, se

incorporó en la cama lo suficiente como para encender la lámpara de la mesilla. Cuando pudo ver tuvo, la certeza de que no había visto jamás a ese hombre, y observó que parecía apuntar a su cara con un frasco de laca.

Una vez que el aerosol se disparó, Marcelo no tuvo tiempo de más. Con la cabeza pesada como un yunque, se sintió caer sobre la cama irremediabilmente. En una bruma, vio al extraño sonreírle, y luego, cerró los ojos y perdió el conocimiento.

A Javier se le escapó una pequeña risita de satisfacción. ¡Las cosas que aprende uno por Internet! Sabía que el spray pillaría de sorpresa a cualquiera, pero aquello había sido un juego de niños.

Quedaba atar al hombre para que no molestase, y luego descansaría hasta la hora de bajar en busca de Isabel.

Sandra Bernal estaría en una de las otras habitaciones, y allí seguiría. No tenía intención de visitarla de momento.

Dejó la mochila en el suelo y sacó un rollo ancho de cinta aislante. Juntó las muñecas del hombre y las ató con ellas. Después hizo lo mismo con sus tobillos. Hecho esto, salió de la habitación en busca de una silla a la que atarle, para mayor seguridad.

Se dirigió a la zona de entrada y le dio al interruptor de la luz.

En la cocina había una mesa con dos sillas. Pero antes de coger una, dejó el bote de spray sobre la mesa y levantó la tapa de una nevera de poliespán que estaba encima de ella, con la esperanza de encontrar agua, pues hacía horas que no bebía y tenía sed.

Encontró latas de cervezas, un par de Coca Colas y un tetrabrik de leche. Se decidió por este. Desenroscó el tapón y tomó unos tragos directamente del cartón. Luego lo dejó en la nevera, la cerró, cogió una silla por el respaldo y se dio la vuelta con ella en volandas.

Y entonces se encontró frente a frente con otro hombre. La silla golpeó el suelo y él y su respiración se detuvieron en seco.

El hombre, con su amplio y velludo torso desnudo y un pantalón de pijama, le observaba a unos pasos de distancia con una mezcla de asombro y furia.

Javier pasó de tener la mente en blanco a organizar un plan táctico en un par de segundos. Reconoció al hombre: era uno de los que se había hecho pasar por policía. El spray había quedado a su espalda. Podía girarse para cogerlo con rapidez, pero si el hombre se lanzaba sobre él mientras lo intentaba, conseguiría reducirle.

–¿Me reconoces? –preguntó–. Estaba con Soler ayer, ¿te acuerdas? Soy Javier. Tú eras... José Antonio, ¿no?

El hombre, que se llamaba en realidad Juan José, no apaciguó un ápice su expresión de odio.

–¿Qué le has hecho a mi compañero? –preguntó, con el rostro contorsionado.

Javier se tensionó más aún, dándose cuenta de que el enfrentamiento sería inevitable. Cogió el respaldo de la silla con una mano, para utilizarla a modo de escudo si era necesario, mientras se giraba despacio buscando el bote de aerosol con la mirada.

–No he sido yo, al contrario –dijo–. Soler me ha enviado para avisaros de que ellos iban a venir a atacaros.

–¿Ellos? –preguntó Juan José con un gesto de incredulidad–. ¿Quiénes?

Javier se giró con rapidez y atrapó el frasco de aerosol, pero Juan José se lanzó sobre su espalda y le aplastó contra la mesa. Luego le pasó un brazo por el cuello y cruzó una pierna entre la de su presa, y, de un vigoroso movimiento, consiguió lanzar a Javier al suelo. Cuando le tuvo así, le pateó en diversas partes del cuerpo, gritando:

–¡Habla! ¡Por qué estás aquí?

Javier se hizo un ovillo, tratando de protegerse, hasta que el otro paró.

–¡Te lo he dicho! ¡Vengo de parte de Soler! ¡Lo juro!

–¡No intentes tomarme el pelo! –gritó Juan José propinándole una nueva patada–. ¡Aquí no ha entrado nadie más que tú!

–¡Te equivocas! Cuando entré a la habitación, tu compañero ya estaba así.

–Y te viniste a tomar un vaso de leche. ¡Voy a enseñarte a tomarme por gilipollas!

Juan José se agachó lo suficiente para levantar a Javier, cogiéndole por la cazadora. Le obligó a andar hacia atrás y le estampó contra la pared.

Javier deslizó la mano derecha en el bolsillo de su cazadora y la sacó con una navaja automática que clavó a mitad del tronco del hombre. Juan José miró hacia abajo, sorprendido, y liberó a Javier, quien le empujó lejos de sí con la otra mano, provocando que el filo de la navaja saliese de la herida.

–Tú lo has querido, tío –le dijo–. Pero no era mi intención, y, si colaboras, vas a seguir con vida.

–Cabrón... –murmuró Juan José, doblado, con las manos apretando la herida.

–Sí, sí, sí... Dejemos el intercambio de insultos y las frasecitas ingeniosas para las películas. Tú decides. O te sientas en aquella silla o te asesto las que hagan falta para matarte.

Juan José arrugó el rostro por el dolor y se dobló aún más, sintiendo en las manos la cálida humedad de la sangre, que iba empapando su camiseta. Deseaba coger la cabeza del chico y aplastarla contra la pared, pero era temerario intentarlo en aquel estado y sin un arma. Se giró para localizar la silla y anduvo los escasos pasos hasta sentarse en ella.

Javier cogió el espray de la mesa.

–¿Qué cojones es eso? –preguntó Juan José.

–No es letal, no te preocupes. Dime: ¿Hay alguien más en esas habitaciones?

El otro meneó la cabeza.

–Solo la vieja.

–¿Y el que estaba contigo haciendo de policía?

–En su casa. Yo vivo más lejos y preferí quedarme para salir temprano a buscar al crío.

–Perfecto –dijo Javier, tapándose la nariz y la boca al tiempo que lanzaba una enorme nube de gas sobre su cara.

Juan José se levantó asustado y Javier siguió pulverizando su rostro unos segundo más, hasta que vio que caía redondo al suelo. Entonces salió deprisa al exterior de la cueva.

Respiró hondo el aire fresco de la noche. Su corazón latía agitado. Lanzó una risilla nerviosa, dándose cuenta de lo que había ocurrido, de cómo había vencido, a pesar de lo inesperado.

Permaneció allí unos minutos, tranquilizándose, escuchando el canto de las aves nocturnas, mientras dejaba que las partículas del gas desapareciesen.

Ahora debía atar a esos dos de forma que no pudiesen estorbarle más tarde, y después aprovecharía una de esas camas para descansar un rato.

Entró de nuevo, arrastrando la puerta tras de sí, y fue en busca de la cinta aislante.

Un rato después los dos hombres yacían en la misma cama, con cinta aislante recorriendo sus cabezas para tapar sus bocas, atados espalda contra espalda, así como de pies y manos.

Javier se tumbó en la cama del otro cuarto. Junto a ella, había una lamparita sobre su mesita, enfrente, una bancada con una bolsa de viaje y a la izquierda, un pequeño escritorio con una emisora de radioaficionado encima.

En lo alto de la pared unas rejillas indicaban que el aire debía entrar por alguna parte, pero a él no le pareció suficiente. Lo dejó todo abierto, incluso la puerta exterior.

Durante un rato no pudo ni cerrar los ojos ante el pensamiento de lo que ocurriría en solo unas horas. Si es que ella se presentaba. No quería ni pensar en que no lo hiciese, después de todos sus esfuerzos de aquel día, de la ansiedad acumulada, del lío en que acababa de meterse.

Se esforzó por borrar los pensamientos y tranquilizarse e hizo unas cuantas respiraciones profundas. Necesitaba dormir como fuese.

Mientras se había movido por la cueva había oído inequívocos signos de que Sandra Bernal andaba husmeando detrás de su puerta. Incluso había gritado preguntando qué estaba ocurriendo. Él la había ignorado.

Allí tumbado ahora solo podía escuchar los sonidos propios de la naturaleza. Solo eso. A algunos le parecían amenazantes; a él, no. Arrullado por ellos, se durmió un par de horas.

Javier se despertó sobresaltado por un fuerte ruido.

Inmediatamente sospechó a lo que se debía y corrió a la habitación contigua. Los dos hombres atados se habían caído de la cama y uno de ellos estaba boca abajo, aplastado por el peso del otro, quien miraba a Javier aturdido y confuso.

El que estaba debajo era Juan José, y Javier sospechó que no estaba en muy buen estado, por lo poco que se movía.

Cerró la puerta, dejándolos allí, y fue a por el envase de leche, de donde pegó unos cuantos tragos hasta que el contenido se terminó. En eso, Sandra Bernal comenzó a gritar y a aporrear la puerta.

—¿Qué está pasando ahí? ¡Ábranme! ¿Me oyen? ¡Tengo que ir al puto baño! ¡Ábranme!

Javier supuso que los tíos que la vigilaban la habrían acostumbrado a ir al baño temprano, y quizá hasta le llevasen algún desayuno. Bueno, por él, podía hacérselo encima. Lo último que necesitaba era una vieja ordinaria y chillona de la que preocuparse.

Fue al diminuto baño. En él había un váter portátil y un lavabo sin grifo, con una garrafa de agua al lado. Un par de ambientadores colgaban de la pared, no lo bastante eficaces. Se refrescó como pudo y salió maldiciendo.

Luego regresó al cuarto en el que había dormido. Tenía curiosidad por inspeccionar la bolsa del tipo aquel. Sacó un gurrúño de ropa: el uniforme de

policía. Mejor doblados, había una camiseta y un pantalón. Lo arrojó todo al suelo, junto a algunas cosas de aseo personal, y, al fondo, envuelta en una toalla, encontró lo que andaba buscando: la pistola.

La sacó a toda prisa. Estaba ansioso por saber si era real o si solo formaba parte del disfraz de policía. Sonrió. Incluso antes de extraerla de su funda ya sabía que lo era. La manipuló un rato. Pesaba. Era sólida. Daba miedo solo mirarla, incluso sosteniéndola con sus propias manos. Imaginaba la cara que otros pondrían cuando la sacase... La de Isabel...

La devolvió a la funda y la guardó en su mochila. Luego salió de la cueva y comenzó el descenso hasta la explanada, rezando para que su invitada hubiese decidido acudir.

Cuando Isabel llegó al punto marcado por las coordenadas que Javier le había enviado, él ya la estaba esperando allí.

Aliviada al verle, aparcó junto al coche del chico y salió a su encuentro.

Él, exultante al comprobar que había decidido ir, se levantó de la roca en la que estaba sentado y se quedó unos momentos pasmado como ante una aparición.

–Javier, gracias a dios que estás aquí –dijo ella llegando a su lado–. Este lugar está muy aislado, no estaba segura de estar haciendo la ruta correcta. ¿De quién es el otro coche?

–Es del tipo que mantiene vigilada a Sandra Bernal. Pero no te preocupes: me he encargado de que no nos moleste. Arriba solo está ella.

–Muy bien. Pues adelante. ¿Es por aquí?

Isabel señalaba al sendero que partía del lugar donde Javier había estado sentado.

–Sí. Déjame ir delante; en algunos tramos se estrecha y resulta un poco peligroso. Es mejor ir despacio y sin hablar mucho para ahorrar fuerzas; es un trayecto largo.

Javier echó un vistazo al calzado de ella al pronunciar la última frase. Venía bien preparada, con zapatillas de caminatas.

El chico casi temblaba mientras ascendían. No podía creer que ella le siguiese detrás, mansa, ignorantemente, que estuviesen solos en kilómetros y kilómetros a la redonda.

Ella le pidió que le explicase mejor lo que le había escrito en la carta.

–Soler me trajo a este lugar, junto con Braulio. Como ahora vas a ver, el escondite es una cueva que en otros tiempos debió de servir de guarida a bandoleros y, quizá, antes a los moros. Como las que se han rehabilitado para turistas en Granada en sitios más accesibles. Está perfectamente camuflada. No se ve desde el aire y difícilmente por tierra. Trajeron aquí, primero, al nieto de Sandra, con el propósito de evitar que esta pudiera decir algo que según Soler podría perjudicarte, y luego la trajeron a ella con la intención de sonsacarle todo lo que pudieran de ti. Ella no quiso hablar hasta que no encontrasen al niño, que se les escapó y anda perdido. Probablemente muerto.

Javier se lo contó deprisa, jadeante al final. Esperaba que ella se contentase con eso, y así fue. Ella iba planeando su siguiente actuación.

Isabel no estaba acostumbrada a andar y se sentía exhausta bastante antes de llegar a la cueva. La caminata se le había hecho eterna y le había dejado sin aliento. Al llegar a la entrada, se detuvo y le dijo:

–Necesito recuperarme un poco antes de verla. Casi no puedo hablar.

–No te preocupes por eso. Ella sigue encerrada en una habitación. Puedes sentarte un rato y beber algo para recuperarte antes de verla.

Al entrar a la cueva Isabel se sintió impresionada. Lejos de ser un agujero sucio y abandonado, como había imaginado, sus paredes recién pintadas y su mobiliario funcional, con algún sencillo detalle decorativo, delataban el constante uso que debían de darle. Isabel se preguntó si sus usuarios trabajarían solo para Soler o si estarían a disposición de cualquiera, e imaginó las crueldades que podían darse en un lugar como aquel.

Se sentó en una de las sillas de la cocina y bebió un refresco que le dio Javier.

La puerta había quedado abierta y toda la zona se encontraba bien iluminada. Vio que había un cazo y una sandwichera eléctricos cerca de un generador. Con ellos debían de apañarse para comidas frugales. Enfrente había un sofá de dos plazas cubierto por una funda y, delante de él, una mesa rectangular con un cenicero atestado de ceniza y varias revistas de automóviles.

–Es sobrecogedor pensar en la cantidad de personas que habrán estado secuestradas aquí dentro –dijo en voz baja, mirando hacia las puertas cerradas que daban paso a las habitaciones–. Como ese pobre niño...

Javier ya no podía aguantarse más, y vio en aquel sencillo comentario la pólvora con que disparar su ira.

–Sí, ¿verdad? Ese pobre niño. Porque a ti te gustan mucho los niños. Siempre te han gustado, ¿verdad, Isabel? –dijo Javier con una entonación que la desconcertó.

Se puso frente a ella y le clavó la mirada con una expresión que hacía imposible reconocer en él al fiel y sumiso ayudante.

–Pues sí –contestó ella desconcertada–. Bastante.

Javier hubiera deseado alargar la situación, recrearse en la burla, atemorizarla, pero era incapaz de contenerse.

–Porque los niños son el futuro, ¿verdad? Y todo eso que forma parte del discurso político. Por falso que le resulte, todo político tiene que

proclamar cuánto ama a los niños y lo maravillosos que son. Aunque en tu caso es cierto. Adoras a Oscarcito, a Miguel... Y hasta a este niño. ¿Cómo se llamaba? Sí, Alex. Qué tragedia si le ocurre algo malo. Recuerdo hace unos pocos años, cuando empezaba a ser imposible no toparse con tu cara en la prensa y en la televisión. Te veía visitando hospitales infantiles, besando niños, hablando de tus hijos. –Javier se inclinó hacia ella, cara contra cara, apoyándose en los reposabrazos de la silla en que seguía sentada. Tenía los ojos incendiados, el rostro contorsionado por el odio, y ella se asustó. Entonces añadió–: Bueno, de tus hijos adoptivos, porque al verdadero, al que salió de tus entrañas, lo habías arrojado al vertedero muchos años antes. – Pegada en la silla, con la cabeza hacia atrás para mantener algo de distancia con el rostro de él, Isabel contempló sus ojos con estupefacción–. ¿Por qué a mí no me quisiste, madre?

Isabel sacudió la cabeza y, sin aliento, con voz entrecortada, dijo:

–Te confundes.

Javier se incorporó y, con todas sus fuerzas, la abofeteó.

Ella lanzó un breve grito, y él, en pie frente a ella, rojo de furia, la pegó de nuevo.

–Las cartas sobre la mesa, Isabel. He esperado este momento durante toda mi vida; el momento de pedirte explicaciones, de que me hagas comprender qué puede hacer que una madre de familia adinerada arroje de su lado a su hijo recién nacido. –Alzó la parte derecha de su cazadora y dejó ver la pistola, que sacó de la funda y empuñó contra ella–. No te atrevas a mentirme ni una sola vez más o tus bonitos hijos adoptivos se quedarán huérfanos.

–Solo tenía dieciséis años... –dijo ella con la voz quebrada por la angustia–. Te di en adopción. No podía hacer otra cosa.

–¿Por qué! –gritó él–. ¿Porqué tenerme habría arruinado tus fiestas, viajes y estudios de niña rica? ¿Porque habría alterado tus proyectos, no quisiste volver a saber más de mí en el resto de tu vida?

–No se trataba de eso...

–Entonces, ¿qué? Vamos, soy todo oídos. ¿De qué se trata? ¡Habla!

Isabel hubiera deseado poder contarle la verdad, que la respuesta a su pregunta fuese tan sencilla como las que él mismo había dado, pero lo que había sucedido no se lo contaría jamás. Le protegería de ello incluso a costa de su propia vida.

–Mis padres no me apoyaron. Nadie lo hizo. Me obligaron a darte en

adopción. No pude escoger. Pero no significa que no te quisiera, que no me haya acordado de ti cada día de mi vida ni...

–Ah, ¿sí? –la interrumpió–. ¿Y entonces por qué jamás me has buscado? Adoptaste a otros niños cuando yo mismo estaba en manos de una familia que no me quería, y jamás trataste de averiguar dónde estaba, si estaba vivo, si era feliz. Te importó una mierda conocer mi destino. Jamás habrías dado la cara si yo no te busco. No puedes negarlo: Soler o cualquier detective discreto me hubiera encontrado si te hubiera importado hacerlo. Pero no querías. No querías saber nada que te recordara lo que ocurrió. Me detestabas por ser el producto de una violación. –De golpe, la expresión de Isabel manifestó el estupor que la poseía–. Sí, lo sé. Te mentí: Sandra Bernal cantó como un ruiseñor. Bueno, ella no sabe las razones que tenías para querer matar a aquellos tíos, pero a mí me ha bastado con sumar dos y dos para deducirlo. Y, oye, de verdad que te entendería por querer alejarme de ti. ¿Que te violen y encima pasar por el embarazo para darle de regalo un hijo al tipo que te destrozó la vida? Tener que sacrificar tus planes, tu futuro... Sería como ser violada cada día... Claro que te entendería, si no fuera porque ya te habías cobrado venganza, porque el tipo ya no estaba en el planeta para disfrutar con tu desgracia: Te los habías cargado a los tres. El que te había hecho eso ya no existía, así que ¿por qué seguir odiándome a mí? Era hijo de alguno de aquellos hijos de puta, sí, pero también lo era tuyo. Un niño normal y corriente. Y, ahora, un hombre que si alberga alguna maldad en el cuerpo es solo fruto de tu decisión. –Señaló a una de las puertas cerradas y exclamó–: Ahí detrás hay un tío al que creo que me he cargado. Pues entérate bien: ¡El hombre que yace muerto o agonizante tras esa puerta es la consecuencia de tu abandono, es tu responsabilidad, no la mía!

Isabel deslizó la silla hacia atrás para interponer cierta distancia y poder levantarse, pero, cuando comenzó a incorporarse, él la empujó con violencia y volvió a caer sobre el asiento.

–Solo quiero conseguir que te pongas en mi lugar –suplicó ella–, que pienses en cómo eras tú cuando tenías solo dieciséis años, que recuerdes la inseguridad que se tiene, la dependencia de otros, el miedo.

–¿Cómo era yo con dieciséis años? A ver, ¿cómo era yo? Ah, sí. ¡Un puto inadaptado del que su familia adoptiva pasaba olímpicamente desde que habían conseguido tener sus propios hijos biológicos! Una versión masculina de la Cenicienta. ¡Así era yo!

–Lo siento. Yo... Si pudiera volver a atrás, pero no puedo. Solo puedo

pedirte que me perdones, que intentes comprenderme, que intentemos empezar de cero...

Javier arrugó su rostro como si no pudiese creerlo.

—¿De cero? ¿Estás mal de la cabeza?

Se dio la vuelta, anduvo unos pasos, y luego se giró hacia ella.

—Dime, ¿los conocías? ¿Cómo sucedió? ¿Te violaron todos? ¿Sabes quién era mi padre?

Isabel tragó saliva costosamente. El peso que la recorría desde el estómago hasta la garganta parecía ir a ahogarla.

Por horrible que fuese la versión de la realidad de la que el chico se había autoconvencido, se dijo, era menos mala que la verdadera. Mantenerla sería lo mejor, callando para siempre lo que para ella era insoportable de confesar.

Sobre la marcha se fue inventando el relato de lo sucedido:

—No eran de nuestro barrio, pero llevaba unos días tropezándome con ellos por la calle. Al principio no me decían nada, aunque los veía mirarme con descaro. Después empezaron a decirme groserías cuando nos cruzábamos, aunque seguían su camino. Acabé por cruzarme a la otra acera cuando los veía venir. Una noche regresaba de la casa de una amiga, una vecina que no vivía a más de doscientos metros, cuando me asaltaron. Dos de ellos salieron de repente de un coche y me metieron en él. Me llevaron a un parque apartado, en el que sabían que nadie podría verlos, y allí me violaron todos. Me dejaron tirada, medio muerta, en una noche helada. A la mañana siguiente me encontró inconsciente un hombre que paseaba a su perro y me llevaron a un hospital.

—¿Por qué no los cogieron? Denunciarías la agresión.

—No. Mis padres ni siquiera estaban en la ciudad. Llevaban unos días en un congreso. Mi hermano fue el único que estaba en casa para ayudarme. Me dijo que no dijese a la policía quiénes habían sido, que eran menores y no recibirían ningún castigo, que los encontraríamos nosotros, gracias a los videos de seguridad de la casa de mi amiga, y se lo haríamos pagar. Y eso fue lo que hicimos.

—No se lo reprocho, pero ¿qué pensaba el tío Marcos con respecto a mí? Sinceramente, me sorprende que no me abortarais.

—El aborto nunca fue una posibilidad. Mi madre era abogada de una agencia de adopción. Cuando me enteré de que estaba embarazada y se lo dije, la adopción fue la única opción que se me ofreció. Nos garantizaron que

te encontrarían la mejor familia, que tendrías mejor vida de la que yo estaba capacitada para darte en aquel momento, y yo lo creí. –Javier se giró, echó la mano atrás con una risa mordaz, alejándose unos pasos. Ella se puso en pie, acercándose a su lado, y en tono más alto, agregó–: Pero nunca, jamás te olvidé. El recuerdo de haberte tenido y alejado de mí me hizo ser incapaz de desear tener otro hijo biológico. El adoptar a los niños fue como una ofrenda al universo para suplicarle que quienes te tenían te trataran como yo iba a hacer con ellos, que te cuidasen, amasen y protegiesen como verdaderos padres.

–¡No te importo ni te importaré una mierda! –gritó él, dándose la vuelta para encararse con ella–. ¡Ten la valentía de no mentir! ¡No me importa, de todas formas! ¡No me importaste jamás!

Javier le lanzó una llamarada de insultos a escasos centímetros de su rostro, pero pronto se dio cuenta de que ella miraba a la puerta con sorpresa.

Se volvió de inmediato. En la puerta, no con menos sorpresa, estaba Simón mirándolos a ambos. Sin duda había escuchado al menos las últimas frases de él, quizá algo más, mientras se acercaba a la guarida por el silencioso camino.

–Simón –dijo él, recomponiéndose a toda prisa–. ¿Me recuerdas? Soy Javier, el ayudante de Santiago Soler. Y la señora Porto no necesita presentación.

El recién llegado miraba con fijeza el arma en la mano de Javier, y este la bajó.

–¿Por qué tienes una pistola en la mano? –preguntó Simón.

Su lenguaje corporal hablaba de desconfianza y disposición al ataque con total claridad.

–Juan Antonio ha salido y me la ha dejado.

–Querrás decir Juan José.

–Sí, perdona, eso, Juan José.

–Y ¿a santo de qué te la ha dejado?

“Parece que Clint Eastwood va a darme problemas”, pensó Javier.

–Dijo que el váter estaba lleno y salió a hacer sus cosas fuera. Tenía el arma en la mano y me la dejó para no tener que cargar con ella.

Sin moverse un milímetro ni cambiar de postura, Simón preguntó:

–¿Qué hace usted aquí, señora Porto? Soler no nos advirtió que vendría.

–No te preocupes, Simón. La señora no necesitaba un comité de bienvenida. Solo vino a hablar con Sandra Bernal.

–¿Ella? ¿Con Sandra Bernal?

Simón pronunció esas preguntas con indudable incredulidad.

–Así es –intervino Isabel en tono autoritario–. Tengo que hablar con ella por razones que no son de tu incumbencia, y necesito privacidad.

–De acuerdo. Deme solo un minuto para recoger un par de cosas.

Entró despacio en la cueva, sin perder de vista a Javier y su mano sosteniendo la pistola. Cuando estuvo de espaldas, Javier, sospechando que se dirigía a la emisora de radio, le dijo:

–No es preciso que llames a Soler. Haces perder el tiempo a la señora Porto.

–No hay cobertura. ¿Cómo le podría llamar? –preguntó Isabel.

–Tienen una emisora de radioaficionado.

Isabel se tensó y adquirió su porte de autoridad.

–Como Javier le ha dicho es innecesario y me hace perder un tiempo del que carezco. Usted trabaja para Soler y Soler trabaja para mí, así que, por favor, salga de aquí y déjenos solos.

En aquel momento, se oyó un ruido proveniente de la habitación de Juan José. Cuando se dio la vuelta, Simón apuntaba a Javier con una pistola.

–Ni respire, chaval –le dijo. Luego, dirigiéndose a Isabel, desafiante, manifestó–: Sí, Soler trabaja para usted, pero esto es solo asunto suyo y yo sé muy bien que usted no tendría por qué estar informada. Tú, deja el arma en el suelo muy despacio.

–¡Guarda esa arma inmediatamente! –le ordenó ella a Simón.

Javier dudaba. Tenía el brazo caído, levemente doblado en el codo. Calculó si podría dispararle antes de que el otro lo hiciera.

Entretanto, Isabel había dado un pequeño paso al frente y con los brazos extendidos hacia cada uno de ellos intentaba imponer calma.

Javier no parecía oírla ni verla. “Para qué exponerme –pensaba–, si ya me da lo mismo que se sepa para qué me metí en el partido. Y aunque esté ese tipo ahí dentro, herido o muerto por mi culpa, a ninguno le conviene que se sepa. Ya se ocupará Soler de tapanlo. Pero este ¿pretenderá retenernos si Soler se lo ordena?”.

Simón se hartó de la indecisión de su adversario y gritó como una fiera:

–¡Qué dejes la puta arma en el suelo! –Javier se agachó despacio y le obedeció.– ¡Empújala hacia mí!

Javier le dio un suave puntapié y la pistola llegó hasta el pie de Simón, que la recogió sin perderle de vista. Se la metió entre el cinturón y se volvió

para abrir la puerta del cuarto de donde provenía el ruido, que aún seguía oyéndose. Y, mientras tenía el picaporte en la mano, sintió el dolor de una puñalada cerca de un hombro.

Javier le arrancó la navaja y se echó hacia atrás. Cuando Simón se giró, intentó quitarle el arma dándole un navajazo en el brazo. Pero, pese al grito que se le escapó, el hombre resistió y levantó el arma, apuntándole.

–¡Ya basta, por favor, ya basta! –gritó Isabel, interponiéndose entre ambos.

El disparo produjo un estruendo insoportable en la cueva y sus reverberaciones duraron casi un minuto.

Isabel no gritó. Se llevó la mano al costado y la levantó cubierta de sangre. Anonadado, Javier miraba su espalda, donde la sangre se extendía sobre el vestido agujereado.

Ella perdía rápidamente el sentido. Miró a Javier y susurró su nombre. Él, viendo que las piernas de ella flojeaban, la sujetó.

–Tranquila –le dijo–. La bala ha salido por la espalda. –Levantó la mirada y vio que Simón había bajado el arma y contemplaba a Isabel impresionado.

–¡Ve a la radio y llama una ambulancia, que nos espere en la carretera! – le gritó. Sin moverse, Simón le miró un momento a los ojos para, enseguida, volver a ella la vista, que ya había resbalado hasta el suelo, suavemente, sostenida por los brazos de Javier–. ¡Muévete! ¡Si esta mujer se muere te juro por dios que no va a haber agujero donde puedas esconderte! ¿O acaso crees que a Soler le va a gustar que asesines a su gallina de los huevos de oro?

Tras unos instantes de duda, Simón decidió dar media vuelta y realizó la llamada. Mientras tanto, Javier arrancó una sábana de la cama en la que había dormido y la utilizó para vendar el costado de Isabel.

Simón salió cuando él terminaba de hacerlo.

–¿Tienes algo que sirva de camilla? –le preguntó.

–Claro que no –respondió. Pero luego, pensándolo mejor, se le ocurrió una idea–. Pero tengo algo mejor. Espera.

Se dirigió a un espacio que había junto a los muebles de la cocina y regresó con la silla de ruedas de Alex.

–Es la silla del niño que estuvo aquí. Nos viene al pelo.

–¿Cómo pudo irse sin ella?

–Se la llevó, pero al rodar por la pendiente el niño salió disparado y la silla quedó atrapada en unos arbustos. Tuvo más suerte que él.

Subieron a Isabel en la silla y la aseguraron a ella con cinta aislante. Simón se quedó en la cueva y Javier salió disparado, montaña abajo, con Isabel, temeroso de que al descubrir el posible cadáver de su compañero le diese por querer vengarlo.

Mientras descendía pensó en ese hombre herido, Juan José. Simón podía haberse ocupado de bajarle hasta la ambulancia, si él le hubiera dicho que se hallaba malherido. Pero no. Hubiera sido imposible bajarle a cuestas, y la silla solo podía ser para ella.

Isabel fue desmayada todo el camino, y él iba nervioso y preocupado, preguntándose si en realidad se habría muerto, mas no quería perder tiempo comprobándolo.

Tras un trayecto infernal y eterno consiguieron llegar hasta el coche. Mientras la tumbaba en el asiento trasero, sus pequeños quejidos le indicaron a Javier que aún vivía. Condujo todo lo rápidamente que era posible hasta el final del largo camino de tierra y luego, por fin, al entrar en la carretera, vio enseguida la ambulancia, que llegaba al mismo tiempo que ellos al punto que Simón les había indicado.

Javier permaneció en la sala de espera del hospital hasta que los médicos le comunicaron que la paciente evolucionaba favorablemente. Después de la intervención quirúrgica la habían llevado a la UCI, donde tendría que pasar un tiempo.

Mientras estaba esperando, Javier había llamado al hermano de Isabel, desde el teléfono de esta, para informarle de lo sucedido.

Ella había ingresado inconsciente y de gravedad, y le había parecido lo más natural comunicárselo a su pariente más cercano. Quizá hubiera debido llamar al marido en su lugar, pero, sin entender por qué, le había molestado lo de su amante japonesa, lo cual le hizo descartarle como mejor opción. En cuanto Marcos llegase, como había prometido hacer, podría desentenderse de ella.

Al tratarse de una herida de bala, el personal del hospital había avisado a la policía.

Llegaron pronto y estuvieron interrogándole mientras ella aún estaba en el quirófano. Él les dijo que habían recogido a un autoestopista, quien, al cabo de unos kilómetros, había sacado un arma y les había hecho parar en la cuneta con intención de robarles dinero y también el coche. Isabel se había negado a bajar y, tras un forcejeo, el hombre había acabado disparándola y después había huido. Les dio la primera descripción que se le ocurrió, respondió unas cuantas preguntas más y luego le dejaron, comunicándole que regresarían en cuanto ella estuviese en condiciones de testificar.

Javier suponía que a ella le parecería bien el embuste y querría continuar con él, en lugar de delatarse contando la verdad. En cualquier caso, debía ser el primero en verla para explicarle lo que se había inventado.

Le dijeron que nadie podría visitarla al menos hasta la mañana siguiente, por lo que, a través de Internet, buscó un hotel, reservó habitación y cogió un taxi que le llevara. Cayó en la cama tan agotado que se durmió al instante.

A la mañana siguiente se despertó muy temprano, pero habiendo dormido al menos diez horas.

La habitación, en la que apenas había reparado la noche anterior, era muy bonita, y también el baño. Pidió el desayuno al servicio de habitaciones

y luego se dio una larga ducha con un gel de delicioso aroma a verbena. Lamentó no tener ropa limpia para sustituir las prendas llenas de polvo y sudor del día antes.

Cuando terminó de desayunar eran las ocho y media. Bajó a la recepción, donde le pidieron un taxi, y en veinte minutos llegó al hospital.

Subió a la UCI y preguntó a una enfermera si podía entrar a ver a Isabel.

–Sí, puede pasar unos minutos. Pero de uno en uno, cuando salga la persona que ahora está con ella. Que, por cierto, lleva ya demasiado tiempo.

–¿Se trata de un policía? –inquirió él preocupado.

–No. Al menos no llevaba uniforme. Iré a recordarle que debe dejar ya a la paciente.

La enfermera se perdió tras las cortinas de la UCI y poco después salió acompañada de Marcos. Ella le dio permiso para pasar.

Javier le miró cuando se cruzaron. Por suerte, se trataba del hermano de Isabel, y no de la policía.

Isabel estaba bien despierta y susurró su nombre cuando le vio llegar. Al acercarse más, Javier vio que tenía los ojos llenos de lágrimas.

–¿Qué ocurre? ¿Te duele? –le preguntó, reparando en los goteros clavados en su muñeca.

Ella sacudió la cabeza dejando escapar las lágrimas.

–No. Estoy bien. Es que me has salvado la vida –gimió débilmente–. Después de lo que te hice, tú me has salvado la vida.

–Te lo debía. Esa bala era para mí. –Ella lloraba mientras le contemplaba como queriendo decir algo que la emoción le impedía. Parecía muy vulnerable–. Escucha, la policía me interrogó y tuve que inventarme lo que había pasado. Será mejor que te explique lo que les conté para que les demos la misma versión. ¿Te parece? –Ella asintió. Javier se dio cuenta de que estaba muy medicada y era poco capaz de pensar–. ¿Podrás recordarlo? Es importante. Sé que estás drogada, pero tienes que hacer un esfuerzo porque los policías van a presentarse aquí en cualquier momento.

Ella le dijo que sí podría y él se lo contó todo deprisa, temeroso de que la enfermera viniese a buscarle. Lo que sucedió justo cuando él ya había acabado.

Isabel le despidió con llanto, pero asegurándole que todo iría bien, que lo había entendido y lo recordaría.

Al salir se topó con Marcos, quien le estaba aguardando.

–Tú eres Javier, ¿verdad? –le preguntó. El aludido asintió con cierta

timidez—. Yo soy Marcos, el hermano de Isabel, con quien hablaste anoche.

Le ofreció la mano y Javier le tendió la suya.

—Sí, claro. Es un placer conocerte.

—Quería agradecerte todo lo que has hecho por ella. Me ha contado que le salvaste la vida.

Javier se preguntó qué le habría contado exactamente, si estaría al tanto del motivo de la presencia de Isabel en Granada.

—De ningún modo, exagera. Me ocupé de llamar a la ambulancia y poco más. Lo que hubiese hecho cualquiera.

Observó que Marcos la miraba con perturbador interés e insistencia.

—¿Piensas quedarte algún tiempo más? Isabel necesita alguien que se ocupe de informar a la prensa, que ya estaba haciendo preguntas cuando yo llegué, y, por supuesto, al partido. Convendría que te quedases para servir de enlace, al menos mientras envían a alguien.

Javier había decidido largarse en el próximo tren y no sentía deseos de alterar sus planes, pero se encontró sin saber qué responder. Pensó que podría soportar quedarse unas horas; el partido no tardaría en enviar a alguien. Y podía resultar divertido, porque, quien sin duda vendría, sería Soler. Tal vez, con ánimo vengativo. Era importante saberlo; no quería pasarse la vida huyendo porque el ambicioso monstruo quisiera hacerle pagar el haber informado a Isabel. Su identidad y el secreto de Isabel continuaban intactos para él. Tal vez fuese conveniente que dejase de ser así. Sabiendo que era hijo de su gallina de los huevos de oro, Soler probablemente desistiría de matarle, pegarle una paliza o lo que fuera que pensase hacer.

—Por supuesto —contestó—, me quedaré el tiempo que haga falta.

—Muchas gracias. Eso tranquilizará mucho a mi hermana y contribuirá a que se recupere antes. ¿Esta noche te has alojado en un hotel? Necesito encontrar uno para mí.

—Sí. Es uno bastante agradable y no está muy lejos. Puedo reservarte habitación por Internet.

—No te molestes. Tan solo dime el nombre y yo iré para allá. Tú tendrás que salir a hablar con los periodistas.

Javier le dio el nombre y la dirección, y se despidieron. Respiró hondo, relajándose. ¡Demasiadas emociones!

De modo que aquel era su tío. Tenía un algo lánguido en la mirada, al igual que su hermana, que no le hacía parecer muy feliz. Sin embargo, su voz era suave y serena. Buscó parecidos familiares con él mismo. El pelo oscuro

y tupido era uno. Pero sobre todo la complexión, bien equilibrada, ancha de pecho, y musculosa en su justa medida.

Se sentó en la sala de espera y escribió lo que pensaba decir a la prensa. Que Isabel iba a la ciudad para comparecer en diversos actos públicos cuando encontraron a un hombre en medio de la carretera con signos de haber sido agredido. Engañados por su aspecto, lo recogieron y él les atracó. Eso la haría quedar como buena samaritana a la par que víctima. Y, encima, humilde, porque conducía ella misma el coche y solo la acompañaba un ayudante. Si con este show no ganaba las elecciones, no lo haría con nada. Se maldijo por colaborar en ello, pero era su propio pellejo el que estaba en juego.

Cumplió su misión y habló con los periodistas, apiñados a la salida del hospital.

Luego, en el hotel, chequeó el teléfono de Isabel, que tenía mil llamadas y mensajes, algunas de las cuales se repetían en el suyo. Desde la noche anterior había apagado el de ella y no había tenido intención de contestar a las suyas, pero el cambio de planes lo hacía inexcusable, así que tuvo que pasar largo rato dando explicaciones. Después pidió unos platos al servicio de habitaciones y comió en su habitación. No quería dejarse ver por ninguna parte, por si Soler le había enviado ya a sus matones.

Al día siguiente, Javier había sido informado de que Soler se presentaría a visitar a Isabel por la tarde, y por ello regresó al hospital. Cogió un taxi con Marcos, que se había enterado del número de su habitación y le había llamado a través de los teléfonos del hotel. Javier aprovechó para sugerirle que impidiese esa visita de Soler, que no haría sino trastornarla. Marcos convino en que su hermana no debía recibir visitas de trabajo.

En el hospital encontraron a German. Marcos y él se saludaron. Germán dijo que se había retrasado buscando a alguien para cuidar a los niños y le pidió que le contase todo lo que supiera. Marcos le presentó a Javier, quien intentaba alejarse disimuladamente.

Cuando les autorizaron, Germán y Marcos entraron a visitar a Isabel mientras Javier recorría el pasillo, preguntándose por qué razón no habría llegado aún Soler. Pero no tardó en hacerlo. Lo vio salir del ascensor acompañado de otras dos personas, caminando como si fuese el dueño del mundo. Avanzaba a toda prisa por el pasillo en dirección a la UCI, en tanto los otros le seguían como una estela.

Las enfermeras le negaron la entrada y Soler pareció no tomárselo tan

mal como Javier esperaba. Al darse la vuelta vio al joven a lo lejos, acercándose a él, y echó a andar a su encuentro con pasos agigantados.

Pese a que suponía que no intentaría nada en un lugar como aquel, Javier se puso en guardia, aunque Soler llevaba las manos fuera de los bolsillos y no parecía prepararse para sacar un arma.

Al encontrarse, se detuvieron uno frente al otro y Soler preguntó:

–¿Qué ha pasado? Y no se te ocurra darme la versión para la prensa. Quiero la verdad.

–¿Acaso no te han informado ya tus esbirros? Ese tal Simón intentó pegarme un tiro y se lo acabó llevando Isabel.

–¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué me has traicionado?

–Porque... Isabel y yo... somos amantes.

Soler manifestó una pasajera extrañeza. Luego pareció como si valorase si encajaban las piezas. Batió palmas.

–Te felicito, si es así –dijo–. Has sabido entrar por la puerta grande en el negocio.

Su tono fue tan aséptico que Javier no fue capaz de confirmar si le había creído. Con la mirada clavada el uno en el otro, continuaron hablando.

–No fue premeditado ni por interés. A mí, me gustan maduras y a ella, inocentes. Estaba cantado que surgiría el amor.

–¿El amor? –Soler se rio con sorna–. Parece mucho decir. Supongo que a ella solo la pegarás donde no se vea. –Durante un momento esperó una respuesta que no llegó, por lo que prosiguió–: ¿Dónde están Marcelo, Simón y Juan José? ¿Por qué no atienden la emisora?

–No lo sé. Los tres se quedaron en la cueva cuando me llevé a Isabel.

–¿Y Sandra Bernal?

–También estaba allí. Lo sé solo por sus gritos, porque no tuvimos tiempo de verla.

–Supongo que mis hombres no reaccionarían bien al veros.

–No mucho, pero me apañé para controlarlos. Tal vez uno saliera peor parado que los demás, pero supongo que era un riesgo cubierto por su sueldo.

Soler se rio.

–Has querido volar por tu cuenta demasiado pronto, muchacho. Tenías ante ti un porvenir excepcional, pero saltaste del nido antes de tiempo. Te echaré de menos. Créeme.

–Lamento tu decepción, pero, aunque no me creas, tus objetivos y los míos no tenían nada que ver. ¿Te despides de mí solo en el plano profesional

o porque tienes proyectado liquidarme?

–No has aprendido mucho sobre la sutileza.

–Bueno, es solo que prefiero saber si has pensado hacerme pagar con rapidez, mantenerme amenazado durante largo tiempo para que sufra más o si serás inteligente y me dejarás en paz para que Isabel no se te rebele.

El teléfono de Soler vibró justo en el momento en que abría la boca para dar una respuesta que se preveía airada. Miró la pantalla y dio media vuelta, alejándose, para atender la llamada. Le vio acercarse a sus acompañantes y consultarles algo mientras hablaba.

Javier se decepcionó; quería dejar el asunto zanjado, saber a qué debía atenerse, pero parecía que Soler se le iba a escapar esta vez.

Una ambulancia había trasladado a Rafael y a Cayetana al hospital de Granada, después de que hablasen con la policía.

Entre que lograron hablar con la policía, en el primer punto que encontraron con cobertura, y que esta llegó a la cueva, donde rescataría a Sandra Bernal, habían transcurrido más de cuatro horas. Tiempo durante el que el refugio había sido visitado por Javier e Isabel.

El panorama que la policía encontró en la cueva fue muy distinto al esperado: Un hombre que intentó repelerlos a tiros fue muerto por ellos; otro, yacía agonizante en el suelo de una habitación, junto a un tercero que no ofreció resistencia; y de otro cuarto liberaron a una mujer secuestrada, llamada Sandra Bernal.

Sandra realizó su declaración y luego fue sometida a un pequeño chequeo en la enfermería de la comisaría, con el fin de determinar los daños causados por su encierro. El médico dictaminó que debía realizarse ciertas pruebas, y al día siguiente, tras cenar y dormir en libertad, la trasladaron al hospital.

Físicamente se sentía bien. Sin embargo, por dentro era un hervidero de agotadora rabia e indignación. Había acusado de negligencia a cada policía con el que había hablado, y también lo había hecho ante la prensa.

Su suerte había sido doble al encontrar tantos periodistas a la puerta del hospital. Cuando le dijeron que estaban allí porque a Isabel Porto le habían pegado un tiro, no podía creerlo. Por un momento se le pasó por la cabeza si habría tenido alguna relación con el ajetreo de la cueva, pero no tenía tiempo de pensar en ello. Siendo lista, debía aprovechar para hacer un llamamiento nacional para encontrar a su nieto, ahora que sabía en qué zona se hallaba.

Los periodistas estuvieron encantados de entrevistarla, y le prometieron que la noticia saldría en el telediario y en importantes periódicos de todo el país.

Con mayores incentivos, se puso en manos de los médicos para su chequeo, y, como por casualidad, les anduvo sonsacando información sobre Isabel, hasta enterarse de dónde se encontraba.

Por la tarde subió a la planta de la UCI y no dio crédito a lo que vio: El

supuesto policía ante el que había declarado estaba allí, y supo, por otros tipos que no paraban de pronunciar su nombre, que se llamaba Santiago.

Escondida un buen rato tras una máquina de bebidas, escuchó las conversaciones, y de ellas dedujo que el tal Santiago era, en realidad, alguien íntimamente vinculado a Isabel Porto. Gracias a una enfermera que le llamó, descubrió su apellido: Soler. Un apellido que había escuchado mencionar decenas de veces a sus secuestradores: su jefe.

Le ardía la sangre.

Entonces ella siempre tuvo razón: Isabel Porto era la responsable del secuestro. Y ese Soler, su mano ejecutora.

Se contuvo. Se pegó contra la pared. No debía ni dejarse ver.

Entonces, todas aquellas preguntas, esa farsa ¿para qué? ¿Para averiguar lo que ella sabía?

Soler ahora estaba con otros tíos y les consultaba algo, al tiempo que hablaba por teléfono.

Frente a ella, a pocos pasos, estaba la salida de incendios. Se estaba preparando para cruzar el pasillo, ocultando su rostro para desaparecer por ella, cuando vio que Soler empujaba a los otros hombres hacia el ascensor. En segundos la zona había quedado desierta. Sandra desapareció de su escondite pasados un par de minutos y se largó.

Horas después de su breve charla con Soler en el hospital, Javier se preparaba en el hotel para coger el primer tren del siguiente día.

Como no había caído antes en que tendría que dejarle a otro el teléfono móvil de Isabel, reparó con fastidio en que aún lo tenía encima. Sopesó las posibilidades para deshacerse de él. Podía, simplemente, dejarlo abandonado, puesto que su relación con toda aquella gente había tocado a su fin y ya nada le importaba. O podía dejarlo en la recepción para que se lo entregasen a Marcos. Estaba, casualmente, pensando en él, cuando llamaron a su puerta, y al abrir le encontró en el pasillo.

–Buenas noches, Javier. ¿Te apetecería bajar a cenar algo conmigo?

La oferta le pilló totalmente de improviso y su primer instinto fue declinarla.

–Pues..., lo estaba arreglando todo para irme mañana, y...

Marcos echó una ojeada al interior de la habitación y vio la bolsa de viaje junto a algo de ropa doblada y zapatos preparados para empacar.

–Oh, te vas a ir ya. Razón de más para charlar un rato. Podemos tomar algo rápido en la cafetería. Es temprano.

Javier, por un lado, quería escaquearse como fuese. Pero, por otro, tenía cierta curiosidad por conocerle más, aunque su aprecio por él no fuese mayor que el que sentía por su hermana. Finalmente, la dificultad de encontrar una buena excusa le obligó a aceptar.

Se encontraron en la cafetería quince minutos más tarde. Era un lugar agradable de sillones confortables y mesitas redondas, música suave y penumbra. La carta no era amplia, pero encontraron algo que les gustaba a ambos. Acordaron pedir una ración de jamón de bellota y otra de queso curado, junto a un par de cervezas.

Las primeras cervezas fueron consumidas antes de que llegase el jamón. Los dos estaban incómodos y necesitaban aplacar los nervios y aparentar soltura frente al otro.

La conversación giró en torno a las ocupaciones de ambos. A Marcos le parecía admirable hasta dónde había llegado Javier a su edad, y le reiteró su agradecimiento por su apoyo y lealtad a Isabel.

–¿Vives con tu familia en Madrid? –le preguntó.

–No. Mi padre pertenece al cuerpo diplomático y hace tiempo que viven en Suiza. Mi madre es traductora, y también tiene su trabajo allí.

–¿Tienes hermanos?

–Trillizos. Dos chicos y una chica.

–¡Vaya! ¿Cuántos años os lleváis?

–Ocho. Yo acababa de cumplir seis cuando nacieron.

–Demasiados para jugar con ellos. Debió de ser un follón para tus padres encontrarse con tres de golpe.

–Sí, fue un follón para todos.

–Por supuesto. No debe de ser fácil para un hijo único la llegada de tres hermanos de golpe.

–Tampoco noté mucho la diferencia. Yo era adoptado. Recuerdo momentos felices en mis primeros años de vida. Pero, en cuanto aparecieron nuevos tratamientos de fertilidad que podían solucionar el problema de esterilidad de mi madre, se obsesionó con ellos. Pasó años de prueba y fracaso antes de conseguir dar a luz a esos tres. Ya antes de que nacieran, había temporadas en que yo era un fantasma en la casa a quien nadie parecía ver.

–Lo siento mucho. ¿Mejoró después vuestra relación?

–En absoluto. Ahora los fantasmas son ellos. ¿Tú tienes hijos?

Marcos agachó la cabeza y la sacudió.

–No. Me he divorciado un par de veces después de dos breves matrimonios. No creo que lo intente más.

–Lo entiendo. Algunos no estamos hechos para la convivencia.

–Los médicos me han dicho que Isabel podrá regresar a casa en pocos días.

–Bien.

–Estaba algo inquieta por lo que pudieras hacer tú.

El tono de voz se le había ido bajando a Marcos al pronunciar esa frase. Le miraba con ojos serenos, la cabeza algo inclinada, como esperando una confidencia.

Javier sospechó que él ya estaba al corriente de todo.

–¿Y eso? –preguntó.

–Al parecer has tenido un desencuentro con Soler.

–Parece que habéis hablado mucho, para estar en la UCI.

–Ya la trasladaron a una habitación.

–Ah. Me alegro.

–Me pidió que te tranquilizara respecto a eso. Dijo que ella se ocuparía de Soler, que tu puesto a su lado seguía garantizado.

–Se lo agradezco, pero lo que vine a hacer a Madrid, ya lo hice. Ahora tengo ganas de viajar y conocer mundo.

–Es una gran decisión. Algo que lamento no haber hecho a tu edad. Entonces ¿el mundo de la política no ha logrado conquistarte?

–Nunca tuve demasiado interés en él, realmente. Oye, ¿te ha contado Isabel algo más sobre mí? –preguntó en tono confidencial, con una mirada insinuadora que, a la par, escrutaba los ojos y expresión de Marcos en busca de la verdad.

–El gran afecto que te tiene y las muchas veces que la has ayudado como amigo, y no solo como asistente.

Marcos parecía todo ignorancia e inocencia, pero era el mismo tipo que había pagado a un sicario por una venganza. Javier pensó en eso y, de golpe, por primera vez, se dio cuenta de que el parecido que había buscado entre ellos no estaba tanto en el exterior como en el interior.

Seguro que había estado completamente de acuerdo con regalarle en adopción, hasta habría colaborado para convencer a Isabel, si es que ella alguna vez dudó. Pero no podía reprochárselo. No, siendo sincero consigo mismo, porque era lo que él mismo hubiera hecho en sus circunstancias.

No quería pararse a pensar en su origen. Como hijo adoptivo ya no deseado, por su cabeza se habían pasado todo tipo de teorías sobre su origen y su verdadera familia, a lo largo de su infancia y adolescencia. La peor de todas, la única que le hacía comprensible su abandono, la más odiosa, era que su madre hubiese sido violada. Pero apenas permitía que una posibilidad tan asquerosa cruzase su mente. Él no podía ser hijo de un violador. Antes que sentir que compartía ADN con una escoria semejante prefería odiar aún más a su madre, pensado en ella como una guarra que se había embarazado al no tomar precauciones y se había deshecho de él sin especiales remordimientos.

Su peor temor se había hecho realidad y no había tenido tiempo de asimilarlo. Solo sabía que le asqueaba pensar en ello.

Se sentía agotado por la tensión de los últimos días, mareado, confuso.

–Está siendo muy agradable charlar contigo –dijo–, y el jamón y el queso estaban deliciosos. Te agradezco la invitación, pero me está entrando mucho sueño. ¿Te parece si vamos pidiendo la cuenta?

A Marcos le pareció comprensible su cansancio, pagó inmediatamente, y

subieron a sus respectivas habitaciones, que estaban en la misma planta.

Antes de separarse, cuando se dieron la mano para despedirse en la puerta de la habitación de Javier, Marcos cogió la del joven entre las suyas, la apretó, y le dijo:

–Mañana temprano iré a asegurarme de que Isabel sigue mejorando y, si es así, volveré desde el hospital a Madrid. Me encantaría llevarte, si quieres venir.

–Te lo agradezco, pero ya saqué el billete de tren. Sale muy temprano. La verdad, estoy deseando llegar a mi casa para relajarme y quitarme el susto de lo que pasó con tu hermana.

–Por supuesto, lo entiendo. Entonces, déjame pedirte que no te vayas de Madrid antes de que volvamos a vernos.

–¿Por qué?

–Hay un pequeño asunto sobre mi hermana del que quisiera hablarte – declaró, comenzando a alejarse por el pasillo.

–Y ¿por qué no me lo dices ahora? –preguntó Javier alzando la voz.

–Porque los dos estamos demasiado cansados.

Harto de tapujos e incapaz de enfrentarse a otra incertidumbre, Javier se atrevió a gritar:

–¡Oye, si es lo de que ella y yo somos algo más que amigos, eso ya lo sé!

Marcos se dio la vuelta, ya junto a su puerta.

–No –le contestó, dirigiéndole una mirada cargada de emociones y sinceridad–. No es eso. No te inquietes. Te buscaré.

Abrió la puerta y se perdió en el interior de su habitación, dejando a Javier mirando desde lejos.

Sandra no podía perder el tiempo si quería tomarse la justicia por su mano.

Aún había más pruebas que debía hacerse. Pero la furia la animaba de tal manera que las piernas temblorosas de hace unas horas ahora la sostenían como vigorosas columnas que la trasladaban de un punto a otro del hospital como con conciencia propia, permitiéndola perderse en sus pensamientos e hilar cabos de lo sucedido.

Mientras esperaba en la camilla a que un médico más entrase a explorarla su mente pergeñaba mil y un tormentos para Soler. Pero debía poner los pies en el suelo y recurrir a alguno de los planes clásicos, los que otros habían ejecutado con éxito desde tiempos inmemorables, y que ella atesoraba en su manual mental.

Había un medio sencillo y socorrido, no menos eficaz por harto utilizado, y la única herramienta que necesitaba iba a salirle gratis.

Se bajó de la camilla con rapidez y cogió una jeringuilla de un mueblecito que tenía cerca. La metió en su bolso, regresó a la camilla y meditó sobre el mejor procedimiento para utilizarla.

Los médicos estuvieron de acuerdo en que el estado general de Sandra era bueno, pero el protocolo les obligaba a mantenerla en observación, por lo que le ofrecieron una habitación para aquella noche.

Deambulando por los pasillos, Sandra encontró una bata de enfermera en un cesto de ropa sucia, se la puso sobre su ropa, y subió a la planta donde había visto a Soler. En una de aquellas habitaciones estaba Isabel, pero no era ella, demasiado bien vigilada, quien le interesaba hoy.

Tuvo suerte y volvió a encontrarle. Esperaba el ascensor junto a un nutrido grupo, y le oyó comentar con su acompañante que esperaba que tuviesen sitio en la cafetería.

Sandra corrió escalera abajo.

Justo cuando llegaba a la cafetería vio que Soler se dirigía al servicio, mientras su compañero iba en busca de una mesa libre.

A punto estuvo de escapársele a Sandra un grito de euforia.

Se deslizó a los servicios, vigilando que nadie la viese, y entró en el de

hombres, abriendo la puerta despacio, asegurándose de que el escenario era el adecuado.

Soler estaba solo, de espaldas a la puerta. Sandra entró a toda velocidad, se tiró al suelo, se agarró a su pierna izquierda y le clavó la jeringuilla llena de aire en la arteria femoral.

Soler se dio la vuelta cuando ella le soltó para ponerse en pie y la vio mirándole con odio y desafío.

–Por mi nieto, cabrón –le espetó.

Soler comenzaba a sentir el cuerpo rígido, la respiración dificultosa y un dolor agudo en el pecho. A duras penas consiguió preguntar:

–¿Qué me has inyectado?

–Aire. Y ahora vas a morir de un infarto. Hasta nunca, cerdo.

Sandra salió del servicio cubriéndose la cara, simulando que se arreglaba el cabello, y se alejó a grandes zancadas. Tuvo tiempo de escuchar los vanos intentos de petición de auxilio, los estertores y la caída al suelo de su enemigo.

Se arrancó la bata y la dejó tirada antes de doblar la primera curva, donde disimuló su satisfacción e inquietud frente a la gente que llegaba a la cafetería.

Luego esperó el ascensor y, como si tal cosa, regresó a su habitación.

Pasó el resto del día y la noche temiendo que la puerta se abriese dando paso a una acusación de homicidio. Pero no ocurrió. No estaba a salvo del todo, pues durante la autopsia encontrarían la señal de la aguja y sospecharían que el infarto no había sido espontáneo. Pero ¿por qué iba nadie a pensar en ella, si aún no había hecho una declaración acusando a Isabel? Suerte que así era. Ahora podría encargarse de ambos sin resultar sospechosa.

Apenas había saboreado su éxito cuando ya estaba maquinando lo que haría con Isabel. No allí, claro. Por desgracia, lo suyo tendría que esperar.

Emma, Héctor y Nero estaban de vacaciones.

Habían decidido hacer un viaje con algo de emoción y aventura, por lo que Héctor, que era el experto, había propuesto explorar cuevas, algo a lo que ya era aficionado.

Dado que no era fácil alojarse en hoteles con un perro tan grande, y que además les apetecía un contacto más directo con la naturaleza, lo mejor había sido comprar tiendas de campaña y todo lo demás necesario para poder asentarse donde quisieran.

Nero parecía relajado y feliz. Jugaban con él a la pelota y a lanzarle discos, y le daban largos paseos por el campo, en un vano intento de agotar sus energías.

Una tarde en que compraban víveres en la tienda de un hostel de carretera, vieron una foto de un perro, igual a Lennon, con un niño, en la televisión. Era la misma foto que Emma había visto en Internet. La abuela del niño salía explicando que el pequeño estaba perdido en Sierra Nevada. La presentadora hablaba de una búsqueda larga y frenética en las que las posibilidades de encontrar a Alex con vida disminuían a cada instante.

A Emma se le encogió el corazón. Pese a sus intenciones iniciales, no había contactado con la persona que puso el anuncio en el foro. Había decidido olvidar el asunto. Pero ahí estaba otra vez...

–Tenemos que ir. ¡Tenemos que ir, Héctor!

–¿Qué? ¿Por qué? –preguntó él atónito–. ¿Qué íbamos a poder hacer nosotros?

–Lennon puede encontrarlo –trató ella de explicarle.

–La policía ya habrá llevado a sus perros, debidamente entrenados para ese tipo de búsquedas. Él no lo está. No pintaríamos nada allí.

–Pero para esos perros el niño no significa nada, y para Lennon... Nero, en realidad se llama Nero, para él lo es todo. –Héctor la miró como si oyera algo insólito. Emma no le había contado nada acerca de sus pesquisas por temor a que intentase convencerla de entregar al perro–. Sin pretenderlo, vi en Internet una foto de ese niño con un perro igual a este. Hice la prueba de llamarle por el nombre de ese perro, Nero, y levantó la cabeza al momento,

aunque no hacía el menor caso por el nombre que yo había intentado darle.

Héctor reflexionó lleno de dudas.

–¿Estás segura de eso?

–Sí –contestó ella alzando el tono de voz–. Y, en cualquier caso ¿No vale la pena arriesgarse? Por dios, ese niño ya ha perdido demasiado, y está allí, en alguna parte, sin agua ni comida. ¡El intento merece la pena!

Él lo consideró unos segundos.

–Está bien. Si estás decidida, vayamos para allí.

Durmieron unas horas y programaron su salida para llegar al amanecer a Sierra Nevada.

Cuando llegó a casa y puso las noticias, Javier se enteró, lleno de asombro, de la muerte de Soler.

A pesar de que esa amenaza estaba resuelta, no cejaba en su idea de abandonar el país. Necesitaba olvidar, empezar de cero. Lo primero sería una larga terapia en alguna playa caribeña. Allí decidiría dónde instalarse de forma más permanente. Con sus conocimientos de informática, obtener dinero no iba a ser un problema, y cuanto menos civilizado el país donde se asentase, mejor para él, por si los medios con los que se lo agenciaba no estaban bien vistos.

No es que hubiera olvidado lo que Marcos prometió decirle cuando se despidieron en el hotel de Granada, pero tampoco vivía pendiente de ello ni le interesaba demasiado. Iría a contarle cualquier previsible historia sobre lo mucho que había sufrido ella al tener que abandonarle, o algo por el estilo. Nada que le importase.

Su venganza, tanto tiempo ansiada y meditada, había acabado en una ñoña y vergonzante pataleta cuyo absurdo había culminado al verse él mismo salvando a esa mujer a costa de un penoso y agotador esfuerzo.

Todo para nada. Su plan, su desagradable dedicación al partido, las horas de trato con aquellos personajes ambiciosos y vacíos...

Bueno, tampoco podía decirse que hubiese sido para nada: ahora sabía la temida verdad. Y, al fin y al cabo, ni siquiera un psicópata es capaz de pegarle a su propia madre la paliza que él había soñado. Contaba con ello cuando la llevó a la cueva.

No había tenido tiempo de decidir su destino cuando, por la noche, Marcos llamó a su puerta.

Al verle por la mirilla, se quedó atónito. No estaba preparado para verle, no quería hacerlo. Tan solo quería dejarlo todo atrás. Sin embargo, no podría mientras ese hombre no le dejase en paz.

Abrió la puerta con la mejor cara de que fue capaz.

–Perdóname que no te haya llamado antes de venir –dijo mientras entraba–. He tenido que reunir tanto valor, y lo he pensado tanto, que ni

siquiera en este momento estoy seguro de si debería o no estar aquí.

Tras hablar, había dejado el ambiente inundado de olor a güisqui. Javier se alejó de él y le invitó a sentarse en una butaca.

–No te ofrezco una copa porque veo que ya vienes servido –le dijo.

–Tienes razón, pero te pido que tomes una tú. Te ayudará a tomártelo con más calma.

Javier alzó los ojos al cielo, insinuando que estaba harto de exageraciones y melodramas, pero decidió servirse una copa de coñac, resignadamente.

Cuando la tuvo, se sentó enfrente de Marcos.

–Adelante. Haz que me desmaye con eso que tienes que contarme.

–Antes, dime ¿cómo conseguiste averiguar quién es tu madre?

–No hay un solo secreto en el mundo para alguien que domina los ordenadores. La dueña de la agencia de adopciones era amiga de la mujer que me adoptó. Saber eso me facilitó el trabajo.

–Ya veo. Bien, lo primero que tienes que saber es que Isabel no tiene ni idea de que estoy aquí –murmuró–, que actúo en contra de su voluntad. Es posible que me equivoque al hacerlo, y si así lo consideras cuando termine, por favor, trata de perdonarme porque estoy obrando de la forma que creo justa... Aunque no haya habido nada justo para nadie... –Se calló unos instantes, mirando al suelo, y sacudió la cabeza buscando las palabras–. Creo que si yo fuese tú querría saber la verdad, por dura que fuera. Y aunque la verdad es espantosa..., no es mejor lo que tú crees... Empezaré por decirte que tu padre está vivo.

Levantó brevemente la mirada para observar la reacción de Javier. Este había fruncido el ceño con indignación y sorpresa.

–¿Cómo es eso posible? Isabel me dijo que no llegó a saber quién era ¿y ahora tú me dices que está vivo? ¿Cómo puedes saberlo?

–Porque todo lo que tú has dado por sentado, todo lo que imaginaste y ella te confirmó, es falso. Aquellos tres chicos nunca violaron a Isabel. Tú lo dedujiste de lo que contó Sandra Bernal, e Isabel confirmó esa versión porque estaba tan horrorizada al ver que estabas a punto de descubrir la auténtica verdad, que no supo que otra cosa decir para desviarte de ella.

–No lo entiendo. ¿Qué podría ser peor?

Marcos se cubrió el rostro con las manos durante unos momentos.

–No puedo decírtelo de golpe –murmuró–. Necesito que lo vayas intuyendo. Te contaré porqué sucedió.

»Yo tenía veintidós años cuando comencé a trabajar como profesor de arte en la misma penitenciaría en la que Sandra Bernal cumplía condena. – Miró a Javier y comprobó que ahora escuchaba con suma atención, erguido en su asiento—. Era una época muy feliz para mí. Había ganado la plaza nada más terminar la carrera, tenía mi propio sueldo, y contrariamente a lo que pudiera creerse, lo pasaba bien en aquellas clases.

»Siendo uno de los pocos hombres que las presas veían, e impartiendo una de las clases más entretenidas, yo era bastante popular entre ellas. Algunas, bastantes, pensaban que, siendo un chico joven, era una presa sexual fácil. Para más de una lo fui, y, cuando esos escarceos se repetían, me tomaban como confidente, me contaban sus cosas, sus miedos, sus ilusiones, o me pedían favores.

»A la Sandra Bernal de entonces no la hubieras reconocido. Tenía unos treinta años y bastante habilidad para la pintura, sobre todo comparando con las otras reclusas. Solía quedarse un rato más después de cada clase, terminando su pintura o ayudándome a recoger... Así empezamos a hablar. Era agradable. Descarada, pero simpática... Tenía un hijo pequeño y se la veía ilusionada con la nueva vida que empezaría con él al salir de allí. Empezamos a charlar de todo, a hacernos amigos. A pesar de ser con quien más tiempo pasaba, jamás me pidió nada. Yo a veces buscaba pretextos para obsequiarle con alguna pequeñez que le sirviese para sobrevivir allí dentro: tabaco, dinero, dulces o comida que pudiese compartir con sus amigas. Pero ella nunca me pidió nada. Otras chicas, sin embargo, lo hacían constantemente. A veces incluso cosas prohibidas.

»Las presas que acudían a mis clases eran todas buenas chicas. Bueno, todas estaban allí por algo, claro, pero con eso quiero decir que era improbable que regresasen a la cárcel una vez que saliesen. Al menos esa era su voluntad. Pero había otras reclusas que yo había ido conociendo porque me interpellaban por los pasillos, o en el patio o durante las comidas cuando, en alguna ocasión, se me había permitido quedarme. Estas no tenían remisión.

»La peor de todas ellas era una mujer de cuarenta y pocos años a la que llamaban Chele, que acababa de ser trasladada desde otra provincia, y que había entrado dispuesta a todo para convertirse en la jefa de su nueva prisión. No había tardado en conseguir poner de su lado a varias de las otras reclusas, gracias al dinero que sus hijos hacían llegar a las familias de estas. Con su apoyo, destronó a la anterior jefa y subyugó al resto mediante el miedo, como

aquella había hecho. Ahora ella era la única que distribuía dentro de la cárcel casi cualquier cosa que otra presa pudiese desear, y eso significaba conseguir una enorme cantidad de dinero. Para llegar hasta ahí era preciso contar con enlaces dentro y fuera de la cárcel, y un nivel de fiereza y crueldad muy distinto al de un ser humano normal. Algo que sus hijos heredaron.

»El negocio valía la pena. Cada día aumentaban los ingresos obtenidos con su mercado negro, que iba desde teléfonos móviles y tabaco hasta sustancias abortivas, cuchillas, esclavas sexuales y, por supuesto, el gran super ventas: las drogas de cualquier tipo.

–Pero los vigilantes, los guardianes ¿no lo sabían? –le interrumpió Javier.

–Claro que sí. En toda cárcel es un secreto a voces que nadie puede evitar. Algunos son los cómplices que se benefician de ello, y otros los compañeros que cierran los ojos y callan. Lo que a mí no habían tardado en advertirme que debía hacer.

»Esa mujer, Chele, carecía de límites tanto como de escrúpulos. Había enviado a la enfermería a varias compañeras, algunas muy graves, bien porque no la hubieran pagado con el dinero o intercambio pactado, bien, tan solo, como acto de violencia gratuita que sirviese de demostración de liderazgo y mantenimiento de su reinado de terror.

»Un día, con ayuda de sus seguidoras, consiguió impedir que mis alumnas entrasen a clase. Se encerró en el aula conmigo, y me ofreció a una de las chicas que utilizaba como esclavas y una suma de dinero a cambio de que le hiciese un favor: tenía que sacar un sobre de billetes y entregárselo a sus hijos. Era dinero obtenido de formas odiosas y yo no hubiera participado sin importar las condiciones, pero como aquella mujer era intimidante, no sabía encontrar las palabras sin ofenderla y que pasase a las amenazas.

»En eso, se oyó un griterío y golpes tras la puerta, que se abrió de golpe y Sandra Bernal entró y se dirigió hacia nosotros a grandes pasos.

»–¿Qué tal, profe? ¿Bien? –me preguntó.

»Era obvio que sabía lo que Chele tramaba, porque me había encerrado allí dentro con ella. Se había abierto camino a la fuerza entre las compinches que vigilaban la puerta para ayudarme. Las otras alumnas entraron y a Chele no le quedó más remedio que irse.

»Pero esa no fue la única vez que Sandra me ayudó. Durante los siguientes días, cada vez que existía posibilidad de que Chele me retuviese a solas, Sandra aparecía para impedirlo.

»Casi no tenía palabras para expresarle cuánto se lo agradecía. Pero era arriesgado jugar con un demonio como Chele. No tardó en darse cuenta de que las apariciones de Sandra no eran casuales y se lo hizo pagar. De la paliza que le dio estuvo a punto de perder un ojo. Pasó casi tres semanas en la enfermería.

»Una de las leyes no escritas de las prisiones consiste en ver y callar. No meterse en problemas ajenos. No delatar. De forma incomprensible para mí en aquellos días, Sandra no faltó a ella y no quiso confesar quién la había agredido. Por supuesto, nadie más lo hizo.

»Cuando yo descubrí que la situación iba a quedar tal cual, que la propia Sandra no quería hablar, medité ser yo quien lo hiciese. No había sido testigo, pero Sandra me lo había confirmado, bajo palabra de silencio, y eso era suficiente.

»Sandra tenía sus motivos al callar. Conocía el modo en que funcionaba ese mundo, las razones de sus leyes no escritas, que la forma en que se obtiene venganza ha de ser subterránea... Yo no sabía nada de eso, y cometí el peor error de mi vida. Fui al alcaide y solté todo lo que sabía.

Marcos dejó de hablar. En su rostro cansado se advertía el duro revivir de aquellos momentos.

–Descansa un momento, voy a traerte agua –le dijo Javier levantándose para ir a la cocina con rapidez.

Regresó con un vaso alto lleno de agua y hielo, con una rodaja de limón. Cuando Marcos advirtió ese detalle comentó:

–Incluso con limón. Tres estrellas Michelin para este vaso de agua.

–Siempre lo tengo a mano. ¿Continúas?

–¿Por dónde iba?

–Se lo contaste todo al alcaide.

–Sí... Eso hice.

–¿Qué ocurre? –interrogó Javier, viendo que el otro no hablaba.

–Es difícil de contar... Y temo arrepentirme de hacerlo.

–Bueno. No lo temas. Tú tienes razón: sea cual sea la verdad, quiero conocerla. No me dejes vivir engañado. Me sentiría insultado.

Marcos sacudió la cabeza afirmativamente, se humedeció los labios con el agua, y prosiguió:

–Los hijos de Chele eran unos delincuentes que, comandados por su madre y amparados por su minoría de edad, habían cometido impunemente toda clase de delitos. Tras su devenir por reformatorios y casas de acogida, se

había decidido otorgar la patria potestad a sus abuelos, pero los chicos se habían largado a la casa en que habían vivido con su madre, amenazando a los abuelos para que guardasen silencio.

»Su madre los utilizaba como a empleados, y cuando alguna otra presa se le desmandaba en la prisión, le daba una lección enviándolos a pegar una paliza a la persona a quien esa ofensora quisiese más.

»Por aquellos días habían realizado a mi padre una operación de próstata, y mi hermana y yo habíamos ido a visitarle al hospital. Como mi madre se quedaba a dormir con él en su habitación, regresamos a casa Isabel y yo solos.

»Mis padres eran los dos profesionales de éxito y teníamos un chalé grande en un residencial de las afueras. Cuando llegamos a la casa, al principio no nos dimos cuenta de que había alguien más. Subimos a nuestras habitaciones y nos metimos en las duchas. Estuve bajo el agua un buen rato, relajado, sin oír nada, ajeno a todo. Cuando salí del baño y entré a mi habitación, Isabel estaba sobre mi cama, empapada y completamente desnuda, con la cara desencajada por el pánico, rodeada de esos tres canallas.

»Helado de miedo al verlos allí con mi hermana, les dije que si querían dinero y joyas los llevaría hasta donde estaban, pero que, por favor, la dejaran en paz. Se rieron y me imitaron con burla. Yo no sabía quiénes eran, no tenía la menor idea, pero no tardaron en informarme.

»—Hay cosas que no se pagan con pasta, tío —me dijo el mayor—. Hemos venido a cobrarnos la putada que le has hecho a nuestra madre, y ahora vas a hacerle una igual a tu hermana o la rajaremos de arriba abajo.

»Clavó la punta de su navaja en el pecho de Isabel y lo deslizó con rapidez hasta hacerle una raja para que viera que no mentía. Varios hilos de sangre resbalan hacia la cama mientras ella gritaba de dolor y miedo.

»—O se la hundes tú —dijo él—, o se la hundo yo hasta arrancarle una teta y después la otra.

—Por favor, no sigas —le interrumpió Javier levantándose violentamente de su butaca y echando a andar hacia la ventana.

Se quedó de espaldas a él, con el corazón batiendo en su pecho y la mirada perdida.

—Tuviste que hacerlo, ¿no es cierto? —le preguntó sin volverse, un minuto después—. Tú eres mi padre.

Marcos estalló en lágrimas.

—No puedo perdonarme —sollozó—. No puedo. Jamás pude volver a mirar

a Isabel a los ojos. La adoraba, y destruyeron nuestra relación para siempre. – Javier sentía como si un tifón arrasase su mente. Marcos intentaba calmarse—.Lo siento –murmuró—. Perdóname. Creía que sería capaz de contártelo sin que sucediera esto. Jamás les contamos a nuestros padres la verdad, ni a la policía, ni a nadie. Éramos incapaces de soportarlo. Nadie vivo sabe que esta es la verdad. Solo Isabel, tú y yo.

Javier tenía un nudo que recorría su interior de arriba abajo

–¿Y después? –le preguntó. La voz salió tan ininteligible que tuvo que repetir–: ¿Qué sucedió después?

–No pude resistir el odio que sentía hacia ellos. Sabiendo que no serían castigados, busqué yo mismo la forma de hacerlo.

»Le pedí ayuda a Sandra. Quería que me buscara a alguien que les pegara una paliza. Ella me dijo que conocía a alguien especializado en esos asuntos, un amigo. Pero Sandra tenía su propia cuenta pendiente con Chele y dijo que se la cobraría en el mismo encargo. Eso me hizo temer que pudieran sobrepasarse y matar a alguno. No porque yo mismo no los hubiese matado uno a uno y disfrutado con ello, sino porque daría lugar a una investigación policial, y tanto Sandra como yo estaríamos rápidamente bajo sospecha por nuestra vinculación con Chele.

»Lo hablé con Isabel. Quería que ella supiera lo que yo planeaba, que esos canallas pagarían por lo que nos habían hecho. Ella pensó que era peligroso; que no tardarían en sumar dos y dos y volverían para vengarse. Dijo que la única forma de librarse de ellos para siempre era matándolos. Yo, aunque compartía su dolor y su ira, tenía que pensar con la cabeza fría por las razones que te he explicado. Le dije que les darían tal paliza que se les quitarían las ganas de acercarse a nosotros, que hasta era posible que alguno de ellos resultase gravemente herido o muerto.

»Isabel pensaba que esos malnacidos tendrían tantos enemigos que la policía jamás se fijaría en nosotros. Un día, sacó de mi teléfono los datos de Sandra y se presentó en su casa. Le llevó unas joyas y le pidió que encargara a su hombre que los matara a los tres. Sandra aceptó, deseosa de ello como estaba, a pesar de que sabía que yo tenía buenas razones para estar en contra.

»Pero Isabel se arrepintió, por miedo a que yo tuviese razón, y me contó lo que había hecho. Quedé con Sandra y le dije que mi hermana me lo había contado todo, le reproché haber faltado a nuestra amistad al admitir un encargo semejante de una niña, sabiendo que iba en contra de mi voluntad. Le pedí que me devolviera las joyas, e impuse que lo que ella quería

cobrarse, lo hiciese más adelante o por otros medios, porque yo no quería arriesgarme a los problemas que supondría que alguno de ellos muriese. Se negó a todo ello. Me preguntó que qué me creía que era aquello, que su amigo ya lo tenía todo listo y, si queríamos echarnos atrás, allá nosotros, pero no veríamos ni las joyas, ni, por supuesto, el dinero que yo le había dado. Incluso me llegó a amenazar con acusarnos a Isabel y a mí de haberla entregado joyas para contratar a un sicario, si intentaba algo contra ella.

»Poco después los tres chicos aparecieron muertos. Sandra había continuado con su venganza. No sé si se le fue de las manos o si simplemente obtuvo lo que quería desde el principio.

–Dios mío –musitó Javier, y exclamó, dándose la vuelta para mirarle–. ¡Sois todos unos malditos mentirosos!

–No –respondió Marcos poniéndose en pie y acercándose a él–. Yo nunca te he mentado, y si Isabel lo hizo fue solo por protegerte.

–¿Cómo puedes llamar protección a eso? –Marcos no supo qué responder–. Y luego ¿qué? ¿A nadie se le ocurrió la posibilidad de no abandonarme?

–Pensábamos que llegaría el momento en que podríamos olvidar lo sucedido, hablar mirándonos a la cara, estar juntos sin sentir vergüenza. Pero, si tú crecías a nuestro lado, eso jamás sería posible. Si me preguntas si me arrepiento ahora que te conozco, que te veo convertido en un hombre del que me siento orgulloso, mi respuesta es: por supuesto que sí. Darte en adopción no sirvió para lo que pretendíamos; ni Isabel y yo volvimos a tener la relación de antes, ni ninguno de los dos ha visto pasar un día sin preguntarse por ti. Jamás sospechamos que pudieras ser tan infeliz. De haberlo sabido, te habríamos buscado. Y si no quisimos hacerlo cuando ya eras adulto, no fue porque te hubiésemos olvidado, fue porque hubiéramos tenido que explicártelo todo. ¿Y qué hijo, en el mundo, querría saber algo así?

Javier dio unos pasos por la habitación pensativamente, seguido por la mirada de Marcos. Luego se puso frente a él y dijo:

–Entiendo que ha sido extremadamente difícil para ti contarme todo esto, y te lo agradezco. Ahora necesito estar solo.

–Claro. –Marcos salió del saloncito seguido de lejos por Javier y, ya en la puerta de la calle, le dijo–: Tienes mi teléfono.

Javier no respondió nada, y él cerró la puerta y se fue.

Emma y Héctor cumplieron lo proyectado y vieron la salida del sol mientras subían por la montaña hacia la zona donde había sido visto el niño por última vez. La abuela del pequeño lo había explicado muy bien.

Habían trazado una ruta que daba acceso a la ladera de la montaña. Pensaban aparcar lo más cerca posible del valle y hacer un recorrido a pie, subiendo o dejando que el destino obrase su magia y guiase a Nero por el buen camino.

Llevaban un par de mochilas con agua, provisiones, las pocas cosas que tenían de primeros auxilios y útiles de escalada.

–Tengo fe en que Nero va a encontrarle –comentó Emma cuando iniciaron el trayecto, viéndole correr feliz y parándose aquí y allá para olisquear–. Estoy segura.

Pero, dos horas y media más tarde sus fuerzas flaqueaban y no habían encontrado el rastro.

Se sentaron para descansar y comer un poco, apoyados contra unas grandes piedras. Sobre sus cabezas volvía a pasar el helicóptero de búsqueda que ya habían visto un par de veces.

–Creo que hemos hecho algo mal –señaló Héctor, vertiendo agua en un recipiente para que el perro bebiera–. No le hemos dicho a Nero porque estamos aquí. No sabe que el niño está cerca. Si lo supiera, olfatearía el aire y no solo los orines de todos los bichos que viven aquí.

–¿Y por qué no lo has dicho antes? Nero. Nero escúchame. Mírame – Emma llamó su atención y esperó a que él la mirase, para decir despacio–. Alex está aquí –Nero alzó las orejas y la miró con ojos desorbitados como si se preguntase: “¿Dice que mi Alex está aquí? ¿Habré entendido bien?” Vocalizando bien y poniendo en él su atención para hacerle percibir la importancia de lo que decía, siguió–: Hay que buscar a Alex. Busca a Alex.

Nero prorrumpió en una serie de ladridos histéricos al tiempo que se daba la vuelta y miraba por todos lados dando pequeñas carreras.

–¡Hay que recogerlo todo, rápido! –exclamó Héctor poniéndose manos a la obra.

Cuando estuvieron listos le repitieron las mismas frases.

–¿Dónde está Alex, Nero? ¡Busca a Alex!

El perro gimoteo yendo de una dirección a otra. Como la vista no parecía servirle para encontrar a Alex, decidió emplear su olfato y echó la nariz a tierra.

Se movía con rapidez, dando pequeñas carreras cuando descartaba una zona para de nuevo escrutar la tierra con su nariz.

Pasó mucho tiempo así, cambiando de dirección al no encontrar una pista, constantemente jaleado por Emma y por Héctor.

De repente Nero alzó la cabeza y olfateó el aire. La mañana estaba en calma excepto por pequeñas ráfagas. En una llegó algo que hizo que Nero se concentrase en ello, moviendo ligeramente su cabeza tratando de averiguar su origen. De pronto echó a correr. Tras él, cargados con sus mochilas, Emma y Héctor, no tardaron en perderle, pero él, que a través de una humilde molécula de aire ahora sabía que era cierto que su querido niño estaba allí, ladraba a este, emocionado, para avisarle de su llegada, gracias a lo que ellos consiguieron seguirle.

Nero corrió y corrió durante veinte minutos. A mucha distancia, esforzándose más allá de lo soportable ante la renacida esperanza de encontrar al niño, iban ellos.

Se dieron cuenta de que el perro se había detenido al detectar que los ladridos eran cada vez más audibles. Además, entre los ladridos intercalaba aullidos.

Mucho rato después lograron alcanzarle. Se había parado sobre unas rocas, y aullaba mirando fijamente el cauce del río que discurría unos ocho metros más abajo.

–El niño está ahí, río arriba –aseguró Héctor–. Los perros aúllan cuando se sienten solos. Le está diciendo al niño que está aquí, que venga a buscarle.

–O quizá aulla porque huele a..., no vivo.

–No. No lo creo. Está excitado, no triste.

–¿Cómo vamos a apañarnos a subir río arriba sin una barca? Si al menos pudiéramos comunicarnos con la policía...

–¿Qué dices? Es un barranco; una barca sería inútil. Disponemos de cuerdas y demás material de escalada. Podemos descender por estas rocas y andar por los márgenes, y hasta por el agua si es necesario. Aquí no lleva mucho caudal. Haremos rapel donde sea necesario.

–¡Estarás de broma, ¿no?!

–Por favor, no es el Everest –bromeó él, comenzando a preparar cuerdas

y arneses—. He hecho espeleología; eso sí que te puede poner los pelos de punta. Esto tiene menos peligro que el rafting de Eurodisney.

Ella permaneció en pie contemplando la altura con espanto, y a él colocando los mosquetones.

—Estabas deseando que ocurriera esto para poder sacar tus juguetes. ¿Qué hará Nero?

—Bajaré por las rocas. No son nada para él. Ve vaciando mi mochila y deja solo lo de primeros auxilios. Yo llevaré lo imprescindible y tú nada.

Héctor aseguró los anclajes, hizo que ambos se atasen los arneses y comenzaron el descenso. En cuanto comprendió sus intenciones, Nero ladró y se agitó nerviosa y compulsivamente. Tardó unos segundos en cobrar valor, pero cuando lo hizo descendió por las rocas con la agilidad de una cabra montesa. En cuanto llegó abajo echó a correr río arriba.

Ellos se dieron toda la prisa posible.

—¡Ha sido fácil! —exclamó ella al llegar abajo, mientras él recogía la cuerda.

—¿Qué te dije? Es muy divertido.

Se lanzaron detrás de Nero lo más rápido que pudieron, que no era mucho. En algunas zonas había un margen de tierra seca, pero en otras, la roca lo invadía todo y se veían obligados a vadear el río.

A los quince minutos se encontraron con una pequeña cascada.

—Un rápel —indicó Héctor—. No pasa nada. Lo cruzaremos fácilmente. Son apenas dos metros.

Su voz sonaba jadeante y cansada, pero por dentro mantenía el entusiasmo y sabía que debía transmitírselo a Emma, quien miraba el salto de agua con los ojos abiertos como platos.

—Esto es aún más divertido que lo de antes —señaló, comenzando a clavar anclajes en la zona seca.

Una vez que todo estuvo listo subieron con bastante facilidad, y puestos en pie al otro lado, oyeron los ladridos de Nero que el ruido de la cascada había amortiguado durante un rato.

—¡Se ha parado! Creo que está a la vuelta de aquel recodo —dijo Emma casi a gritos.

—Allí ya no hay espacio para andar. Ha debido ir nadando —lamentó Héctor mirándola—. La corriente es fuerte y el agua profunda. Habrá que ir con cuidado.

Se pegaron a la pared para aprovechar el suelo todo lo posible. Luego el

recodo les obligó a hundirse en el agua, sujetándose a los ganchos que Héctor iba clavando en la pared rocosa.

Al doblar el recodo vieron a Nero, empapado, esperándoles en una franja de tierra con forma de media luna, similar a una playa. El perro ladró excitadamente al verlos.

Pusieron pie allí y no tardaron en ver lo que Nero quería mostrarles: una pequeña cavidad en la roca, una cueva natural de poco más de un metro de fondo donde yacía el niño.

–¡Aquí está! ¡Es el niño, Emma!

Gritaron al verle y corrieron a comprobar su estado.

Alex estaba acurrucado, profundamente dormido o inconsciente y tiritando de fiebre. Sacaron inmediatamente el botiquín y trataron de reanimarlo para poder darle un analgésico.

–No podemos sacarle de aquí solos. Hay que lanzar las bengalas –dijo Héctor.

–¿De día se verán?

–Espero que sí. El helicóptero anda cerca. Por si acaso, tú te quedarás aquí con el niño y yo iré en busca de ayuda.

–Son varias horas.

–Lo sé. Tal vez encuentre algún lugar con cobertura antes de llegar al coche. Gritaré. Quizá me oiga alguien del equipo de búsqueda.

–Eh, Alex mira quién está aquí –dijo Emma insistiendo en reanimarle–. Es Nero, tu perrito. ¿Sientes esas cosquillas en tu cara? Es su barba. Quiere que te despiertes para jugar con él.

Mientras Héctor lanzaba las bengalas, Emma le dio friegas en el pecho y le limpió las heridas de los brazos.

–Lleva días sin comer. Ojalá se despertase para poder darle las barritas y el analgésico.

–Bueno, tú sigue insistiendo. Volveré lo antes que pueda.

–De acuerdo, pero ve con cuidado.

Emma cogió algo de agua en un vaso portátil de silicona y mojó con ella los labios de Alex. Luego se sentó a su lado y lo colocó sobre su regazo. Nero la miraba lloriqueando.

–Se pondrá bien. No pasa nada. Todo irá bien –le consoló.

Nero se acercó y lamió el rostro del niño con tanta fuerza y desesperación que Emma estaba a punto de tratar de apartarle cuando Alex se movió. Pareció tratar de apartar la cara, pero luego giró la cabeza y se abrazó

al cuello del perro, sollozando.

–Alex. Alex, me llamo Emma. ¿Me oyes?

El niño seguía con el rostro hundido en el cuerpo del perro, pero entre sollozos, contestó:

–Sí.

–Pronto llegará ayuda para sacarte de aquí y que puedas ponerte bueno en una cama cómoda y calentita. Ahora tienes que tomarte una pastilla que te hará sentir mejor. Y también tengo barritas de cereales y chocolate. ¿Te gusta el chocolate?

Alex se giró para mirarla.

–Sabía que no había muerto –murmuró el niño–, que mi ángel le cuidaría.

–Pues ya ves que tenías toda la razón. Pero lo ha pasado muy mal sin ti y ahora mismo está muy triste y preocupado al verte tan débil. Lo que tienes que hacer es comer un poquito para empezar a recobrar tus fuerzas.

–Es que no tengo hambre. ¿Nero ha comido?

–Sí, ya lo creo que sí –dijo ella sonriéndole–. Pero si tú comes una barrita de cereales le daremos a él un cachito. No creo que la rechace, y se la ha ganado trayéndonos hasta ti. ¿Qué te parece?

–Bien –aceptó Alex muy débilmente.

Su estado era preocupante, pero al menos pudo tomarse el analgésico y algo de chocolate, porque la barrita no le entraba y acabó dándosela a su perro.

Afortunadamente el día era cálido y agradable, por lo que Alex no corría más riesgos en ese sentido, pero se adormilaba en sus brazos continuamente y Emma contaba los segundos preguntándose dónde estaría Héctor y si alguien habría visto las bengalas.

El regreso por el río fue más rápido para Héctor, puesto que había dejado los ganchos para ayudarse puestos, y pisaba con más seguridad al conocer mejor el terreno. Pero, aun así, habría tardado unos veinte minutos o más.

Nada más subir los ocho metros de roca oteó el cielo en busca del helicóptero. No vio señales de él, pero lanzó las bengalas que le quedaban, esperando que desde allí arriba fuesen más visibles.

Esperó unos minutos, mirando al cielo en todas direcciones, rogando por verlo aparecer, hasta que finalmente perdió la esperanza. Recogió la mochila

con resignación para luego dejarla caer, dándose cuenta de que supondría un lastre innecesario, y emprendió el camino.

Pero no llevaría más de cinco minutos andando, cuando el helicóptero apareció. Automáticamente comenzó a dar brincos, gritar y agitar las manos hasta que lo vio descender y se convenció de que le habían visto.

Un miembro del equipo de rescate que iba en el helicóptero descendió hasta la playita de la cueva y se encargó de subir al niño, a Emma y a Nero. Junto con Héctor, los llevaron al hospital, donde ya estaban esperando a Alex, no solo el personal médico, sino también su padre y Cayetana.

Alex había recuperado la consciencia el tiempo suficiente para darse cuenta de que estaba a salvo y de que su padre y Cayetana estaban con él. Después se había dormido en la cama de su habitación. El gotero clavado en su muñeca le proporcionaba suero y antibióticos. Tenía una neumonía causada por las húmedas y frías noches a la intemperie, agravada al no haber ingerido alimentos en tantas horas.

Rafael, con su clavícula rota debidamente atendida, se movía entre el pavor a perderle y la alegría de haberlo recuperado.

Los jóvenes que le habían salvado acababan de irse. Rafael no había encontrado palabras para agradecerles lo que habían hecho. El que hubieran encontrado a su perro y que gracias a ello hubiesen podido salvar a su hijo le parecía un milagro. Ahora habían ido a buscar alojamiento y a ocuparse de Nero, pues les habían obligado a dejarle solo a la puerta del hospital, algo que claramente no merecía.

Rafael se enteró por la policía de que su madre también estaba en el hospital, y de que había estado secuestrada junto a su hijo, y fue a visitarla a su habitación. Pero no la encontró allí. Recorrió el pasillo de la planta sin tener más suerte. Entonces se le pasó por la cabeza la idea de que hubiera podido ir a molestar a Isabel Porto, quien también estaba ingresada allí, y recorrió las demás plantas hasta encontrarla. Dio con ella acechando desde un cuarto de limpieza, disfrazada con un uniforme de limpiadora y con un carro de limpieza en las manos.

–¡Mamá! –susurró él a su espalda.

Ella volvió la cabeza, sobresaltada.

–¿Qué demonios estás haciendo aquí?! –le preguntó, al mismo tiempo que reparaba en su brazo en cabestrillo.

–Han encontrado a Alex. Está aquí.

Sandra soltó el carrito y se giró completamente hacia él con los ojos abiertos como platos.

–¡Lo han encontrado! ¿Está bien? Dime, ¿cómo está?

–Está muy débil y tiene una grave neumonía. Los médicos dicen que hay que esperar cuarenta y ocho horas y ver cómo evoluciona para decir que está

fuera de peligro.

–Hijos de puta... –escupió ella entre dientes.

–¿Y tú qué hacías aquí con esa ropa? No estarás planeando alguna locura, ¿eh, mamá?

–¿Y a ti qué te ha pasado?

–Me rompí la clavícula en un accidente de camino a la cueva. Isabel Porto está en una de esas habitaciones, ¿no es cierto? Por favor, déjalo estar. Ni siquiera tenemos pruebas de que ella estuviese implicada.

–Te equivocas. Su mano derecha estuvo jugando conmigo, interrogándome para averiguar qué pruebas tenía en su contra. Pero ese ya no se ríe de nadie más. Ahora me queda esta.

–¿Qué quieres decir? ¿Lo has matado?

–Lárgate ya. Tengo que estudiar cómo me encargo de esto.

–¡No! ¡No debes hacerlo! Piensa en Alex. Es momento de que estés a su lado, en lugar de arriesgándote a que te metan en la cárcel y no vuelva a verte nunca. ¿Es eso lo que quieres, lo que yo siempre temí, que acabarías haciéndole a él lo mismo que me hiciste a mí?

Sandra gruñó algo ininteligible y luego dijo:

–Está bien. Llévame a verle.

Alex dormía cuando su abuela entró a la habitación. Cayetana estaba allí, y se llevó una sorpresa al verla. Se saludaron brevemente en voz queda. Sandra le cogió la mano al niño y se sentó a su lado.

En otra habitación, sentada en una butaca con su bata de enferma, Isabel se enteraba de que Soler había sido hallado muerto.

La policía había pasado a informarla. Según el dictamen médico, le dijeron, parecía tratarse de un infarto. Le hicieron preguntas rutinarias de respuesta obvia en un hombre de su posición: Si tenía enemigos; si había discutido últimamente con alguien; si tenía esposa, amante; si ella pensaba que pudiera tratarse de un homicidio... Isabel les atendió un momento y luego fingió sentirse mareada para que se fuesen.

Se quedó horrorizada por la repentina muerte de Soler. ¡Un infarto! ¡Y allí, en un hospital! Se sintió muy afectada. Al fin y al cabo, habían estado muy unidos y ella no estaría donde estaba de no ser por su ayuda.

Después sopesó la pregunta que le habían hecho, la posibilidad de un homicidio. Habría miles de personas encantadas con la muerte de Soler, eso seguro. Pero de ahí a matarle...

No fue hasta que Germán encendió la tele para distraerla y vio en las noticias a Sandra Bernal en la puerta del hospital, hablando del rescate de su nieto, cuando se le ocurrió que ella podía haberle matado.

La posibilidad de hablar con la policía se le fue del pensamiento tan pronto como apareció. Implicaría explicarlo todo, y, además, por el momento la muerte de Soler se consideraba un hecho natural.

¿Y si no lo fuese? ¿Delataría a Sandra Bernal a costa de exponerse? No. Eso nunca.

Además, ahora tenía mayores preocupaciones en la cabeza: Javier. Cómo volver a verle. Cómo lograr que la permitiera introducirle en su vida. Cómo decirle a Germán que era su hijo. Cómo estaría. Dónde estaría. Qué habría hablado Marcos con él.

Marcos se había quedado anonadado cuando se lo contó todo. Ojalá hubiesen podido hablar más, pero ella no había estado en condiciones.

Supo que Marcos había iniciado un acercamiento, aunque, por el momento, ocultándole que sabía quién era, para no intimidarle. Javier no había querido acompañarle en el coche. Eso no era muy bueno. Aunque quizá no significase nada.

Marcos le había asegurado que pasaba por el edificio en el que vivía Javier un par de veces al día y que el chico seguía allí. Isabel se moría por regresar a Madrid, cosa que haría en avión privado uno o dos días más tarde.

La policía llegó a la habitación de Sandra muy temprano a la mañana siguiente, antes de que esta, que ya había sido dada de alta, tuviera tiempo de abandonarla.

Dos de los tres delincuentes que la habían mantenido presa en la cueva habían declarado que Santiago Soler era el responsable del secuestro de Alex y del suyo. Ahora, dado que Soler presuntamente estaba involucrado en un delito, se le haría la autopsia para comprobar si su muerte había sido natural o no.

Sandra quedó a su disposición sin poder evitarlo, preguntándose si alguien la creería cuando explicase que toda la culpa la tenía esa falsa de Isabel Porto.

Poco tiempo después de que Isabel regresara a Madrid, Marcos fue a visitarla.

Era un domingo por la tarde y ella descansaba, sentada en la cama. Él acercó a su lado la pequeña butaquita que estaba junto al tocador.

–¿La policía ha vuelto a molestarte? –preguntó él.

–Detuvieron a Sandra Bernal por el homicidio de Soler.

–No puede ser...

–Créelo. Y estoy segura de que la siguiente en su lista era yo.

–¿Les dijo algo?

–Sí. Vinieron a verme y me explicaron que les había contado algunas cosas acerca de mi presunta implicación en el secuestro de su nieto sobre las que estaban obligados a interrogarme. Les dije que la había visto una vez siendo muy joven, debido a que tú eras su profesor en la prisión en que estaba. Que cuando salió de allí, tú la ayudaste a encontrar trabajo, y que, como se había portado muy bien contigo, protegiéndote de otras presas, acordamos ayudarla económicamente, regalándole unas joyas, para que pudiese salir adelante con el niño pequeño que tenía. Pero luego intentó sacarnos más, al ver que estábamos en buena posición, y te amenazó con acusarte de haber abusado de ella mientras estaba en prisión. Le dijimos que adelante, que lo hiciese, y no volvimos a saber más de ella hasta hoy, que al parecer volvía a intentar chantajearme con mentiras. ¿Qué te parece?

–Excelente. Bien hecho mencionar las joyas. Si aún conservara alguna, sería lo único que la podría relacionar contigo, y ahora has justificado que pasaran por sus manos. ¿Qué dijeron ellos? ¿Crees que fue lo bastante convincente o investigarán más?

–Sí, resultó convincente, pero sin duda investigarán.

–No importa. Es la palabra de una delincuente múltiple contra la nuestra. No sabe cuál era nuestro móvil. No puede decirles nada verificable y convincente. Lo que no me explico es por qué secuestró Soler a su nieto.

–Tengo una sospecha. Lo que sí sé es quién tiene esa respuesta: Javier. Él estuvo delante mientras Soler interrogaba a Sandra.

–Tienes razón. En cuanto a eso, hay algo que debes saber: Se lo he

contado todo.

Isabel abandonó la pose relajada y se incorporó para mirarle con estupor.

–Que le has contado ¿qué?

–Lo que en verdad sucedió. Quién es su padre.

–¿Cómo es posible? ¡Cómo te has atrevido, sin consultarme?

–Porque lo que él creía no era mejor que la verdad –respondió él en un tono moderado de voz, pero hablando con gran rapidez para apagar las quejas de ella–. Tenía derecho a saber que su padre está vivo, que no es un monstruo, que puede contar con él si algún día es capaz de perdonarle. No me arrepiento. Reaccionó bien cuando se lo conté. Estuvo de acuerdo conmigo en que había hecho lo correcto.

Marcos no esperaba que ella se lo tomase bien, y ciertamente Isabel parecía no saber si echarse a llorar o abofetearle. Meneaba la cabeza de un lado al otro, como negando que aquello hubiese podido ocurrir.

–¿Qué dijo? ¿Cómo habéis quedado? ¿Quiere volver a verte?

–Todavía no lo sé. Tiene mucho que asimilar. Pero tengo esperanzas de ello.

–Esperanzas... –rio ella en tono de burla.

–Es un gran chico. Inteligente y con un bello fondo. No pienso perderle, te lo aseguro. Cuando decidí decírselo fue porque intuí que saldría bien. Llámalo corazonada.

–Lo llamaré estupidez y traición.

–Por favor, Isabel... Javier ya es un hombre. No teníamos derecho a mantenerlo engañado por nuestra propia comodidad, por puro egoísmo, por no tener el valor ni de recordar lo ocurrido para poder expresarlo en voz alta, por no soportar enfrentarnos a sus reproches.

–No es el hombre duro que tú crees. Actuó como lo hizo porque es un chico muy sensible que estaba herido y lleno de rencor. Él había asimilado aquello, el daño ya estaba hecho, por eso le deje creerlo

–También asimilará la verdad. Mucho mejor que lo que tú le dejaste creer. ¿O acaso piensas que era feliz pensando que era el hijo de un violador del que nunca conocería ni el nombre? Reflexiona, por favor, Isabel.

Isabel necesitaba tiempo y Marcos la dejó a solas. Continuó en contacto con ella, hasta que ella obtuvo el visto bueno de sus médicos para reiniciar su campaña.

Diez días más tarde, cuando las elecciones habían pasado, Isabel recibió en la sede del partido la visita de Javier.

Se topó con él a la salida de una reunión, y por poco se cae al suelo de la emoción. Javier le preguntó si tenía un rato para dedicarle y se encerró con él en su despacho.

Se sentaron en el mismo sofá donde tantas veces lo habían hecho, pero ella apenas era capaz de mirarle a los ojos.

–Me alegra muchísimo verte –le dijo.

–Bueno, felicidades, en primer lugar. Espero que te permitan ser la presidenta que tú quieres ser, y que consigas rodearte de personas que busquen el interés del país en lugar del propio. Aunque no sé dónde los vas a encontrar.

–Gracias. ¿No tendré la suerte de que quieras ser tú uno de ellos?

–No, ni hablar –se rio él.

–Escucha, Javier, sé que Marcos estuvo hablando contigo...

–Sí, así fue.

–Marcos me dijo una gran verdad cuando le reproché el haberte contado lo que nos sucedió realmente. Dijo que me había callado por cobardía y por miedo, y no por protegerte. Estaba en lo cierto, y lamento que así sea.

–Está bien, déjalo. Yo también quiero decirte algo.

»Mis padres adoptivos me metían en todo tipo de clases y actividades para que pasase el menor tiempo posible en la casa. Me parecía bien, porque me gustaba aprender de todo y yo tampoco quería estar con ellos. Tenía un excelente profesor de artes marciales con el que forjé una relación estrecha, le contaba mis problemas y esas cosas. Y él me enseñó lo más importante que he aprendido nunca: No importa lo inteligente que seas, lo poderoso que puedas llegar a ser; si permites que alguien inferior robe tu tiempo, tu energía o te manipule de cualquier forma, entonces estarás dejando que esa persona inferior esté por encima de ti, le estarás dando el poder.

»Durante muchos años vosotros dos habéis dejado que el daño que os ocasionaron aquellas mentes inferiores gobernase vuestras vidas. De alguna manera les habéis dado la inmortalidad y el poder sobre vosotros y los vuestros. Marcos y tú os adorabais y os alejasteis por ellos; mi existencia y mi destino también estuvo marcado por ellos.

»Por mi parte, eso se acabó. Porque si yo ahora os rechazo, los estaré haciendo felices cuando miren por el agujero desde su celda del infierno. Si también consiguen separarnos, seguirán riéndose, seguirán ganando, seguirán

imponiéndose y torturándose, lo mismo que aquella noche. Los inferiores dominarán a los poderosos, incluso muertos. No a mí, no voy a consentirlo. He dicho adiós a la oscuridad. Ya no volveré a ocultarme en las sombras. Acercarme a mis padres es lo mejor para mí, y es lo que voy a hacer.

»Pero necesito algo. Necesito que la mujer que supuestamente es una de las personas más poderosas de este país, lo demuestre. Di adiós a tus fantasmas, recompón tu relación con Marcos tal y como era cuando permitiste que te la robaran. Si no llevas con firmeza las riendas de tu propia vida, otro Soler aparecerá pronto para quitártelas.

Javier se levantó del sofá. Isabel, que le escuchaba como en trance, incapaz de hablar, se puso en pie al mismo tiempo.

–¿Ya te vas? –le preguntó.

–Sí. También he venido a despedirme. Necesito poner tierra de por medio, tiempo para descansar, asimilarlo todo y ver qué hago con mi vida. Visitaré dos o tres playas del Caribe y luego ya veremos. No quería simplemente desaparecer. Quería dejar las cosas claras. –La miró a los ojos con una amable sonrisa y le tendió la mano–. Bueno... Serás una gran presidenta.

Cuando Isabel se quedó sola estalló en lágrimas de emoción y alegría.

En cuanto se vio capaz de poder hablar, sacó el teléfono móvil y llamó a su hermano.

–Tengo que verte –le dijo entre sollozos–. No, no, tranquilo. Estoy bien, muy bien. Javier ha estado aquí. Tengo que contártelo todo. No, todo está bien. Iré a verte a tu casa. ¿En dos horas? Muy bien.

Isabel arregló algunas cosas y salió corriendo a casa de su hermano, más feliz que la noche en que había ganado las elecciones.

El mismo día que resultaba ser uno de los más felices en la vida de Isabel Porto, cien globos de colores acababan de ser lanzados en la piscina de Alex. A la fiesta que se celebraba habían acudido todos sus amigos, los que ya tenía y los más recientes, como Héctor y Emma, que llevaban unos días como invitados en el cortijo.

Cayetana no solo volvía a vivir en la casa, sino que, como en una de las novelas románticas que tanto le gustaban, la aventura vivida la había unido fuertemente al hombre que amaba. Por fin había conseguido escucharle palabras de cariño y vivían el comienzo de su relación.

Nero era feliz como nunca ahora que había vuelto a casa con su familia, pero que también estaba con las nuevas personas a las que quería.

–Vendrás aquí muy a menudo ¿verdad? –dijo Alex entregándole a Emma, que acariciaba a Nero, un plato con un gran pedazo de tarta–. Nero te va a echar mucho de menos, y yo también.

–Yo también os echaré de menos –contestó ella–. Pero como tú dices, vendré muy, muy a menudo.

–Héctor y tú habéis salvado la vida de mi hijo –repitió Rafael por enésima vez, con los ojos llenos de agradecimiento–. Esta es vuestra casa tanto como mía. Lo digo de corazón. Nada nos hace más felices que teneros aquí.

Emma también estaba feliz.

No había perdido un amigo, había ganado una familia.

FIN

La autora y sus obras

Ángeles Goyanes nació en Madrid, ciudad donde reside cuando no está viajando, su gran afición. Es licenciada en Turismo e historiadora, así como experta en nuevas tecnologías. Le gusta la naturaleza, los animales, pintar y los fenómenos paranormales.

Además de diversos relatos y artículos, ha publicado novelas de ciencia ficción, fantasía, historia, intriga y suspense, tales como *Juego de dioses*, *La concubina del diablo*, *Los hijos del ángel*, *El maestro envenenador*, *Misterio en el Nilo* y *Herencia maldita*, *El libro de magia, mi primer amor y los perros asesinos*, y la novela corta *Bonnie's Blood and Breakfast*, con gran reconocimiento de público y crítica. Varias de sus novelas están traducidas al inglés y cuentan también con ediciones bilingües para estudiantes.

Por favor, visítala en:

Su sitio web, donde encontrarás todo sobre ella y sus libros, artículos, libros gratis y sorteos: <http://www.angelesgoyanes.com>

Página de autora en Amazon: <http://author.to/angelesgoyanes>

Facebook <https://www.facebook.com/AngelesGoyanes666>

Instagram: angeles_goyanes

Twitter: @angelesgoyanes

Goodreads: <https://www.goodreads.com/AngelesGoyanes>

Youtube: <http://youtube.com/ÁngelesGoyanes>

Copyright

© 2017 Ángeles Goyanes

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva.

Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo estás respaldando a los autores y permitiendo que puedan seguir publicando libros.

ÍNDICE

[1](#)
[2](#)
[3](#)
[4](#)
[5](#)
[6](#)
[7](#)
[8](#)
[9](#)
[10](#)
[11](#)
[12](#)
[13](#)
[14](#)
[15](#)
[16](#)
[17](#)
[18](#)
[19](#)
[20](#)
[21](#)
[22](#)
[23](#)
[24](#)
[25](#)
[26](#)
[27](#)
[28](#)
[29](#)
[30](#)
[31](#)
[32](#)
[33](#)
[34](#)
[35](#)

[36](#)

[37](#)

[La autora y sus obras](#)

[Copyright](#)

Table of Contents

1
2
3
4
5
6
7
8
9
10
11
12
13
14
15
16
17
18
19
20
21
22
23
24
25
26
27
28
29
30
31
32
33
34

[35](#)

[36](#)

[37](#)

[La autora y sus obras](#)

[Copyright](#)